

Volumen 13, Nº 1, Año 2015

Herramientas del analista



Calibán

Revista Latinoamericana
de Psicoanálisis

Calibán | Números anteriores



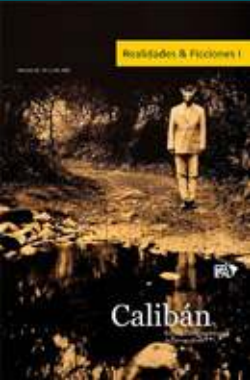
Vol. 10, Nº 1
Tradición / Invención



Vol. 11, Nº 1
Tiempo



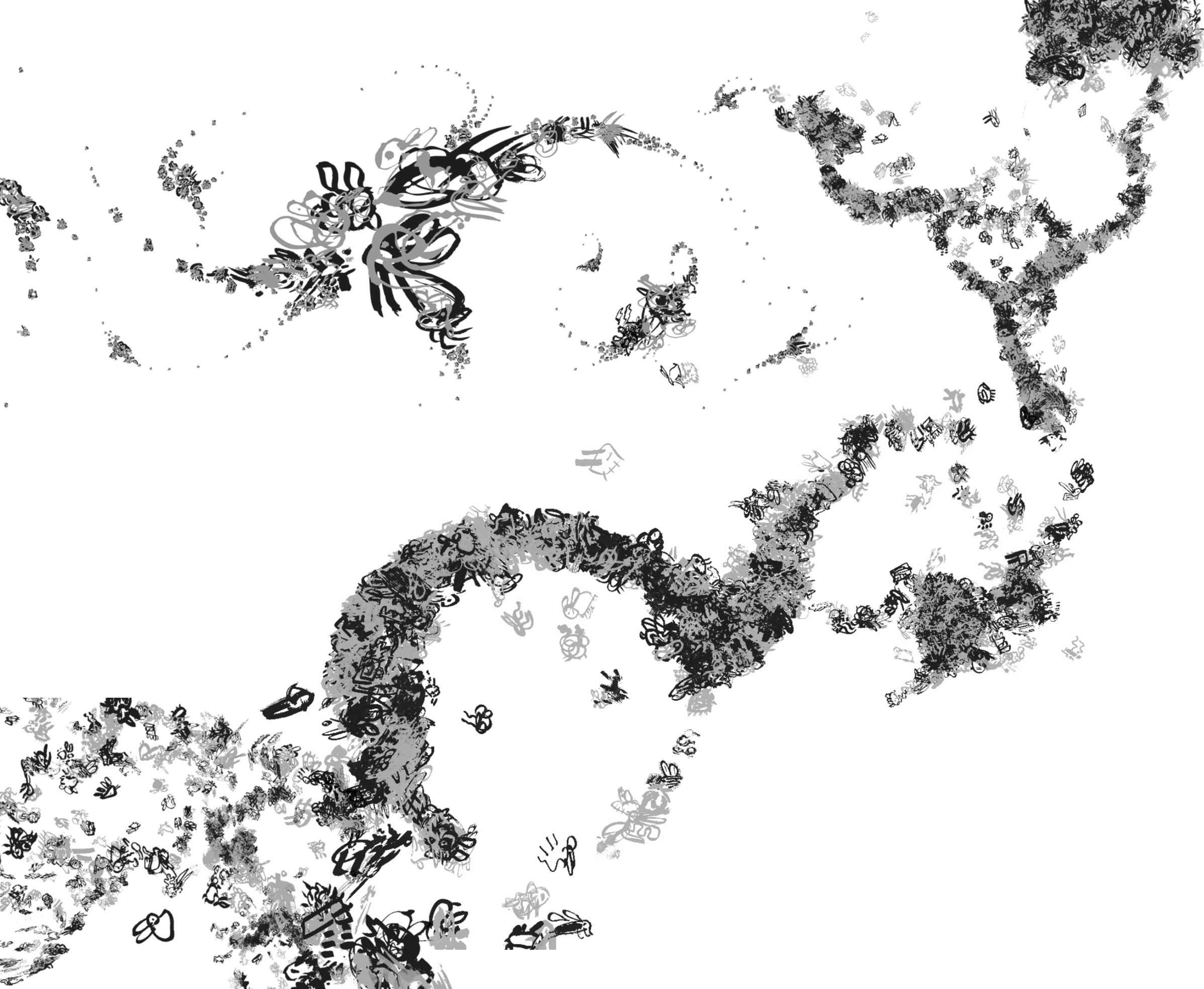
Vol. 11, Nº 2
Exceso



Vol. 12, Nº 1
Realidades & Ficciones



Vol. 12, Nº 2
Realidades & Ficciones II





Calibán

Revista Latinoamericana
de Psicoanálisis

Publicación oficial de FEPAL

(Federación Psicoanalítica de América Latina)

Luís B. Cavia 2640 apto. 603 esq. Av. Brasil,

Montevideo, 11300, Uruguay.

revista@fepal.org

Tel: 54 2707 7342. Telefax: 54 2707 5026.

www.facebook.com/RevistaLatinoamericanadePsicoanalisis

Editores

- Mariano Horenstein (Argentina), Editor en jefe
- Laura Veríssimo de Posadas (Uruguay), Editora en jefe suplente
- Raya Angel Zonana (Brasil), Editora asociada
- Lúcia Maria de Almeida Palazzo (Brasil), Editora asociada suplente
- Andrea Escobar Altare (Colombia), Editora asociada

Comisión Ejecutiva

Marta Labraga de Mirza (Uruguay - Editora de *Ciudades Invisibles*), Sandra Lorenzon Schaffa (Brasil - Editora de *De Memoria*), Lúcia Maria de Almeida Palazzo (Brasil - Editora de *Vórtice*), Jean Marc Tauszik (Venezuela - Editor de *Clásica y Moderna*), Laura Veríssimo de Posadas (Uruguay - Editora de *Argumentos*), Raya Angel Zonana (Brasil - Editora de *Dossier*), Natalia Mirza (Uruguay - Editora de *Bitácora*), Natalia Barrionuevo (Argentina), Adriana Yankelevich (Argentina), Helena Surreaux (Brasil), Wania Maria Coelho Ferreira Cidade (Brasil), Admar Horn (Brasil).

Consejo de Editores Regionales (Delegados por Sociedades)

Natalia Mirza (APU), Eloá Bittencourt Nóbrega (SBPRJ), Raquel Plut Ajzenberg (SBPSP), Graciela Medvedofsky de Schvartzman (APA), Miriam Catia Bonini Codorniz (SPMS), Jacó Zaslavsky (SPPA), Daniela Morábito (SPM), Irene Dukes (APCH), Ramón Florenzano (APCH), Rosa Martínez (APCH), Eduardo Kopelman (APC), Jorge Bruce (SPP), Rómulo Lander (SpdeC), Maria Arleide da Silva (SPR), Cristina Bisson (APdeBA), Ana Maria Pagani (APR), Julia Braun (SAP), Paolo Polito (AsoVeP), Julia Casamadrid (APM), Adriana Lira (APG).

Revisión de la versión en español: Andrea Escobar Altare

Revisión de la versión en portugués: Raya Angel Zonana

Revisión de la versión en inglés: Adriana Yankelevich

Colaboradores: Abigail Betbedé (SBPSP), Ana María Reboledo (APU), Ana María Olagaray, Viviane Frankenthal (SBPRJ), Roberto Luís Franco (SBPRJ), Claudio Frankenthal (SBPRJ), Iliana Horta Warchavchik (SBPSP), Regina Weinfeld Reiss (SBPSP)

Logística y comercialización: Jorge Federico Gómez

Traducción, corrección y normalización de textos: Denise Mota, Alejandro Turell, Nadia Piedra Cueva, Néstor Gamarra, Ana María Olagaray, Camila Barretto Maia.

Diseño: Di Pascuale Estudio

Dibujos en Portadas: Lucas Di Pascuale (páginas 12, 111, 203, 211, 219, 233)

Comisión Directiva

Presidente

Luis Fernando Orduz González (Socolpsi)

Suplente: José Carlos Calich (SPPA)

Secretaria General

Andrea Escobar Altare (Socolpsi)

Suplente: Cecilia Rodríguez (APG)

Tesorería

Liliana Tettamanti (APdeBa)

Suplente: Haydee Zac (APdeBa)

Coordinadora Científica

Leticia Neves (SBPRJ)

Suplente: Inés Bayona (Socolpsi)

Directora de Sede

Laura Veríssimo de Posadas (APU)

Suplente: Carolina García (APU)

Directora de Consejo Profesional

Delia Hinojosa (APM)

Suplente: Dolores Montilla (APM)

Directora de Comunidad y Cultura

Magda Khouri (SBPSP)

Suplente: Oswaldo Ferreira (SBPSP)

Coordinador de Niños y Adolescentes

Víctor Guerra (APU)

Suplente: Mónica Santolalla (APC)

Directora de Comunicación y Publicaciones

Laura Orsi (APA)

Suplente: María Alejandra Rey (SAP)

Revista indexada en Latindex.

• Las opiniones de los autores de los artículos son de su exclusiva responsabilidad y no reflejan necesariamente las de los editores de la publicación. Se autoriza la reproducción citando la fuente y sólo con la autorización expresa y por escrito de los editores.

• Los editores han hecho todo lo posible para contactarse con los poseedores de los copyrights de las imágenes usadas. Si usted es responsable de alguna de las imágenes y no nos hemos puesto en contacto, por favor, comuníquese con nosotros a nuestro correo.

Ilustraciones en secciones:

- **Argumentos, Vórtice y Clásica y Moderna:** Eduardo Kac
Lagographs: The Bunny Variations, 2007; *Lagographs: Animation* (2009). Stills from real-time parametric animation, color, silent, loopless (no fixed duration), edition of 5. Courtesy Marsiaj Tempo Gallery, Rio de Janeiro.
- **Dossier:** Adriana Bustos
Imago Mundi XI. Wheel Map, 2012; *La Ruta de Claudia*. Graphite on canvas. 140 x 210 cm. (detalles); *World Mapper*. Graphite on canvas. 360 x 140 cm. (detalles).

Índice

6	Palabras de la comisión directiva <i>por Luis Fernando Orduz y Comisión Directiva</i>
8	Mestizos de futuro <i>por Mariano Horenstein</i>
12	Argumentos
14	Dilemas y aperturas sobre el soñar. Reflexiones sobre un niño que sueña en sesión <i>por Irene Dukes</i>
25	Recuperando el aparato psíquico <i>por Altamirando Matos de Andrade Júnior</i>
41	La cura analítica como producto artesanal <i>por Luis Campalans</i>
55	Herramientas contemporáneas: el uso de Skype y las nuevas formas de estar sin estar (Cartografías para un espacio analítico virtual) <i>por Cecilia Rodríguez</i>
64	Una herramienta de nuestro arsenal terapéutico: la terapia psicoanalítica de pareja <i>por Miguel Spivacow</i>
82	El oficio de analista y su caja de herramientas: la interpretación revisitada <i>por Virginia Ungar</i>
99	El Extranjero
100	El mañana y sus vicisitudes <i>por Luiz Alberto Oliveira</i>
111	Textual
113	Esa extraña forma de intimidad. <i>Entrevista a Siri Hustvedt</i>
123	Vórtice: la traducción del psicoanálisis
124	Ecos de una torre derribada: reconstrucción del discurso freudiano <i>por Lúcia Palazzo</i>

129	Cuando el psicoanálisis viaja <i>por Sudhir Kakar</i>
131	Traducción y transformación <i>por Carlos Tamm L. de Sá</i>
134	Efecto del retorno a las fuentes en la traducción de Freud <i>por Laurence Kahn</i>
137	Entre la polisemia y la nomenclatura. Dilemas del traductor en psicoanálisis <i>por Irene Agoff</i>
140	Sin traducción <i>por Gohar Homayounpour</i>
142	“Soy un fantasma en esta casa” Sobre las alegrías y peligros de la (falta de) traducción <i>por Felix de Mendelsohn</i>
145	El signo de autoridad: debate brasileño sobre las traducciones de las obras de Freud <i>por André Medina Carone</i>
148	El viaje a través de las lenguas: un faro al otro <i>por Monica Horovitz</i>
150	Nuevas traducciones de Freud para el siglo XXI <i>por Pedro Heliodoro Tavares</i>
153	El viento de la derrota: a propósito de la traducción <i>por Gastón Sironi</i>
155	La importancia de las traducciones <i>por Steve Ellman</i>
159	Dossier: pensar América Latina
160	¿América Latina? Nosotros y nós, los otros <i>por Raya Angel Zonana</i>
164	América Latina y las resignificaciones simbólicas del espacio. Entre la dinámica de las identidades y las temporalidades de la historia <i>por Gabriela Pellegrino Soares</i>
172	¿Existe una literatura latinoamericana? Una pregunta no superada <i>por Laura Janina Hosiasson</i>

179	Gobiernos de izquierda en América Latina: entre el populismo y la socialdemocracia <i>por Jorge Lanzaro</i>
187	Brasil y Nuestra América: ¿un continente y dos islas? <i>por Fernanda Arêas Peixoto</i>
195	El arte de Argentina y Brasil: colocando lo bajo sobre lo alto <i>por Rodrigo Cañete</i>
203	Ciudades Invisibles
204	Entre memorias y sueños: una Porto Alegre invisible <i>por Helena Surreaux</i>
211	Clásica & Moderna
212	Ignacio Matte-Blanco: interrogantes y desafíos <i>por Jorge Ahumada</i>
219	De memoria
220	Emilio <i>por Carlos Guillermo Bigliani</i>
222	El deber deseante de Rodrigué <i>por Miriam Chnaiderman</i>
224	Rodrigué: un hombre que hizo historias <i>por Lucía Barbero Fuks</i>
226	Un arquero de muchas flechas <i>por Maria Cristina Rios Magalhães</i>
228	Un encuentro singular en 1996 <i>por Mario Pablo Fuks</i>
230	El psicoanalista tiene que ser subversivo <i>por Urania Tourinho Peres</i>
233	Bitácora

Palabras de la Comisión Directiva de Fepal

EN SEPTIEMBRE DE 2014 DIMOS INICIO a una nueva administración de la Federación Psicoanalítica de América Latina. Un objetivo primordial de nuestra labor es la integración de nuestras sociedades, como lo manifestáramos en la plataforma de trabajo que presentamos en el congreso de Buenos Aires: “Fepal es aquella institucionalidad que permite el cruce y el intercambio de las diversidades (locales, regionales, individuales). Es una especie de cuerpo externo (exoesqueleto) en donde la identidad como analistas, la identidad como asociación local o regional entra en cuestión, en diálogo, en interacción, con otras identidades *alter* (que nos alternan o que nos alteran)”.

Nuestra federación es un territorio que agrupa nueve países en América Latina. Desde el punto más austral al más septentrional de nuestro espacio fepalino hay 8192 kilómetros, y el nombre de ambos puntos empieza con la palabra “monte”. De Monterrey a Montevideo tenemos dos lenguas, tres a cuatro razas que han hecho mestizaje, territorios en donde el colonialismo devastó la totalidad de los ancestros, y otros en que la magia del sincretismo creó una nueva forma de tez latina. En nuestras sociedades configuramos luchas fratricidas, nos peleamos y distanciamos, luego buscamos nuevas formas de integración. Nuestro pensamiento y actuar ha sido tejido por todos estos elementos que han emergido de rupturas, desplazamientos y cruces.

La palabra “texto” proviene del latín *texere*, que indica tejer, entrelazar. Esta idea es una de las labores más importantes de nuestro trabajo como federación: tejer y enlazar pensamientos diversos con ese otro que espacialmente está distante. Federar, comunicar, implica construir una interfaz que permita una dia-logicidad e interactividad de las diversas tensiones que nos habitan en este amplio territorio. Es por ello que la palabra se convierte en la herramienta que va posibilitando ese intercambio y esa transformación.

Transportadas por Hermes, Chasquis, mensajeros reales o virtuales, las palabras se atesoran para traspasar límites, para hacer llegar nuestro existir a aquellos que viven más allá del límite de nuestros cercos. Nuestras comprensiones del mun-

do quieren atravesar confines en los que nuestras lenguas comienzan a desdibujarse. *Calibán* debería funcionar como ese mensajero que operacionaliza la comunicación. La revista latinoamericana es la herramienta que representa esta función de intercambio entre nuestras agrupaciones.

En un mundo de cambios cada vez más acelerados, la palabra escrita busca materiales que le permitan adaptarse y sobrevivir. Así como en algún momento de la historia pasamos del papiro al pergamino, hoy vemos la transformación, el paso del papel a la virtualidad. Así como de la pluma y la tinta pasamos a la tipografía, hemos ido trocando el *rasorium* (raspador que borraba las letras en el medioevo) por el *delete* del teclado hipertextual. Del grabado en piedra a la nube virtual, la memoria lucha contra el olvido que seremos.

Este número que presentamos de *Calibán* es la apuesta a extender los límites de nuestro pensamiento a otros territorios, tanto espaciales como materiales: es el primer número de *Calibán* en inglés y, además, la primera versión de un *Calibán on line*.

Mucho se ha mencionado la relación que Walter Benjamin estableció entre las palabras “traducción” y “traidor”, pero en este caso la relación sería con la idea de transportar, trasvasar los confines que la diferencia entre las lenguas impone a la trasmisión de las ideas y representaciones. Dentro de este orden de transformaciones verbales y visuales, este *Calibán* busca una nueva forma de presentación: la virtualidad. ¿Resistiremos los amantes de la palabra atesorada en folios, que el tiempo irá amarillando, la transformación del soporte material a la virtualidad?

Comisión Directiva de Fepal

Fernando Orduz

Presidente

Mestizos de futuro

DECIR, A CIEN AÑOS DE LA INVENCION del psicoanálisis –y como lo han dicho ya Freud, Winnicott o Lacan–, que los artistas siempre nos llevan la delantera es ya un lugar común. Sin embargo, anida allí una verdad. Por eso, cuando en cada número de *Calibán* convocamos a artistas renombrados a acompañarnos, no los reclutamos en calidad de ilustradores de nuestras ideas, ni nos guía un puro afán estético: los buscamos para que nos ayuden a imaginar el futuro.

Desde la tapa, una coneja de color fluorescente mira al lector, como una enigmática esfinge. No es el truco de un diseñador o una travesura infantil sino la operatoria de un artista. El carioca Eduardo Kac inventó a Alba cuando propuso utilizar los genes que hacen fluorescentes a las medusas para intervenir el ADN de la coneja, sentando así las bases del arte transgénico.

Esa coneja, en la que se conjugan el enigma y la magia, o incluso la fertilidad, es –como somos todos en Latinoamérica– producto de un mestizaje. Alba es mestiza más allá de las habituales coordenadas raciales o geográficas que distinguen los infinitos matices que hay entre el blanco y el negro. Alba está teñida del misterio de lo que vendrá; es mestiza de futuro.

Es el futuro lo que intentamos imaginar en este número de *Calibán*, a partir de la sugerente conferencia que diera Luiz Alberto Oliveira en Río de Janeiro, cuando presentábamos la revista el año pasado, y que hoy incluimos en la sección **El Extranjero**. Es el futuro también el lugar desde el que queremos pensar las herramientas del analista –tema del 49º. congreso de IPA en Boston y que nos ocupa en la sección **Argumentos**–.

Los analistas somos amantes de la tradición. Practicamos un oficio que rinde culto a sus pioneros como pocos y, aun cuando nos proponemos estar a tono con la época que nos toca, solemos privilegiar la lectura de los clásicos. Hay quizás un saludable anacronismo en nuestro oficio, pero el futuro nos coloniza de forma insidiosa e inevitable. Como los *lagoglifos* de Kac, esos pictogramas que desbordan las retiraciones de tapa e invaden el interior de este número de *Calibán*, que nos obligan a pensar no solo en términos de fidelidad a nuestros orígenes sino también imaginando el porvenir.

La lengua del otro

Desde el número inicial de *Calibán* editamos en nuestras lenguas latinoamericanas: portugués y español. Decimos “nuestras” sin desconocer que son las lenguas ibéricas, las lenguas de la colonización y la conquista. Pero no son *solo* lenguas europeas, sino también la inflexión que se les ha dado en su cruce con las lenguas aborígenes e inmigrantes, en su apropiación antropofágica, en el contrabando de expresiones de medio mundo que han encontrado cobijo en nuestro modo de hablar y de escuchar. También en nuestro modo de contar el psicoanálisis.

Luego de balbucear en español y portugués, nos atrevemos –“atrevido” es uno de los significados del caníbal que a fin de cuentas *Calibán* es– a hacerlo en inglés.

Por primera vez en la historia de *Fepal* editamos simultáneamente en tres lenguas. Y esto, además de implicar un considerable esfuerzo de un gran equipo de personas, tiene intenciones y consecuencias. Tanto políticas como epistémicas.

Calibán vuelve al inglés. Su nombre apareció por primera vez en esa lengua, entre los personajes de *La tempestad* shakespeariana¹. Allí Calibán es quien no logra hablar jamás correctamente la lengua de Próspero; es quien apenas logra balbucear.

Nuestra publicación, al comenzar a decirse en inglés, deja de ser solo un instrumento para aprender *entre* latinoamericanos y se ofrece también para ser leída por otros. La traducción a lo que es la *lingua franca* de nuestros días –como pudo haber sido el griego y quizás lo sea el mandarín– permitirá que nuestras ideas y nuestro modo de articularlas sean conocidos fronteras afuera.

Pero no solo eso: tanto como el pasaje al español y al portugués implica un modo distinto de decir y pensar el psicoanálisis, la traducción al inglés lleva larvada la pretensión de minar la lengua del otro, de descompletarla. Concebimos el texto original como un proyectil, y el texto de llegada como un blanco, en que, más que restaurar un sentido en otro idioma –elección tradicional del traductor–, se trata de desorientar a ese otro idioma, como propone Foucault². Nos proponemos que la *vuelta* de *Calibán* al inglés no sea sin consecuencias.

Deleuze y Guattari³ han hablado –a propósito de Kafka– del lugar que ocupan las lenguas menores. Estas tienen por función desterritorializar a las mayores, imprimirles cierto “coeficiente de subdesarrollo”. Al contaminarlas, las fertilizan⁴.

Eso pretendemos hacer también con nuestro propio psicoanálisis, que a partir de ahora contamos –aun con la torpeza de quien aprende una nueva lengua– también en inglés. No solo decirlo de nuevo para que pueda ser leído en las metrópolis del conocimiento. No solo llevar contenidos de un continente a otro en ese nuevo vehículo idiomático. También decirlo en otra lengua para poder escucharnos de modo distinto nosotros mismos, para repensarnos desde ese extraño lugar. Pues lo implicado en una nueva traducción no es la asimilación de una lengua a otra, sino “hacer ambas extranjeras a sí mismas”⁵.

La extranjería no solo se hace presente en este número en las lenguas en que publicamos, sino también en sus contenidos: la sección **Vórtice** alberga un debate –con voces de Asia, América y Europa– a propósito de la traducción en psicoanálisis. Allí encuentran lugar las consecuencias políticas del acto de traducir –donde elegir una palabra bien puede ser determinar un modo de practicar el psicoanálisis–, algunos

1. Shakespeare, W. (2008). *La tempestad*. Madrid: Alianza. (Trabajo original publicado en 1611)

2. En Berman, A. (1995). *L'Épreuve de l'étranger: Culture et traduction dans l'Allemagne romantique*. Paris: Gallimard. (Trabajo original publicado en 1984)

3. Deleuze, G., & Guattari, F. (1975). *Kafka. Por una literatura menor*. México D. F.: Era.

4. Preta, L. (2015). *La brutalità delle cose. Trasformazioni psichiche della realtà*. Roma: Mimesis.

5. Wohlfarth, I. (1999). *Hombres del extranjero. Walter Benjamin y el Parnaso judeoalemán*. México D. F.: Taurus.

avatares de la traducción de Freud en las tradiciones anglosajona, francesa y latinoamericana, y, *last but not least*, el modo en que la traducción misma como acto es pensada en distintos contextos.

En **Textual** entrevistamos a una gran escritora de habla inglesa, Siri Hustvedt. Su pasión por el psicoanálisis, experimentada con la lucidez de los *outsiders*, anima lo que nos confía acerca de esa extraña forma de intimidad que practicamos a diario.

El destino de *Calibán* es el de ser un extranjero, tan ajeno a las referencias de sangre y suelo, que han marcado a tantas geografías, como a las genealogías analíticas consagradas. Pero este extranjero practica nuestro oficio inverosímil en Latinoamérica.

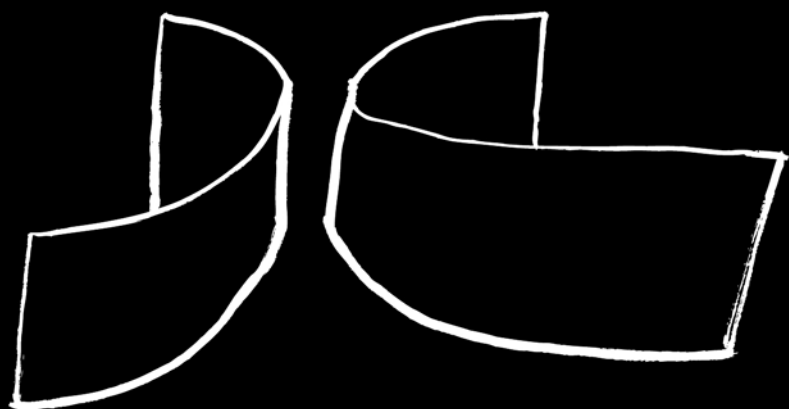
El **Dossier** de este número se dedica a explorar algo que venimos haciendo de un modo u otro desde el comienzo de la revista: pensar América Latina sin chauvinismos ni espíritu provinciano. En esa sección lo hacemos con el acicate de ensayistas que se mueven por fuera del ámbito psicoanalítico.

Otras dos secciones, **De Memoria** y **Clásica & Moderna**, se ocupan del rescate de psicoanalistas trashumantes, mestizos culturales: Emilio Rodríguez, que dejó huellas de su paso en Buenos Aires, Londres o Salvador de Bahía, e Ignacio Matte-Blanco, que comenzó su camino en Santiago de Chile para terminarlo en Roma. Completa esta edición una crónica sobre Porto Alegre en **Ciudades Invisibles**, y una **Bitácora** del número.

Es difícil imaginar al lector de estas palabras: puede leerlas en español o en portugués o en inglés. Puede leerlas en la superficie efímera y veloz de su pantalla o en el sensual encuentro con el papel, pues *Calibán* es mestiza también en ese sentido: analógica y digital, participa de la celeridad del futuro y pretende un lugar físico en las bibliotecas. Habita la realidad virtual y también la otra, la de “carne y hueso”. Cada vez que enviamos los archivos finales a imprimir, estamos en el mismo lugar que Eduardo Kac cuando, en uno de sus proyectos vanguardistas llamado *Génesis*, creó el modelo de una bacteria en su computadora, lo envió por correo electrónico a un laboratorio para que la sintetizaran y luego se la devolvieron de forma física.

Esta revista mestiza está editada por un equipo mestizo, que hace de la diferencia y de la sabiduría de las mezclas uno de los resortes de su eficacia. Me enorgullece coordinar ese equipo que aprende a cada número, que se esfuerza y que falla. Pero que intenta con pasión producir una revista que, como la coneja Alba, brille en la oscuridad.

Mariano Horenstein
Editor en jefe - *Calibán* - RLP



Argumentos

Dilemas y aperturas sobre el soñar

Reflexiones sobre un niño que sueña en sesión¹

Algunas consideraciones sobre los sueños

Los sueños han sido uno de los pilares fundacionales de la teoría psicoanalítica y son innumerables los autores que se han ocupado de estudiarlos y muchos los textos que se han escrito al respecto. En sus inicios, la Teoría Freudiana del sueño -la perspectiva psicoanalítica clásica- sostuvo que el sueño que narra el paciente vale decir, el *sueño manifiesto*, sería el resultado de un proceso de “trabajo del sueño”, en que el paciente activa diversos mecanismos intrapsíquicos (desplazamiento, condensación, simbolismo, represión, etcétera), a través de los cuales se desfigura el contenido original del mismo, esto es, del *sueño latente*. En concordancia con estos planteamientos, el actuar clínico del terapeuta debiera encauzarse en una tarea interpretativa de “traducción”, la cual consistiría en desandar el camino realizado por el paciente, para así llegar desde el sueño manifiesto al latente, el cual sería el verdaderamente significativo en el proceso terapéutico.

Autores contemporáneos han cuestionado la teoría freudiana clásica, y han planteado que esa perspectiva de “traducción del sueño” corre el riesgo de constituirse en una búsqueda de códigos muertos. Es así como, a partir de mediados del siglo XX, diversas orientaciones teóricas psicoanalíticas han encontrado un punto de confluencia distinto al planteado por Freud. Su elemento común es otorgarle al sueño *manifiesto* el carácter de *verdadero sueño* (Lichtenberg, Lachmann y Fosshage, Bucci, Bion, Matte-Blanco², en Jiménez, 2012). Por consiguiente, estos autores no suscriben la idea de que la acción terapéutica requiera traducir el sueño, como si ambas formas -sueño latente y sueño manifiesto- constituyeran dos lenguajes inscritos en un sistema binario, consciente e inconsciente. Sostienen, más bien, que se trata de diversas maneras de experimentar, percibir y metabolizar la multidimensionalidad de la experiencia emocional y psico-somática de estar en el mundo³.

Esta cosmovisión del sueño ha generado un viraje interesante en torno a la teoría con que se lo había comprendido hasta entonces, y a la técnica que se había incorporado en la acción terapéutica. No obstante, resulta interesante considerar que Ferenczi (1926), al hablar

* Asociación Psicoanalítica Chilena.

1. Premio FEPAL 2014, Niños y Adolescentes.

2. Recordemos que fue Ignacio Matte-Blanco quien tempranamente repensó la teoría del inconsciente de Freud, en miras de discriminar las distintas formas de lo inconsciente (agrupadas por Freud en “Proceso Primario”).

3. Esta aparentemente simple cuestión de “estar en el mundo” contiene implícitamente un vértice ontológico, que apunta a una dimensión relacional.



sobre la interacción comunicativa pragmática entre paciente y analista -ya en ese entonces-, relataba diferentes modelos interpretativos de sueño, los cuales resultan sorprendentemente muy afines con esta perspectiva teórica.

Lo central entonces, no estaría a nivel de los contenidos del sueño, sino del campo dinámico -expresado en lo onírico- y a la posibilidad de generar transformaciones e instrumentos para contener y modificar dicho campo. Esta manera de comprender, resulta muy afín con la mirada del sueño como una verdad narrativa y relacional del funcionamiento mental de la pareja, lo cual se asemejaría a lo planteado por Bion como el “mito privado de la pareja” (Ferro & Civitarese, 2012).

Después de un largo recorrido desde Freud hasta posturas contemporáneas del soñar, es que he llegado a concordar con las perspectivas actuales del soñar, en las cuales se le adjudica al sueño el lugar de un producto genuino y primario, el cual debe ser comprendido como una obra abierta *per se* y en constante “construcción”, y cuyo abordaje terapéutico requiere de un trabajo creativo conjunto entre paciente y terapeuta (Jiménez, 2012). Un trabajo de co-creación que lleve a nuevas comprensiones intersubjetivas de lo soñado tanto para el paciente como para el terapeuta, en las cuales tienen lugar no sólo los contenidos del sueño en sí, sino también el campo dinámico de la sesión en la que emerge el sueño y donde se enmarca el proceso.

El material clínico que presentaré a continuación muestra cómo el campo dinámico -en tanto sistema relacional- genera las condiciones para que ocurran eventos intersubjetivos primordiales que pueden ser transformados hacia nuevos espacios de experiencia y pensamiento nunca antes explorados.

En esta descripción clínica está implícita la idea de que lo relevante no es tanto el sueño acabado, sino que la posibilidad de soñar. Siguiendo los lineamientos de Antonino Ferro, lo central del análisis sería el desarrollo de la capacidad de soñar y no el trabajo sobre la represión o escisión, o sea ya no basta con interpretar, sino que es necesario transformar. Vale decir, no serían tan importantes las variadas inscripciones del sueño, como resulta de la metapsicología freudiana, sino que el énfasis está puesto en el *conjunto de transformaciones* que operan en el sueño, y que se despliegan a nivel intrapsíquico e intersubjetivo, y además el hecho de que el sueño pueda funcionar como un mediador y un agente de conexión (*linking agent*) entre los objetos internos, un proceso de conexión y vinculación intersubjetivo (*bonding and attachment process*) y un “metabolizador” interno fundamental.⁴

Desde una perspectiva amplia del trabajo psicoanalítico, pienso que el trato que se le puede dar en la clínica infantil a un sueño, no tendría porqué diferir del otorgado a un dibujo que surge en sesión, a un juego o al relato de una comunicación (asociación libre) del pa-

4. Pereira, F. (Noviembre, 2013). Comunicación. Congreso Internacional de Psicoanálisis Relacional, Santiago de Chile.

ciente. Todas estas situaciones podrían recibir un abordaje técnico equivalente, siempre que la teoría del sueño y la teoría de la mente subyacente a la acción terapéutica sean coherentes con los planteamientos aquí expuestos. Vale decir, en tanto se acepte que hay un nivel onírico de la mente siempre activo, que está en permanente creación de imágenes; y que se conceptualice al encuadre analítico como un agente fundamental generador de condiciones propicias que posibilitan la relación analítica de la transferencia-contratransferencia⁵ y la consiguiente constitución de objetos analíticos en el campo dinámico.

A continuación veremos cómo las ideas centrales de éste artículo surgen a partir de las intelecciones de los Baranger, Winnicott, Ferro y Ogden y de la propia experiencia en el trabajo psicoanalítico con niños y adultos, así como de las vicisitudes que ello conlleva, específicamente en relación al uso clínico de lo onírico en sesión.

Viñeta clínica: Un sueño soñado durante la sesión

Ilustraré con una viñeta clínica la experiencia psicoanalítica con un niño de 10 años⁶, a quien llamaré Eulogio. El encuadre es la sala de niños, con su caja de juegos, con una frecuencia de tres veces semanales, y de término indefinido.

El motivo de consulta explícito de los padres es que Eulogio se muestra muy desafiante y opositor, principalmente con los adultos (padres y profesores), los cuestiona y critica permanentemente. Por otra parte, es un niño cuyo rendimiento académico es excepcional; es muy inteligente y muy argumentativo por lo que frecuentemente deja “en jaque” al adulto. Se opone en el colegio a obedecer instrucciones que él considera arbitrarias, lo cual le lleva a tener muchos problemas, al punto que el colegio al que asistía le propone que se incorpore a otro sistema educativo donde pudiera “calzar mejor”. Los padres lo cambian a un colegio Montessori, pero las dificultades persisten.

En términos generales, los cuestionamientos que él hace de las “injusticias de la vida”, incluidas las del sistema escolar, me resultan muy atendibles. Me veo muchas veces empatizando con sus críticas y me sorprendo de cuán internalizado tengo yo ciertos modos de funcionamiento social sin mediar mayor cuestionamiento. Cuando él me lo señala, me siento sorprendida, interesada y estimulada por sus pensamientos. Por otro lado, previo al inicio del tratamiento de Eulogio, fue necesario trabajar durante un período con los padres, para ayudarlos a elaborar una situación familiar muy compleja y pe-

5. El término transferencia-contratransferencia alude a una construcción intersubjetiva inconsciente generada por el par analítico. No se considera a la transferencia y contratransferencia como entidades separadas que surgen como respuesta de una a la otra, sino más bien, alude a una totalidad intersubjetiva única experimentada separada e individualmente por el analista y el analizando (Ogden, 1995).

6. Cabe considerar la etapa evolutiva en términos de procesos madurativos y cognitivos por los que atraviesa el niño. Según J. Piaget, en niños de hasta 5 o 6 años el sueño viene de afuera y permanece externo a él, al despertar siente el sueño como verdadero, y el sueño se confunde con los recuerdos diurnos. Hasta los 7 u 8 años el sueño viene de dentro pero es aún externo a él. Alrededor de los 10 años el sueño es interior y de origen interno (Piaget, 1933, citado por Médici de Steiner, 1994).

nosa. Se trataba de una media hermana del paciente quien padece una esquizofrenia y en donde la información acerca de esta enfermedad mental era manejada de manera ambigua, al modo de un secreto familiar. El trabajo con los padres fue fundamental para develar este secreto, que comprometía la estabilidad emocional del paciente⁷.

Paso a relatar la segunda sesión de la semana durante el primer período de tratamiento. Eulogio llega puntual; le abro la puerta y me encuentro frente a él, quien sosteniendo un libro abierto en sus manos conserva la mirada fija en la lectura⁸. Al cabo de unos segundos, alza la vista, saluda y se encamina hacia la sala de niños, se recuesta en el sillón, y vuelve a la lectura durante un rato, mientras yo lo acompaño en silencio.

Mi mente divaga y evoco un recuerdo de mi adolescencia en donde estoy sentada en un café con la mirada fija en la lectura, registro la imagen y pienso en lo mucho que me he acompañado con la lectura y los libros, y de las diversas formas en que estos han estado presentes en mi vida. En ese recuerdo, el libro operaba para mí como una forma de protegerme de la mirada de los “otros”. Y creo que la entrada a sesión de Eulogio con su libro se asemejaba a mi sentir de ese recuerdo.

Eulogio deja el libro, me saca de mis devaneos y me dice:

E: Me produce rechazo y desprecio..., ya es grande y dejó la embarra-
da con su vida, perdió el tiempo de adolescente, no se adapta a la mo-
dernidad..... ella está en la era mesozoica, entonces con la moderni-
dad ella no sabe qué hacer. (Entiendo que a un cierto nivel, él se está
refiriendo a su media hermana esquizofrénica, a quien llamaré Ana).

I: ¿Cómo es eso de la era mesozoica?

E: Eso de una época antigua... lo leí en un libro de los dinosaurios.

I: Pudiera ser que tanto rechazo y desprecio por Ana, tengan que
ver con un temor muy grande a entrar tú también en un mundo
prehistórico.

E: Pudiera decirse que sí. Ella no puede socializarse con personas
modernas, yo tal vez no puedo socializar con algunos de nuestra Era.
Igual todos debieran poder socializar con sus papás, pero a veces
cuesta... La Ana no puede adaptarse a la modernidad, me molesta
su poca sociabilidad, es como que ella no entendiera que tiene que
adaptarse al milenio...

(Permanecemos en silencio..... Pienso qué decirle para retomar
el diálogo, pero nada viene a mi mente. Estoy en blanco. Continúa
el silencio. Transcurridos unos minutos, veo como se le empiezan a
cerrar los ojos.... Se duerme profundamente).

Mientras él duerme, mi mente divaga y asocio con una historia
familiar en la que se cuenta que de muy pequeña yo dormía con una
frazada que estaba en mi cuna, la cual tenía la particularidad de tener

7. A lo largo del tratamiento fuimos viendo como este secreto familiar guardaba estrecha relación con la vivencia de injusticia experimentada por Eulogio.

8. Esta era una conducta habitual en él.

un agujero a través del cual yo metía mi dedo (como en un ojal) y así dormía sostenida de la frazada. Y que durante un viaje en tren al Sur junto a mi madre, al yo no poder conciliar el sueño, ella tuvo que hacerle un hoyo a la frazada del camarote del tren. Me siento extrañada de haber recordado esta historia antigua que no había rememorado en muchos años.

Eulogio continúa durmiendo profundamente, y al cabo de un rato emite unos quejidos, con lo cual yo pienso que está teniendo una pesadilla y reflexiono rápidamente si despertarlo o no. Contratransferencialmente me siento identificada con una posición de “mamá” y me resulta difícil sostener la situación de que él esté en “pesadilla”, mientras yo lo observo y no lo despierto⁹. A su vez, amparada desde una perspectiva teórico-clínica pienso que probablemente él necesita soñar acompañado en sesión, sintiendo el espacio analítico lo suficientemente seguro como para traer aquello “pesadillezco”. Me siento confundida y un poco angustiada.

Mientras tanto, él despierta espontáneamente. Lo siento asustado. Me dice que tuvo una pesadilla. Yo lo miro con expresión compasiva y lo invito a que hablemos de eso.

Me dice: “Yo soñé que no sé por qué motivo yo estaba en la selva... era un lugar peligroso, lleno de árboles; yo corría pero no sabía a dónde iba. Me escapaba de algo, quería salir pero no se veía camino, puras plantas. Veía adelante como una especie de corriente fuerte, no me hice pipí por si acaso¹⁰, y yo me tiré a la corriente y me empecé a ahogar, a ahogar y a ahogar, caía y metía la mano para abajo y sacaba un libro de un centauro.... después no sé cómo aparecía corriendo de nuevo en la selva, hasta que llegaba a un precipicio, ahí me desperté”.

Para efectos de esta presentación, voy a dejar hasta aquí la sesión con Eulogio.

Reflexiones sobre la viñeta

Comenzaré con algunas reflexiones que ayuden a pensar la sesión analítica desde una visión contemporánea del soñar, poniendo a su vez de relieve lo vincular y lo intersubjetivo en el origen de lo que constituye este proceso analítico. Para esto voy a centrarme en el concepto de “campo dinámico” (Baranger & Baranger, 1961-1962)¹¹, así como en las ideas de Winnicott (1951/1979b), quien incorpora a la situación analítica la noción de espacio y objeto transicional, también incorporaré los aportes de Antonino Ferro en relación al concepto de campo emotivo y sus transformaciones, así como los desarrollos teórico-clínico ulteriores de Ogden en relación a los conceptos de *rêverie* y de tercero analítico intersubjetivo.

Creo que no es posible pensar este sueño como el sueño de la mente aislada de Eulogio acerca de sí mismo, sino más bien se trata-

9. Racker conceptualiza a esta contratransferencia materna, inducida transferencialmente como contratransferencia complementaria.

10. Eulogio presenta enuresis nocturna secundaria.

11. Este crucial concepto se presenta en el artículo *La situación analítica como campo dinámico* escrito por Madeleine y Willy Baranger en 1961-62, siendo éste uno de sus trabajos más importante y que incluye tanto ideas provenientes del psicoanálisis y psicología social, como también de la filosofía y literatura.

ría de un sueño que emerge y se estructura en un campo emocional específico, con una matriz relacional única dada por la intersubjetividad de nuestro encuentro, y es a esa matriz a la que intentaré reconducir el sueño, tomando como principal vértice los estados emocionales y afectivos en el que nos encontrábamos.

Así, el sueño no estaría siendo comprendido como intrapsíquico ni tampoco como bipersonal, en el sentido de que una característica esencial del modelo de campo -según los Baranger- consistiría en que si bien la configuración desde la realidad perceptual es bipersonal, dicho dualismo es sobrepasado porque hay un “tercero”. El tercero, aludiría a una fantasía bipersonal que no pertenece a ningún individuo, ni es la suma de dos situaciones internas, sino que es “algo” que se co-crea y se construye entre ambos en el curso de la sesión (Baranger & Baranger, 1961-1962). A mi modo de entender, el sueño de Eulogio sería el resultado de la experiencia que se despliega en el campo dinámico psicoanalítico intersubjetivo, por lo que éste puede ser comprendido según Ogden, como el *sueño del tercero analítico intersubjetivo*. En donde, tanto Eulogio como yo participamos en la construcción inconsciente intersubjetiva de este tercero analítico, pero lo hacemos asimétricamente.

Entonces, surge la pregunta ¿qué es lo que impulsa que este sueño sea soñado? Ogden (2002), nos señala que el momento previo al soñar, sería uno lleno de deseo, con necesidad de dar presencia (representacional) a lo inarticulado, y cuya forma de existencia no se encuentra en el discurso mismo.

Recreo en mi mente el inicio de la sesión: su llegada con el libro, mi asociación del café durante mi adolescencia, su enojo y desprecio con la hermana desadaptada, mi interpretación (que señala que Ana representa un área arcaica de sí mismo, área que lo aterroriza y que él teme que aterrorice a las otras personas; el área de la locura), luego su reflexión y posteriormente el silencio previo al dormir. A partir de esta secuencia, matizada por un clima emocional que va incrementando la ansiedad, es que mi primera comprensión de lo sucedido es pensar que Eulogio se duerme como un acto comunicativo, a través del cual me señala, cómo mi propia incontinencia interpretativa (sería yo la que me hago pipí), asociada a una posterior fragilización en la función de *rêverie* (figurado en mi “quedarme en blanco”), lo deja a él desamparado frente al temor de quedar expuesto una vez más a experiencias de incomprensión y desamparo, tales como recrear vivencias de auscultación parental de una posible “esquizofrenia” o estado mental prehistórico-mesozoico. El dormirse, pudiera ser una manera defensiva de preservar su self de la intrusión de aspectos disonantes (estado mental prehistórico - esquizofrenia) con respecto a su propia identidad. Pienso en su reacción defensiva a lo que pudo haber sido vivido como un *impingement* (Winnicott, 1952/1999) y cómo éste interrumpe su continuidad de Ser. Él se duerme, sin embargo afortunadamente sueña, transformando así en una oportunidad de fortalecimiento psíquico, aquello que pudo tener otro derrotero.

Si avanzamos un poco más en el transcurso de la sesión y consideramos al *rêverie* como la forma principal de receptividad de lo que



está ocurriendo en el campo intersubjetivo de la experiencia analítica, entonces, especial consideración tiene mi estado de ensoñación durante el soñar de Eulogio. El *rêverie* no será considerado como reflejo de inatención, repliegue narcisista o conflicto no resuelto; sino que representaría formas simbólicas y proto-simbólicas (sensoriales) de la experiencia inarticulada del paciente, mientras está tomando forma en la intersubjetividad del par analítico (Ogden, 1994).

Mientras él duerme, mi *rêverie* me conduce a evocar el recuerdo de mi frazada (tuto - objeto transicional) durante el viaje en tren. Dicho recuerdo puede ser comprendido como la vivencia infantil de la pérdida -y posterior recuperación- de un objeto que calma y contiene durante una experiencia de viaje incierto. Pareciera que Eulogio puede soñar porque siente que está sostenido/conectado a “alguna cosa”, ¿y qué es “esa cosa”? Es precisamente la trama intersubjetiva, ese sujeto singular que es el tercero analítico. Ni él, ni yo, ni la simple intersección de los conjuntos que nos definen, sino que una trama nueva, ni mía, ni de él, un telar singular hecho con hilos que se tejieron en el transcurso del análisis y más específicamente en el campo dinámico de las sesiones.

La decisión de dejar que Eulogio siguiera durmiendo y soñando no fue fácil, pero (desde una mirada en retrospectiva), creo que fue precisamente la capacidad de vivir y soportar esa angustia lo que permitió que la pesadilla se desarrollara en contención, y que Eulogio se despertara *sólo cuando él mismo sintió la necesidad de despertar*, saliendo entonces de ese Mundo Otro donde estaba viviendo. El despertar no resultó de una intrusión, pues se estaba desplegando un proceso intenso de estar en presencia de otro (aunque paradójicamente él estaba durmiendo y yo despierta, pero ambos estábamos “soñando”). Fue una experiencia que nos enseñó a ambos que hay un *allá, un entre dos*, donde es posible manejar la “prehistoria”, donde se puede enfrentar el terror de la tupida selva y de las aguas turbulentas. Por lo tanto, allá ¡el sueño-pesadilla puede ser soñado!

En términos generales, mi manera técnica de trabajar no contempla compartir mi *rêverie* ni mi contratransferencia directamente con el paciente. Este caso no fue la excepción, sin embargo la presencia implícita de ella y la utilización y elaboración de la misma por mí, fueron de gran utilidad para acercarme a Eulogio desde un lugar emocionalmente comprensivo, que facilitó la generación de significados específicos y verbalmente simbolizados durante el transcurso del proceso analítico. Esto dio paso a una construcción intersubjetiva de aspectos nucleares del mundo objetual y relacional de Eulogio que estaban patológicamente configurados.

El sueño entonces, está siendo comprendido como expresión de un intento de elaboración de lo vivido en sesión, desde un estado mental regresivo que evidencia una reescenificación de muchos otros momentos vividos en su historia relacional. Al despertar, fuimos construyendo una experiencia que nos permitió recuperar un espacio de contención, donde cada cual pudo mirarse y mirar lo ocurrido sin intensificar estados emocionales de persecución y angustia. Al ser el sueño un producto co-construido (asimétricamente), las asociaciones de Eulogio y las mías -así como mi *rêverie* durante la sesión y las experiencias de

ambos- pasaron a ser una fuente importante de comprensión de lo que se desplegó en el espacio potencial de la sesión.

Al considerar el sueño como un producto del campo dinámico y más específicamente, un producto del tercero analítico intersubjetivo, entonces mención especial merece “el libro del centauro” que recoge del fondo del río, el cual será comprendido como *objeto analítico* generado intersubjetivamente por la diada analítica¹². Aplicado a la situación clínica se puede pensar que el “libro del centauro” no es el libro con el que él llega a sesión, tampoco es el libro del café que yo evoco en mi rêverie. Sin embargo, es un poco de ambos al mismo tiempo. Según André Green, el *objeto analítico* no sería ni interno ni externo, sino que se situaría entre los dos. Se corresponde con la definición de Winnicott de *objeto transicional* y de su localización en el área intermedia del espacio potencial, en el espacio de “superposición”, deslindado por el encuadre analítico (Green, 1986/1990).

Eulogio y yo, tomamos al sueño como expresión de fuerzas repletas de sentimientos e impulsos en búsqueda de formas, a las que nosotros les atribuimos una representación simbólica. Así, el libro del centauro (animal mitológico) sería una representación de una imagen combinada (mitad humano, mitad caballo) de pasiones desatadas, las que puestas en un libro u ordenadas en un encuadre, pueden dar cuenta de la esperanza en el tratamiento y en la integración de aspectos de sí mismo. Es también una representación del trabajo analítico conjunto (sobre mitología familiar pre-histórica) que nos acompañó por largo tiempo en el tratamiento, bajo la forma de una imagen compartida de un centauro.

Muchas veces, las pasiones desatadas eran vividas por Eulogio como un temor muy grande a caer en una regresión psicótica (enfermedad mesozoica de Ana), era un temor que lo dejaba aterrado (temor de caer al vacío o ser arrasado por corrientes que amenazaban con ahogarlo en emociones turbulentas). También experimentaba perplejidad. Nos dice en el sueño: “no sé por qué motivo yo estaba en la selva”, o sea instalado en un paisaje o dinámica relacional al estilo de un *impingement* de los padres, y también vivido en la transferencia, quedando él solo y al borde de un precipicio. Transferencialmente muchas veces trataba de calmarme, convenciéndome que él era “normal” y que no había sido avasallado por la corriente (de la locura).

Por último, son múltiples los simbolismos posibles, pero quisiera destacar que la “frazada psicoanalítica” fue una trama que nos sostuvo a ambos durante todo el proceso terapéutico, e hizo posible que este sueño fuera soñado en sesión y re-soñado por ambos muchas otras veces durante el tratamiento.

Comentarios finales

A lo largo de esta presentación se ha hecho énfasis en el abordaje del trabajo clínico desde un modelo de sueño actual y de un psicoanálisis contemporáneo, el cual aspira a integrar los aportes de distin-

12. Cabe mencionar que Christopher Bollas desarrolla un término conceptualmente muy afín al de objeto analítico (Green), él habla de los “objetos generativos compartidos” (Bollas, 1992/1994).

tos modelos y a su vez superar - al menos en parte- sus limitaciones. En la clínica, esta perspectiva ha permitido promover la exploración/ extensión de las relaciones en y entre lo intrapsíquico y lo intersubjetivo, dando a su vez posibles variaciones del método.

Dentro de esta manera de trabajar clínicamente, la introducción y utilización del concepto de campo dinámico tiene un rol central, puesto que sitúa nuestro trabajo en un terreno cuya naturaleza es la de lo transicional entre realidad y fantasía¹³. Es así como el campo dinámico instituye el espacio analítico, el cual sería un tercer espacio que hace posible el encuentro y la separación entre el espacio psíquico del paciente y el del analista, y da paso al espacio potencial que hace posible la comunicación analítica y la constitución del objeto analítico.

A partir de lo anterior, quisiera detenerme en lo que considero un aspecto fundamental dentro de los tratamientos psicoanalíticos, y el cual ha sido poco estudiado dentro de la literatura psicoanalítica, me refiero a la emergencia de *Objetos psicoanalíticos durante el análisis*.

El objeto analítico, vale decir, la creación de ese “algo” específico y único que se desarrolla en el campo dinámico, y que emerge sin ser llamado ni buscado, permite transformar los acontecimientos de la transferencia-contratransferencia a través de acogerlos en conjunto con el paciente y otorgarles la cualidad de objetos vivientes que condensan de manera sincrética aspectos esenciales del funcionamiento mental-emocional de la diada analítica.

Pienso que el surgimiento de *objetos analíticos* al interior de un proceso psicoanalítico es un importante indicador de progreso terapéutico. Da cuenta de la presencia de una atmósfera de *holding simbólico* en la relación transferencial-contratransferencial y da cuenta también, que se ha generado un terreno fértil para acceder a la comprensión de aspectos inconscientes.

El objeto psicoanalítico es idiosincrático de cada pareja analítica y específico a un momento determinado del proceso. Se construye a partir de la interacción entre paciente y analista, y contiene dentro de sí material interpretativo que ha surgido en el curso del análisis. Dichos objetos expresan y representan cierto grado de elaboración de alguna conflictiva psíquica. La presencia del campo dinámico cuyo sello distintivo es lo transicional, es condición necesaria para que esto se desarrolle.

A lo largo de un proceso analítico podrán construirse espontáneamente distintos objetos analíticos, a partir de los cuales se podrá ir creando una especie de dialecto, en tanto dichas representaciones -figuradas en los objetos analíticos- contienen un sentido particular, que va más allá de lo que puede significarse con palabras.

A dichas representaciones se puede acceder a través del uso de palabras claves o nominaciones idiosincráticas creadas por el par analítico, las que al ser utilizadas en ciertos momentos de las sesiones funcionan como códigos íntimos-compartidos, que permiten crear

13. Esta idea proviene de D. Winnicott (1971) de *El lugar donde vivimos*, de esa tercera área de experiencia.

un dialecto de comprensión para acceder más directamente al terreno de lo inconsciente. De este modo se va conformando un lenguaje privado-compartido y co-escrito en el espacio potencial del análisis, desde el cual se abre un camino para hacer comunicable y comparable algo de esa *locura privada* (Green, 1986/1990) para que pueda ser transformada, a través del diálogo analítico, en *espacio potencial creativo* (Saks, 2009).

Cada vez hay más acuerdo entre los distintos autores, en que el proceso de cambio en el análisis compromete tanto la internalización de la relación con el analista, como el logro de insight gracias a la interpretación (Gabbard, 1997). Pues bien, pienso que la emergencia de objetos analíticos lleva implícito ambos aspectos.

Volviendo a la viñeta, pienso que tanto Eulogio como yo, encontramos en el mundo compartido de la lectura un espacio singular. Mi disposición curiosa e interesada por sus libros nos conducía a ambos a un territorio muy íntimo, desde donde creo que nace la figuración del objeto analítico. El libro del Centauro representa de manera sincrética y poética una experiencia de auto-hetero-relacionalidad. El “libro del centauro” parece ser la “salida”, el espacio entre los árboles de la densa selva sin espacios. Sin ese objeto pareciera que las opciones eran la esquizofrenia o la sobreadaptación, el ahogamiento o el terror sin nombre de permanecer expectante al borde de un abismo que prenuncia una caída que nunca acontece. Dicho objeto surge de un espacio transicional, surge en el campo dinámico del proceso analítico, y es precisamente esto lo que abre una posibilidad de salida al atrapamiento de los impasses de la dualidad.

Resumen

Se presenta una viñeta de un niño que se duerme en sesión y sueña, relatando posteriormente lo soñado. Sueño que tiene la particularidad de ser soñado al mismo tiempo que se movilizan memorias y fantasías en la analista.

Este sueño, que emerge en el contexto de la experiencia transfe-rencial-contratransferencial de la sesión y que se despliega en el campo dinámico psicoanalítico (Baranger & Baranger, 1969/1993), es comprendido como el *sueño del tercero analítico intersubjetivo* (Ogden, 1994). La analista centra su atención en el funcionamiento onírico del paciente y de la pareja analítica, como elemento central en el proceso de construcción-elaboración de los conflictos inconscientes.

Esta manera de trabajar nos sitúa en un terreno cuya naturaleza es la de lo transicional, donde el *campo dinámico* instituye un tercer espacio analítico, que hace posible el encuentro y la separación entre el espacio psíquico del paciente y el de la analista, dando paso a la constitución de objetos analíticos.

Descriptores: *Sueño, Campo, Rêverie, Objeto transicional, Objeto.*

Abstract

A vignette of a child who falls asleep during session, dreams and later tells what he dreamt of is presented. A dream that has the particular feature of being dreamt while some memories and fantasies of

the analyst are mobilised.

This dream, which emerges in the context of the transferential-countertransferential experience of the session and is unfolded in the psychoanalytic dynamic field (Baranger & Baranger, 1969/1993), is understood as the *intersubjective analytic third's dream* (Ogden, 1994). The analyst focuses her attention on the patient's and the analytic couple's oneiric functioning as a central element in the process of construction-elaboration of unconscious conflicts.

This way of working puts ourselves in an area whose nature is that of the transitional, where the *dynamic field* institutes a third analytic space which enables the meeting and separation between the patient's and the analyst's psychic space, thus giving way to the constitution of analytic objects.

Keywords: *Dreaming, Field, Rêverie, Transitional Object, Object.*

Referencias

- Baranger, W., & Baranger, M. (1961-1962). La situación analítica como campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 3-54.
- Baranger, W., & Baranger, M. (1993). *Problemas del campo psicoanalítico*. Buenos Aires: Kargieman. (Trabajo original publicado en 1969)
- Bollas, C. (1994). *Ser un personaje: Psicoanálisis y experiencia del sí-mismo*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1992)
- Ferenczi, S. (1926). The problem of acceptance of unpleasant ideas: Advances in knowledge of the sense of reality. *The International Journal of Psychoanalysis*, 7, 312-323.
- Ferro, A. (2002). *El psicoanálisis como literatura y terapia*. Buenos Aires: Lumen. (Trabajo original publicado en 1999)
- Ferro, A. (2003). *Factores de enfermedad, factores de curación: Génesis del sufrimiento y cura psicoanalítica*. Buenos Aires: Lumen. (Trabajo original publicado en 2002)
- Ferro, A., & Civitarese, G. (2012). Desarrollos actuales del concepto de campo. *Revista de Psicoanálisis*, 69(2-3), 391-398.
- Gabbard, G. O. (1997). Una reconsideración de la objetividad en el analista. *Libro Anual de Psicoanálisis*, 13, 23-34.
- Green, A. (1990). *De locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1986)
- Jiménez, J. P. (1990). Some technical consequences of Matte-Blanco's theory of dreaming. *The International Review of Psychoanalysis*, 17, 455-469.
- Jiménez, J. P. (2012). The manifest dream is the real dream: The changing relationship between theory and practice in the interpretation of dreams. En P. Fonagy, H. Kächele, M. Leuzinger-Bohleber & D. Taylor (Eds.), *The significance of dreams: Bridging clinical and extraclinical research in psychoanalysis* (pp. 31-48). London: Karnac Books.
- Mailer, S. (2002). Puente entre dos sueños: Un espacio onírico compartido entre paciente y analista. *Revista Chilena de Psicoanálisis*, 19(2), 139-149.
- Matte-Blanco, I. (1975). *The unconscious as infinite sets: An essay in bi-logic*. Londres: Duckworth.
- Médici de Steiner, C. (1994). Analizando sueños de niños. *Revista de Psicoanálisis*, 51(1-2), 75-86.
- Ogden, T. (1994). The analytic third: Working with intersubjective clinical facts. *The International Journal of Psychoanalysis*, 75(1), 3-19.
- Ogden, T. (1995). Analizando formas de la sensación de vida y de muerte en la transferencia-contratransferencia. *Libro Anual de Psicoanálisis*, 11, 177-191.
- Ogden, T. (2002). El trabajo psicoanalítico en la frontera del sueño. *Revista de Psicoanálisis*, 59(3), 557-569.
- Racker, H. (1960). *Estudios sobre técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Saks, P. (2009). Objeto analítico lúdico: Su función en la clínica con niños. *Revista de Psicoanálisis*, 66(2), 399-421.
- Winnicott, D. W. (1979a). El lugar en que vivimos. En *Realidad y juego* (pp. 139-146). Barcelona: Gedisa. (Trabajo original publicado en 1971)
- Winnicott, D. W. (1979b). Objetos y fenómenos transicionales. En *Realidad y juego* (pp. 17-45). Barcelona: Gedisa. (Trabajo original publicado en 1951)
- Winnicott, D. W. (1999). La psicosis y el cuidado de niños. En *Escritos de pediatría y psicoanálisis* (pp. 295-306). Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1952)



Altamirando Matos de Andrade Júnior*

Recuperando aparato psíquico¹

Para Vera Amendoeira

Pretendo describir en este texto el trabajo de recuperación del aparato psíquico de un paciente, como medio de alcanzar la elaboración de partes psicóticas y de volver posible el desarrollo de la capacidad de pensar y de sentir. Esta recuperación, que en realidad fue prácticamente la construcción de un aparato psíquico, posibilitó el desarrollo de la capacidad de pensar simbólicamente y de establecer relaciones objetales. Haré un relato del caso deteniéndome en lo importante en relación al tema abordado y dejando afuera otros elementos presentes en el proceso de análisis.

Intentaré, siguiendo la propuesta de este Congreso, atenerme al uso de los instrumentos psicoanalíticos de los que disponemos hoy en día, cuando en pleno siglo XXI nos enfrentamos con los desafíos que suponen pacientes que ni siquiera logran dar cuenta de lo que sienten o piensan. Estos pacientes viven en un mundo en el que predomina la acción, no se experimenta el conflicto y se establecen muy pocos vínculos, lo que vuelve necesario ayudarlos a construir un aparato psíquico capaz de simbolizar y consecuentemente, pensar y establecer relaciones. En el caso que presento estas características se radicalizan por el estado psicótico que el paciente presentaba.

Freud se diferenció de los psiquiatras de su época por ser capaz de

* Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro.

1. Este texto prepublicado es la base de uno de los trabajos presentados en el Congreso de la IPA en Boston, "Un mundo en transformación: La forma y el uso de las herramientas psicoanalíticas en la actualidad", entre el 22 y el 25 de julio de 2015. Todos los derechos reservados por el autor.

escuchar lo que decían y mostraban sus pacientes histéricas, permitiendo con esta escucha ver más allá de lo que era dicho y conocido hasta el momento. Escuchar le permitió entrar en contacto con todo un mundo de sentimientos y emociones que hasta entonces no eran comprendidos. Creo que hoy en día tenemos que tomar esta lección de Freud como ejemplo para escuchar a los pacientes que nos buscan con los más diversos padecimientos o incluso, sin saber qué les aqueja o qué sienten. La escucha psicoanalítica sigue siendo un gran instrumento psicoanalítico.

Bion (1962) llamó “función alfa” a la transformación de las emociones rudimentarias en elementos alfa. O sea, la función que el objeto tiene de contener experiencias y emociones rudimentarias que son proyectadas por el sujeto, para que puedan ser metabolizadas psíquicamente, pensadas por este objeto y posteriormente devueltas al sujeto. En su modelo de continente/contenido Bion (1962) destaca al objeto que recibe las proyecciones del bebé, las metaboliza y se las devuelve con un sentido diferente al proyectado. En este modelo el bebé introyecta un objeto que contiene y entiende sus angustias. Estas experiencias, comunes a los seres humanos, forman un patrón de relación objetual que se despliega a lo largo de la vida del individuo. Este patrón de relación es lo que resurge en el contexto transferencial de un análisis.

Concuerdo con R. Levy (2012) cuando afirma que la gran contribución de Bion a la formación de símbolos tiene lugar en una relación vincular:

Bion examined the entire process of symbol formation from its very beginnings to its functioning in the thinking apparatus. However, Bion's greatest contribution was his asserting that the entire symbol-forming process occurs, and only occurs, within the heat of a link. (Levy, 2012, p. 838)².

Pero si en este patrón encontramos situaciones de desencuentro entre el bebé y su madre, sea por dificultades de uno o de otro, o incluso de ambos, tendremos un modelo de relación objetual que puede volverse perturbador. Por cierto que uno y otro modelo darán lugar a experiencias diferentes en la relación transferencial. Estas diferencias son fundamentales para la comprensión de la relación entre analista y paciente.

Tenemos aquí, entonces, elementos para destacar que la constitución de la mente de un bebé se genera en la combinación de características propias de éste con aquellas otras que se experimentan como viniendo de los objetos. En este sentido pienso que es de fundamental importancia separar la relación real con el objeto, o sea, una percepción realista, de la fantasía que un sujeto pueda tener sobre lo que experimenta con el objeto, es decir, una percepción impregnada por el exceso de identificación proyectiva. No siempre

2. “Bion estudió el proceso completo de formación de símbolos, desde el temprano inicio hasta su funcionamiento en el aparato de pensar. Sin embargo, la mayor contribución de Bion fue su afirmación de que todo el proceso de formación de símbolos tiene lugar tan solo en el calor de un vínculo.” Traducción libre (como la de todas las próximas citas en inglés de este texto).



es posible distinguir una experiencia de otra, lo cual exige una especial atención del analista a la interacción con el paciente. Esta riqueza de experiencias entre el sujeto y el objeto es bien descrita por Brenman (2006): “As I understand it, there is an intercourse between the mother and the baby, physical and psychical that results in a new creation, the relationship.”³

Rosenfeld (1987) en sus trabajos más tardíos postuló que para los pacientes traumatizados es de mucho valor reconstituir la experiencia traumática, de modo de poder dar nuevos sentidos a la experiencia emocional del trauma. A su vez, consideraba que el analista debía de estar atento para no retraumatizar al paciente a través de sus interpretaciones. Estas ideas de Rosenfeld (1987) supusieron muchas discusiones entre los analistas kleinianos. Para algunos hubo un exceso, por parte de Rosenfeld, en situar al trauma como factor constitutivo de la patología de los pacientes, sin considerar de igual valor los aspectos subjetivos de los mismos, puesto que se ponía de este modo mayor énfasis en el analista que en la subjetividad del paciente. Esta discusión se encuentra en los comentarios de Steiner (2008) en relación a los trabajos de Rosenfeld, en el libro *Rosenfeld in retrospect*.

Dice Steiner:

...he became concerned that some analysts, particularly some Kleinians, interpreted in a manner which traumatized their patients. He believed that when patients had been deprived or traumatized in their childhood, they were likely to be re-traumatized in their analyses unless the analyst took special care to avoid this. (Steiner, 2008, p. 59).⁴

En mi experiencia con pacientes severamente perturbados, constato mucho de lo que Rosenfeld comprendió con respecto al trauma, en el sentido de que podría ser revivido en la experiencia analítica cuando el analista insiste en cierto modelo de interpretación donde el énfasis está puesto en el mundo subjetivo del paciente. Estos pacientes tienden a tomar las interpretaciones como acusaciones y ataques por parte del analista, recreándose entonces así una experiencia traumática.

3. “Tal como yo lo entiendo, hay un acoplamiento entre la madre y el bebé, tanto físico como psíquico, que resulta en una nueva creación: la relación.”

4. “...Se mostró preocupado por el hecho de que algunos analistas, particularmente algunos kleinianos, interpretaban de un modo que se volvía traumático para sus pacientes. Pensaba que, cuando los pacientes habían pasado por privaciones o traumas en su infancia, mostraban una especial tendencia a ser retraumatizados en sus análisis, si el analista no tomaba especiales cuidados para evitarlo.”

En relación al trabajo interpretativo y a las dificultades del paciente para recibir y comprender las interpretaciones transferenciales, se puede percibir una dificultad en la interacción entre analista y paciente, presente en el modo de dar y recibir interpretaciones. El analista puede hacer interpretaciones y no sentirse perturbando al paciente, pero éste puede entender las interpretaciones como una forma en que el analista muestra su superioridad o incluso lo humilla. Entre analista y paciente son posibles diversas interacciones en relación al dar y recibir; podemos encontrar una detallada descripción de ellas en Spillius (2007): “One crucial factor seems to me to be the conscious and unconscious feelings of the giver about giving, and the way these feelings are perceived or misperceived, consciously or unconsciously, by the receiver”⁵. Estas dificultades están en la raíz de la imposibilidad que ciertos pacientes tienen para tolerar las interpretaciones transferenciales. Investigar en las fantasías inconscientes pasa a ser algo sentido como una acusación al paciente y también como una forma en que el analista muestra su superioridad.

Algunos autores como E. M. Rocha Barros y E. L. Rocha Barros (2011) han estudiado las dificultades de comprensión y comunicación que ciertos pacientes tienen debido a perturbaciones en la capacidad de pensar y formar símbolos. Estos autores postulan la idea de el paciente fue objeto de un ataque a las estructuras o formas de representación mental antes o en el momento mismo en que ellas se estaban constituyendo como símbolos. Dicen: “symbols can lose their plasticity and thus silence the emotions and therefore cut off the patient from their meanings”⁶.

Además, estos autores describen cómo la función simbólica posee características que pueden servir en la recreación o restauración de objetos perdidos. Esta última afirmación es de suma importancia para lo que describo en el caso que presento.

El paciente que describiré se quejaba de no tener recuerdos de hechos importantes y traumáticos de su vida, atribuyendo a esta dificultad para recordar la causa de los problemas que lo afligían. Pude corroborar con este paciente que había recuerdos que no podían ser recordados porque no fueron reprimidos ni representados, es decir, porque se mantuvieron en un nivel pre simbólico y aún pre representacional. Considero que estas dificultades son debidas al hecho de que el paciente poseía un aparato psíquico precario, que no lo ayudaba a procesar sus experiencias. Estas experiencias no representadas quedarían en la mente de la persona como un cuerpo extraño, sin sentido y sin representación, pero generando un alto grado de perturbación. Esta perturbación tiende a ser expelida hacia los objetos y principalmente hacia el analista, que las recibe e intenta decodificarlas, devolviéndolas al paciente bajo la forma de una interpretación que dé sentido a sus experiencias y sentimientos. Joseph (1985) nos muestra en su trabajo “Transferencia: situación total”, que mucho de lo que los pacientes comunican en una sesión no está en

5. “Creo que un factor crucial son los sentimientos conscientes e inconscientes del que da sobre el dar, y el modo cómo esos sentimientos son percibidos o mal percibidos, conscientemente o inconscientemente, por el que recibe.”

6. “Los símbolos pueden perder su plasticidad y, así, silenciar las emociones, privando de esa manera al paciente de sus significados.”

el contenido representacional de palabras, sino que a través del uso de las palabras se intenta provocar algo en el analista para que éste reaccione haciéndolo, a su vez, algo al paciente.

Ogden (1980, 1994, 1995, 1997) en diversos trabajos describe de manera muy clara la relación entre la subjetividad del analista y la del paciente, enfatizando el papel del *Rêverie* del analista durante la sesión. Ogden se basa en el concepto de Bion sobre *Rêverie*, entendiéndolo por ella todo lo que pasa por la mente del analista durante la sesión. Avzaradel (2011) citando a Ogden (1994, 1997) dice:

Ogden emphasizes the role of reverie, which he considers to be everything that goes on in analyst's minds during sessions. He includes all kinds of daydreams and fantasies, not just those that seem to be related to their patient's material. He even takes into account analysts' physical sensations during sessions and considers them to be manifestations of reverie. (Avzaradel, 2011, p. 850).⁷

La propuesta de Ogden es la de escudriñar en detalle el *rêverie* del analista con el propósito de alcanzar las reflexiones inconscientes de su mente y con ello sintonizar lo que sucede en el relacionamiento analítico con ciertos pacientes.

Caso clínico

El paciente al que llamaré Peter me buscó cinco meses después de su segundo episodio psicótico. Fue derivado por el psiquiatra que lo estaba tratando con medicación. En su primer contacto Peter se mostró muy asustado y desconfiado durante toda la entrevista; hablaba poco y permanecía atento a mis movimientos y a los ruidos que venían de la calle. Le dije que parecía muy asustado por el hecho de estar allí conmigo. Me dijo que tenía miedo de las voces que lo atormentaban con frases acusatorias en relación a su honestidad y a su sexualidad. Me pidió que hablara con su madre, puesto que dependía de ella para tomar una decisión en cuanto al tratamiento conmigo. A la segunda entrevista vino acompañado de su madre y fue por ella que supe de su historia.

Peter, a los cuatro años, estaba paseando en auto con sus padres y padeció un brutal accidente en el que perdió la vida su padre, su madre resultó seriamente herida y él sufrió unas pocas laceraciones. La madre relató que él sufrió mucho en esa época, no podía dormir, gritaba por el padre y se desesperaba por cualquier cosa. Describió que era un niño alegre y saludable, pero que después del accidente se volvió un niño angustiado, insomne y miedoso. Tuvo muchas dificultades en el aprendizaje escolar y desarrolló un comportamiento descrito como extraño, en el que se aislaba y se ponía muy agresivo. El paciente interrumpe a la madre y me dice que no recuerda nada y que hay un pedazo de su vida que le está faltando. También dice que las voces que escucha le dicen que perdió un pedazo de sí. En ese

7. "Ogden enfatiza el papel del *rêverie*, que considera que es todo lo que sucede en la mente del analista durante la sesión. Incluye allí todas las ensoñaciones y fantasías, y no solamente aquellas que parecen estar relacionadas con el material del paciente. Toma en cuenta incluso las sensaciones físicas del analista durante las sesiones y las considera también como manifestaciones del *rêverie*."

momento percibí la desesperación plasmada en su cara y me sentí impelido a ayudarlo.

Comentó también que se perdía en el tiempo; al no lograr concatenar los hechos ocurridos en diferentes períodos de su vida se le generaba una seria discontinuidad. Tuvo un primer brote psicótico a los diecisiete años, debiendo ser internado en un hospital psiquiátrico y tratado solamente con medicación. Al iniciar su análisis Peter tenía 19 años.

Luego de casi cuatro meses de análisis llegó a su sesión del lunes muy angustiado, aparentando estar siendo perseguido. Me contó que escuchó voces durante el fin de semana y que tuvo unas visiones extrañas, por lo que resolvió hacerse un tatuaje en la espalda para calmarse. Le dije que ponía en el tatuaje la angustia que sentía debido a mi ausencia del fin de semana, que lo hizo temer perderme. El entonces se levantó, se sacó la camisa y me mostró el tatuaje de un águila, diciéndome que se había tranquilizado, pero que al venir a la sesión todavía le parecía que había alguien que lo seguía en la calle.

Comprendí a partir de este material y de otros semejantes que tatuarse era una manera de controlar la angustia de persecución y los temores que sentía. También otras veces se hizo tatuajes y siempre estuvo asociado a los fines de semana, feriados y vacaciones. Vimos que necesitaba tatuarme en su cuerpo para que yo no desapareciera, dejándolo solo con sus miedos y temores. El tatuaje en el cuerpo no se separa de él, lo acompaña siempre.

Eran muy frecuentes los temores de desmoronarse o de morir en pedazos.

Creo que el uso de tatuajes como expresión de los afectos muestra que Peter tenía severas dificultades de simbolización y que sólo podía expresar sus afectos, en este momento, a través de un acto concreto. Avzaradel (2011) también describe algo semejante:

Matters of clinical importance become paramount because in the case of patients with severe pathologies their thought is clearly prejudiced. It is concrete, with no symbolic content. We can see this in compulsive behavior where symptoms involve something concrete, for example, food, alcohol, and drugs. Such patients spring into action without thinking. (Avzaradel, 2011, p. 834).⁸

Avzaradel incluso propone una técnica interpretativa en la que se debe intentar interpretar en pequeñas dosis y a niveles sensoriales lo que se percibe del material del paciente, con el fin de ayudarlo a desarrollar una capacidad simbólica que le haga comprender la comunicación del analista.

La comprensión del paciente carecía de un desarrollo simbólico con el que poder poner en palabras los sentimientos y pensamientos. Se comunicaba por un lenguaje de actos en el cuerpo, como los tatau-

8. "Cuestiones de importancia clínica se tornan fundamentales porque, en el caso de pacientes con patologías severas, su pensamiento se ve claramente perjudicado, volviéndose concreto y sin contenido simbólico. Podemos visualizar esto en el comportamiento compulsivo, en el que los síntomas involucran algo concreto, como por ejemplo comida, alcohol y drogas. Esos pacientes actúan sin pensar."

jes, y poseía una comprensión en la que los hechos y las palabras eran experimentados como concretos. Al experimentarse como teniendo una parte de sí mismo hueca, vacía, con un pedazo faltante, Peter no encontraba medios para expresarse con palabras y pensamientos, sino que condensaba sus afectos en los tatuajes, por ejemplo, haciendo que ello tuviera un carácter de concretud.

En los primeros años trabajamos intensamente sus temores persecutorios en relación conmigo, así como también su intensa ligazón y dependencia de mí. Fue un período muy difícil por el alto grado de angustia que el paciente experimentaba cuando nos deteníamos en su relación conmigo y con sus objetos internos.

Un fragmento de sesión:

P: Todo extraño... parece morir, duele todo, miedo y las voces no paran. ¡Sábado horrible! ¡Solo!

A: Como si yo me hubiera ido y te quedaras sin ayuda y también sin quien te proteja de las voces.

P: Te crees muy importante para mí... pero me ayudas poco. Las voces son más fuertes y asustan. No entiendo por qué te crees tan importante para mí. Siempre dices que me quedo solo en el fin de semana, sin ti. Pero me quedo con miedo de todo y no tengo a nadie, no sólo a ti.

A: Cuando te digo que sientes mi falta, entiendes que me estoy haciendo el importante, que estoy diciendo que no puedes estar sin mí. De esta forma sientes que soy yo quien te persigue, que soy una voz atormentándote.

P: Entendí... Pero todo es tan confuso. ¿Cómo me puedes ayudar?

A: Ayudándote a entender lo que sucede y lo que sientes.

(silencio)

P: Las voces no son claras, pero acusan. Tengo miedo de ser asesino e ir preso.

A: Las voces te acusan de haber asesinado a alguien y ello te atormenta.

P: Sí... me quedo asustado y no duermo... miedo de morir.

A: Entiendo que sientes temor de los sentimientos y pensamientos que experimentas y que temes que yo no pueda ayudarte. Siempre que te muestro la relación de estos sentimientos conmigo sientes que soy yo quien pone esos sentimientos en ti. Y eso te asusta.

P: No entiendo algunas cosas y me quedo pensando que quieres aprovecharte de mí.

A: ¿Cómo?

P: Haciendo que yo piense ciertas cosas.

A: ¿Como qué?

P: (silencio). Miedo de que tu pensamiento entre en mi cabeza.

A: Si tienes pensamientos que te incomodan, los tienes que poner afuera. Si yo hablo algo de esto contigo, entonces estoy poniendo esos pensamientos de nuevo en tu cabeza.

P: Tú puedes hacer que me sienta loco, sin cura y con la cabeza llena de cosas.

A: Cuando hablo sobre lo que sientes.

P: Cuando dices que yo pienso ciertas cosas.

A: Entonces sientes que estamos en una relación en la que tú intentas comunicarme algo y yo pongo cosas en tu cabeza.

P: Sí, es justo eso lo que sucede. Me pasa con otras personas también, yo hablo y ellos ponen cosas en mi cabeza.

A: Entiendo lo que quieres decir. Tal vez podamos intentar entender por qué estos sentimientos están presentes en ti.

P: Porque falta un pedazo en mi cabeza, siempre me pareció que faltaba un pedazo.

A: ¿Cuál?

P: No sé... falta.

A: Un pedazo que quedó perdido, tal vez evacuado.

P: El tatuaje me calma.

A: Da un sentido.

P: Sólo me hago tatuajes cuando estoy angustiado.

A: Y generalmente siempre está relacionado con mis vacaciones, feriados o algo así.

A: Cuando estás angustiado pones la angustia afuera y queda un vacío, falta un pedazo.

P: Falta un pedazo

Mis interpretaciones eran, al principio, sentidas como ataques por mi parte o incluso como rechazo. Fue necesario trabajar cómo se sentía él y cómo se relacionaba conmigo y con los otros, intentando con esto establecer un setting y una confianza que permitieran avanzar en el trabajo. Pasé también a no interpretar largamente, siendo más preciso, así como también a dosificar las interpretaciones trans-ferenciales, modelo propuesto por Avzaradel (2011).

En el tercer año de análisis estaba menos tenso, ya dormía sin medicación y había disminuido en gran medida su temor paranoide. Por esta época su madre se sometió a una cirugía para reparar secuelas del accidente. Peter, entonces, tuvo un nuevo episodio psicótico caracterizado por un fuerte temor de salir a la calle. Se encerraba en su cuarto rehusando el contacto con su madre y también conmigo. Luego de unas dos semanas aceptó volver al consultorio y retomamos el análisis. Pensé en la posibilidad de atenderlo en su casa, pero no aceptó. Sólo aceptó que el psiquiatra fuera a su casa.

A la primera sesión de regreso al consultorio llega con un nuevo tatuaje con el diseño de un cajón de difunto. Le hablo del temor de perder a su madre y me dice que escuchó voces que decían que su madre iba a morir durante la cirugía. El pavor estaba otra vez impreso en su rostro y volvió a decir que había perdido un pedazo de su vida. Cuando hablábamos sobre el accidente en que murió su padre, decía que no lograba recordar nada, que su cabeza estaba en blanco, y lo repetía continuamente. Intenté ver con él lo que había sucedido ahora y lo había llevado a este nuevo brote psicótico y pudimos comprender que había perdido, de algún modo, el análisis dentro de sí y que estando solo frente a la amenaza, que sentía de muerte de la madre en la cirugía, se desesperó. Me dijo que escuchar voces y ver cosas era mejor que sentirse vacío, un muerto vivo y que prefería exaltarse a experimentarse muerto o casi muerto (Andrade Jr., 1991).

Uno de sus delirios era la idea de que debía seguir un pasaje de la Biblia en el que, según él, se decía que los humildes serían privilegiados y que serían ellos los que alcanzarían el reino de los cielos. Para él la peor humillación para un hombre era la de ser homosexual y tener relaciones con otro hombre. De esta fantasía surgían los temores homosexuales, las voces que lo acusaban de ser homosexual

y el miedo de relacionarse conmigo y tener que ser sodomizado por mí para curarse.

Pude comprender que lo que él decía que había olvidado, estaba vivo, amenazándolo internamente. Cualquier abordaje en este sentido era rechazado por él, llegando a amenazar con abandonar el tratamiento si yo tocaba algo de lo referente al accidente o a su falta de memoria e incluso a los sentimientos homosexuales.

Una viñeta:

P: Creo que sólo voy a salvarme si soy humillado de la manera que ya dije. Si tengo una relación sexual con un hombre.

A: Entiendo que tienes el sentimiento de que necesitas pasar por una gran humillación para salvarte. Parece que tuvieras que ser castigado por algo que sucedió.

P: No es nada de eso, sigues inventado cosas, acusándome de ser malo y asesino.

A: Entendiste lo que yo dije como si estuviera poniendo algo malo en ti.

P: Tú me estás acusando. Yo no soy una mala persona.

A: Tal vez podamos comprender cómo tú entiendes lo que yo digo. Qué significado está siendo dado a lo que hablo contigo.

P: Las voces me acusan, tengo miedo de volverme un enfermo mental.

A: Temes al sentido que le das a lo que sientes y temes que yo esté poniendo ideas en ti que no son tuyas. Entonces te rehúsas a pensar lo que digo, por miedo a que yo te esté acusando. ¿Ya percibiste que lo que tú dices que yo pongo en tu cabeza tiene que ver con lo que sientes?

P: Me parece que todo es muy extraño. Puedo creer que no me quieras perjudicar, pero tengo miedo. No entiendo muchas cosas. Todo termina faltando en mi cabeza.

A: Tienes razón, termina faltando un sentido claro para lo que experimentas.

P: Creo que sólo me puedes ayudar si controlas las voces.

A: Si controlo mi voz.

P: No sé si lo hablé contigo o si lo pensé, pero creo que estoy ligado a ti, vengo aquí todos los días. Necesito ser más yo mismo.

A: Entiendo que necesitas sentirte mentalmente separado de mí y que tu contacto conmigo te deja sin saber quién es quién aquí. Como un bebé que mama del pecho de la madre y no puede discriminar quién es él y quién es el pecho.

P: Causa confusión.

A: Sí, causa confusión entre lo que sientes y piensas y lo que yo te digo.

P: A veces me quedo sin saber si fuiste tú el que dijo ciertas cosas.

Al retorno de unas vacaciones mías, llega a la primera sesión con una bolsa llena de recortes de diarios, fotografías y cuadernos escolares que deposita en el piso, cerca de mi sillón. Me dice que me va a mostrar una serie de cosas, pero que yo no tengo que decir nada, simplemente mirar. Seguí las ideas de Honigsztejn (1990), basadas en Klein (1952a), en cuanto al impulso de integración en el que, según Honigsztejn, el paciente necesita de un objeto que lo ayude a integrarse. Creo que cuando Peter me pidió que tan sólo escuchara y no dijera nada, estaba

necesitando pasar por la experiencia del contacto con un objeto que funcionara como continente y lo llevara a la integración.

Hubo un cambio en este contacto conmigo, pasó a saludarme con un apretón de manos al llegar y al irse. Se dio una gran disminución del temor homosexual. El trabajo emprendido tanto en relación con el pavor de sentirse un muerto vivo, como en cuanto al sentimiento de que era preferible delirar y alucinar a percibirse vacío y muerto, dio buenos resultados. Esto llevó a que el paciente pudiera percibir cuánto se vaciaba a través de la identificación proyectiva masiva (Almeida Prado, 1983).

Un fragmento de sesión de este período:

P: Cuando hablas del accidente me acusas.

A: ¿De qué?

P: No sé, pero me acusas, como si yo hubiera querido tener ese accidente. Yo no quería, ¿entiendes?

A: Creo que cuando te digo algo, le estoy dando voz a sentimientos tuyos que aún no logras pensar. Pueden ser sentimientos en relación con el accidente.

P: No me gusta pensar en el accidente. Siento un agujero grande en la cabeza, sigue faltando un pedazo.

A: Es el pedazo que falta lo que te asusta. Es una falta, pero también es una presencia.

P: Es un agujero grande y sigo creyendo que pensar en estas cosas me va a dejar muy mal.

(silencio)

P: ¿Recuerdas que dije que seguir escuchando voces y viendo cosas a veces es mejor que sentirse vacío? Pues es el vacío, es la muerte, voy a caer y morir, no sé muy bien cómo, pero tengo miedo de quedar todo partido, como me dijiste una vez.

A: Miedo de fragmentarte y caer en el vacío. Ver cosas o escuchar voces llena el vacío, tal vez le da un sentido a algo terrible. Quizás a algo imaginado.

P: Todo es muy peligroso. Hay muchas formas de morir. Caer al vacío es morir de desesperación.

P: Sentimientos de muerte.

A: Sentimientos en relación a lo que experimentaste por el accidente, por ejemplo. Sentimientos que surgen aquí en la relación conmigo y que te dan miedo de que yo muera a causa de tus pensamientos.

P: Nunca tuve amigos, pocos... y siempre tuve miedo de relacionarme. Me angustiaban los vínculos, me quedaba con muchas ideas feas en la cabeza.

A: Como si al tener una idea fea en la cabeza ella fuera a suceder. Si te vinculas conmigo y sientes esta relación, podría pasar algo conmigo debido a tus ideas.

P: Las ideas son siempre malas...

Aquí, en este momento de la sesión, había un sentimiento depresivo en el paciente, estaba un poco más integrado y experimentaba dolor en relación a lo que sucedía con él. Continuamos explorando este dolor en las siguientes sesiones. Creo que el hecho de haber dosificado las interpretaciones transferenciales y haberlo ayudado a pensar en su experiencia emocional, contribuyó al comienzo de la

integración. Surgió un interés mayor por parte del paciente de conversar sobre los hechos de su vida, así como un sentimiento de poder unir experiencias que dieran sentido a sus sentimientos de miedo y confusión. Fue el inicio de una relación objetal más evolucionada, en la que me experimentaba como alguien que ya no lo amenazaba tanto. Yo percibía cuán importante era para Peter revivir los hechos traumáticos de su vida. Al principio todo parecía resumirse en el accidente, pero posteriormente surgirían otros temas.

Un fragmento de sesión de este período:

P: Tengo ganas de tener amigos y hacer cosas que no hago.

P: Tener vida social sin miedo. Hoy me desperté y me di cuenta que soñé con un amigo que tenía. El me llamaba y yo respondía. Y no me quedé asustado pensando que quería perjudicarme.

A: ¿Te has dado cuenta de que al disminuir las voces también disminuyó el miedo a vincularse?

P: Sí. Creo que tengo un agujero, pero no es tan grande. En el sueño había un puente también. No me acuerdo de más nada.

A: ¿Qué unía ese puente?

P: No sé. Tal vez tenga que ver con las voces que disminuyeron y que entonces me quedo más tranquilo.

A: Quizás el puente junte diferentes aspectos tuyos, por ejemplo, un sentimiento de vacío con una comprensión de este vacío. Tú con tu historia.

P: Estoy pudiendo hablar más de las cosas que pasaron conmigo.

Al final de una sesión del viernes me entrega una foto y se va. Al mirarla, lo veo con unos dos años de edad, sentado en el piso y jugando con un autito. En el reverso de la foto decía su nombre y la edad que tenía en ese entonces: dos años y dos meses. Me llamó la atención su expresión de tristeza en esa foto. En la sesión del lunes me pregunta si vi la foto y dice que su madre le contó que en el período en que fue sacada ella había tenido un aborto y una subsecuente hemorragia que la llevó a ser internada en un hospital por algunos días. Me contó que su madre le dijo que él quedó muy perturbado en ese período y que también reaccionó de modo extraño, aislándose cuando ella contó que estaba embarazada. Le dije que quizás su expresión de tristeza estuviera relacionada con los eventos relatados. Algunas sesiones después se quejó de que el paciente anterior a él era bastante antipático y que salía de la sesión con aires de dueño de casa. Peter nunca se había referido a ningún otro paciente con quien se cruzara en el consultorio. Le dije que se podría estar sintiendo incómodo por sentir celos de mi relación con el otro paciente y que el hecho de que el otro paciente pareciera ser el dueño de casa daba la impresión de cierta intimidad entre nosotros. Conecté este hecho con el embarazo de su madre y sus malestares relativos a sus fantasías. Me dijo que tenía miedo de que algo pudiera suceder conmigo, por lo que entonces le dije que temía que sus pensamientos pudieran hacer que yo me lastimara o incluso que me accidentara.

Empezó entonces a hablar del padre y durante varias sesiones estuvo muy conmovido y angustiado, con dolores en el pecho, pensando que estaba teniendo un infarto y llegando incluso a ir a la emergencia de un hospital para hacerse algunos exámenes porque sentía



que se estaba muriendo. Fue un período difícil porque me acusaba de querer despertar cosas muertas para provocar su muerte. Interpreté que tenía miedo de pensar en la muerte del bebé en la barriga de su madre y también en el accidente, por miedo de haber tenido la culpa, puesto que él se sentía responsable por lo ocurrido. También vimos su temor de vérselas con el accidente que sentía que tenía dentro de sí, es decir, el temor de percibir cómo atacó sus objetos internos, dejándolos damnificados.

Entendí las voces que resurgieron en este momento como expresión de la culpa persecutoria que lo asediaba, acusándolo de ser asesino. También pensé en el temor por una retaliación por parte de los objetos atacados. Cuando le interpreté estas ideas a los largo de algunas sesiones demostró alivio.

Algunas sesiones más adelante trajo un autito de juguete y me dijo que lo obtuvo cuando tenía dos años y que estaba con ese autito cuando ocurrió el accidente. Desde entonces nunca más había jugado con él y éste había quedado guardado en un cajón. Percibí el impacto de sus sentimientos en mí y resolví decirle que buscaba rescatar los sentimientos en relación con su padre que habían quedado guardados. Creo que este tipo de experiencia sirvió para que Peter pudiera pensar y revivir el trauma conmigo, alcanzando así un insight sobre su experiencia emocional. Se dio, a mi entender, una recuperación de la relación con el padre que había sido perjudicada por el temor de sus sentimientos en relación con el accidente. Este es un ejemplo de la construcción de un aparato psíquico que puede pensar y relacionarse.

Un fragmento de sesión de esta época:

P: Me da mucha pena no haber tenido más tiempo con mi padre. Creo que no estaría enfermo si él estuviera vivo.

A: Me quieres decir que tu padre se quedó con una parte saludable tuya y que tú fuiste privado de ella... y sin ella, te enfermaste.

P: Sé que no es así, pero parece que es eso lo que siento. Creo que cuando él murió también murió algo mío.

A: Me muestras que quedaste con un padre muerto dentro de ti y que este padre muerto podría ser un muerto que te perturba y te enferma. Un muerto que no fue enterrado. Quedó en ti como un muerto más vivo que muerto.

P: Creo que él no puede morir.

A: No puede ser considerado como un muerto por ti, entonces no hay posibilidad de hacer un duelo y encontrar un lugar para tu padre en ti. Quedó un odio por el padre que murió y te dejó. Un sentimiento de que tú y tu padre muerto quedaron mezclados en ti.

P: Puede ser, pero ahora estoy hablando de todo esto y me da miedo morir, pero también tengo ganas de hablar de todas estas cosas. Nunca pensé que iba a poder hablar de todo esto.

En esta sesión es posible percibir un cambio en el lenguaje y en la comprensión de Peter, parece ser más capaz de pensar y entender lo que le interpreto. Al tomar contacto con los sentimientos involucrados en la muerte del padre y del bebé que la madre abortó, Peter fue tomado por fuertes angustias esquizo-paranoides y depresivas. Me quedé preocupado frente a su angustia de muerte y sus temores de volver a tener un nuevo brote, por lo que intenté entrar en contacto con sus sentimientos, comprendiendo el modelo de relación objetal que se estaba estableciendo. Es decir, él angustiado y yo preocupado por él. Me contó entonces que su madre le dijo que tanto en el aborto como en el accidente había quedado muy deprimida y necesitó de ayuda psiquiátrica. Dijo también que en esta época él fue cuidado por los abuelos maternos, lo que intensificó los miedos de también haberla perdido a ella. Fue ello lo que pensé que estaba siendo experimentado conmigo, transferencialmente, a través de su desesperación y de mi preocupación por él. Continuando con estos temas, me dijo que su madre también le contó que tuvo una pequeña depresión cuando lo amamantaba, debido a que sufría de dolores en los pezones. Dijo que ella entró en pánico por el miedo de no poder amamantarlo y que él lloraba mucho. Fue necesaria la intervención del pediatra para que ella recuperara la confianza y el amamantamiento prosiguiera. Pienso también que las angustias presentes en esta época quedaron sin representación adecuada y que tanto cuando sucedió lo del aborto de la madre como luego con el accidente, hubo un incremento de estas experiencias, que lo llevaron a los extraños comportamientos de aislamiento y agresividad que la madre me describió cuando, a pedido del paciente, vino a conversar conmigo al inicio del tratamiento.

El hecho de que la madre hubiera tenido estos episodios depresivos en épocas precoces de la vida de Peter, se sumó al modo en cómo él experimentó y fantaseó tales sucesos. Estos dos elementos juntos constituyeron el núcleo de las actividades delirantes y alucinatorias de Peter. Así como también, a mi entender, dieron origen a un modelo de relación objetal bastante perturbado. Estos hechos causaron la fragmentación de sus vivencias psíquicas y la dificultad para tener una continuidad en el tiempo. Las experiencias eran vividas no sólo de modo amenazador, sino también como hechos concretos que lo destruirían a él y al objeto con el cual se relacionara.

Podemos conjeturar que puede haber sido posible que su madre haya proyectado su angustia en Peter y que estos elementos proyectados hayan quedado como algo no digerido, sin condiciones como para ser pensados o comprendidos. En verdad, los elementos proyectados invaden la mente del paciente y se tornan perseguidores. Avzaradel (2011), en el trabajo antes citado, describe algo semejante:

When mothers project their alpha elements they do it holding their babies in their arms, sheltering them, making them feel peaceful, loved, calm. All of this favors their babies' healthy development. When mothers project beta elements, in a track contrary to what we normally study, they may not only fail to digest beta elements for their babies, they may also invade their babies' mind with something that cannot be digested since it has not undergone any thought process because none was available. (Avzaradel, 2011, p. 841).⁹

En una sesión próxima al décimo primer año de tratamiento llega con un reloj en la muñeca, por vez primera. Parecía un niño pequeño aprendiendo a leer la hora. Y lo era, puesto que estaba empezando a entamar una continuidad en relación a los hechos de su vida. Su discurso era más articulado y ya pensaba en términos de pasado, presente y futuro.

Una sesión de esta época:

P: Estoy hablando muchas cosas acá que antes no podía. Creo que el miedo de morir, de partirme en pedazos, pasó. Pero es muy duro hablar de todo esto, me da tristeza.

A: Entiendo lo que quieres decir, pero a pesar de la tristeza no pareces estar desesperado por sentirla.

P: Es verdad. Vengo sin aquel sentimiento de que me vas a perjudicar y sé que esto me hizo entender muchas cosas. Pero me quedo triste. No desesperado, triste.

A: Parece una tristeza que puede ser soportable y también pensada. Quizás tiene algo que ver con el puente del sueño.

P: El otro día hablaste de unir hechos diferentes de mi vida, pasado con presente, creo que fue eso.

A: Fue eso....

P: Siento que tengo una vida y parece que en la vida se sufre también.

Resumen

A partir del análisis de un paciente psicótico el autor busca discutir la construcción de un aparato mental capaz de simbolizar, pensar y relacionarse con los objetos. Cuestiones técnicas que se apoyan en las ideas desarrolladas por el autor serán consideradas. También es considerada la idea de Bion sobre función alfa, así como *rêverie* y desarrollo de la capacidad de pensar. Algunos autores post bionianos que también escribieron sobre la capacidad de pensar los pensamien-

9. "Cuando la madre proyecta sus elementos alfa, lo hace sosteniendo a su bebé en los brazos, abrigándolo, haciendo que se sienta sereno, amado, calmo. Todo ello favorece el desarrollo saludable de su bebé. Cuando la madre proyecta elementos beta, en un sentido contrario al que normalmente estudiamos, ella no solamente falla en la función de digerir los elementos beta para su bebé, sino que también invade su mente con algo que no puede ser digerido, puesto que no pasó por ningún proceso de pensamiento, porque nada de ello estaba disponible."



tos y crear símbolos fueron considerados y discutidos por el autor. La recuperación de experiencias pasadas a través de la construcción de un aparato psíquico permitió al paciente tener acceso al pensamiento simbólico. La relación transferencial y contratransferencial es discutida para que se pueda comprender el desarrollo de las ideas presentadas y la evolución del proceso analítico.

Descriptor: *Pensamiento, Aparato psíquico, Transferencia, Contratransferencia, Simbolismo.*

Abstract

Starting from the analysis of a psychotic patient it is the author's intention to discuss the construction of a mental apparatus capable to symbolize, think, feel and have object relations. Technical questions that support ideas developed by the author in the paper will be considered. Bion's idea about alpha function is also considered, as well as reverie and the development of thoughts. Some post Bion authors that have written about the capacity to think thoughts and to create symbols are taken in consideration. The recovering of the past experiences through the construction of a mental apparatus allowed the patient to have access to symbolic thought. Main focus on transference and countertransference relationship will be considered in order to understand the development of the ideas presented and the evolution of the process of analysis.

Keywords: *Thought, Psychic apparatus, Transference, Countertransference, Symbolism.*

Referencias

Almeida Prado, M. P. (1983). *Psicanálise de psicóticos*. Rio de Janeiro: Plurarte Editora.

Andrade Jr, A. M. (Maio, 1991). *Crise psicótica: Uma defesa contra o sentimento de morte*. Trabajo presentado en el XIII Congresso Brasileiro de Psicanálise de la Sociedade Brasileira de Psicanálise de São Paulo, San Pablo.

Avzaradel, J. R. (2011). On the construction of thinking. *The International Journal of Psychoanalysis*, 92(4), 833-858.

Barros, E. M. (2000). Affect and pictographic image: The constitution of meaning in mental life. *The International Journal of Psychoanalysis*, 81(6), 1087-1099.

Barros, E. M., & Barros, E. L. (2011). Reflections on the clinical implications of symbolism. *The International Journal of Psychoanalysis*, 92(4), 879-901.

Bion, W. R. (1962). *Learning from experience*. London: Heinemann.

Bion, W. R. (1967). *Second thoughts: Selected papers on psychoanalysis*. London: Heinemann.

Bion, W. R. (1994). *Clinical seminars and other works*. London: Karnac.

Brenman, E. (2006). *Recovery of the lost good object*. London: Routledge.

Cimino, C., & Correale, A. (2005). Projective identification and consciousness alteration: A bridge between psychoanalysis and neuroscience? *The International Journal of Psychoanalysis*, 86(1), 51-60.

-
- De Masi, F. (2009). *Vulnerability to psychosis*. London: Karnac.
-
- Feldman, M., & Spillius, E. B. (Eds.). (1989). *Psychic equilibrium and psychic change: Selected papers of Betty Joseph*. London: Routledge.
-
- Freud, S. (1958a). The dynamics of transference. En *Standard edition* (Vol. 12, pp. 97-108). London: Hogarth. (Trabajo original publicado en 1912)
-
- Freud, S. (1958b). Further recommendations on the technique of psychoanalysis II. En *Standard edition* (Vol. 12, pp. 145-156). London: Hogarth. (Trabajo original publicado en 1914)
-
- Freud, S. (1963). Introductory lectures on psychoanalysis. En *Standard edition* (Vol. 15, pp. 3-463). London: Hogarth. (Trabajo original publicado en 1916)
-
- Freud, S. (1964). Constructions in analysis. En *Standard edition* (Vol. 23, pp. 255-269). London: Hogarth. (Trabajo original publicado en 1937)
-
- Honigsztejn, H. (1990). *A psicologia da criação*. Rio de Janeiro: Imago.
-
- Joseph, B. (1985). Transference: The total situation. *The International Journal of Psychoanalysis*, 66, 447-454.
-
- Klein, M. (1946). Notes on some schizoid mechanisms. *The International Journal of Psychoanalysis*, 27, 99-110.
-
- Klein, M. (1952a). The origins of transference. *The International Journal of Psychoanalysis*, 33, 433-438.
-
- Klein, M. (1952b). Some theoretical conclusions regarding the emotional life of the infant. En *The writings of Melanie Klein* (Vol.3, pp. 61-93). London: Hogarth Press.
-
- Levy, R. (2012). From symbolizing to non-symbolizing within the scope of a link: From dreams to shouts of terror caused by an absent presence. *The International Journal of Psychoanalysis*, 93(4), 837-862.
-
- Ogden, T. (1980). On the nature of schizophrenic conflict. *The International Journal of Psychoanalysis*, 61, 513-533.
-
- Ogden, T. (1994). Projective identification and the subjugating third. En T. Ogden, *Subject of analysis* (pp. 97-106). Northvale: Aronson.
-
- Ogden, T. (1995). Analyzing forms of aliveness and deadness of the transference-countertransference. *The International Journal of Psychoanalysis*, 76, 695-710.
-
- Ogden, T. (1997). Reverie and metaphor: Some thoughts on how I work as a psychoanalyst. *The International Journal of Psychoanalysis*, 78, 719-732.
-
- Riesenberg-Malcolm, R. (1986). Interpretation: The past in the present. *The International Review of Psychoanalysis*, 13, 433-443.
-
- Rosenfeld, H. (1965). *Psychotic states*. London: Hogarth Press.
-
- Rosenfeld, H. (1983). Primitive object relations and mechanisms. *The International Journal of Psychoanalysis*, 64, 261-267.
-
- Rosenfeld, H. (1987). *Impasse and interpretation*. London: Routledge.
-
- Rosenfeld, H. (1988). Contribution to the psychopathology of psychotic states: The importance of projective identification in the ego structure and object relations of the psychotic patient. En E. B. Spillius (Ed.), *Melanie Klein today* (Vol 1, pp. 117-137). London: Routledge. (Trabajo original publicado en 1971)
-
- Segal, H. (1957). Notes on symbol formation. *The International Journal of Psychoanalysis*, 38, 391-397.
-
- Segal, H. (1964). *Introduction to the work of Melanie Klein*. London: Heinemann.
-
- Segal, H. (1991). *Dream, phantasy and art*. London: Routledge.
-
- Spillius, E. B. (Ed.). (1988). *Melanie Klein today: Developments in theory and practice* (Vols. 1-2). London: Routledge.
-
- Spillius, E. B. (2007). *Encounters with Melanie Klein: Selected papers of Elizabeth Spillius*. London: Routledge.
-
- Steiner, J. (1984). Some reflections on the analysis of transference: A kleinian view. *Psychoanalytic Inquiry*, 4(3), 443-463.
-
- Steiner, J. (1993). *Psychic retreats: Pathological organizations in psychotic, neurotic and borderlines patients*. London: Routledge.
-
- Steiner, J. (Ed.). (2008). *Rosenfeld in retrospect: Essays on his clinical influence*. London: Routledge.



Luis Campalans Pereda*

La cura analítica como producto artesanal

“En realidad estamos utilizando un tipo de artesanía muy especial, una artesanía con arcilla pensante, artesanía de la relación intersubjetiva, artesanía del convencimiento.”
Willy Baranger (1994)

Vamos a abordar el tema de las herramientas, instrumentos y dispositivos del analista, es decir de aquellos recursos que en la cura operan e intervienen en la producción de los efectos propiamente analíticos y que definimos como efectos subjetivos (“neo-creaciones”, decía Freud en 1937) más allá de la mera mejoría o remisión sintomática, que sería el objetivo común a todas las psicoterapias.

Es un “in-dividuo” el que llega a la sesión, a partir de la cual -si hay operación analítica- podrá hacer alguna experiencia de su división, es decir de la discontinuidad radical del inconsciente reprimido como “dominio extranjero interior” respecto del Yo; sujeto del inconsciente que “antes” no estaba y que será una producción en transferencia, generando eventualmente efectos sobre ese individuo que volverá “después”, con alguna diferencia, a retirarse de la sesión.

A modo de punto de partida de nuestro abordaje del tema pro-

* Asociación Psicoanalítica Argentina.

pondremos una premisa que intentaremos luego desplegar, fundamentar y cuestionar y que formularemos así: *la suma de las herramientas e instrumentos del analista se condensan y se sostienen en una sola: el analista mismo como herramienta, pero ello a condición de la progresiva destitución de su persona*. El establecimiento de la transferencia, más que una herramienta, la pensaremos como la condición misma de la posibilidad de eficacia de cualquier herramienta.

Por un lado esta formulación resuena y remite a aquella máxima freudiana expresada en los “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico” (Freud, 1912/1980b) cuando sostiene que el analista “debe estar en condiciones de servirse así de su propio inconsciente como instrumento del análisis” mostrando que el inconsciente, “receptor” dice Freud, del analista o para mejor decir la experiencia con su inconsciente, es el instrumento privilegiado de su operatoria. Por otro lado no se nos escapa el carácter paradójal y contradictorio de esta formulación, una de las tantas maneras de intentar describir o asir, esa imposibilidad o aporía que conlleva o es inherente a la posición del analista.

Posición del analista: el lugar y la persona

Al respecto, cuando nos referimos al “analista” se hace siempre necesario distinguir o discriminar entre el lugar (o la función) y la persona, para poder sostener la pregunta por la especificidad de nuestra posición, rescatando su complejidad y sus exigencias. ¿Qué cosa es el analista? ¿Una especie de padre o de madre, un guía, un educador, un amigo tal vez? ¿Qué de él opera generando efectos analíticos? ¿Su saber teórico, sus sentimientos, su comprensión, sus valores e ideales?

A despecho de su desdoblamiento, estas dos dimensiones, la del “analista” como lugar y función otorgada por la transferencia y la del que brinda en préstamo su persona para encarnarla, se dan mezcladas en la experiencia. No solamente serían estrictamente inseparables sino que su relación sería más bien inversamente proporcional: cuanto más inmiscuida esté la “persona” (como “apariciencia”), cuanto más protagonista sea el Yo del analista, más se obturará el lugar y viceversa: cuanto menos “personal” se torne la cura, más operativa estará la función. Vemos también que habría tres (el analizante, el analista y el lugar) en la aparentemente dual “Situación analítica”, lo que nos permite pensarla como una estructura triangular más allá de la elemental captación del “tú y yo, aquí y ahora”.

El problema insoluble consiste en que es a la persona a la que le toca sostener y soportar la transferencia que la función promueve. No solo en lo que atañe a las vicisitudes transferenciales y a las dificultades de su “manejo” sino a la permanente tentación de olvidar que “el sujeto que supuestamente sabe” debe saber que no sabe; a la tentación pigmaliónica de creer que sabemos lo que sería mejor o lo que necesita cada uno de nuestros pacientes. Más allá de las buenas intenciones, ello tiende a operar en la transferencia como mandato superyóico con su correlato de angustia en el analizante.

Inevitablemente, entonces, el analista no puede sostener su función sin involucrarse, está implicado y debe saberlo; pone el cuerpo,

[illegible]

Dicho de otra forma, hace falta la convalidación o sanción del Otro para que se produzca efecto de sujeto.

Definimos luego “la escucha” como una operación de lectura sobre un relato para producir un efecto de sujeto que no pre-existe a dicha operación y cuyo paradigma en la obra de Freud sigue siendo, a nuestro entender, la interpretación de los sueños. En tanto el sueño no es el fenómeno onírico como tal, sino solamente su relato o enunciado, la interpretación procede en forma invertida como enunciación y apunta al deseo inconsciente que le subyace. Por ende, la escucha no podría ser la aplicación de un saber previo puesto que la lectura de lo latente adviene en un segundo tiempo que no puede ser anterior a lo que marque lo manifiesto.

Esta lectura no consiste en la búsqueda hermenéutica de un significado oculto o último ni tampoco en el mecanismo interpretativo de los delirios paranoicos. La escucha como lectura consiste en recortar y puntuar aspectos del relato como significantes apelando al equívoco, la polisemia y multivocidad de la lengua, para que con sus desplazamientos, sustituciones y asociaciones le otorguen fundamento a producir un otro decir en lo efectivamente dicho, algo connotado en lo denotado. Vemos asimismo que la interpretación como herramienta no tendría otro referente por fuera del relato mismo que sería, por así decir, la sustancia sobre la que ésta opera, ya que del dato empírico o del acontecimiento solo podemos tener y siempre después, su crónica o relato.

Queda claro también que no pensamos ese “efecto subjetivo” como sinónimo de una acumulación racional de información o de conocimiento sobre sí mismo sino como la producción como efecto metafórico de una verdad que atañe a su “realidad psíquica”. Efecto de corte que inscribe un antes y un después y que podrá ir desde la sorpresa, el aflujo de nuevo material asociativo hasta un reposicionamiento en la realidad, puesto que ésta no es una realidad “real” o “pura” sino que está construida por ficciones, del sujeto y de su contexto, y por eso asequible a la revisión y a la relectura. Si el efecto interpretativo es entonces efecto de verdad para el sujeto, se tratará de una verdad discursiva, es decir no empírica sino hecha de palabras y por ende sujeta a la ambigüedad del lenguaje, a cómo éste borra lo que acaba de decir y a la imposibilidad de poder decirse toda, hasta la última palabra. Corresponde luego renunciar a la ilusión de la certeza, de poder decir la “verdad verdadera” pues se trata solo de lo verosímil, que es relativo y cambiante. La certeza quedaría más bien del lado del fantasma inconsciente o del delirio, que insisten con la convicción de un saber oracular.

A modo de síntesis es interesante como Lacan (1964/1986) sitúa a la interpretación entre “la cita” y “el enigma”. Cita porque se apoya en el recorte de un texto o enunciado que implica al autor; enigma porque como lectura o enunciación queda abierta en su medio decir, evitando el exceso obturante de sentido. También es útil citar a un Edward Glover (1970) que se preguntaba por la “exactitud” de la interpretación y a un Heinrich Racker (1981) que se planteaba la interpretación “completa” que englobara y explicitara tanto la dimensión

histórica como la transferencial, para proponer por nuestra parte que toda interpretación no podría ser sino *inexacta*, en tanto verdad discursiva que no es la certeza, e *incompleta*, en tanto no sería posible decirlo Todo.

Regla fundamental y encuadre

Cuando en ese clásico texto de 1912 Freud propone las “reglas técnicas” del análisis las presenta como resultado de su experiencia y en particular del fracaso de los otros caminos intentados, la hipnosis y la sugestión, para hacer surgir el pasado en el presente. También las presenta como “consejos” por cuanto le resultaron las más adecuadas a su persona y deja abierto que otros analistas puedan revisarlas o adaptarlas. No obstante señala que ellas se resumen en “un solo precepto” que llama “regla fundamental del psicoanálisis” constituida por esa conjunción entre la “asociación libre” del lado del analizante y la “atención parejamente flotante” del lado del analista. Esta consiste en estar como “al azar” del relato, dice Freud y a la manera de Picasso (Lacan, 1964/1986) quien no busca nada sino que más bien encuentra. Vemos entonces que las “reglas técnicas” son preceptos y no requisitos, es decir son conceptuales y no instrumentales, pues los conceptos fundan o instituyen un campo pero no lo cierran, pues hay un real singular, propio de cada caso, que impide el cierre y el hacer serie. La regla como precepto viene a fundar una clínica, la clínica analítica, en función de la cual se constituyen dispositivos que están al servicio de su despliegue. El dispositivo analítico tendría así una parte invariable o inamovible que es el precepto en tanto este recorta y sostiene la especificidad de la cura analítica y en donde reside lo riguroso y una parte variable o móvil que sería lo que llamamos “encuadre”.

El término “dispositivo”, de fuerte resonancia foucaultiana y también informática, lo definimos como una organización de elementos heterogéneos discursivos y no discursivos que sirven a un objetivo estratégico, que en este caso es la cura analítica. Si bien el dispositivo puede ser asimilado a una relación de poder, es decir capaz de inducir conductas, la pensamos como un deslizamiento dependiente de cómo se lo use y de los contextos. Por ejemplo el dispositivo del “didáctico” en el contexto institucional cuando éste funciona para transmitir y sostener jerarquías, valores e ideales que van a quedar excluidos del análisis.

El “encuadre” se compondría de una serie de elementos: formato espacio-temporal (frecuencia y duración de las sesiones), uso del diván o del “frente a frente”, de acuerdo a lo que favorezca mejor la asociación en cada caso, presencia o no de los padres en el caso de un niño, etcétera, que vienen a conformar un marco o continente (es decir, que contiene) en cuyo interior se desarrolla la “situación” o el “campo” analítico, pensado como una Gestalt (fondo y figura) o bien la “escena” analítica, cuyos contornos pueden extenderse incluso hasta nuestros sueños como cuando se sueña con el analista.

El término “encuadre” solo es mencionado por Freud en una nota necrológica dedicada a Sandor Ferenczi en 1933 y es bien sabido que

presentó sus normas de encuadre a título de “consejos”, aquellos más acordes a cada individualidad, y que siempre se opuso a lo que llamó una “mecanización de la técnica” en tanto ésta desconoce la “extraordinaria diversidad de las constelaciones psíquicas” (Freud, 1912/1980d).

Sin duda la cuestión del “setting” fue promovida al primer plano por las teorías, la clínica, la tradición y la política post-freudianas, por lo común como un ritual sagrado, es decir intocable y de cuya estricta observancia dependería lo que se puede llamar “análisis” o no, un celo particularmente marcado en lo concerniente al análisis llamado “didáctico” o “de formación”. No obstante y en ese mismo contexto, algunos analistas como José Bleger (1967) en nuestro medio, plantearon que la “rigidez” del encuadre se hacía depositaria en forma “muda” de los aspectos más primitivos o reprimidos del paciente, que tienden a quedar no analizados o fuera del proceso. Lo rígido como mudo es aquello de lo que no se habla, de lo sagrado en tanto no se toca con la palabra. También cuestionó el designar como “resistencia” o “ataque” todo incumplimiento del encuadre y ejemplificó con un célebre caso cómo a veces su variación o ruptura espontánea “problematiza y obliga a la reelaboración”.

Arriesgamos decir, por todo ello, que la historia del psicoanálisis está y sigue estando en gran parte marcada por la confusión respecto de dónde situar el rigor, que se desplazó de los conceptos al encuadre, lo que transformó a éste de ser un medio a devenir un fin en sí mismo. Pensamos que la idea de su mantenimiento a ultranza está ligada a la necesidad de una ilusión de reaseguro en cuanto al poder sostener la posición del analista y que alivie las dudas y la angustia de su quehacer, tal vez a falta de mejores recursos. ¿No es un poco esa, acaso, la función de toda liturgia? En ella y en la ilusión que encubre y que hace masa, incluimos también el empleo sistemático y ritual de un recurso táctico como por ejemplo el llamado “corte de sesión”. Este fue usado por Lacan como una variante de la escansión del relato, flexibilizando el final de la sesión para que éste “no sea indiferente a la trama del discurso del analizante” y pueda precipitar un momento conclusivo. Está claro que el final de una sesión, sea reglada o variable, en tanto que corte, no es sin efectos subjetivos. ¿Acaso nunca se ha escuchado un “¡qué corta me resultó hoy la sesión!” o bien un anticipado “por hoy siento que fue suficiente”? Se tratará en todo caso de no privarse a priori de su utilidad por razones de sujeción a algún ideal analítico, en este caso el de la inviolabilidad del encuadre. A su vez, la paradoja del dogma de hacer fijo lo variable bien puede inducir a otra: la de restaurar al amo, ya no solo del saber sino del tiempo, que se pretendía destituir; amenazando borrar la diferencia entre lo inevitablemente arbitrario de cualquier duración de la sesión y la pura y simple arbitrariedad.

En cuanto al tiempo, sin duda que la cura analítica necesita del tiempo de los relojes, sucesivo y diacrónico para desplegarse, pero también sobre él operan otras categorías temporales. Además de recordar la premisa freudiana sobre la “atemporalidad” del deseo inconsciente hay que situar a la “resignificación a posteriori” (*Nachträ-*

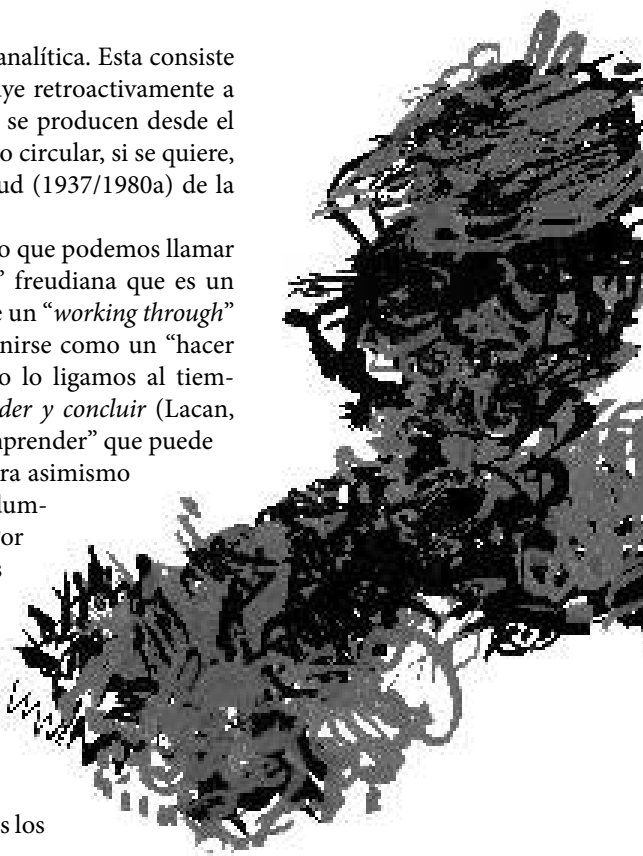
glich) como el tiempo propio de la operación analítica. Esta consiste en una lectura como creación que se constituye retroactivamente a lo leído; de esta forma el pasado y la historia se producen desde el presente y quedan abiertos al futuro; un tiempo circular, si se quiere, pero sin cierre; asintótico, como lo tomó Freud (1937/1980a) de la geometría.

El tiempo del análisis es también un tiempo que podemos llamar elaborativo, el tiempo de la “*Durcharbeitung*” freudiana que es un trabajo que escapa al tiempo cronológico; el de un “*working through*” que concierne al analizante y que podría definirse como un “hacer algo diferente con la repetición”. Por un lado lo ligamos al tiempo lógico y sus tres momentos: *ver*, *comprender* y *concluir* (Lacan, 1945/1979b) y en particular al “tiempo de comprender” que puede consistir en meses o años. El acertijo demuestra asimismo que no hay saber previo al acto ni más certidumbre que la anticipada, es decir sin garantía. Por otro lado ese tiempo también lo asociamos al modelo o juego del “fort-da” freudiano (1920), es decir a la necesaria sucesión de la presencia y la ausencia del objeto para que haya trabajo elaborativo, lo cual remitiría a la alternancia de las sesiones y de los intervalos entre ellas como corte, cuestionando la idea de que “cuanto más frecuencia, mejor”, generalizando además esta prescripción a todos los casos.

En síntesis, no habría análisis sin algún tipo de “encuadre” o “dispositivo” que lo regle por flexible que este fuese, aún si se tratase de un “anti encuadre” y del que se necesita tanto cierta constancia como disposición a modificarlo según se lo crea necesario.

Deseo del analista y contratransferencia

La noción de “contratransferencia” ha sido sobrecargada a lo largo de la historia del análisis deviniendo confusa e imprecisa. El término fue acuñado por Freud en 1910 introduciéndolo como obstáculo e interferencia de la persona del analista en la cura, de sus sentimientos y valores, es decir como una resistencia de éste, constituyéndose por ello en uno de los fundamentos de la exigencia del análisis de analista. No olvidemos que Freud situó la resistencia en el Yo y no en el inconsciente. Más trascendente aún nos parece el legado de su propia contratransferencia, algunas veces reconocida por el mismo Freud y otras no: desde la presión a Irma para que acepte su solución, pasando por la anticipación prejuiciosa con Dora y la “Joven homosexual” hasta la sujeción ejercida sobre Serguei Petrov, “El hombre de los lobos” al que luego reconoce haber presionado demasiado. Pero será a partir de los años 50 que la noción es retomada y valorizada por diversos autores (P. Heimann, M. Little, H. Racker, D. Winnicott, etcétera), adquiriendo un nuevo cariz que la promovió, también con diversos matices, al estatuto de una de las herramientas privilegiadas de la cura.



Pensamos a la “contratransferencia” como el efecto de una de las dimensiones de la situación analítica que es la relación dual, de simetría o complementariedad entre los yoes, lo cual remite a lo que la transferencia tiene de recíproca, de “intersubjetiva” e implica básicamente al Yo del analista. Pero esto deja en la oscuridad lo que ella tiene de asimétrico, la esencial disparidad constitutiva de la transferencia, de la que depende la operación analítica y en la cual el analista no es una persona sino un lugar, evocando más bien la función del objeto perdido.

Freud (1912/1980b) dice que el analista debe ser como un espejo, “mostrar solo lo que le es mostrado”; Lacan (1955) agrega que no debe ser un “espejo viviente sino un espejo vacío”. Si este lugar puede designarse por un significante que alude a un sujeto, como el de “sujeto supuesto saber”, se trata solo de un sujeto de artificio, del ardid que la transferencia conlleva, puesto que el saber inconsciente es por definición un saber sin sujeto que lo sepa. Esta dimensión propia de la función sería lo que justamente intenta formular y pensar la noción lacaniana de “deseo del analista”.

Pensar la función analítica en términos de “deseo” tiene varias implicancias. Por lo pronto no sitúa al “saber del analista” como herramienta principal, lo cual sería lo esperable en la lógica del sujeto del conocimiento y por ende viene a interrogar el papel del saber referencial o formalizado, del saber de las teorías, en lo operante de la función. También se discrimina de todo aquello formulable como “demanda del analista”; de que el paciente esté feliz con nuestra ayuda, de que confirme nuestras teorías o nuestros prestigios, etcétera. En tanto que deseo solo podrá ser cercado o medio dicho, dejando un resto indecible que funcionando como enigma promoverá la transferencia. Siempre se ha dicho qué, estando en análisis, se sueña para el analista; también se puede decir entonces que el “deseo del analista” es la causa del soñar.

Aunque Freud (1937/1980a) no lo llame así, lo que va a enfatizar como herramienta esencial del analista es su “convicción” en el inconsciente, lo cual es fruto de su experiencia con él. Una convicción no es un conocimiento (tampoco lo suple) y está ligada más bien al no saber y al creer. Se cree porque no se sabe; si se supiera no se trataría ya de creencia sino de certeza.

Nos parece que la noción de “deseo del analista” realiza mejor que ninguna esa juntura o frontera, algo que une y separa a la vez, entre la función y la persona que la sostiene, enfatizando que ella no puede funcionar desencarnada, que no es sin esta implicancia. Encarnadura que tampoco es recubrimiento ya que el lugar desborda a la persona pues sabemos que hay efectos analíticos que se dan más allá del analista e incluso a pesar del analista. Para su alivio o para su alarma los efectos analíticos exceden su capacidad de controlarlos o dirigirlos. Se tratará de ver si el analista confía en su inconsciente y en la experiencia que ha hecho con él.

Lo que está en debate respecto de la contratransferencia no es desde luego la inevitabilidad de su ocurrencia: ¿se puede acaso dejar de tener sentimientos por los pacientes? Tampoco el uso eventual

de su confesión como recurso táctico. Lo problemático sería que se haga de ella una suerte de privilegiada “formación del inconsciente” del paciente pero funcionando en el analista, dando así fundamento sistemático a la interpretación y a pensar que el análisis transcurre y progresa al calor de la relación dual. Desde luego que ocurre que un analista sueña con un paciente, pero ahí ya estaría en posición de analizante. Menos aún nos parece que la contratransferencia pueda ser una “vía regia” al develamiento hermenéutico e intuitivo de alguna clase de arcaísmo escindido no representable.

Tal vez una buena síntesis de este debate podría estar en lo afirmado por Bion (1974) “con la contratransferencia solo se puede hacer una cosa: analizarla” lo cual puede ser ampliado a la supervisión. Nasio (1996) propone pensarla no tanto como la relación del analista con su paciente sino como la relación del analista con su lugar. Hay cosas de la persona que no son herramientas del analista: por ejemplo su ideología, su altruismo, su envidia o su angustia; lo cual no quiere decir que no puedan ser aprovechadas o utilizadas a su favor por el analista en el transcurso de un análisis, en particular para ubicarse en esa brecha que media entre el lugar y la persona, para tener indicios sobre cómo lo ocupa, de cómo lo habilita o lo obtura; cuestión en donde se juega buena parte de la eficacia analítica.

Táctica, estrategia y política

Se han hecho clásicas ciertas preguntas sobre los procedimientos del analista, del orden de: “¿es correcto brindar información personal al paciente?” o “¿está bien cambiarle el horario cada vez que lo solicita?” o incluso “¿es analítico ir a ver al paciente a su casa?”. Hoy en día podrían sumarse las derivadas del desarrollo tecnológico, del estilo de: “¿es válido atender al paciente por teléfono, por chat o videoconferencia?” Antes como ahora, la posible e insatisfactoria respuesta tiende a ser la misma: “pues, todo depende”; del momento del análisis, de las circunstancias y de los objetivos. Por ejemplo no es lo mismo la etapa del “análisis de prueba” o de “entrada en análisis” que el momento de su final; que lo que esté en juego sea la instalación de la transferencia o por el contrario su disolución. Al respecto son conocidas las analogías de Freud con el ajedrez y de Lacan con el bridge para pensar la operatoria analítica.

En “La dirección de la cura”, Lacan (1958/1979a) también toma prestado de Von Clausewitz, un prusiano teórico de la guerra, su distinción entre *táctica*, *estrategia* y *política* para pensar el uso de las herramientas y recursos del analista. Cada plano se distingue por sus objetivos, los que suponen grados de libertad decrecientes en el accionar del analista, siendo la táctica el plano de mayor libertad. Podemos homologar la táctica a las intervenciones y maniobras del analista que estarían al servicio de sostener la transferencia y mantener operativa la posición del analista como objetivos estratégicos, a la vez subordinados a un final de análisis como objetivo político y ético del psicoanálisis. Esto no debe confundirse con la política de los psicoanalistas y de sus instituciones que concierne a lo que sería el psicoanálisis “en extensión” y a sus relaciones con el medio socio-cultural.

Como ejemplo podemos plantear la cuestión de la “neutralidad” y la “abstinencia” (que Freud presentó como una regla técnica) y que, justamente, hacen al cómo actuar con la propia persona en relación al lugar del analista. Pensamos la *neutralidad* como una posición, la de dejar en suspenso al propio Yo, a sus valores y prejuicios y la *abstinencia* como su correlato clínico frente a la demanda de amor. Pero ambos conceptos se inscriben en la estrategia del análisis dejando en suspenso el problema del “siempre” o del “nunca” en el plano táctico, lo cual puede quitarle libertad de maniobra al analista en situaciones tales como responder frente a un acting out o superar un impasse transferencial.

Pensamos algo similar en cuanto al uso de la tecnología, telefonía e internet, cuyos aparatos presentados para maximizar la comunicación masiva parecen producir paradójicamente una masa de ensimismados. En el plano estratégico y en consonancia con esa enigmática última frase de Freud en “La dinámica de la transferencia” (1912/1980c), “nadie puede ser ajusticiado *in absentia* o *in effigie*”, pensamos que el análisis no puede operar con su eficacia sin la presencia real del analista. Si, como lo hace Rodríguez Ponte (1996) homologamos el “In absentia” a lo simbólico en cuanto es solo representación y el “In effigie” a la imagen, lo que queda excluida es la dimensión real de la transferencia; aquello que presentifica y no ya solo lo que representa, la persona del analista. No olvidemos que lo virtual en la web no es la ausencia sino la presencia, lo cual no significa privarse de su uso en el plano táctico, toda vez que se lo piense útil o necesario respecto de los fines estratégicos.

El problema de la política del psicoanálisis como disciplina es que implica un necesario y permanente estar marcando su especificidad respecto de los demás discursos (ciencia, psiquiatría, sociología, filosofía) sin que esto suponga que no pueda dialogar e intercambiar con ellos. En particular marcar sus diferencias con la política del paradigma objetivante, apoyada por poderosos intereses, que suponiendo posible una captación directa o pura de lo real a través de un saber universal que sea su calco, despliega categorías y clasificaciones que aspiran a recubrir la totalidad de sus presentaciones superando lo singular, lo cual supone como paradigma el borramiento del sujeto. Por lo mismo, esa especificidad del psicoanálisis implica también la permanente necesidad de interrogar y poner a prueba sus fundamentos y la lógica directriz que se desprende de ellos: la particularidad de su objeto, el inconsciente, condiciona la especificidad de su clínica, que es una clínica de efectos y no de objetivos, determinando asimismo la especificidad de su transmisión y enseñanza.

Formación del analista

Siempre resulta interesante esa afirmación de Lacan (1964) respecto de que “el estatuto del inconsciente es ético”. Dicho de otra forma: el inconsciente sólo existe si se lo interpreta, por ejemplo hacer de un furcio un acto fallido es una cuestión de lectura, y sólo se lo interpreta si se cree en él, es, para usar el término de Freud convicción-dependiente por así decir y solo se cree en él y se aprende algo

consensuar o validar su experiencia clínica, lo cual sólo puede hacerse a posteriori de la misma y admitiendo un resto intranferible como pérdida respecto de aquella experiencia que se cumple en soledad. Esto no solo incluye la apelación y el trabajo con los textos sino que implica también la instancia de supervisión y sobre todo las diferentes situaciones y espacios de intercambio e interlocución entre analistas.

Artesanía vs. Cura-tipo

Ya dijimos que el despliegue del relato genera producción del inconsciente y su interpretación genera producción de sujeto. Ahora bien, esta producción no preexiste a la sesión lo cual deja en suspenso el saber previo o referencial de las teorías que el analista cree tener, para poner en el primer plano su “savoir faire”; es decir la puesta en juego de recursos, habilidades e instrumentos, por lo general *sui generis*, en el aquí y ahora de la sesión y que comparamos con una artesanía. También dijimos que el saber operante en la transferencia es ante todo el “saber supuesto” atribuido al lugar del analista, lo cual no quita que haya un “saber hacer” del analista sobre cómo mantener operativa esa suposición, sobre cómo sostenerla para generar transferencia. A propósito de ello y como otro ejemplo de lo paradójico de la función, si es cierto que no conviene interpretar hasta no estar instalada la transferencia, no lo es menos que ésta no se instala si no se interpreta.

Si pudiésemos reproducir exactamente aquello que provocó un efecto subjetivo en un caso con el mismo resultado a la sesión siguiente y con el siguiente paciente, habría una técnica universal en el sentido instrumental del término; pero la experiencia nos enseña que no hay sino caso por caso y sesión por sesión. En una artesanía hay una dimensión de real que impide producir dos objetos idénticos, es decir no podrá haber dos análisis iguales y no se podrá constituir una serie o conjunto con ellos, por ejemplo: “el análisis de los obsesivos” o de “los borderline”, es decir lo que sería un análisis “estándar” (véase que a pesar de ello se sigue hablando de “estándares” para el análisis del analista). Lo opuesto a una artesanía sería entonces la producción en serie o en masa como paradigma; la línea de ensamblado o la cadena de montaje producidos por un modelo o prototipo o bien una “cura-tipo”. Al respecto, a veces también se toman los “matemas” de Lacan en ese mismo sentido de cura-tipo, como una identidad común a la que remitiría uniformemente la clínica de todos los analistas de un grupo o institución.

Al respecto, hemos también escuchado decir que “no hay técnica” en psicoanálisis, mientras que por nuestra parte hicimos hincapié en las reglas técnicas como conceptos (“Regla fundamental”). En todo caso podría decirse que no hay una técnica universal en el sentido instrumental (*téchne*) del término. Aquí resulta interesante distinguir “práctica” que sería la aplicación por procedimientos reglados de una teoría y que aspira a uniformizar, al universal como paradigma; de

“praxis” definida como un “operar con lo simbólico sobre lo real” que enfatizando lo singular viene a recrear y a poner a prueba la teoría en cada caso. Se puede decir que nuestro paradigma sería que en cada análisis y en cada analista, pudiera recrearse algo de la experiencia original de Freud, quien partiendo de una posición de no-saber fue de la clínica a la teoría, que eran hipótesis construidas a posteriori y que fue cambiando cada vez que la experiencia se lo impuso como en 1920, en un viraje que cambió la teoría. La singularidad del sujeto también impone que lo bueno para uno no necesariamente es bueno para todos, dicho de otra forma, el análisis no es un bien común; no solamente porque no todos son analizables según el caso y el momento sino que tampoco no todos lo quieren, no todos están dispuestos a perder los beneficios del padecer.

Así como el carpintero trabaja la madera y el orfebre la arcilla, la materia prima del analista artesano es el relato en transferencia, texto desprendido de sus referentes y sobre el cual se trabaja para provocar efectos analíticos tales como: producir y revisar la historia, descubrir fijaciones y perder goce, reconocer identificaciones y ganar movilidad. Vemos entonces que a la operación del artesano, concurre también algo del quehacer del historiador, del literato e incluso del orador, del bien-decir retórico como estilo que busca convencer al interlocutor. También, claro está, la general intención de aliviar el sufrimiento que heredamos de la medicina, pero en el sentido propiamente analítico de lo terapéutico, tal como lo estableció e hizo hincapié Freud (1912). No solamente el efecto curativo del análisis es inseparable de la producción del inconsciente en la cura, sino que esta producción es la condición misma de aquél efecto.

Al final de este recorrido, creemos haber intentado dar algún testimonio de que ocupar el lugar del analista o mejor dicho intentar hacerlo es, créanme, una cosa bastante difícil y complicada, lo cual no excluye lo apasionante, pese a que, a simple vista, parecería que solo se tratase de apoltronarse en un sillón mientras la gente cuenta sus cosas.

Resumen

Este trabajo aborda el tema de las herramientas y los recursos del analista que operan en la producción de los efectos analíticos. Como premisa se propone que la suma de esas herramientas se condensan en una sola: el analista mismo como instrumento. Se propone un recorrido donde se despliegan diferentes temas. La posición del analista desdoblada en la dimensión de la función y la de la persona. La cuestión de la escucha y la interpretación definida más por su efecto a posteriori que por su intención a priori. El dispositivo de la cura, constituido por un precepto invariable la “Regla fundamental” y una parte variable: el “Encuadre”. La distinción entre táctica, estrategia y política para pensar el uso de los recursos del analista. La trascendencia de su formación como instrumento esencial del analista y la concepción del análisis como un producto artesanal que impide que se pueda constituir un estándar.

Descriptores: *Contratransferencia, Deseo del analista, Encuadre, Formación psicoanalítica, Interpretación, Regla fundamental.*

Abstract

This paper discusses the analyst's tools and resources that operate in the production of analytical effects. As a premise, it is proposed that the sum of those tools are condensed into one: the analyst himself as an instrument. A journey is proposed where different topics are deployed. The position of the analyst split in the dimension of the role and the person. The question of listening and interpretation defined more by its effect retrospectively than his intention a priori. The device for the treatment constituted by an unchanging precept, the "Fundamental Rule", and a variable part: the "Setting". The distinction between tactics, strategy and policy to think the use of the resources of the analyst. The importance of his training as an essential tool and the conception of analysis as a handmade product that makes it impossible to establish a standard.

Keywords: *Countertransference, Desire of the analyst, Setting, Psychoanalytic training, Interpretation, Fundamental rule.*

Referencias

- Agamben, G. (2011). ¿Qué es un dispositivo? *Revista Sociológica*, 26(73), 249-274.
- Baranger, W., Zak de Goldstein, R., & Goldstein, N. (1994). *Artesanías psicoanalíticas*. Buenos Aires: Kargerman.
- Bion, W. (1974). *Seminarios de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Bleger, J. (1967). Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico. *Revista de Psicoanálisis*, 24(2), 241-258.
- Campalans Pereda, L. (2012). *Transmisión del psicoanálisis: Formación de analistas*. Buenos Aires: Psicolibro.
- Freud, S. (1980a). Análisis terminable e interminable. En *Obras completas* (Vol. 23, pp. 211-254). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1937)
- Freud, S. (1980b). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En *Obras completas* (Vol. 12, pp. 108-119). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912)
- Freud, S. (1980c). Sobre la dinámica de la transferencia. En *Obras completas* (Vol. 12, pp. 93-105). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912)
- Freud, S. (1980d). Sobre la iniciación del tratamiento. En *Obras completas* (Vol. 12, pp. 123-144). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912)
- Gil, D. (2011). El psicoanalista y la soledad. En D. Gil, *Errancias* (pp. 35-46). Montevideo: Trilce.
- Glover, E. (1970). El efecto terapéutico de la interpretación inexacta, una contribución a la teoría de la sugestión. *Revista de Psicoanálisis*, 27(4), 827-844.
- Lacan, J. (1979a). La dirección de la cura y los principios de su poder. En *Escritos 1* (pp. 217-278). México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1979b). El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada: Un nuevo sofisma. En *Escritos 1* (pp. 21-36). México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1981). *El seminario de Jacques Lacan, libro 1: Los escritos técnicos de Freud 1953-1954*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1986). *El seminario de Jacques Lacan, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis 1964*. Buenos Aires: Paidós.
- Nasio, D. (1996). *Como trabaja un psicoanalista*. Buenos Aires: Paidós.
- Pasqualini, G., & Kordon, D. (2013). *Psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Racker, H. (1981). *Estudios sobre técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Rodríguez Ponte, R. (1996). *Freud, Lacan, nosotros*. Recuperado de <http://www.efba.org/efbaonline/rodriguezp-04.htm>
- Strachey, J. (1948). Naturaleza de la acción terapéutica del psicoanálisis. *Revista de Psicoanálisis*, 5(4), 951-983.
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-

Herramientas contemporáneas: el uso de Skype y las nuevas formas de *estar sin estar* (Cartografías para un espacio analítico virtual)

Si el descubridor del psicoanálisis hubiera imaginado la vida de este milenio, con los cambios tan radicales propiciados por el avance de la ciencia y tecnología, ¿habría podido vislumbrar que las nociones de tiempo y espacio se trastocarían? ¿Que las personas desde distintas geografías estarían conectadas mediante una nueva forma de presencia, en tiempo real, pese a los millones de kilómetros que pueden estar de por medio? ¿Habría sido posible imaginar, para cualquier habitante de finales del siglo XIX o inicios del XX, que la intimidad se volcaría hacia formas otrora impensables de compartir la cotidianidad, hasta en sus detalles más triviales con miles de individuos al mismo tiempo, tal como está sucediendo en esta era de lo cibernético? Seguramente hace un siglo, cuando Freud se preguntaba por el porvenir del psicoanálisis, era difícil vislumbrar las características de dicho porvenir. A lo largo de un siglo, sus planteamientos detonaron un movimiento que lejos de quedarse en la clínica, se ha trenzado con la cultura y se ha extendido por muchos países alrededor del mundo. Seguramente los primeros miembros de la IPA estarían contentos y sorprendidos de saber que la institución que iniciaron en 1910 tiene hoy en día miembros de más de cincuenta nacionalidades que desde distintos continentes están trabajando conjuntamente a través de lo que ahora forma parte de nuestra cotidianidad: las redes virtuales. Lo que hace cien años, incluso hace treinta, podía pensarse como ciencia ficción, ya forma parte de una cotidianidad en la que poco a poco todos vamos quedando inmersos, pues sin duda las nuevas formas de relación posibilitadas por el desarrollo tecnológico han llevado a un giro impactante en las configuraciones sociales contemporáneas. Para la gente de mi generación esto ha implicado un cambio vertiginoso, pero para los chicos nacidos en el siglo XXI la inmediatez de cualquier encuentro, que además puede ser simultáneo con una infinidad de personas, es simplemente una condición habitual. La virtualidad como parte de la vida y la vida atravesada de muchas maneras por la virtualidad, constituye ahora un elemento importante en la subjetividad de nuestra época en la que se están transformando radicalmente los modos de relación y de sentido.

Basta darnos cuenta del modo en que la multiplicación infinita de

* Asociación Psicoanalítica de Guadalajara.

imágenes fotográficas o de video se han convertido en una modalidad en la que con frecuencia parece que la importancia es capturar la imagen, más que la experiencia vivida. En este sentido, la imagen, la pantalla, en distintos medios virtuales incluido el Skype, imponen la cuestión de la imagen como presencia, como relato, como “espejo” en las innumerables “*selfies*” que circulan por las redes, y como una forma de estar en conexión con todo el mundo mediante imágenes compartidas, muchas veces en “*tiempo real*”. Esta conexión permanente y continua entre miles de personas está dando un sentido distinto a las despedidas ya que con la virtualidad, la ausencia de alguien puede ser un tanto disimulada. Entre la ilusión de la pantalla y la realidad espacial, se ha creado una nueva forma de presencia. La inmediatez de cualquier comunicación, el acceso y generalmente exceso de información, incluidos los pormenores más triviales de casi cualquiera que desee exponer su vida en la red, van trastocando los criterios de lo público y lo privado, mediante el uso, que se va volviendo imprescindible, de miles de aparatos a través de los cuales se ha construido una especie de ventana hacia otra dimensión espacio- temporal, muy distinta a aquella en la que nos movemos en ausencia de la tecnología. La virtualidad desaparece las fronteras y distancias geográficas mientras se trazan otros mapas, esta vez en el ciberespacio, cuyos puntos de encuentro hacen posible que por Skype, varias gentes de distintos países estén en el mismo punto virtual al mismo tiempo. Todo esto tiene una incidencia inevitable en el ámbito de la cultura en que estamos inmersos, de la que formamos parte y a la vez nos forma. La posibilidad de relaciones virtuales abrió un nuevo capítulo de reflexión, investigación, recolección de experiencias y seguramente desarrollos teóricos que surgen de esta condición a la que como psicoanalistas no podemos abstenernos sin profundizar en los alcances, limitaciones, posibilidades o riesgos implicados en una relación psicoanalítica virtual. Ahora bien, dado que este tipo de relación se va imponiendo como una nueva modalidad de estar en contacto unos con otros, no es de extrañar que cada vez sea más frecuente saber que las relaciones a distancia también se han extendido a la práctica de colegas que analizan o supervisan por Skype.

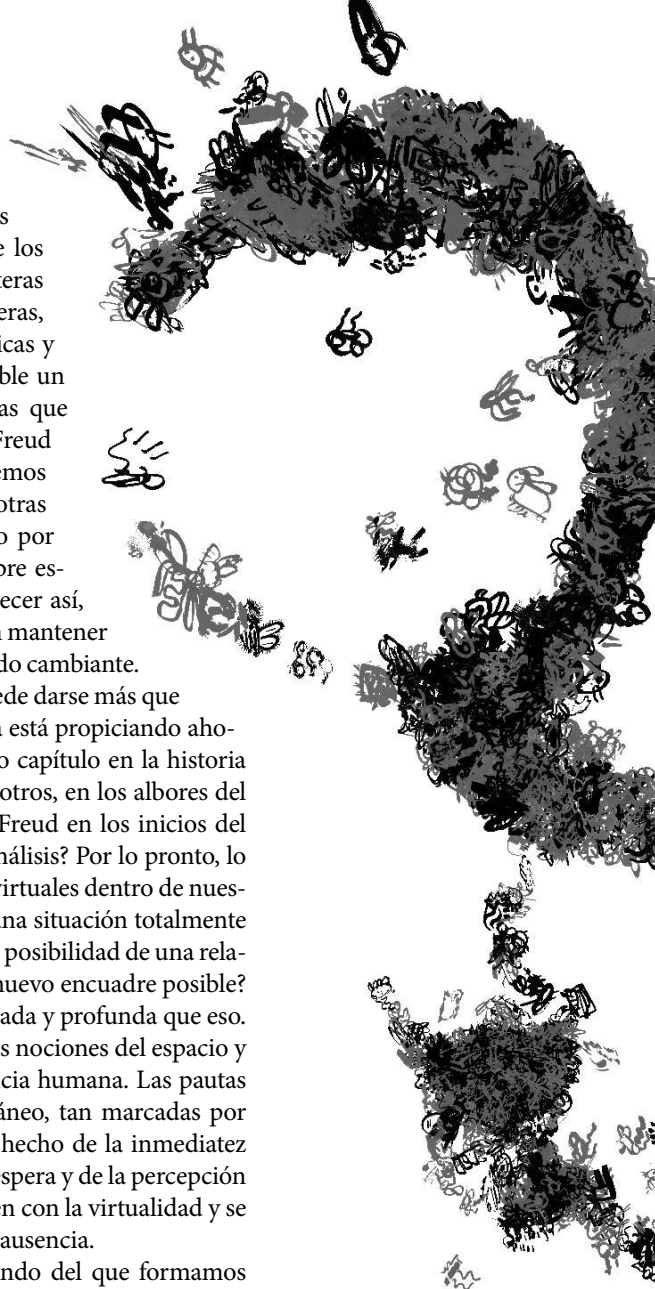
Las circunstancias en las que cada uno va accediendo a este tipo de situación son particulares, pero se insertan en la práctica que realizamos en una época en la que en todo tipo de relaciones, la virtualidad se ha vuelto parte de la vida. El lenguaje contemporáneo se ha llenado de nuevos términos que dan cuenta del uso de un sinfín de aparatos y es común que los analizando hablen de sus relaciones virtuales o de sus experiencias en las redes, bien sea por Skype, Facebook, chats, Twitter o cualquier otra. No cabe la menor duda de que en los últimos años la tecnología está transformando radicalmente los modos usuales de relación con todas las implicaciones que inciden en la forma de subjetivación del mundo contemporáneo. Mucho se ha estudiado ya el modo en que la cultura incide con sus cambios incluso en las configuraciones sintomáticas y las diversas problemáticas a las que, como psicoanalistas, hacemos frente.

Hace ya algunos años, por ejemplo, se empezó a hablar de las “nue-

vas patologías”, para dar cabida a la comprensión de manifestaciones sintomáticas distintas a aquellas que predominaban en la época de los albores del psicoanálisis. Se habló de las fronteras del psicoanálisis y del psicoanálisis de las fronteras, para dar cuenta de nuevas concepciones teóricas y modificaciones a la técnica que hicieran factible un abordaje psicoanalítico para las problemáticas que distan de ser las neurosis sobre las cuales Freud sentó las bases de sus teorías. Ahora bien, podemos decir que nos encontramos en el borde de otras fronteras detrás de las cuales aún hay mucho por explorar, para trazar la cartografía teórica sobre estos nuevos territorios virtuales y poder establecer así, algunos puntos de referencia que nos permitan mantener la especificidad de nuestra práctica en un mundo cambiante.

Abrir la investigación en estos casos no puede darse más que a través de la experiencia. Lo que la tecnología está propiciando ahora como forma de vida, va abriendo un nuevo capítulo en la historia de la humanidad. Podemos repetir, ahora nosotros, en los albores del siglo XXI la misma pregunta que se planteó Freud en los inicios del siglo XX: ¿cuál será el porvenir para el psicoanálisis? Por lo pronto, lo que está sucediendo en estos nuevos espacios virtuales dentro de nuestro campo de acción, nos está enfrentando a una situación totalmente nueva para la práctica del psicoanálisis. Ante la posibilidad de una relación analítica a distancia, ¿se trata solo de un nuevo encuadre posible? Considero que la cuestión es mucho más delicada y profunda que eso. Las relaciones por Skype han revolucionado las nociones del espacio y del tiempo, ejes fundamentales de la experiencia humana. Las pautas y ritmos de la vida en el mundo contemporáneo, tan marcadas por una velocidad cada vez más vertiginosa, han hecho de la inmediatez una característica que trastoca los tiempos de espera y de la percepción subjetiva del tiempo. Las distancias desaparecen con la virtualidad y se abren geografías fantasmáticas que obturan la ausencia.

Este es el mundo en que vivimos. El mundo del que formamos parte y que aun cuando pretendiéramos oponernos al empuje de los avances tecnológicos, es inevitable que poco a poco los psicoanalistas tenderemos a encontrar formas de “habitar” los nuevos espacios a los que la cotidianidad nos va llevando. El desafío de esta época implica nuevos paradigmas relativos al tiempo y el espacio, la presencia o ausencia, la realidad o la ilusión. En cuanto a la práctica del psicoanálisis dentro de esas nuevas coordenadas, se abre un capítulo sin precedente. Las resistencias al cambio pueden hacer difícil abrir la posibilidad de adentrarse a la experiencia de un análisis por los medios virtuales, al menos para conocerla y poder tener una postura u opinión más certera respecto a los alcances, límites y riesgos de un análisis por Skype. Sin embargo como ya dije, dicha experiencia es necesaria como cualquier otra experiencia clínica de la que posteriormente parten las teorías. Habrá sin duda quienes consideren que no es posible iniciar o mantener un tipo de relación en este formato aun cuando sin duda alguna,



el estudio de la virtualidad y las relaciones a distancia, analíticas o no, abre nuevas interrogantes para el psicoanálisis.

Para empezar, esta todo lo que implica que se trastocan las nociones tradicionales de presencia y ausencia, cercanía o distancia, o se sumen nociones como “mundo virtual” a las de mundo interno y mundo externo. La ilusión a partir de las imágenes ya no es únicamente una cuestión de percepción, sino de vivencia y la cantidad de horas que la gente pasa en relaciones a través del computador dan cuenta de ello. Las nuevas formas de relación abren desde otra perspectiva el cuestionamiento sobre los vínculos objetales o narcisistas. El espacio ya no es solo el espacio real, o los espacios transicionales, los espacios virtuales tienen otra lógica abiertas a esta nueva forma de *estar con el otro*. Conectada a Skype, una persona está sola en la habitación, pero al mismo tiempo *está* con alguien que en realidad *no está* presente. ¿Cómo se juega en esto lo interno-externo, el yo-no yo, la especularidad y la alteridad, a partir de otro que *es*, pero que a la vez no es más que una imagen proyectada en el computador? La predominancia de lo visual, la forma y la palabra, no sustituyen la presencia, pero a la vez la suplantán. *Es y no es*, y no solo en cuanto a las proyecciones posibles, sino como una presencia que no es interna ni externa, sino ubicada en un espacio creado por las nuevas tecnologías. El ciberespacio. ¿Podemos llegar a habitar ese espacio los psicoanalistas? Recuerdo mucho un trabajo que hace años un colega brasileño, Marcio de Freitas Giovannetti (2004/2006)¹, presentó en el XXV congreso de FEPAL. En ese trabajo hablaba de distintas situaciones en la clínica contemporánea en las que al no poder instaurarse un análisis clásico, resulta necesario ir construyendo poco a poco, con cada analizando, un *setting* analítico posible. La idea que atravesaba su ponencia era la de la necesaria hospitalidad en relación a la apertura a recibir la otredad, lo extranjero, lo diferente. En este sentido, la hospitalidad en relación a lo nuevo en la clínica psicoanalítica que continuamente nos enfrenta a situaciones desconocidas empujándonos hacia nuevos paradigmas, subrayando la subjetividad propia de esta época de *no lugares*², aceleración, falta de permanencia y referentes tan carentes de espacios de intimidad. Ante esto él planteó que si los psicoanalistas somos capaces de crear las condiciones necesarias de intimidad para que las asociaciones puedan ser libres y la atención sea flotante, no tiene porque no existir la posibilidad de acercarse al alma humana. Estoy totalmente de acuerdo y me parece que aunque él no hacía referencia a Skype, esto aplica también para la posibilidad de crear las condiciones necesarias para sostener un análisis a distancia, aunque la complejidad de todo lo que se pone en juego en estos espacios virtuales nos adentra en zonas aun muy poco exploradas. Pero, ¿no es a base de estas situaciones que reba-

1. Marcio de Freitas Giovannetti es miembro de la Sociedade Brasileira de Psicanálise de São Paulo. Su trabajo “La hospitalidad, hoy, en la clínica psicoanalítica” fue leído en la Plenaria del XXV Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis y publicado en la Revista Brasileira de Psicanálise en 2006.

2. Término acuñado por Marc-Auge para referirse a los lugares de transitoriedad y anonimato. Alude por oposición al concepto sociológico de “lugar” asociado por la tradición etnológica con el de la cultura localizada en el tiempo y el espacio.

san las fronteras de nuestros saberes, que el psicoanálisis mantiene su vigencia? Ahora bien, además de la presencia-ausencia, cerca-lejos, imagen-persona, y tantas otras dimensiones a replantear, la cuestión del encuentro virtual tiene múltiples posibilidades espaciales.

En los encuadres psicoanalíticos habituales, un tema importante ha sido la ubicación del analizando en el espacio del consultorio. ¿Diván o silla? ¿Cara a cara o sin contacto visual? Al considerar la posibilidad del análisis por Skype, se pueden plantear nuevas situaciones. ¿Dónde se ubica la pantalla mediante *la que hace presencia* el analista? ¿Lejos? ¿Sobre una silla o escritorio? ¿Sobre las rodillas del analizando? Se abren múltiples posibilidades. Sin duda lo transferencial sostiene las pautas del encuentro y aun lo que puede determinar estas posiciones, en las que en cada movimiento todo se pone en juego, de un modo similar a cualquier otra modalidad de análisis basada en la interpretación, aunque con la falta de corporeidad que limita el campo perceptivo de los encuentros. Lo que se impone con el límite perceptivo, es el cuerpo real que queda fuera, lo que sin embargo, a mi parecer puede potencializar la fantasmaticización.

Estamos acostumbrados a pensar, desde la lógica de lo transferencial que un analista “es y no es” al mismo tiempo. Ahora se suma el hecho de que “está, pero no está”. En este sentido se trata de situaciones inéditas no solo en la historia del psicoanálisis, sino de todos los campos de estudio que tienen como eje al ser humano. Para nosotros, psicoanalistas, la necesaria investigación implica la posibilidad de usar la tecnología como herramienta de encuentro entre un analista y un analizando en situaciones que de otra forma no sería posible, pero sin pretender, de ninguna manera que sea lo mismo que un análisis “clásico”. Las herramientas pueden servir para construir distintas cosas, ahora con las herramientas del psicoanálisis y las herramientas tecnológicas, estamos en proceso de construir algo que no será nunca igual a lo que hasta ahora hemos hecho, aunque pueda, aun con las diferencias, tener mucho en común. Estamos en los límites de una nueva frontera: los límites de lo posible, con la renuncia implícita, frente a las nuevas posibilidades abiertas a una nueva forma de intervención analítica que quizá requiera de algún término que marque su especificidad. “Psicoanálisis” o “terapia psicoanalítica” probablemente no logren abarcar en los mismos nombres la dimensión de un encuadre virtual. Ahora bien, en relación a si es posible o no trabajar psicoanalíticamente en una relación a distancia, me parece que en esto no puede haber esquemas rígidos ni generales. Eso es parte de la hospitalidad que implica abrirse a cada encuentro en las condiciones posibles de los distintos ritmos y posibilidades de cada proceso en sí. Hay quienes se adecuan bien bajo este modelo y quienes de ninguna manera podrían establecerlo. Hace un tiempo se discutía sobre la analizabilidad o no analizabilidad de algunas personas de acuerdo a sus estructuras o caracteropatías. Yo siempre me he sumado a quienes piensan que la posibilidad también depende de las capacidades y límites de cada analista frente a cada situación analítica en particular. De un modo semejante, me parece que en lo virtual hay casos en los que puede detonarse un proceso analítico y casos en los que definitivamente no, de manera semejante a los análi-

sis en los que la presencia real de dos participantes, analista y analizando, tampoco garantiza que se detone un proceso.

No dudo que algunos analistas logran establecer verdaderos campos analíticos con sus analizados en un espacio virtual mientras que otros no pueden, o no quieren, implementar este recurso y también pensar en que no toda persona puede analizarse bajo estas condiciones. Como en toda relación, la cualidad y profundidad del amor no depende de la frecuencia con la que una persona este con otra, ni la distancia y posición que adopten, sino de la cualidad del vínculo establecido. El diván o la silla son la forma, pero me sumo a quienes consideran que esto no garantiza el fondo. Puede ser una condición necesaria, pero no suficiente. En el caso de la virtualidad, la cualidad del vínculo que se logre establecer depende de muchas condiciones que se ponen en juego en el uno a uno de cada situación. Por ejemplo, si hubo un proceso previo vivencial antes de las circunstancias por las cuales se pase a la virtualidad. Si la virtualidad es un modo intercalado con sesiones presenciales. Si la posibilidad de una sesión por Skype es herramienta de ayuda que posibilite la continuidad de un proceso cuando algún factor externo realmente lo imposibilite o si por el contrario, está al servicio de la resistencia o de la incapacidad de tolerar la falta, como sería el de obturar lo fecundo de ciertos cortes tales como interrupciones por vacaciones, viajes, etcétera, sorteando la frustración o las angustias de separación recurriendo al Skype. Como todas las situaciones, considero que cada una de estas posibilidades, si forman parte de una relación analítica, deben abordarse desde la situación transferencial. De ninguna manera puede establecerse un patrón que se pueda generalizar. Lo cierto, sí, es que, para posibilitar un encuadre, es necesario encontrar una forma de continuidad que enmarque los encuentros y, como en todo análisis, el encuadre debe ser claramente establecido y, en caso de alterarse éste, también marcará pautas para la interpretación.

Ahora bien, ante la duda del modo en que pudiera desplegarse la transferencia. ¿No está una presencia virtual poblada de fantasmas y proyecciones? La frustración inherente a la imposibilidad del encuentro real, ¿no toma un lugar importante también? El despliegue de las pasiones transferenciales es indudable. Si se sostienen todo tipo de amores a distancia a través de la virtualidad, ¿por qué el amor transferencial no podría desplegarse? Sabemos por experiencia que la posibilidad de crear intimidad no depende de la cercanía física, sino de la cercanía emocional, la palabra, el gesto, el silencio que hacen del otro de la pantalla, en este caso analista, depositario de las mismas proyecciones cuando hay una relación posible.

Viñeta

Usualmente hablamos de situaciones clínicas usando viñetas de analizados a quienes mantenemos en el anonimato. En este caso, el que quedará en el anonimato será el analista y yo contaré algo de mi experiencia como paciente, o analizada, en una modalidad virtual, algo que hace apenas unos años me parecía imposible. Previamente, a lo largo de muchos años, estuve en largos periodos de análisis y al



considerar la idea de retomarlo, no concebía que para mi hubiera posibilidad alguna que no fuera sobre un diván. Sin embargo, varios años atrás empecé a tener algunas supervisiones por Skype con colegas de otros países y con ello me fui adentrando a la riqueza de la experiencia virtual. Durante varios años la supervisión a distancia ha sido un recurso muy importante en el intercambio, diálogo y encuentro que ha enriquecido enormemente mi quehacer como psicoanalista. Posteriormente tuve la experiencia de conducir un análisis a distancia a partir de la solicitud de una joven que había tenido que interrumpir su análisis conmigo por haberse mudado a otro país y desde lejos quería reanudarlo. Creo que esas dos experiencias han sido determinantes para ubicarme posteriormente, en el lugar de analizante en el marco de un análisis virtual. Las condiciones que me llevaron a ello fueron el deseo de un re-análisis, tras una pausa de 4 años a partir de la finalización de un tercer período de análisis que había durado varios años y la necesidad de volver a entablar una relación analítica, por una situación muy particular que estaba viviendo en ese momento. El analista a quien busqué para ello vive en un país lejano al mío y yo tenía deseos de analizarme precisamente con él a partir de la lectura de uno de sus libros, el cual me había confrontado profundamente. Tras algunas entrevistas virtuales, quien sería mi analista me propuso un encuadre e iniciamos lo que para mí era una especie de aventura analítica, sin saber mucho qué esperar, pero con mucha necesidad pues en ese entonces me sentía inundada de un profundo malestar que fué el que me hizo buscar su ayuda. Malestar que poco a poco fue desapareciendo en el curso de las sesiones.

La experiencia de esta forma de análisis ha sido muy rica, aunque por supuesto, completamente distinta a mis trayectos analíticos previos. El proceso se dio indudablemente y me ha ayudado con lo que anteriormente no me había sido posible abordar y creo que esto se ha logrado porque pese a la presencia no real, sino virtual, la escucha y la capacidad de cercanía empática de mi analista han hecho posible no solo una forma de análisis a distancia, sino también el atravesamiento de mis propias fronteras psíquicas en los puntos de límite en los que en experiencias previas me había detenido. Quizá mucho de las condiciones específicas de este análisis en particular, son las que han propiciado esto. Supongo que lo sabré solo a posteriori. Por lo pronto puedo contar que tras dos años de análisis virtual, logré recientemente visitar el país donde vive mi analista y tuve mi primera sesión presencial. Lo primero que me sorprendió al verlo fuera de la pantalla fueron su estatura y el color de sus ojos. Con esto me pareció evidente que la imaginación se impone sobre la presencia real del analista que en estas condiciones puede ser más fantasmático incluso que lo que resulta tras el diván. Aun si la relación es cara a cara a través de pantalla. Así, sin duda sujeto de mi imaginación en el ámbito manifiesto y seguramente depositario de múltiples proyecciones determinadas por la relación transferencial, en mi experiencia su capacidad de escucha y lo esclarecedor de sus interpretaciones han logrado que en la distancia el acto analítico sea motor de un proceso que ha ido conformando un encuadre particular y sobre todo un análisis

posible. Sin embargo, no sé si la falta de un contacto real inicial funcionaría en todos los casos. No estoy segura de que todos los análisis de este tipo puedan sostenerse sin la eventual presencia real. En mi caso seguramente los años previos de análisis han sido importantes para poder sostener una experiencia de este tipo. La frustración usual en análisis, ante la necesaria falta de gratificaciones del analista, en la distancia se concretiza en la cotidianidad de un encuentro que en mi caso, no podía ser de otro modo.

Lo que pretendo subrayar es que no creo que puedan darse generalizaciones y que los alcances y limitaciones de este nuevo encuadre deban plantearse en el uno a uno de la individualidad. Para mí ha sido un proceso de transformación sobre aspectos que no habían podido ser abordados en mi experiencia analítica previa. Lo cual confieso, no deja de sorprenderme. Sin embargo, tengo claras las limitaciones y el vacío que deja la no corporeidad de la presencia real y todo lo que precisamente eso detona y que habría que explorar, en algún momento, como un aspecto que deja paso a otros, inéditos y específicos de ese tipo de relación en la que estando literalmente solo, al mismo tiempo se está acompañado.

Nuevas subjetividades, nuevas patologías, modificaciones a la técnica, nuevas herramientas, con sus alcances y limitaciones. No podemos hacer un símil con el psicoanálisis clásico, aun cuando este se conserve en los fundamentos. Quizá puede plantearse, como en un momento se hizo con la psicoterapia, sobre la cual se decía que era el cobre, y sin embargo por sus resultados es una ayuda invaluable para muchas personas. Como ya escribí, el análisis por Skype quizá amerite acuñar algún término que le dé su especificidad. Definitivamente no es un análisis en los parámetros establecidos por Freud, sino una situación nueva sin precedente alguno. La relación analítica por Skype es una de las múltiples formas de relación humana en el mundo contemporáneo. La capacidad de abrir espacios de intimidad y cercanía desborda lo concreto de una situación en la que por otra parte, el consultorio como espacio compartido la propicia, pero no necesariamente la garantiza. Recuerdo con gusto que André Green (2003/2005) opinaba que ante las variaciones a la técnica, la forma de mantener una escucha analítica depende más del *encuadre interno* del analista que de las vicisitudes formales. En el caso del Skype esto es evidente. Como herramienta el abordaje tiene fuertes limitaciones, pero también plantea alcances inéditos ante los que es necesario traspasar nuestras resistencias a lo nuevo para poder posicionarnos dentro de la subjetividad propia de este milenio, y lo que aún está por venir.

Termino este escrito con una frase plasmada por una artista conceptual, Claudia Rodríguez, quien en una de sus piezas jugó con el verbo en inglés “to be”, de modo tal que me parece reflejar los modos de ser-estar en la virtualidad. Dice así: “Aunque a ratos no estás, eres, y aunque a ratos no seas, estás.”

Nota: En setiembre de 2014 el equipo de investigación de Psicoanálisis a Distancia, equipo independiente subsidiado por un Grupo de Investigación de la IPA envió a miembros y candidatos una encuesta diseñada para recoger opiniones respecto a la práctica del

psicoanálisis utilizando tecnologías de comunicación que incluyen la videoconferencia. De ahí surgió la motivación para escribir este trabajo y compartir una experiencia.

Resumen

Las relaciones por Skype han revolucionado las nociones del espacio y del tiempo, ejes fundamentales de la experiencia humana. Las distancias desaparecen con la virtualidad y se abren geografías fantasmáticas que obturan la ausencia mediante un espacio virtual, que posibilita nuevas formas de presencia y temporalidad otrora inéditas. Esto se ha vuelto parte de la cotidianidad que hoy vivimos. Para los psicoanalistas, las nuevas herramientas tecnológicas abren posibilidades inéditas en las relaciones humanas, las cuales están inaugurando un nuevo capítulo en la investigación clínica, técnica y teórica de nuestra praxis. Nos encontramos en el borde de nuevas fronteras detrás de las cuales aún hay mucho por explorar, para trazar la cartografía sobre estos nuevos territorios virtuales y poder establecer así, algunos puntos de referencia que nos permitan mantener la especificidad de nuestra práctica en un mundo cambiante.

Descriptores: *Psicoanálisis, Lo virtual, Ausencia, Espacio, Encuadre.*

Abstract

Relations by Skype have revolutionized the notions of space and time, fundamental pillars of human experience. Virtuality makes distances disappear and it opens ghostly geographies that obliterate absence by means of a virtual space that enables new and unprecedented forms of presence and temporality. This has become part of the everyday life we live today. For psychoanalysts, the new technology tools open up unprecedented possibilities in human relationships, which are inaugurating a new chapter in clinical, technical and theoretical research of our praxis. We are on the verge of new frontiers behind which there is much to explore in order to draw the map of these new virtual territories and thus to establish some landmarks that allow us to maintain the specificity of our practice in a changing world.

Keywords: *Psychoanalysis, The virtual thing, Absence, Space, Framing.*

Referencias

Auge, M. (2008). *Los no lugares: Espacios del anonimato*. Barcelona: Gedisa. (Trabajo original publicado en 1992).

Freud, S. (1981). El porvenir de la terapia psicoanalítica. En L. López-Ballesteros (Ed. & Trad.), *Obras completas* (Vol. 2, pp. 1564-1574). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1910).

Green, A. (2005). *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 2003).

Giovannetti, M.F. (Setiembre, 2004). *La hospitalidad hoy, en la clínica psicoanalítica*. Trabajo presentado en XXV Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis de FEPAL, Guadalajara.

Giovannetti, M.F. (2006). Hospitalidade na clínica psicanalítica hoje. *Revista Brasileira de Psicanálise*, 39(4), pp. 25-32.

Rodríguez, C. (2010). *Vacío y completamente desierto*. [Exposición]. Guadalajara: Museo Raúl Anguiano.



Miguel Alejo Spivacow*

Una herramienta de nuestro arsenal terapéutico: la terapia psicoanalítica de pareja

La terapia psicoanalítica de pareja se ha consolidado como una alternativa terapéutica en nuestra disciplina y constituye una herramienta de uso habitual. Muchos colegas recomiendan esta forma de tratamiento y también muchas parejas la solicitan espontáneamente, planteando la idea de que lo que “anda mal” tiene más que ver con la relación que con ellos como individuos.

Surgen varias preguntas a partir de esta reconfiguración en la caja de herramientas de nuestros recursos terapéuticos. ¿Tiene la psicoterapia de pareja alguna utilidad clínica que la diferencie de una terapia psicoanalítica individual? ¿En qué casos constituye una alternativa más conveniente que otras formas de terapia? ¿Cuáles son sus principales referencias teóricas? ¿Cómo se trabaja en ella? Tal vez, antes de ocuparnos de estas preguntas, convenga aclarar qué se entiende por terapia psicoanalítica de pareja ya que en el terreno de las parejas hay diferentes formas de tratamiento. Se trata de una forma de psicoterapia que se apoya en el conjunto de desarrollos teórico-clínicos que

* Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.

conforman el psicoanálisis y que utiliza como camino para alcanzar el cambio psíquico al conocimiento tanto de sí mismo como de los funcionamientos psíquicos del partenaire y del vínculo; no es directiva ni propone que la pareja se adecue a ningún modelo de funcionamiento. No tiene como objetivo “salvar” a la pareja de su disolución, sino promover el crecimiento mental de sus integrantes en el sentido que Bion le daba a este concepto y es en esa medida que propicia el más pertinente funcionamiento para la relación. Presenta una serie de características, entonces, que iremos precisando progresivamente.

Ahora bien, antes de ocuparnos de los puntos específicos que caracterizan a la terapia psicoanalítica de pareja, es importante señalar que esclarecer su utilidad constituye una cuestión significativa. Están todavía cercanas las épocas en que para muchos colegas la única propuesta terapéutica psicoanalíticamente legítima era un tratamiento con diván de tres o cuatro sesiones semanales, con las tristes consecuencias que esto trajo para nuestra disciplina, principalmente la de perder lugar en la sociedad contemporánea. La cuestión que nos ocupa es algo más que una discusión referida a una práctica psicoanalítica, se trata en lo fundamental de discutir cómo imaginamos al psicoanálisis en el mundo actual, si nos parece adecuado o no que salga al encuentro de los hombres y mujeres de nuestros días, flexibilizando las propuestas terapéuticas de acuerdo a las posibilidades y necesidades de la época, si queremos o no promover un psicoanálisis integrado a la sociedad contemporánea, pensándola, pensándose y ofreciendo soluciones en el terreno terapéutico. La cuestión es cuánto escuchamos a Freud (1919/1990) cuando decía que es a “nuestra terapia, a la cual debemos sin duda la posición que tenemos en la sociedad de los hombres...” (p. 155).

La consulta. El análisis de la situación clínica

Imaginemos una pareja que realiza una consulta y solicita una opinión sobre qué tipo de tratamiento realizar. Los sufrimientos que motivan el pedido de ayuda pueden ser muchos –nacimiento de hijos, “nido vacío”, los llamados problemas de comunicación, violencia en el vínculo, etcétera– pero lo fundamental para decidir si es adecuado o no realizar un tratamiento de pareja no pasa por los sufrimientos en sí mismos sino por establecer en qué funcionamientos psíquicos éstos arraigan. En efecto, pueden arraigar tanto en cuestiones que predominantemente se ubican en lo intrasubjetivo de uno o ambos partenaires –duelos, traumas– como en cuestiones predominantemente relacionales –desacuerdos o violencias entre ambos– y, en general, se trata de situaciones mixtas, en las que lo individual y lo relacional se entrelazan de variadas maneras. En esa clínica compleja, la clave central para decidir qué tipo de tratamiento proponer pasa por establecer los pesos relativos de lo intersubjetivo y de lo intrasubjetivo en la problemática en juego. Dicho de una manera más coloquial si se trata de problemas en uno o ambos partenaires o de problemas entre ellos. En efecto, lo que sucede *entre* las personas es diferente de lo que sucede *en* las personas, la dinámica vincular y lo intrasubjetivo constituyen dimensiones de lo psíquico que no pueden reducirse una

a otra y –agreguemos– en el caso particular de la pareja ocurre con frecuencia que en el tratamiento individual de un miembro no se logra capturar con fidelidad lo que efectivamente sucede en el vínculo entre los dos miembros de la pareja.

Ha sido una propuesta del psicoanálisis en sus inicios que lo intersubjetivo se expresa acabadamente en las transferencias con el analista, pero esto no se demostró en la clínica. En el vínculo analista-paciente que se despliega en los tratamientos individuales no se reproduce acabadamente el variado repertorio de sentimientos y conductas que el paciente experimenta ni en la pareja ni en otros vínculos. Y esto en realidad tiene su lógica: si el vínculo se co-construye en el intercambio, ¿acaso la posición del analista que no reacciona con la emocionalidad de la pareja no determinará una limitación en el rango de transferencias posibles? Es evidente que la relación con el analista no puede abarcar toda la gama de experiencias emocionales del paciente (Gabbard & Western, 2003).

En este punto, entonces, se plantea cómo definir lo intrasubjetivo, intrapsíquico o singular y cómo definir lo relacional, intersubjetivo, interpersonal o plural. He aquí preguntas de alta complejidad cuyas respuestas son diferentes en cada marco teórico.

Muy sucintamente, *lo intrasubjetivo* es aquello que –independientemente de su constitución– define sus características actuales en el mundo interior (Freud, 1940/2004, p. 207) de los sujetos y cuyas propiedades, aunque en parte se colorean, no se alteran fundamentalmente por la interacción con el otro ni en el vínculo. Los síntomas obsesivos o los histéricos pueden servir de ejemplo: se trata de funcionamientos que aunque son influidos por el contexto intersubjetivo, en lo fundamental definen sus rasgos en la interioridad del que los padece.

Lo intersubjetivo, por su parte, se constituye en los intercambios entre los partenaires y sus funcionamientos adquieren sus características en virtud de la relación entre dos personas enlazadas de modo tal que la participación de uno modifica y redefine la participación del otro, construyendo entre ambos un funcionamiento que, en consecuencia, no puede ser entendido considerando a uno solo de los participantes. Esto es así porque el intercambio transforma las subjetividades de ambos participantes.

En el particular contexto intersubjetivo que constituye la pareja, se hace necesario el concepto de *vínculo* para precisar las características de lo intersubjetivo, dado lo duradero del encuentro. Un vínculo es un espacio constituido por las investiduras entre dos o más sujetos, investiduras que tienen cierta intensidad y duración y configuran un modo de encuentro con algunas características relativamente consolidadas. La inclusión de un sujeto en un vínculo pasa a determinar en parte su funcionamiento individual en virtud de las transformaciones duraderas que se producen en él.

Ahora bien, retomemos la pregunta referida a si la terapia analítica de pareja puede resultar útil o no como herramienta terapéutica. Veamos una viñeta:

Laura, a sus 20 años, se enamoró de José, diez años mayor, que fue su

profesor en la facultad de sociología y siempre valoró la admiración de Laura y su disponibilidad a satisfacerlo. El casamiento se decide poco tiempo después de la muerte de la madre de Laura y ella dice que ese vacío precipitó su boda. La madre de José vive con ellos desde siempre y aunque la relación madre-hijo es de enorme violencia encubierta, nunca se planteó modificar esta convivencia. José dice de sí mismo que es un adicto al trabajo.

La partida del hogar del último de los tres hijos determina una crisis en la pareja, apareciendo entre ambos situaciones de agresión en que llegan a pegarse, aunque solo con algunas magulladuras y rasguños. Mientras Laura busca compensarse del duelo por el nido vacío intensificando su relación con José, éste busca recomponer su equilibrio narcisístico incrementando su actividad laboral. Trabaja cada vez más, empieza a padecer excesos con el alcohol y tiene día a día conductas más agresivas con Laura que desarrolla intensos celos respecto de una joven ejecutiva compañera de José.

Laura está en un tratamiento individual de una vez por semana y José realizó durante 18 años un tratamiento en que fue dado de alta hace 5 meses. En este contexto, ambos piden un tratamiento de pareja “porque no damos más. Nos peleamos por cualquier cosa”.

Laura y José son representativos de una gran mayoría de parejas que consultan. No cabe duda de que sería pertinente sugerir un tratamiento individual a José, así como que convendría evaluar qué está ocurriendo en el tratamiento de Laura. Pero a nuestro criterio, es también pertinente proponer un tratamiento de pareja, opinión que se basa no en una predilección personal sino en determinados conceptos teóricos que progresivamente iremos exponiendo.

Lo intersubjetivo. La dinámica vincular

La pareja, como ya se dijo, consulta por una variedad de sufrimientos originados tanto en lo intrasubjetivo como en lo intersubjetivo. Ahora bien, en términos generales, conviene indicar una terapia individual cuando el propósito es trabajar los funcionamientos intrasubjetivos, ya que la mejor captación de éstos se obtiene en entrevistas individuales, las que permiten un mejor despliegue de la asociación libre. Por lo contrario, cuando la intención es trabajar funcionamientos vinculares, la indicación suele ser de tratamiento de pareja, ya que la sesión de pareja al reunir a ambos partenaires, promueve el despliegue de la dinámica vincular.

En el análisis de la dinámica vincular importan una serie de funcionamientos pero en una primera aproximación cabe referirse a la bi-direccionalidad inconciente, a los funcionamientos vinculares y a las alianzas inconcientes. Lo que constituye la columna vertebral de la dinámica intersubjetiva, su núcleo, consiste en cómo cada uno acoge al otro/a, en qué acción compleja se unen: la forma de tratarlo, disentir, recibir, contener, rechazar, interpretar, resonar, consensuar, matizar, enriquecer, expulsar, sintonizar, validar, espejar, manipular uno a otro. Estas diferentes acciones, según cuáles sean válidas para caracterizar al encuentro, dan cuenta de cómo cada sujeto se conecta





con el otro. La tarea que se le impone al clínico es establecer los significantes que caracterizan al vínculo, o sea analizar el modo de conexión entre los partenaires. En esta tarea, un trabajo muy habitual es mostrar cómo cada miembro frecuentemente trata al otro como un objeto pasivo de su fantasía y/o mundo interno al que se lo fija en la representación o relación de objeto propia de ese mundo interior, al mismo tiempo que el otro plantea sus diferencias, dando origen a un conjunto de trabajos psíquicos. Esta variedad de sucesos psíquicos es lo que debe mostrar la intervención vincular, de la que más adelante nos ocuparemos.

La dinámica intersubjetiva se expresa en sesión como discurso conjunto (Spivacow, 2011, pp. 79-80), término que designa a la cadena asociativa que produce una pareja en sesión y que debe diferenciarse de lo que Freud denominó asociación libre. Mientras ésta es una producción del sujeto que en principio está lo menos interferida por otros para así reflejar mejor el mundo interno del que habla, el discurso conjunto constituye una trama en la cual lo que uno dice y hace le da sentido a la producción del

otro, resignificando cada uno las conductas y palabras del otro. Por ende, las interferencias del otro, su presencia disruptiva, constituyen el material mismo en tanto reflejan lo intersubjetivo. Hay en el discurso conjunto, por momentos, trayectos en que fluye una suerte de asociación libre de alguno de los partenaires. Pero pronto se evidencia la presencia de un otro –el partenaire– que no es el analista y que responde e interactúa espontáneamente: no se rige por la regla de abstinencia. Así definido, el discurso conjunto debe diferenciarse de la dinámica intersubjetiva. No es lo mismo el funcionamiento de una pareja en sus ámbitos de convivencia que el modo en que éstos se reflejan en sesión. Las parejas con violencia física, por ejemplo, muchas veces producen un discurso conjunto banal y evitativo, muy diferente de la dinámica intersubjetiva agresiva que las caracteriza. En estas brechas se ubican una gran cantidad de problemas técnicos.

Así las cosas, la focalización en un tratamiento de pareja suele dirigirse a la dinámica intersubjetiva, es decir a lo que entre ambos producen y/o se imponen como trabajo psíquico. Pero –más adelante volveremos sobre esta cuestión– las situaciones clínicas son siempre mixtas, con funcionamientos intersubjetivos e intrasubjetivos y en un tratamiento las cosas cambian momento a momento de modo tal que en muchas oportunidades el analista de pareja debe centrarse en los funcionamientos intrasubjetivos. Lo intrasubjetivo no muere en la sesión de pareja y no puede ser desconsiderado por el analista en ningún sentido.

En el caso de Laura y José cada uno retroalimenta la violencia del otro y es la importancia y la potenciación de los funcionamientos agresivos que entre ellos despliegan lo que configura el punto de urgencia a abordar. Es por ésta y por otras razones que iremos exponiendo que, a nuestro juicio, la estrategia terapéutica debe empezar por una terapia de pareja, independientemente de lo que además se

pueda hacer en materia de tratamientos individuales. De lo que se trata en primer lugar es de intentar frenar un circuito en que cada partenaire potencia la agresividad del otro.

En los apartados que siguen profundizaremos en el análisis de la dinámica vincular, para cuya elucidación nos apoyaremos en tres conceptos:

- a. bi-direccionalidad inconciente,
- b. funcionamientos intersubjetivos o vinculares –a los que también se denomina plurales–, y
- c. alianzas inconcientes.

a. Bi-direccionalidad inconciente

El estudio de la dinámica vincular nos conduce privilegiadamente al concepto de bi-direccionalidad inconciente. En efecto, en un vínculo entre dos sujetos, éstos se condicionan recíprocamente no solo en una interinfluencia conciente-preconciente del tenor de la que opera entre una respuesta y una pregunta sino también en el terreno inconciente. Va a suceder así que en el nivel conciente habrá adecuaciones y conflictos, mientras que, en el nivel inconciente, se producirán ajustes originados en las características del vínculo y de los sujetos. En consecuencia, ciertas conductas de uno serán únicamente entendibles en relación a las conductas del otro, cuestión que deviene fundamental en una intervención psicoanalítica, dado que se aspira a entender la conducta de la gente y especialmente sus determinaciones inconcientes.

La bi-direccionalidad, entonces, es la cualidad del psiquismo en virtud de la cual las investiduras de los participantes de un vínculo sufren modificaciones recíprocas, tanto en el nivel de los funcionamientos concientes como en el nivel de los funcionamientos que se producen en lo inconciente, en esos estratos que Freud llamaba el psiquismo profundo¹.

Las consecuencias de considerar la bi-direccionalidad inconciente en la clínica son grandes en todos los terrenos. Por ejemplo, para mencionar un solo ítem, al estudiar la génesis de la fantasía, las características de ésta dependen no solo de la pulsión y de todo lo interior al psiquismo que se describió clásicamente en psicoanálisis, sino también de las interinfluencias con los otros significativos del entorno, de las semantizaciones que estos le ofrecen al sujeto y de cómo entre ellos funciona la bi-direccionalidad. Las fantasías de un sujeto no surgen uni-direccionalmente de los estratos profundos de su psiquismo.

b. Funcionamientos vinculares o intersubjetivos

La dinámica intersubjetiva no es otra cosa que una trama compuesta por funcionamientos denominados vinculares. Estos se constituyen como tales en virtud de la participación de ambos partenaires y cumplen con la condición kaësiana: “no uno sin el otro, ni sin vínculo

1. Algunas lecciones elementales sobre el psicoanálisis, p. 284, en *Obras completas* (Vol. 23, pp. 279-288). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1940).

que los une y los contiene” (Kaës, 2007, p. 248). La redefinición de la subjetividad del otro que en ellos se verifica en virtud de la bi-direccionalidad es particularmente importante en el nivel inconciente. Un ejemplo de este tipo de funcionamientos pueden constituirlo las problemáticas que Piera Aulagnier (1979) describió como alienación en las cuales concurren un deseo de auto-alienación en un sujeto –la supuesta víctima– con un deseo de alienar en otro sujeto –el supuesto victimario–. Otro ejemplo pueden constituirlo las parejas violentas en las que uno sostiene y retroalimenta la violencia del otro, como Laura y José.

Postular la existencia de funcionamientos que no se pueden abarcar considerando a un único sujeto supone diferenciarnos de otras teorías del psiquismo, en primer lugar de la teoría freudiana, la cual no describe este tipo de sucesos. Por el contrario, implica una cercanía fuerte con Winnicott cuando afirmaba que “un bebé no puede existir solo, sino que es esencialmente parte de un vínculo” (Davis & Wallbridge, 1988, p. 48).

La descripción de estos funcionamientos permiten ubicar más claramente la especificidad de los abordajes vinculares, en los cuales se despliegan en su verdadera amplitud, mientras que no lo hacen de la misma manera en un encuadre individual. La sesión vincular, a diferencia de la individual, posibilita un abordaje vívido y focalizado en ellos.

Las interacciones rígidas y estereotipadas por las que muy frecuentemente consultan las parejas suelen originarse en funcionamientos vinculares.

César y María discuten en sesión de una manera bastante monocrorde y reiterada.

María: Estoy harta de limpiar el barro con el que entran del jardín. Soy la mucama de él y los varones, y ni siquiera les dice nada. Por lo menos podría decirle algo a los chicos. Las nenas son mucho más compañeras.

César: (acerca su cuerpo provocativamente) Escucháme, yo en general me fijo. Fue una vez, el domingo. Y además, no te vas a morir por limpiar un día el barro. Yo trabajo los seis días de la semana quince horas por día y no me quejo. El resto de la semana me estuve cuidando todo el tiempo y diciéndole a los varones. Vos misma el viernes me reconociste que estaba tratando de cambiar en esto. Y la verdad (cambia el tono y habla más suavemente) es que estoy mejor, y vos también... Estamos mucho mejor (mirando al analista).

María: (con voz chillona y penetrante) ¿no te quejás?!! ¡¡¡Por favor!!!.

María suele quejarse repetitivamente de todo lo que hace César con los hijos varones, como si constituyeran un equipo enemigo. Cada vez que ocurre algo de esta índole, César de alguna manera contraataca, sin detenerse a investigar en qué se origina la queja. Ataque y contraataque configuran los polos de un funcionamiento vincular rígido en que María se queja de los varones de la casa y César provoca físicamente a María.

La mayor parte del tiempo en los tratamientos de pareja se dedica al trabajo clínico sobre funcionamientos vinculares, explicitando la bi-direccionalidad, los diferentes sentidos que adquiere para cada uno la conducta del otro y teniendo en el horizonte las alianzas inconcientes correspondientes.

Raquel y Alejandro están casados hace treinta años y consultan porque se acaba de descubrir una relación extramatrimonial de Alejandro, por tercera vez.

Raquel: El quiere hacer lo que se le dá la gana. El otro día dijo en una reunión que yo tenía la culpa de todo. Ahora dice que va a cambiar el código del celular y no me va a decir el nuevo. Entonces yo ¿cómo puedo tenerle confianza?

Alejandro: Si quiere el celular aquí lo tiene.

Raquel: ¡Pero le sacó todas sus cosas! Ya no recibe ahí ni mails ni textos!

La discusión sigue por un largo rato, Alejandro evitando y banalizando y Raquel acusándolo ferozmente, ella cada vez más en el lugar de un fiscal furibundo, él cada vez más en el lugar de un pollito mojado. Este tipo de diálogos son muy frecuentes. Raquel lo persigue con acusaciones a Alejandro quién en principio la ignora y cuando la sangre está por llegar al río, obedece. La supuesta obediencia de Alejandro enfurece a Raquel, la que se pone más acusadora aún, reavivando el círculo vicioso.

c. Las alianzas inconcientes. Los roles y la distribución de los trabajos psíquicos

El trabajo clínico sobre la dinámica intersubjetiva, la bi-direccionalidad y los funcionamientos vinculares va llevando a las formaciones intersubjetivas que constituyen sus soportes en lo inconciente: las alianzas inconcientes. En efecto, cuando una relación adquiere alguna intensidad y duración, se van generando códigos, modos de ser, formas de conducta que alcanzan una relativa estabilidad, es decir, se van consolidando los funcionamientos vinculares que caracterizan a ese vínculo: semantizaciones compartidas y pautas respecto de lo permitido y lo prohibido, semejanzas, diferencias y oposiciones. En un vínculo de pareja entonces, se encuentra por una parte una asociación centrada en un interés compartido, es decir una alianza conciente (formar una familia, ser compañeros, vivir juntos), mientras que por otra parte se encuentran las articulaciones o acoplamientos inconcientes que subyacen a la alianza conciente.

Estos variados acoplamientos, al consolidarse, generan formas de distribución del trabajo psíquico, al modo de la división del trabajo que se describe en los procesos de producción en la economía. En los grupos pequeños, el fenómeno más universal que puede ilustrar esta distribución es la función de liderazgo que algunos miembros asumen y otros delegan, mientras que en las parejas se va viendo que uno se ocupa más de la casa, otro de los aportes económicos, uno de la relación con los amigos, otro de cuestiones de salud, en fin... se va perfilando un ordenamiento tal que algunos miembros asumen



ciertas tareas que otros delegan en ellos, es decir se va instalando una distribución de roles, en parte conciente y en parte inconciente, asignación que muchas veces adquiere la forma de polarizaciones (apasionado/racional, gastador/ahorrativo, peleador/pacífico, activo/pasivo, etcétera). También implican una particular distribución del poder, eje alrededor del cual giran muchos conflictos en los vínculos.

Estos procesos se van produciendo con base en lo que cada integrante aporta como bagaje previo al vínculo y también con base en adecuaciones recíprocas que no excluyen la violencia. Al modo de engranajes o de partes constituyentes de una articulación, cada sujeto se va ubicando en cierta posición subjetiva que entra en algún equilibrio con las posiciones del otro, de modo tal que adopta y/o desecha ciertas formas de ser y funcionar, hace ciertas cosas sí y ciertas cosas no. En virtud de estos ensambles, cada integrante alcanza en el vínculo un determinado nivel de homeostasis narcisista, trófica o destructiva, con una estabilidad mayor o menor.

A estos nudos de investiduras inconcientes o articulaciones escondidas Kaës las ha denominado alianzas inconcientes.

He denominado ‘alianza inconciente’ a una formación psíquica intersubjetiva construida por los sujetos de un vínculo para reforzar en cada uno de ellos, y establecer en la base de ese vínculo, las investiduras narcisistas y objetales necesarias [al vínculo], los procesos, funciones y estructuras psíquicas que necesitan [...]. La alianza se construye de tal manera que el vínculo adquiere para cada uno de los sujetos un valor psíquico decisivo. (Kaës, 2007, p. 248).

Las alianzas inconcientes constituyen la base de los funcionamientos vinculares repetitivos que se dan en un vínculo y, al mismo tiempo, se consolidan como resultado de estas interacciones repetitivas. Hay otra parte de las interacciones de los integrantes de un vínculo que nunca llega a organizarse en fenómenos de repetición. Así, en un vínculo se verifican dos modos de relación: algunas formas de interacción repetitiva y otras formas de interacción que no pueden reenviarse a fenómenos de repetición. Como es obvio, cuando hablamos de repetición debe aclararse que ésta nunca configura una repetición idéntica, sino que se trata de una repetición en diferencia, un suceso que tiene un núcleo de repetición pero también componentes que marcan diferencias.

El proyecto terapéutico

Ya explicitados los conceptos fundamentales que como analistas de pareja agregamos a nuestro bagaje psicoanalítico tradicional, estamos en condiciones de responder con más elementos a la pregunta clave que surge frente a una pareja que consulta: ¿qué tipo de tratamiento proponer? ¿Individual, de pareja o de otro tipo?

Lo principal de la respuesta ya lo hemos adelantado y es que solo puede responderse caso por caso. Pero un tratamiento de pareja es especialmente útil cuando en los conflictos que determinan la crisis predominan los funcionamientos vinculares ya que la sesión posibilita un abordaje vívido y focalizado en estos funcionamientos.

No obstante, la idea no es que frente a todo problema relacional se deba proponer una terapia vincular. La elección de este tipo de tratamiento debe considerar un conjunto de factores y en efecto hay casos en que un dispositivo vincular no es el mejor, como ocurre a menudo en las crisis de pareja que surgen en los momentos en que se descubren relaciones con terceros. En estas situaciones la posibilidad de elaboración psíquica suele ser muy frágil en el encuadre vincular debido a lo difícil que es hablar y pensar con libertad frente al otro.

También hay casos en que los conflictos que motivan la consulta son predominantemente intrasubjetivos, pero el que los padece no sufre por ellos ni los reconoce como problemas –adicciones, caracteropatías– y el que los “denuncia” es el partenaire. En estas situaciones el tratamiento vincular constituye la mejor alternativa posible ya que de otro modo no habría tratamiento alguno.

Lamentablemente, hay muchas excepciones a cualquier regla y esto es lo que se quiere decir cuando se afirma que la decisión debe ser caso por caso. Otra cuestión a considerar es el deseo de los que nos consultan. Si ellos quieren firmemente realizar una terapia de pareja debemos tener muy buenas razones para no aceptar su deseo. Hay funcionamientos psíquicos que solo se van vislumbrando y entendiendo con el andar del tratamiento.

Por otra parte, es importante dejar en claro que no es un proyecto válido para una terapia psicoanalítica de pareja ni eternizar un matrimonio ni evitar una separación. La propuesta es trabajar sobre lo que les pasa y ayudarlos a pensar y decidir al respecto. En relación a esto... ¿cuáles son las parejas que más posibilidades tienen de seguir juntas y con un mejor ajuste diádico después de un tratamiento vincular? En mi experiencia, el mejor resultado se obtiene con las parejas que mantienen el entusiasmo recíproco más allá de los conflictos y dicen “nos matamos aunque nos queremos”, “queremos estar juntos pero no podemos hablar, necesitamos un traductor”, “no sabemos qué nos pasa, pero nos peleamos mucho”. Son compañeros que, de algún modo, están “prisioneros” del amor hacia el partenaire y el deseo de estar juntos y hacer más placentera una relación dificultosa, es el gran motor de la terapia. Las ganas de estar juntos no impiden que sean desbordados por agresiones, malentendidos y confusiones. En un alto número han realizado o realizan terapias individuales que por razones diversas no han llevado a la mejoría de los conflictos entre ellos. Una explicación de esto último, muchas veces valedera, es que en el encuadre individual

no se pueden sintonizar en toda su complejidad los funcionamientos intersubjetivos entre los partenaires, y sólo la presencia del otro con el consiguiente despliegue de intercambios que no aparecen en la sesión individual, permite una elaboración de los conflictos vinculares.

Las intervenciones vinculares

Cuando la necesidad clínica es trabajar funcionamientos vinculares, el recurso técnico más específico es la intervención vincular, a cuyas características nos referiremos en este apartado.

El objetivo central de esta forma de intervención es esclarecer y/o modificar la manera en que varios miembros de un conjunto plurisubjetivo contribuyen a que un funcionamiento psíquico adopte la forma que adopta, lo cual configura una gran diferencia con la interpretación descripta por Freud, la cual se dirige a trabajar el modo en que un único sujeto participa de un funcionamiento psíquico. Mientras la interpretación freudiana apunta centralmente a la dinámica intrasubjetiva, la intervención vincular apunta a trabajar la dinámica intersubjetiva. Su objetivo principal es esclarecer y trabajar las participaciones de los dos miembros de la pareja. No se dirige a un sujeto sino a los dos, a los que considera protagonistas del funcionamiento psíquico en cuestión e intenta, con el debido *timing*, echar luz sobre los funcionamientos responsables del conflicto, con especial atención a cómo éste es co-construido por ambos. Mientras la interpretación freudiana se dirige a descifrar las coordenadas de deseos y conflictivas singulares, la intervención vincular apunta a mostrar cómo un sujeto influye en el otro, tanto conciente como inconcientemente, cómo cada uno activa o desactiva ciertos funcionamientos en el otro, cómo se construye y retroalimenta un funcionamiento psíquico entre los dos. Esta es una gran diferencia de la intervención vincular con otras herramientas clínicas psicoanalíticas, que analizan exclusivamente a un psiquismo singular.

Una forma habitual de intervención vincular es decirles que “cuando vos –X– hacés eso, que para vos es sin consecuencias, no te das cuenta de que a él/ella, le produce el efecto de responder así. Por otra parte, cuando vos –Y– respondés así, no te das cuenta de que a ella/él, le produce esto... Después resulta que los dos, no se sabe cómo, sufren por encontrarse con un vínculo de tales y cuales características...”

El hecho de dirigirse simultáneamente a dos personas, generalmente en conflicto, implica una multiplicidad de cuestiones técnicas, la principal de las cuales es que frente a las palabras del analista una puede sentirse apoyada, ofendida o malentendida, mientras la otra puede sentir totalmente lo contrario. Las alternativas son infinitas pero en síntesis la intervención se dirige a dos personas que reaccionan diferentemente e interactúan en un ámbito de enfrentamiento, con diferentes sistemas defensivos, de modo tal que las palabras del analista siempre son incluidas en un campo de alianzas y poderes en pugna, situación a la que se debe estar atento permanentemente.

El hecho de dirigirse a dos personas, ambas presentes y muchas veces en conflicto, hace que frecuentemente cuando el analista aspira a mostrar un funcionamiento de uno y en consonancia interviene,

el otro aporta una participación que desequilibra las posibilidades de un insight en paz. El partenaire, recordemos, no funciona como el analista en el dispositivo freudiano, ese interlocutor tan especial, regido por la regla de abstinencia. En un dispositivo plurisubjetivo sucede lo que bien señala Kaës (2005): “Toda la dificultad y toda la apuesta del proceso emprendido en la situación psicoanalítica de grupo está en que los otros ‘responden’, mientras que ese ‘otro’ que es el psicoanalista no responde, o no de la misma manera” (p.43).

La intervención vincular, por el hecho de considerar permanentemente la dinámica intersubjetiva, suele focalizarse en los funcionamientos psíquicos de una manera en algo diferente a la interpretación freudiana. Es frecuente, en efecto, que los miembros de una pareja se estereotipen en relacionarse con el partenaire desconociendo su condición de otro exterior, asimilándolo a un objeto interno, y es frecuente también que este aspecto fundamental de los conflictos intersubjetivos no se pueda profundizar adecuadamente en el dispositivo individual. La intervención vincular se focaliza muy especialmente en detectar y mostrar si los objetos internos tienden o no a ser reemplazados por sujetos a los cuales se les reconoce un mundo interno autónomo.

Por lo demás, en todo aquello que hace a su formulación y diseño, la intervención vincular puede adquirir las más variadas formas y no se caracteriza por ningún rasgo de tipo formal. Podemos de ella decir lo mismo que Freud (1911/1980, p. 87) dijo de las cuestiones técnicas: hay muchas maneras de hacer bien las cosas pero existen también algunas maneras de hacerlas mal y de aquí deriva la relevancia de discutir y comparar las diferentes alternativas.

Las intervenciones vinculares no son de ninguna manera las únicas que se utilizan en un tratamiento de pareja. En variados momentos son necesarias intervenciones que se dirigen a trabajar lo singular de un partenaire, las cuales se deben realizar con la única precaución de no perder de vista cómo impactan en la dinámica intersubjetiva. La terapia de pareja tiende a ubicar en un primer plano la dinámica intersubjetiva y desde ella enfocar el trabajo clínico pero una focalización tal a ultranza, puede deformar artificialmente la comprensión del suceder psíquico, al no valorar adecuadamente todo lo que pesa lo intrapsíquico en los funcionamientos vinculares y en el suceder psíquico en general. En un tratamiento vincular no se puede desconsiderar en ningún sentido lo intrasubjetivo, postura insostenible en una aproximación psicoanalítica y, huelga decirlo, no es posible un adecuado conocimiento de lo intersubjetivo si se pierde de vista a lo intrasubjetivo y viceversa.

La interpretación freudiana y la intervención vincular constituyen herramientas del analista que aspiran a promover el cambio psíquico por diferentes caminos y por ende es diferente el manejo clínico de la transferencia. En los análisis individuales se le da un lugar protagónico a la transferencia con el analista y del trabajo sobre ésta se esperan los resultados más significativos en cuanto al cambio psíquico. Pero la situación es otra en los tratamientos de pareja en que la propuesta es analizar problemas de la relación y a los partenaires se les propone trabajar las cuestiones entre ellos. Lo



que resulta es una interdiscursividad, el discurso conjunto, que posibilita un abordaje privilegiado de las transferencias entre los partenaires, a las que llamamos transferencia intrapareja y que describiremos en el próximo apartado. Las otras formas de transferencia están presentes y, por supuesto, tienen efectos, pero se despliegan de manera más limitada.

La cuestión de la/s transferencia/s y el cambio psíquico

La teoría psicoanalítica, se sabe, correlaciona estrechamente la posibilidad de cambio subjetivo con el establecimiento e interpretación de la transferencia pero, no podemos olvidarlo, ésta es entendida de muy diversas maneras en nuestra disciplina. De las muchas características que se le atribuyen, hay relativo consenso en que la posibilidad de un cambio psíquico depende estrechamente de que el analista sea investido transferencialmente. Sus palabras son escuchadas y éste adquiere en el universo del paciente un valor de autoridad dado que recibe –vía repetición– las investiduras que recibieron las autoridades de la vida infantil. Igualmente, hay relativo acuerdo en que las transferencias señalan el foco en el que se actualiza el deseo inconciente en su mayor intensidad y constituyen así puntos que el analista debe obligadamente considerar.

Ahora bien, aunque lo habitual es que los analistas al referirnos a “la” transferencia nos refiramos a la transferencia con el analista, las transferencias invisten a variadas personas del universo del sujeto de modo tal que el analista no es el único que adquiere un valor transferencial en la vida de los analizantes. Así las cosas, suele ocurrir en la vida de pareja que el partenaire es investido con representaciones correspondientes a un progenitor o a algún personaje relevante de una manera repetitiva, estereotipada y atemporal de modo tal que estas investiduras constituyen transferencias, falsos enlaces con las características de un prototipo infantil. Es fácil ubicar estos funcionamiento en diversas situaciones: una paradigmática la podemos observar cuando el partenaire es idealizado y se considera que solo él o ella pueden resolver un problema. Otra muy habitual es cuando al partenaire se le atribuyen ciertas características negativas de manera rígida e inmodificable, casi independientemente de lo que haga, situación a la que Abelin–Sas (2011) denomina “imágenes prefabricadas” y Berenstein y Puget (1982) describieron como “reproches”.

Estas transferencias entre los partenaires –a las que se denominan transferencias intrapareja (Spivacow, 2011, p. 83)– son las que más habitualmente se trabajan en los tratamientos de pareja. Tienen un carácter bidireccional, a diferencia del carácter unidireccional que se le otorga a la transferencia en la descripción freudiana, es decir una determinación bilateral tal que las investiduras transferenciales de uno a otro van siendo remodeladas por las regulaciones que se establecen *entre* ambos polos. Dado que constituyen el soporte inconciente de muchos intercambios entre los partenaires, ocupan un lugar protagónico en la sesión vincular, lo cual constituye una especificidad de los tratamientos de pareja. En efecto, en virtud de su sostén bidireccional, se expresan con debilidad en muchos tratamientos

analíticos individuales ya que el analista, con su abstinencia, no proporciona los estímulos que proporciona el partenaire.

Por supuesto, en el tratamiento de pareja, están presentes también otras formas de transferencia de modo tal que el analista se encuentra con una variedad más amplia que la que debe manejar el analista individual. Dicen Scharff y Scharff:

En la práctica de la terapia de pareja, el terapeuta enfrenta una más amplia variedad de transferencias de lo que es típico en una relación terapéutica individual. Los terapeutas de pareja no solo deben entender y trabajar con las transferencias individuales que cada partenaire desarrolla con ellos sino también con las transferencias individuales y conjuntas que entre ellos basculan, así como también con las transferencias que la pareja como grupo establece con el terapeuta y con el tratamiento en general. (Scharff & Scharff, 2014, p. 4342).

En el caso de Laura y José, que describimos en el comienzo de este artículo, las transferencias intrapareja, que constituían un aspecto fundamental del intercambio, establecían un cierto equilibrio entre la protección de José y la admiración de Laura (transferencias parento-filiales). Con la partida de los hijos se desequilibra la bi-direccionalidad establecida y aparecen al desnudo las cualidades transferenciales y disfuncionales: el deseo de Laura de revitalizar la relación con José está cargado de sentimientos de orfandad y desamparo filial, así como el enojo de José está cargado de autoritarismo parental.

Tener en cuenta el concepto de transferencia intrapareja, con su sostén bi-direccional, va a permitir entender la potenciación recíproca de la violencia entre ellos.

La pareja en el mundo actual. Criterios de salud y enfermedad

Muchas cuestiones centrales en la clínica de parejas dependen de las creencias u opiniones a que adhiere el analista. ¿A qué nivel de armonía se puede aspirar entre los miembros de una relación? ¿Cómo pensar el encuentro amoroso en una época como la actual, que carece de las normativas que regulaban tiempo atrás el encuentro entre los sexos? ¿Es pensable un vínculo amoroso que no esté enmarcado por los funcionamientos de la neurosis? ¿Es posible “curarse” de los sufrimientos del amor? La postura con que el terapeuta se enfrente a estos interrogantes va a determinar mucho del destino del tratamiento y de la pareja.

Respecto de la pareja y del amor existen diferentes posiciones en psicoanálisis. Diversos autores han hablado del amor genital (Laplanche & Pontalis, 1968, p. 173) y consideraron que la salud mental culminaba en una relación heterosexual plena, presidida por la armonía. En una versión reciente de esta postura, Otto Kernberg (1995) habla del amor sexual maduro y propone una serie de ítems (pp. 69-70) cuyo cumplimiento ubica a los partenaires en una suerte de armonía amorosa que a su criterio es alcanzable y forma parte de la salud mental.

La perspectiva es totalmente diferente en otros autores. Lacan, con su famosa proposición de que “no hay relación sexual”, opina que

no existe ninguna relación directa, inmediata entre las posiciones sexuales masculina y femenina, porque “el Otro del lenguaje está entre ellas como un tercero (S20, 64)”, con todo lo de malentendido y desencuentro que esto implica. “La relación entre hombres y mujeres no puede ser armoniosa: ‘la más desnuda rivalidad entre hombres y mujeres es eterna’ (S2, 263). El amor no es más que una ilusión destinada a reemplazar la ausencia de relaciones armoniosas entre los sexos...” (Evans, 1997, p. 166, las referencias a la obra de Lacan son de Evans).

La diferencia de posturas tiene consecuencias en la clínica: si para Kernberg las relaciones con terceros y/o ciertos conflictos van a ser un trastorno a superar, para Lacan serán una vicisitud más del siempre difícil encuentro entre los sexos.

La profundización en esta problemática y en las diferentes posiciones, nos lleva finalmente a preguntarnos qué es el amor de pareja, un interrogante sin respuesta, pero del cual vale apuntar algunas cuestiones. Freud (1921/1979, pp. 86-87) propuso subsumir en una única categoría a todas las variedades del amor, y así englobar en un mismo ítem al amor de pareja con el amor a los hijos, con el amor a Dios, el amor sagrado y el amor carnal. Pero otras tradiciones culturales diferencian netamente a estos amores y sin duda que el amor de pareja funciona con códigos muy diferentes que el amor a los hijos o, para la gente religiosa, el amor a Dios. En este último tipo de amor la sinceridad es un componente central. Ahora bien, ¿es posible la sinceridad en el amor de pareja? La postergación de uno mismo, tan característica del amor a los hijos, ¿es posible en el amor de pareja? Dicen Warkentin y Whitaker (1967):

...las reglas usuales de la conducta social humana no se aplican al matrimonio, ni a otras relaciones íntimas. [...] la equidad no es apropiada. ‘Todo se vale en el amor y en la guerra’ [...], la consistencia es imposible en las relaciones sentimentales. Además, otros elementos como la decencia, las apariencias y la sinceridad real tienen poca importancia...(pp. 275-276).

Cuanto más dificultades presenta una situación clínica, más suele hacerse indispensable una perspectiva interdisciplinaria. Una mujer de 35 años y sin déficit intelectual solicitó permiso a la justicia para casarse con un novio que la había violado y agredido físicamente, razón por la cual estaba procesado por la justicia. El juez le otorgó el permiso y al cabo de cierto tiempo el ex-novio, ahora su legítimo esposo, la asesinó. ¿Cuál fue el error de los tribunales? ¿Dónde empiezan y terminan las libertades individuales? Valga este ejemplo para evidenciar las dificultades de formular un proyecto terapéutico apoyándonos exclusivamente en el psicoanálisis y la necesidad, en muchas ocasiones, de una perspectiva interdisciplinaria. A mi juicio, solo una aproximación ética y jurídica aporta los elementos necesarios para entender el error que llevó a un final tan desgraciado.

No es fácil, en síntesis, emitir opiniones concluyentes sobre el amor de pareja. Pero es evidente que en psicoanálisis hay opiniones muy distintas al respecto. Al profundizar en los enigmas de la pa-

reja nos acercamos a una pregunta clave para un psicoanalista. ¿A dónde debe apuntar el cambio psíquico cuando se nos consulta por un conflicto de pareja? ¿La pareja debe ser de alguna manera? ¿En dónde ubicamos la divisoria de aguas entre una pareja disfuncional y una funcional? ¿A qué consideramos un buen ajuste diádico? ¿Cómo decidimos si colaboramos o no en un pedido de ayuda? ¿Ayudamos a una pareja con prácticas sadomasoquistas a estabilizar su relación? ¿Ayudamos a un psicótico o perverso –hombre o mujer– a que tenga hijos con técnicas de fertilización asistida? Las nuevas formas de pareja y familia que se multiplican en la sociedad contemporánea, el tembladeral en que están las referencias culturales y éticas, nos plantean al analista interrogantes difíciles cuando se nos pide ayuda para proyectos absolutamente novedosos en la historia de la humanidad.

Los analistas no colaboramos con cualquier proyecto. No ayudamos en proyectos sadomasoquistas, somos partidarios de una parentalidad responsable, somos enemigos de la violencia innecesaria. En el horizonte de nuestra clínica está siempre lo que se llama la aceptación de la castración, aludiendo así a una ley que pone límites al deseo. Y en estos terrenos es justamente donde hoy la brújula no señala coordenadas claras. ¿Dónde está la ley, el límite que interesa al psicoanalista en los tiempos actuales? Recordemos que para la tradición psicoanalítica la ley refiere a la prohibición del incesto y no a un fragmento de legislación circunstancial. Y recordemos también que con las nuevas tecnologías reproductivas hoy, 2015, no está claro qué se entiende por incesto. La ley que interesa a los analistas, propone Silvia Bleichmar (2005), es aquella que simboliza en la interdicción del incesto la protección al otro indefenso (pp. 115-117). Retomando, entonces, ¿cómo pensar hoy en estos terrenos la cuestión de la ley y nuestra eventual aceptación o negativa a participar en un proyecto terapéutico?

Las categorías de salud o enfermedad no sirven para trabajar con el vínculo de pareja, porque, como decía Stoller (1997), en el terreno del amor somos todos anormales (p. 25) y estas categorías con frecuencia no se diferencian demasiado de las convenciones sociales. Una brújula, en cambio, puede ser el concepto de destructividad. Frente a una consulta en relación a proyectos atípicos para formar pareja o familia, engendrar u adoptar, a mi juicio, la primera evaluación debe referirse al tipo de destructividad operante en los miembros y en la trama de la pareja. Esto tiene más importancia que si son homosexuales u heterosexuales, si quieren tener hijos con técnicas estrafularias, si conviven o no, etcétera, etcétera. Otro funcionamiento que sirve de brújula es el registro que opera en ellos de la subjetividad ajena: en cuánto y cómo el otro es considerado como un ente subjetivo en el que se reconocen y respetan deseos, sentimientos y funcionamientos diferentes y autónomos. Si el registro del partenaire como ente subjetivo y autónomo está ausente, seguramente el futuro del vínculo no saldrá de los límites de la perversión y/o funcionamientos altamente regresivos.

Para concluir

Se han intentado describir las características principales de la terapia psicoanalítica de pareja, una herramienta compleja del arsenal

del analista. Por razones de espacio no hemos mencionado muchas cuestiones muy importantes, entre otras la influencia de las diferentes culturas con sus reglas y valores respecto de la vida de pareja, las reformulaciones de la teoría psicoanalítica a que llevan las prácticas vinculares, así como muchos desarrollos divergentes de importantes autores referidos a temas que tratamos en este artículo.

Lo que no puede soslayarse es que la terapia psicoanalítica de pareja trabaja inevitablemente en un terreno clínico resbaladizo. Las parejas siempre son *sui generis* y establecen sus ajustes diádicos en base a funcionamientos pasionales y regresivos. Ya lo decía Lemaire hace muchos años:

Aunque no vale la pena discutir sobre algún aspecto patológico de la relación amorosa, porque ello conduce siempre a un debate convencional sobre los límites de la patología, en cambio hay que entender lo fundamental del movimiento amoroso en su origen como una tentativa regresiva por recuperar, aunque sea ilusoriamente, una plenitud anterior. Esto supone hasta cierto punto una verdadera “desdiferenciación”, sin la cual no sería posible esta remodelación estructural que se opone dialécticamente a los esfuerzos de diferenciación progresiva impuesta por las necesidades de la vida biológica y social. (Lemaire, 1979, pp. 163-164).

El analista, entonces, debe ser prudente y no perder de vista lo mucho que ignoramos de la vida de pareja. Y recordar el difícil ámbito en el que trabajamos: entre la regresión y la progresión, en el terreno de los inestables ajustes diádicos.

Resumen

Se propone que la psicoterapia psicoanalítica de pareja constituye una herramienta fundamental en el bagaje terapéutico del psicoanálisis actual y se sugiere que está indicada principalmente en aquellas situaciones clínicas en las que es prioritario trabajar sobre sufrimientos o conflictos originados predominantemente en funcionamientos intersubjetivos o vinculares. Se caracteriza a estos últimos como funcionamientos psíquicos que requieren de la participación de ambos partenaires para definir sus rasgos fundamentales y cumplen con la fórmula kaésiana de “no lo uno sin lo otro ni sin el vínculo que los une y contiene”. Por esto mismo se los diferencia de los funcionamientos intrasubjetivos, clásicamente descriptos por Freud y que definen sus rasgos fundamentales en el espacio psíquico de un único sujeto. Se describen las principales características del recurso técnico específico de la psicoterapia psicoanalítica de pareja, la intervención vincular, así como las referencias en que puede apoyarse el analista para diseñar un proyecto terapéutico. Se discute la enorme influencia que las creencias y valores del analista respecto de la vida de pareja tienen en el abordaje clínico de los sufrimientos amorosos.

Descriptores: *Psicoterapia de pareja, Vínculo, Cambio psíquico, Intervención.*

Abstract

The author proposes that psychoanalytic couples psychotherapy constitutes an essential therapeutic tool, which is indicated in clinical situations that prioritize interventions targeting patient's experiences, behaviors and symptoms derived from relational /intersubjective anxieties and conflicts. The paper defines the relational/intersubjective dimension and differentiates it from the intrapsychic dimension characteristic of the Freudian classical model. The author's definition of the relational/intersubjective dimension places main emphasis on Kaes's paradigmatic principle, assuming that neither one or the other member of the couple but both of them and the link that unites and contains them in the relation is the object of psychoanalytic couples therapy. The paper describes the main technical approaches and theoretical foundation of the clinical framework of psychoanalytic couple therapy, as well the fundamental conceptual references from which the therapeutic plan is formulated. The author highlights the crucial role of the analyst's systems of beliefs and values regarding couples relationships in the orientation of the analytic couples therapy process.

Keywords: Couple psychotherapy, Bond, Psychic change, Intervention.

Referencias

Abelin-Sas, G. (julio, 2011). El universo de la pareja. *Aperturas Psicoanalíticas*, 38. Recuperado de <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=702&a=El-universo-de-la-pareja-Reflexiones-sobre-el-valor-de-la-terapia-psicoanalitica-de-pareja-en-el-curso-del-tratamiento-individual>

Aulagnier, P. (1979). *Los destinos del placer*. Barcelona: Petrel.

Berenstein, I., & Puget J. (1982). Algunas consideraciones sobre psicoterapia de pareja: Del enamoramiento al reproche. *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, 5(1), 25-40.

Bleichmar, S. (2005). *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires: Topía.

Davis, M., & Wallbridge, D.(1988). *Límite y espacio: Introducción a la obra de D. W. Winnicott*. Buenos Aires: Amorrortu.

Evans, D. (1997). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.

Freud, S. (1979). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras completas* (Vol. 18, pp. 63-136). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921)

Freud, S. (1980). El uso de la interpretación de los sueños en el psicoanálisis. En *Obras completas* (Vol. 12, pp. 83-92). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1911)

Freud, S. (1990). Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica. En *Obras completas* (Vol. 17, pp. 151-163). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1919)

Freud, S. (2004). Esquema del psicoanálisis. En *Obras completas* (Vol. 23, pp. 133-210). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1940)

Gabbard, G., & Western, D. (2003). Rethinking therapeutic action. *The International Journal of Psychoanalysis*, 84(4), 823-841.

Kaës, R. (2005). *La palabra y el vínculo*. Buenos Aires: Amorrortu.

Kaës, R. (2007). *Un singular plural*. Buenos Aires: Amorrortu.

Kernberg, O. (1995). *Relaciones amorosas: Normalidad y patología*. Buenos Aires: Paidós.

Laplanche, J., & Pontalis, J.-B. (1968). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Labor.

Lemaire, J. (1979). *La pareja humana*. México: Fondo de Cultura Económica.

Spivacow, M. A. (2011). *La pareja en conflicto: Aportes psicoanalíticos*. Buenos Aires: Paidós.

Scharff, D., & Scharff, J. (Eds.). (2014). *Psychoanalytic couple therapy* [ebook]. Recuperado de <http://www.karnacbooks.com>.

Stoller, R. (1997). Los problemas con el término homosexualidad. *Zona Erógena*, 35, 22-25.

Warkentin, J., & Whitaker, G. (1967). El programa secreto del terapeuta que realiza terapia de parejas. En G. Zuk & I. Boszormenyi-Nagy (Comps.), *Terapia familiar y familias en conflicto* (pp. 273-277). México: Fondo de Cultura Económica.



Virginia Ungar*

El oficio de analista y su caja de herramientas: la interpretación revisitada¹

Introducción

La invitación a reflexionar sobre la forma y el uso de las herramientas del psicoanálisis en estos tiempos (en rigor, sobre el oficio del psicoanalista) resulta un desafío que podría sintetizarse con la siguiente pregunta: ¿cuáles son las herramientas que utilizamos los psicoanalistas? ¿Qué compone nuestra caja de herramientas? Por otra parte, esta interrogación -en la medida en que la formulamos hoy- nos permite dar un paso más y ensayar un contrapunto entre el modo de pensar esa caja de herramientas en la actualidad y hace más de cien años.

Este contrapunto, claro está, no pretende ser un ejercicio de mera comparación histórica. Más bien, parte de una constatación histórica: la operatoria psicoanalítica, como toda construcción humana, está condicionada y afectada por los códigos hegemónicos de cada época. Y en este sentido, cuando pensamos y repensamos nuestras herramientas como psicoanalistas, resulta necesario problematizar tanto la variación epocal de la que somos parte como sus consecuencias.

La teoría freudiana fue uno de los acontecimientos más revolucionarios para la cultura de principios del siglo XX. Más de cien

* Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires. Presidente electa de la IPA.

1. Este texto prepublicado es la base de uno de los trabajos presentados en el Congreso de la IPA en Boston, "Un mundo en transformación: La forma y el uso de las herramientas psicoanalíticas en la actualidad", entre el 22 y el 25 de julio de 2015. Todos los derechos reservados por el autor.

años después de su formulación primera y en el marco de una serie de cambios vertiginosos en las instituciones sociales y de intensas mutaciones tecnológicas de alto impacto en la subjetividad, revisar estas variaciones y sus efectos sobre nuestra tarea no parece ser una inquietud sociológica menor de los psicoanalistas, sino que es una condición necesaria para el ejercicio del oficio.

En este contexto, la revisión actual en diversos foros de los textos clásicos del psicoanálisis puede ser entendida como un saludable ejercicio en torno de este asunto. Sin ir muy lejos, las discusiones sobre el modo de concebir el encuadre analítico ayer y hoy. También forman parte de estos debates, aunque tal vez se desarrollen más tímidamente, interrogaciones acerca de la vigencia de conceptos teóricos centrales para nuestra disciplina. En esta dirección, las mutaciones en la fisiología reproductiva como consecuencia del avance de la tecnología en esta materia, las novedosas y heterogéneas configuraciones familiares, la caída de la hegemonía de la función paterna y otras variaciones en la subjetividad, generan cuestionamientos nuevos. Por ejemplo, acerca de la vigencia del Complejo de Edipo en su configuración clásica, el lugar de la represión como mecanismo de defensa príncips o el determinismo freudiano con el modelo que podría ser llamado “arqueológico” de la cura.

Presentada la pregunta que consideraremos en esta comunicación, me interesa introducir dos conceptos que revisaré a continuación. En primer lugar, la noción de herramienta. En cualquiera de las ediciones del diccionario de la Real Academia Española, al menos las modernas, el término herramienta está asociada con: (1) instrumento, por lo común de hierro o acero, con que trabajan los artesanos; (2) conjunto de este tipo de instrumentos. Ambas acepciones asocian a la herramienta con un elemento simple, manual y que tiene por finalidad hacer algo, como puede ser un objeto artesanal. Pero esta definición puede ser complementada por otra que hace eje en las características (objetividad del objeto) de la herramienta pero también en su uso (subjetividad del uso). Tratándose del oficio psicoanalítico, no hay nada equivalente al martillo del carpintero o al bisturí del cirujano. Sin embargo, es posible identificar un conjunto de recursos (visibles o no) con los que cuenta el psicoanalista en su caja de herramientas.

En segundo lugar, la noción de dispositivo que, por otra parte, es usada con frecuencia en la bibliografía psicoanalítica de la última década. Sin pretender desarrollar un análisis exhaustivo de la bibliografía sobre este concepto, vale considerar una primera definición. Michel Foucault (1980) se preguntó qué es un dispositivo y construyó una respuesta genealógica en la *Microfísica del poder*. Para el filósofo francés, un dispositivo es una red de relaciones entre elementos heterogéneos (discursos, instituciones, lenguajes, ideologías, estéticas, etcétera) explícitos e implícitos, dichos y no dichos. Pero además esa relación no es estable sino más bien lo contrario. Entre otras cosas, porque emerge en una situación de urgencia.

Ahora bien, ¿por qué visitar estos conceptos (herramientas y dispositivo) cuando nos preguntamos por nuestra práctica clínica? Tal vez podamos pensar la clínica psicoanalítica como un dispositivo

compuesto por una serie de elementos heterogéneos que, como todo dispositivo, nace relacionado con una situación de urgencia o al menos con una situación nueva. En nuestro caso, además, vinculado al padecimiento que cambia y muta, como la subjetividad. A la luz de estas variaciones, ¿qué consecuencias tienen para nuestro dispositivo psicoanalítico? ¿Cómo podría permanecer esa estructura elaborada por el Psicoanálisis hace más de 100 años sin variaciones? Así pensada, la interrogación sobre las herramientas y el dispositivo es una interrogación sobre el oficio psicoanalítico y su caja de herramientas.

No es sencillo determinar cuáles son las herramientas con las que un psicoanalista opera. Sin embargo, sería impensable que pudiera trabajar sin la noción de inconsciente, la de transferencia, el concepto de neutralidad analítica o el de asociación libre. La lectura de “Consejos al médico” de Freud (1912/1980) es una excelente entrada a este tema porque allí se puede percibir el esfuerzo que hace el creador del psicoanálisis por transmitir su experiencia acerca de cómo usa el “instrumento”, en sus palabras, a los jóvenes analistas.

Ensayar un ejercicio de síntesis equivalente no resulta sencillo. Sin embargo, haremos el esfuerzo a lo largo de estas páginas. En primer lugar, nos detendremos en las variaciones epocales y su impacto en el ejercicio de la clínica. Luego, y en segundo lugar, una vez revisado el encuadre como el dispositivo analítico que permite que la transferencia se despliegue, me concentraré en la interpretación como herramienta príncipes del analista.

Primera parte

1. Sobre los cambios socio-culturales y su impacto en los procesos de subjetivación

Partamos de una evidencia: somos contemporáneos de una serie de transformaciones en la subjetividad. Por mi especialidad clínica y porque entiendo que allí se observan más intensamente los cambios subjetivos de nuestra época, me concentraré en la descripción de algunas mutaciones en la subjetividad adolescente que, por otra parte, constituyen un desafío a la hora de pensar nuestra práctica. Como sabemos, la adolescencia es un proceso de fuertes cambios que pone en cuestión la estructura rígida que se construyó en el “período de latencia”, la que elabora diques a la sexualidad y habilita al niño a dedicarse a aprender. Se trata de su ingreso en la cultura. Entonces, son cuestionados los modelos ofrecidos, aparece la sexualidad en primer plano y reina una gran confusión.

El psicoanálisis se ha ocupado extensamente de esta etapa del ciclo vital. El/la joven se ven frente a la tarea de “emigrar” del mundo del “niño en la familia” hacia la construcción de la subjetividad adulta. Si bien desde recién nacido, y también antes en su “prehistoria”, el sujeto está imbricado con el otro y con el mundo que lo circunda, es en la adolescencia cuando se topa con la tarea de encontrar su lugar en el mundo a través de la tarea que describiera Freud (1912/1980) como “el desasimiento de la autoridad parental”.

Las instituciones, comenzando por la familia y siguiendo por

la escuela, actuaron como fuerzas externas reguladoras del sujeto y moldeadoras de identidad, ayudando a reglamentar este pasaje. No se nos escapa que ambas han estado y siguen estando, en gran medida, produciendo un imaginario nacido hace más de 200 años. Tal vez como consecuencia de esa distancia, estas instituciones han perdido fuerza en su función de regulación.

Cuando revisamos las más diversas situaciones históricas, observamos que cada sociedad construye ritos de pasaje para acompañar situaciones de umbral como el nacimiento, la muerte y/o el matrimonio. Esas ceremonias rituales acompañan en la medida que anuncian y certifican un hecho que aconteció. En tiempos remotos, así como en algunas sociedades tribales en la actualidad, existían ritos de pasaje de la infancia a la adultez. Si nos detenemos en esos ritos, observamos que la sociedad provee a los jóvenes de ceremonias que instituyen su condición de *adultos*.

Podríamos decir entonces que la sociedad contemporánea no provee de los ritos de iniciación institucionalizados. Los rituales de hoy en día, creados por los mismos jóvenes -y llamativamente parecidos en distintos lugares del mundo occidental- se asemejan más a las pruebas de coraje que pueblan los cuentos infantiles. Pueden consistir en besarse con alguien a quien acaban de conocer -no necesariamente de diferente género-, tomar alcohol hasta perder la conciencia, fumar marihuana o ingerir otras sustancias, entre otras.

Enlazado con estas variaciones, otra tendencia adquiere notable presencia en los espacios de discusión en psicoanálisis: es el denominado desfallecimiento o caída de la llamada “Función paterna”.

Si bien esta declinación tiene una larga historia, de hecho algunos historiadores la vinculan con el nacimiento del primer cristianismo, es el Estado Moderno a través de sus instituciones el que limita al padre y regula los derechos del hijo (notemos que ya no son *sobre* el hijo sino *del* hijo). En este contexto, en el que también nace el psicoanálisis, surge un modelo de familia nuclear, burguesa, monogámica y heterosexual. Esta configuración familiar, en combinación con las prácticas de crianza dominantes, explican y bien, la elección de Freud del mito de Edipo como complejo nuclear de las neurosis y su lugar central en la estructuración de la personalidad y en la organización de la sexualidad humana. Como sabemos, Freud -además de formular su centralidad- también proclamó su universalidad.

Pero la formulación de esta universalidad no nos impide observar las variaciones en las configuraciones familiares y las estrategias de crianza. Por ejemplo, en las sociedades premodernas, el modelo de crianza no estaba centrado en los niños. Adultos y niños convivían, con parientes y vecinos, sin que existieran espacios diferenciados para adultos y para niños que se excluyeran. En este contexto, las regulaciones para evitar el incesto estaban a cargo de la Iglesia y el Estado, no de la familia. En contraposición, la familia moderna -cuya vigencia como modelo se extiende hasta mitades del siglo XX- hace centro en la pareja conyugal. El amor debía circular en la pareja, entre ellos y sus hijos. Según Moreno (2014), “en esta nueva modalidad de crianza, se favoreció definitivamente, también como ideal, la cercanía

física y afectuosa de padres e hijos amorosos” (p. 61). Esta tendencia, que por otra parte también podría entenderse como una práctica de encierro, tuvo una curiosa consecuencia que destaca el autor en el mismo capítulo: al mismo tiempo, la familia moderna cumplía una doble y paradójica función al prohibir el incesto y promover la sensualidad en el seno de la familia. No es de extrañar, entonces, que Freud se encontrara con la sintomatología neurótica prevalente en la época (la histeria y las fobias) ni que resultara natural ubicar al Complejo de Edipo como el complejo central de toda neurosis en su expresión de la neurosis infantil.

Ahora bien, la crisis de la sociedad moderna también implica la crisis de las prácticas de aislamiento con la estimulación de la sensualidad endogámica y la prohibición simultánea. El modelo de la familia actual *posmoderna* está muy lejos del ideal moderno. Por un lado, los pacientes que nos consultan pueden pertenecer a configuraciones familiares diversas: familias ensambladas, monoparentales, parejas del mismo sexo, entre otras. Tampoco el contrato entre cónyuges está basado en una unión permanente.

Asimismo, la atribución de autoridad al padre se ha debilitado, como ya señalamos. En este momento ya no confundimos, o no deberíamos hacerlo, la función paterna con el rol que desempeña un hombre que en general se llama padre y que habita en una familia en la que es padre de los hijos y marido de la esposa, por ejemplo. Hoy en día no es necesario que ese rol lo cumpla un hombre y que a la vez sea el padre. Puede ser otra persona y no necesariamente del género masculino.

También adquiere centralidad un conjunto de interrogaciones en torno de la filiación a partir de los desarrollos tecnológicos que comienzan a cuestionar lo que antes parecía irreductible: la paternidad biológica y el concepto de incesto.

Por otra parte, el aislamiento en la familia no es una tendencia imperante en esta época. Hoy en día predomina un ritmo acelerado que impone la presión de la cultura a través de una suerte de carrera hacia un prometido éxito que no podríamos decir en qué consiste. Somos parte de un engranaje que nos hace correr sin que sepamos hacia dónde nos dirigimos. Esta presión también la sufren las instituciones educativas que hoy proponen iniciar la escolaridad a niños que no hablan y usan pañales, asegurándoles, dicen, un lugar en determinadas escuelas y más adelante en la universidad. También la sufren los padres que exigen a los psicoanalistas resultados rápidos para “reencauzar” al niño o al joven en la carrera.

Como parte de este clima de variaciones, observamos que las madres que antes sufrían por tener que regresar al trabajo luego de la licencia por maternidad, a veces vuelven antes del período establecido. Es fácil condenar esta conducta si no comprendemos algo de lo que está pasando: como la maternidad se ha retardado en edad, las mujeres puerperas han dejado lugares de trabajo que temen perder, y no sin razón. Pero tal vez no sea solamente eso.

La tecnología con sus avances en la comunicación ha “roto” o “atravesado” el encierro moderno. Lo que caracteriza a nuestra época es el acceso directo a un discurso inmediato a través de internet que

se ofrece fácilmente y lleno de opciones. Hoy en día el lugar de encuentro es predominantemente virtual: textos o SMS, Facebook, Twitter, WhatsApp, Instagram, Snapchat, Tumblr y blogs, son algunas de estas posibilidades. El territorio del encuentro también puede acontecer en los teléfonos celulares que cada vez tienen más elementos.

Con estas descripciones, no pretendo sintetizar el conjunto de variaciones epocales. Tampoco ensayar un análisis exhaustivo sobre los adolescentes actuales. Más bien, pretendo subrayar algunas variaciones en la subjetividad en general y en el adolescente en particular que tienen consecuencias para la clínica psicoanalítica y nos exigen revisar nuestra caja de herramientas.

A la luz de la caracterización realizada, surgen algunas interrogaciones. A saber: ¿cómo se produce subjetivación y se construye la sociabilidad en un contexto como el actual fuertemente mediatizado con preponderancia de la imagen, la exposición, la visibilidad y la celebridad entronizadas por los *mass media*? Estas preguntas, claro está, requieren de una perspectiva temporal que todavía no tenemos. Como dicen los historiadores: no se puede escribir la historia mientras está ocurriendo; se necesita una cierta distancia para observar los cambios, describirlos y pensarlos. Sin embargo, mi impresión es que los mecanismos mentales usados por los niños, los adolescentes y los adultos familiarizados con la informática, se acercan más a los que están ligados a la escisión o *splitting* que a la represión. No es que piense que la represión no se utiliza pero el tipo de interacción mediática por la cual un joven puede estar mirando televisión, chateando, mirando un video corto de YouTube y enviando un SMS al mismo tiempo, me parece analizable en términos de *splitting* y disociación de diversos niveles del *self* que le permiten ¿dispersar? o ¿concentrar? la atención en varias cosas a la vez.

Confrontado con estas situaciones, el psicoanálisis tiene por delante la gran tarea de encontrar la definición de los mecanismos mentales que prevalecen en nuestra época para así dar cuenta de lo que vemos en la clínica con pacientes jóvenes. En relación con la sexualidad, por ejemplo, las características del mundo con el que el adolescente de hoy se encuentra, es muy diferente al de las jóvenes tratadas por Freud, como Dora, Catalina o la joven homosexual. Aquí también cabe preguntarse si la idea de represión sexual propia de la concepción victoriana -tan presente en la época de Freud- sigue siendo el mecanismo princeps en la actualidad.

Vayamos desde lo más visible hacia un terreno conceptual. La relación entre lo visible y lo oculto de la sexualidad, claramente observable en los cambios paulatinos en la manera de vestirse, denotan que si en la época victoriana la consigna era ocultar, en la actualidad -con la prevalencia de la imagen y el anhelo de “hacerse ver”- la consigna parece ser el mostrar. En otro terreno, Marcelo Viñar (2014) nos señala que “antes regía el mandato social de castidad y se fomentaba la fobia a la desfloración, hoy rige (en el imaginario colectivo) el mandato de iniciación sexual precoz” (p. 4).

Si retomamos el concepto de intimidad, tan significativo para la sexualidad adulta, vemos que éste fue afectado fuertemente por la

revolución informática hasta el punto en que se ha dado vuelta, y ha pasado a ser un espectáculo, tal como lo plantea la autora argentina Paula Sibilía (2008). Sin perder de vista estas variaciones, entiendo que aunque la privacidad sea irrumpida por los medios, hay un espacio, el de la intimidad, que puede ser cuidado y preservado. Es un espacio mental que le brinda a un individuo la posibilidad de tomar contacto con un área de la mente en la que transcurren las relaciones emocionales y la creatividad en todas sus dimensiones (una de las cuales, la de generar sueños, es muy preciada por nosotros). En nuestra época, para algunas personas el único espacio de privacidad lo constituyen sus sesiones analíticas y es allí donde puede comenzar la construcción de la noción de intimidad.

Cuando repasamos estas variaciones, el oficio del psicoanalista parece conmoverse. Miramos nuestra (vieja) caja de herramientas y a veces no encontramos lo que buscamos. O al menos, lo que encontramos no nos alcanza. Los niños, adolescentes y jóvenes, también los adultos y las familias en general, no se parecen a las que pensó Freud. Entonces, sobrevuelan las preguntas: cuál es el estatuto de estas variaciones, en qué consisten, qué tipo de lenguaje está en juego (dimensión clave para nosotros), cómo conceptualizar la temporalidad de estos vínculos, etcétera. Una vez más, los psicoanalistas nos confrontamos con la necesidad de volver a preguntarnos sobre nuestras herramientas para que un encuentro sea posible.

Segunda parte

1. Variaciones en los dispositivos y herramientas. Acerca de la interpretación y sus cambios

Con la pretensión de subrayar las transformaciones en la caja de herramientas del analista, nos detuvimos en la primera parte de este artículo en algunos cambios sociales y culturales en la subjetividad y en las configuraciones familiares. Con estas descripciones no pretendemos ser exhaustivos, ni muchos menos.

Por otro lado, en esta segunda parte, pretendemos dar un paso más vinculado con nuestra pretensión de pensar el oficio actual de psicoanalista. Si como señalamos aquellos que se presentan en el consultorio cambian y ya no son lo que eran, ¿qué consecuencia tiene esta tendencia sobre nuestra tarea? ¿Qué efectos observamos sobre la caja de herramientas con la que estamos habituados a operar?

Esta interrogación puede ser abordada de diversas formas. Hacer eje en unos dispositivos y/o herramientas o concentrarse en otros. En este caso, decidí focalizarme en una herramienta clave para nuestro oficio que sospecho se ve afectada por las variaciones que hemos considerado. A saber: la interpretación psicoanalítica. Estamos ante una de las modalidades posibles de intervención del analista en la sesión. Pero no se trata de cualquier modalidad. Más bien, estamos ante la que es considerada la herramienta princeps del analista.

Me concentraré en el encuadre como dispositivo para luego considerar, al ritmo de mi propio devenir como psicoanalista en los últimos años, en qué ha cambiado la herramienta interpretación en cuestión.

Comencemos por una evidencia para los analistas: para que la transferencia se desarrolle es condición necesaria el encuadre analítico instalado. Vale aclarar que con encuadre no me refiero a las condiciones formales del mismo sino al encuadre como condición a ser internalizada y por eso ligada a la llamada *actitud analítica*. Así definido, el método analítico es la salvaguarda que tenemos los psicoanalistas ante cualquier trasgresión técnica que podamos cometer. Por otro lado, el método también es lo que les ofrecemos a los pacientes que nos consultan. Inclusive desde la definición de Freud, en él confluyen la investigación y la terapia. Y en este último aspecto está incluida la teoría de la cura que cada analista sostiene de acuerdo a sus referenciales teóricos.

Ahora bien, el encuadre ha sufrido cambios en los aspectos formales desde que nació el psicoanálisis: número de sesiones semanales, formas de saludo entre paciente y analista, monto de honorarios y modalidades de pago, entre otros aspectos. Más allá de estas variaciones, también registramos cambios en aspectos más internos y sutiles. Por ejemplo, los modos de comunicación. En la Argentina, sin ir muy lejos, el uso difundido del tuteo en lugar del obligado *usted* de otras épocas se ha transformado en algo frecuente. Por otra parte, analista y paciente no siempre están solos en el consultorio, ya que muchas veces son acompañados por los elementos que brinda la tecnología. Los SMS, emails y Whatsapp están incorporados como modos de pedir cambios, avisar ausencias y decir “estoy llegando”. Hace no mucho tiempo, me solicitaron a través de una comunicación telefónica. Al estar frente a frente en la entrevista, le pregunté cómo llegó a mí y me respondió sin vueltas: “la googlee, doctora”.

Como destaqué en la introducción, pensar las variaciones de las que somos parte implica pensar las transformaciones en las subjetividades actuales pero también en las condiciones de trabajo para los analistas. Al respecto, puedo considerar mi propia experiencia que, por otra parte, es representativa de una tendencia: vivo y trabajo en Buenos Aires, ciudad que ha sido escenario de un auge del psicoanálisis en las décadas del 50 y 60, y que parece muy difícil de comprender desde otras latitudes. Para poner un breve ejemplo, cuando quise pedir hora para iniciar mi análisis didáctico cerca del fin de la década del 70, llamé a cinco analistas y cuatro me respondieron que con mucho gusto me iban a atender al cabo de dos, tres o cuatro años. No sería necesario agregar que hoy esta situación es inexistente.

Por otro lado y como parte de un proceso social y cultural más general, nuestra época se caracteriza por el cuestionamiento de la autoridad, incluso aquella vinculada con el saber. Maestros y profesores, la escuela en general, están atravesados por estas variaciones. También el analista. Ahora bien, este cuestionamiento tiene efectos que se observan tanto en los dispositivos como en las herramientas que usa el psicoanalista. Ante este cambio de estatuto, una primera reacción podría ser considerar que los efectos han sido necesariamente negativos. Por ejemplo, ante el crecimiento de las ofertas de alivio rápido del sufrimiento se ha perdido terreno. Sin embargo, desde mi perspectiva, yo creo que el psicoanalista se ha vuelto más



sensible a las circunstancias de su entorno y a sus propias resistencias al psicoanálisis. De esta manera, se ha permitido revisar críticamente su actitud frente a la tarea y cierto aislamiento prescindente.

Si el psicoanálisis es cuestionado desde afuera, ¿por qué no interrogarlo desde adentro? ¿Por qué no preguntarnos acerca de nuestras herramientas, sobre su validez y sentido? Como se trata de un campo problemático enorme, apenas me concentraré en un asunto, como adelánté: en la interpretación, en tanto herramienta príncipe de un psicoanalista. A través de esta pregunta, tal vez, podamos interrogarnos acerca de nuestra propia práctica.

2. La interpretación psicoanalítica ayer y hoy

La literatura psicoanalítica en torno de la interpretación es amplia y variada desde los inicios del psicoanálisis. Se impone un recorte a los fines de introducir el tema. Comencemos entonces por el maestro R. Horacio Etchegoyen.

R. Horacio Etchegoyen (2014), quien se ha ocupado del tema de manera minuciosa y profunda, considera a la interpretación psicoanalítica como el instrumento fundamental para la tarea de un analista. Según su perspectiva, ésta es *la* herramienta del terapeuta en tanto que condición necesaria y suficiente para su ejercicio. *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica* (Etchegoyen, 1986) y el valioso *Un ensayo sobre la interpretación psicoanalítica* (Etchegoyen, 1999) son de insoslayable consulta. Ahora bien, en el capítulo V del mencionado ensayo, el autor define a la interpretación transferencial como “la más singular y específica de nuestro quehacer” (Etchegoyen, 1999, p. 53). Por otra parte, la interpretación *completa* abarca en pasos sucesivos tanto el conflicto trasferencial como el que no está estrictamente ligado a la transferencia. Y este último puede ser el conflicto actual o el histórico, tanto infantil como el más temprano que incluye las vivencias del período pre-verbal.

Una última cuestión que merece ser subrayada. Según Etchegoyen (1999), la interpretación puede ser testeada durante la sesión analítica y esto implica “incluir en el diálogo analítico el juicio sobre lo que le hemos interpretado” (p. 66). No se trata, señala, del juicio racional sino que proviene del inconsciente y surge sin que el paciente sepa lo que hace.

Esta posición (que ve al psicoanálisis como una ciencia) contras-

ta con una propuesta que sostienen varios autores que entiende que la práctica analítica está más cerca del arte o de una artesanía. Así pensado, interpretar no es tanto explicar, dar sentido o “descubrir” los contenidos inconscientes, sino una actividad ligada a describir y a conjeturar imaginativamente en un trabajo interpretativo llevado adelante por analista y paciente. Sobre esta cuestión, compleja por diversas razones, volveremos más adelante.

Retomemos la noción de interpretación. En este caso, de la mano de un artículo clásico en psicoanálisis de James Strachey (1934) y sobre la interpretación mutativa. Cuando Etchegoyen revisa el trabajo, sugiere que es quizás el artículo que mejor describe la dialéctica de la interpretación. En una breve síntesis, podríamos decir que Strachey se pregunta sobre los efectos terapéuticos del psicoanálisis y sostiene que la interpretación depende de los cambios dinámicos que produce, en especial la interpretación mutativa.

En este marco, el autor postula la creación de un superyó auxiliar que es resultado de la proyección de los impulsos y los objetos arcaicos en el analista. La presencia del analista como superyó auxiliar genera, entonces, impulsos dirigidos al analista pero éste, al no comportarse como el objeto original, hará que el analizado tome conciencia de la distancia entre el objeto arcaico y el actual. Por otro lado, esto es lo que va a permitir, en términos de Strachey, romper el círculo vicioso neurótico. Para que esto ocurra, claro está, es necesario sostener el setting analítico e intervenir con la interpretación.

Según Strachey, la interpretación mutativa produce un cambio estructural, se modifica el objeto arcaico que se puede reintroyectar como más benévolo y cambia la naturaleza severa del superyó.

Hoy, a 80 años de la publicación de uno de los artículos más citados y discutidos en psicoanálisis desde variadas perspectivas teóricas, cabe preguntarse sobre la vigencia de las ideas presentadas. Por otro lado, esta pregunta está vinculada con la expansión del campo de los cuadros psicopatológicos tratados con la terapia analítica. En este sentido, ya no es posible desarrollar generalizaciones sobre el uso de la herramienta interpretación sin singularizar al paciente, al analista y sus referentes teóricos.

A partir de los estudios sobre el desarrollo psíquico temprano y el análisis de niños pequeños, en sus diferentes aproximaciones conceptuales, se ha incluido en la aproximación a la interpretación todo lo referido al lenguaje no verbal (gestos, mímica tonos de voz, silencios).

De todas maneras, la pregunta acerca de la acción terapéutica de la interpretación psicoanalítica sigue dejando abierta la cuestión y es germen de posibles desarrollos futuros en un momento en el que el psicoanálisis tiene abiertos espacios de debate acerca de las condiciones actuales de nuestro trabajo, la posibilidad de análisis a distancia utilizando los avances tecnológicos y la viabilidad del uso de nuestras herramientas en contextos ampliados.

Después de revisar ideas de Etchegoyen y de Strachey sobre la noción de interpretación, me interesa hacer una breve incursión por otras disciplinas.

El término interpretación también tiene una larga historia fuera

del ámbito del psicoanálisis. En el campo de la filosofía, por ejemplo, la relación entre la percepción y la génesis del conocimiento ha sido un objeto de preocupación de larga data. Esta discusión es compartida actualmente por las ciencias duras, para las que no solamente no existiría el objeto observado sin observador sino que el observar produciría efectos en lo observado.

La interpretación también se relaciona estrechamente con el arte, cualquiera sea su expresión. Susan Sontag (1961/1996), en su célebre artículo “Contra la interpretación”, pone en cuestión el papel históricamente atribuido a la crítica en su tarea de interpretar, traducir y develar lo que una obra de arte expresa. El punto central, para Sontag, es que este tipo de crítica, confunde la obra con su contenido. Esto lleva, según la autora, a que el arte se vea exigido a dar cuenta del sentido, lo que lleva a la exigencia de interpretarla. Este ensayo, revulsivo y crucial en los años sesenta, conserva hoy el valor de poner en cuestión el valor absoluto de la interpretación en el arte.

Para Susan Sontag, los procesos de interpretación de la obra de arte, los intentos por volver inteligible un texto en particular o una obra en general, esconden una tentativa de alteración: no se trata de “leer” el cuerpo textual (sea literatura o artes visuales), sino de revelar su sentido, su contenido secreto.

Este ensayo, que merecería un mayor espacio, resulta estimulante al entrar en el terreno de la interpretación psicoanalítica pues nos incita a pensar nuestra práctica desde una actitud de interrogación y cuestionamiento. En esta dirección, la crítica de Sontag nos invita a repensar nuestra propia práctica a la luz de las alteraciones actuales. Por ejemplo, ¿las herramientas clínicas elaboradas a fines del siglo XIX nos permiten intervenir en la clínica de la misma manera? ¿Qué ha cambiado? ¿Qué permanece? ¿En qué sentido una herramienta puede dejar de serlo?

Ahora bien, esta disposición a la revisión no resulta sencilla. Me atrevería a decir que, a veces, nos cuesta tanto o más que a nuestros pacientes.

Dicho esto, no hay que perder de vista que la interpretación en tanto herramienta princeps para el analista sigue vigente. Tal como adelantamos, el impacto de los cambios culturales, sociales, familiares, subjetivos y tecnológicos se hace sentir en nuestros consultorios. Ha cambiado la presentación de la psicopatología y el encuadre analítico acepta nuevos modos de comunicación con la realidad informática presente en el vínculo analítico. Sin embargo, es necesario repensar la herramienta en cuestión.

Si ampliamos el foco con un mayor lente de aumento, detectamos cambios y mutaciones que implican transformaciones profundas en la manera de concebir el diálogo analítico. Si volvemos a la pregunta sobre la interpretación en el marco del consultorio, no hallamos algo equivalente a “la interpretación correcta”. Si el analista construye una opinión acerca de lo que está ocurriendo en la relación transferencial, él mismo se hace cada vez más dependiente del contacto con su propia contratransferencia que va a poner a prueba, siguiendo a Bion (1962/1987), la *capacidad negativa*, es decir la capacidad de tolerar dudas, incertezas y el no embarcarse en la búsqueda irritante de he-

chos y razones. Se trataría, podríamos concluir, de una *construcción* que puede operar y funcionar pero que siempre es tentativa, conjetural y contingente.

Para avanzar esta caracterización, vale detenernos con un poco más de detalle en dos aspectos técnicos: el contenido y la formulación de la interpretación. Respecto al contenido y haciendo una observación sobre mi propia tarea a lo largo de muchos años de práctica, puedo detectar diversos cambios. En el marco de la tradición ligada al modelo kleiniano, en el que me formé por otra parte, se supone una prevalencia de la hostilidad al comienzo de la vida, con la percepción del impulso de muerte y su posterior deflexión por temor al aniquilamiento. Este enfoque -que ciertamente no se corresponde con la manera de interpretar de Melanie Klein- tuvo consecuencias en una manera de interpretar, la que hizo foco en la hostilidad por sobre un variado repertorio de ansiedades a tomar. Este modelo, al que Meltzer (1984) denomina “teológico”, supone que al nacer estamos amenazados de “infierno” y a través de ciertas operaciones mentales, tales como el *splitting* y la idealización, se emprende el camino del desarrollo. Las ansiedades en juego en esta configuración -esquizo paranoide- determinan un clima especial en la atmósfera del consultorio que podríamos llamar, en consonancia con el modelo que Meltzer (1984) llama teológico, el “clima del descenso a los infiernos”. Este clima pudo haber hecho aparecer como natural el trabajo interpretativo del analista con cierto apuro por otorgar significación. Tal vez se trate de que, con los sentimientos contratransferenciales imperantes en ese clima, siempre resulte más apropiado entrar en el infierno con argumentos, que sin ellos.

Esta tendencia pudo llevar, según entiendo, a la génesis de circuitos cerrados de índole paranoide en la interacción analítica. A mi juicio, se estrechó la receptividad que, por otra parte, tendría que dar lugar a los impulsos que vengan al campo transferencial. Cabe aclarar que no estoy diciendo que la transferencia negativa no existe. Por el contrario, considero esencial su interpretación pero siempre en contrapunto con los impulsos libidinales que, en última instancia, permiten que el paciente esté en la sesión hablando o jugando con nosotros.

Si leemos trabajos con material clínico de hace más de treinta años, es notorio que se interpretaba mucho más que hoy en día. Quizás un cierto furor interpretativo puede tener como causa una necesidad defensiva del analista quien, a través de la acción de hablar, puede dar curso a su propia ansiedad frente al contacto con la hostilidad más primitiva. Si ahora examinamos el área de la formulación de la interpretación y colocamos, como contrapunto, al modelo estético que postulé (Ungar, 2000b), se puede desprender una modalidad interpretativa diferente basada, creo yo, más en la posibilidad de observar y describir, que en la de explicar. Desde mi punto de vista, esta modalidad interpretativa metacomunica, asimismo, una actitud de observación, de reflexión y de conjetura.

Retomaremos aquí el debate acerca de si el psicoanálisis es una ciencia o un arte que apenas señalamos antes. El analista presenta a su paciente conjeturas bajo la forma de interpretaciones y éste debe

realizar un trabajo psíquico con ellas. La interpretación es, así pensada, una invitación a trabajar. A diferencia de una hipótesis científica que es taxativa, la conjetura imaginativa supone una opacidad que determina una actitud más pudorosa en el momento de interpretar. En esta dirección, el tipo de formulaciones: “a mí me parece...”, “yo pienso que” o “podríamos pensar” no es una estrategia diplomática para que el analista luzca más humilde, sino una enunciación que nos recuerda la imposibilidad esencial de saberlo todo.

3. Una visita al consultorio de ayer y de hoy

Para dar cuenta de los cambios en mi propia manera de trabajar, he revisado materiales clínicos de los comienzos de mi tarea con pacientes en análisis y otros más recientes desde una actitud de observación, experiencia de comparación que me ha permitido tomar contacto con las transformaciones en la práctica de manera muy vívida.

A continuación presentaré dos viñetas de mi propia clínica para estudiar cómo ésta se ha modificado. La primera proviene del análisis de un niño realizado hace treinta años y la segunda es de una paciente, estudiante universitaria, en una sesión de hace poco tiempo atrás. Este contrapunto nos permitirá observar las intensas variaciones en torno de la interpretación.

El primer ejemplo es un breve fragmento de la primera sesión del análisis de Andrés. Se trata de un niño de 5 años que fue traído por una intensa tartamudez y dificultades en el nivel de gráficos esferables para su edad. Su análisis fue realizado con una frecuencia de cuatro sesiones semanales.

Llega y se despide fácilmente de la madre (quien lo trajo). Viene comiendo caramelos efervescentes que hacen ruido en su boca. Abre la boca y me dice “Mirá cómo explotan”. Yo lo miro. Comienza a hablar a gran velocidad en tono alto, tartamudea mucho, tose y estornuda. Cuenta que le regalaron una bicicleta y que en un asado el día anterior “los papás comían afuera”.

Le interpreto: “Como es la primera sesión estás asustado, querés llenar todo de palabras porque adentro tenés ideas que sentís que son cosas que te explotan en la boca como el caramelo”.

Andrés agrega: “que me explotan en la boca como bombas”.

Le interpreto: “me tenés miedo, no sabés cómo voy a recibir lo que sentís que son bombas adentro tuyo”.

Andrés: “Decime: ¿para qué vine? Ah sí...vine para que me digas que tengo que venir. Pero yo practico básquet y hoy falté”.

Le interpreto: “Por un lado quisieras ver conmigo por qué te explotan las palabras en la boca y las cortas y tartamudeas, pero por otro tenés miedo y preferirías quedarte con lo que ya conocés que es el básquet”.

Este breve ejercicio de observar mi modalidad interpretativa cuando era una joven analista resultó revelador. Al leer las interpretaciones que le hice a Andrés en su primera sesión, estoy de acuerdo con el contenido (me parece que apuntaban al centro de máxima ansiedad, como nos enseña Melanie Klein). Al mismo tiempo, la

formulación me resulta muy asertiva. Otorga significado y no abre caminos. Más bien presenta hipótesis que no dejan prácticamente lugar a otras ideas nuevas.

El contacto con la obra y la persona de Meltzer, sobre todo en la formulación de un modelo estético (Ungar, 2000b), tuvo un gran impacto en mi manera de entender el oficio psicoanalítico y a la hora trabajar. En el modelo estético, el saber del analista va a estar siempre excedido por lo que el paciente transfiere, no hay chance de conocimiento total o completo dadas las cualidades no observables desde lo sensorial del llamado objeto psicoanalítico. Así, se desprende un estilo de interpretación psicoanalítica que se basa fundamentalmente en la posibilidad de observar y describir no de explicar.

Si retomamos el breve ejemplo clínico de la primera sesión con un niño de cinco años, vemos que la primera interpretación le adjudica al niño desde sentimientos a intencionalidades. “Como es la primera sesión estás asustado, querés llenar todo de palabras porque adentro tenés ideas que sentís que son cosas que te explotan en la boca como el caramelo.” Cuando hoy releo estas viñetas, me veo a mí misma como una joven analista muy entusiasmada pero con poca vacilación. Hoy tendría una actitud más descriptiva con una mayor aceptación de que el trabajo interpretativo supone una secuencia, un diálogo, una serie de conjeturas. Si tratara, en una suerte de ejercicio, de imaginar mi modalidad de intervención actual, se me ocurre lo siguiente: hoy me detendría en el comienzo de mi interpretación. Entonces, le hablaría a Andrés de su temor de comenzar una experiencia nueva con alguien que apenas conoce mientras su mamá se queda afuera (tomando lo de que ayer, en el asado los padres comieron afuera). Hoy también no me apresuraría a interpretar las “ideas le explotan en la boca”, y no lo haría porque entiendo que esa fantasía no está. Me sigue resultando evidente, como en ese momento, que hay una fuerte relación entre la agresión y su síntoma (las palabras salen cortadas). Sin embargo, esperarí a que el niño tuviese la oportunidad de llegar a eso de algún modo. En síntesis, con mi ayuda pero desde él.

Por otra parte, Andrés acepta inmediatamente mi sugerencia de que algo le explota en la boca y agrega “que me explotan en la boca como bombas”. Eso le produce más excitación, y trata de utilizar defensas maníacas omnipotentes de poseer material explosivo que puede utilizar. Luego de mi segunda interpretación relacionada con su posible temor de que no pueda recibir su agresión, surge la confusión y recién ahí parece preguntarse dónde está y con quién. “Decime: ¿para qué vine? Ah sí...vine para que me digas que tengo que venir.”

El niño se pregunta y tal vez no pueda esperar una respuesta. Se contesta con algo que puede calmarlo: que yo le voy a decir para qué tiene que venir a análisis. Esa invitación es la que hoy tendría cuidado de aceptar, la de responder rápidamente al servicio de atenuar la ansiedad de ambos.

Durante el tratamiento de Andrés, que fue intenso y no muy largo, la hostilidad pasó a la acción en varios momentos, incluido el lanzamiento de objetos que me golpearon. Tuvimos que suspender sesiones antes de la hora con presencia de la madre en la sala de es-

A partir de este breve fragmento de una sesión y con la pregunta de la interpretación como norte, me pregunto por otras posibilidades ante esa invitación que hubiera desarrollado a lo largo de mi propia historia como analista. Podría haber permanecido callada, según el modelo de que el analista no debe contestar preguntas. También podría haberle interpretado a la paciente en relación con lo que significa mi presencia en su graduación como una proyección de su self infantil en mí, presente en la escena primaria. El hecho es que no le respondí. Creo ahora que utilicé como indicador mi contratransferencia, al no sentir presión ni necesidad de mi parte de hacerlo. No hablé en ese momento porque no lo sentí necesario. Pienso que decidí tomar su pregunta y pensar. Sobre todo pensar qué podía ofrecerle a ella para seguir pensando acerca de su deseo de invitarme. Ahora bien, eso fue posible luego de sostener una actitud de silencio hasta formular una interpretación que permitiera que la paciente hiciera un recorrido: desde su idea de invitarme hasta llegar, sola, a la decisión de no hacerlo.

Este recorrido por la situación clínica y centrada en la operación interpretativa no pretende sintetizar la complejidad de nuestro escenario, tanto a nivel de las variaciones en las subjetividades como en el oficio del analista. Sin embargo, entiendo que nos permite pensar una variación sustantiva en el estatuto de interpretación. Al revisar ese contrapunto, donde por otra parte es parte de mi historia como analista, no puedo dejar de observar las variaciones a la hora de interpretar. Visto en perspectiva, veo diferencias que describen mi posición pero estoy segura que también la de otros analistas. Hoy me veo interpretando más cerca del paciente y de su estado de ánimo. Observo un trabajo conjunto. Se trata de una invitación a un proceso de pensamiento que, para seguir vivo, requiere volver a pensar.

Para concluir, retomemos la pregunta relacionada con la caja de herramientas: ¿qué herramientas de nuestra clínica necesitamos poner en cuestión para seguir trabajando como psicoanalistas? En el caso de la interpretación, la herramienta príncips, esta pregunta es compleja porque no se trata de sustituirla por otra como lo haría el artesano mientras mira su caja de trabajo sino de revisar su uso a la luz y en tensión con las variaciones actuales. No hay dudas de que no se trata de un ejercicio sencillo. Sin embargo, resulta necesario y se convierte en una invitación que no podemos dejar pasar.

Resumen

En los últimos 50 años se han producido cambios acelerados en la cultura que tienen impacto en las subjetividades infantiles, adolescentes y adultas. Me voy a referir sobre todo a las modificaciones en las configuraciones familiares, en los modos de crianza y al avance tecnológico. Estas transformaciones han tenido un impacto en la práctica psicoanalítica, tanto en las presentaciones clínicas como en la técnica y es posible que también haya modificaciones en la teoría psicoanalítica. Este panorama nos obliga a pensar si las herramientas construidas en la época en que nació el psicoanálisis siguen vigentes y si han sido afectadas por los cambios de la época. Se tomará el tema

de la interpretación psicoanalítica y el encuadre

Descriptor: Interpretación, Encuadre, Transferencia, Cultura, Tecnología.

Abstract

In the last 50 years infant, adolescent and adult subjectivities have undergone greater and greater modifications due to changes in the surrounding culture. This paper is focused above all on the resulting modifications in family configurations, modalities of upbringing and the advance of technology. These transformations have had a significant impact on psychoanalytic practice – both in the clinical matter we encounter in our everyday work and in technique – and there will also be possible modifications in psychoanalytic theory. This panorama leads us necessarily to consider whether the tools forged in the times of the birth of Psychoanalysis retain their validity, or whether they have been affected by changes in the intervening period and of the present day. The topics of psychoanalytic interpretation and the setting will also be dealt with.

Keywords: Interpretation, Setting, Transference, Culture, Technology.

Referencias

- Ariès, Ph. (1987). *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Madrid: Taurus. (Trabajo original publicado en 1974)
- Bateson, G. (1979). *Espíritu y naturaleza*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bion, W. R. (1987). *Aprendiendo de la experiencia*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1962)
- Etchegoyen, R. H. (1986). *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Etchegoyen, R. H. (1999). *Un ensayo sobre la interpretación psicoanalítica*. Buenos Aires: Polemos.
- Etchegoyen, R. H. (2014). [Comunicación personal]. Copia en posesión de Virginia Ungar.
- Foucault, M. (1980). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- Freud, S. (1979). *La novela familiar de los neuróticos*. En *Obras completas* (Vol. 9, pp. 215-220). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1909)
- Freud, S. (1980). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En *Obras completas* (Vol. 12, pp. 109-119). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912)
- Julien, Ph. (1995). *El manto de Noé*. Buenos Aires: Estudio. (Trabajo original publicado en 1991)
- Klein, M. (1983). Principios psicológicos del análisis infantil. En *Obras completas: Contribuciones al psicoanálisis* (Vol. 2, pp. 127-136). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1926)
- Lieberman, D. (1983). *Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico* (Vols. 1-3). Buenos Aires: Galerna.
- Meltzer, D. (1984). *Dream Life: A re-examination of psychoanalytic theory and technique*. Perthshire: Clunie Press.
- Meltzer, D. (1988). *The apprehension of beauty*. Perthshire: Clunie Press.
- Moreno, J. (2014). *La infancia y sus bordes: Un desafío para el psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Sibilia, P. (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Sontag, S. (1996). *Contra la interpretación*. Buenos Aires: Alfaguara. (Trabajo original publicado en 1961)
- Strachey, J. (1934). On the nature of the therapeutic action of psychoanalysis. *The International Journal of Psychoanalysis*, 15, 127-159.
- Ungar, V. (2000a). Dos planos en la formulación de la interpretación psicoanalítica. En Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (Ed.), *El trabajo psicoanalítico: Antes y después de la interpretación: Trabajos libres del XXII Simposio* (Vol. 2, pp. 629-642). Buenos Aires: Autor.
- Ungar, V. (2000b). Transferencia e modelo estético. *Psicanálise*, 2(1), 155-177.
- Viñar, M. (Agosto, 2014). *Anudamientos y contradicciones entre el orden simbólico y el imaginario cotidiano: Algunas preguntas sin respuesta nítida*. Trabajo presentado en VIII Congreso y XVIII Jornadas de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo.
- Winnicott, D. W. (1979). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa. (Trabajo original publicado en 1971)
-

El Extranjero



El mañana y sus vicisitudes**

Y bien, mi lugar aquí hoy es el lugar de Calibán, el lugar del extranjero. Seré completamente irresponsable, les presentaré una serie de ideas en forma completamente “jazzística”. El objetivo es que podamos tener y fomentar una discusión a partir del tema “el mañana y sus vicisitudes” en dos registros: uno más teórico y otro más práctico, más histórico.

El título remite claramente al célebre ensayo de Freud (1915/1996), “As pulsões e suas vicissitudes”¹, de 1915, que es el momento en que el psicoanálisis se consolida como pensamiento que apunta y practica la heterodoxia, es decir, que se aparta de la corriente principal del pensamiento occidental e innova de una manera bastante radical. ¿Por qué? Porque Freud va a concebir el funcionamiento y la estructuración del inconsciente a partir de un elemento él mismo irreductible a estructuración alguna; un elemento que es en sí mismo de permanente impulsión y dispersión.

En ese sentido, partió de un campo conceptual e histórico marcado por el mecanicismo, y uno de los elementos centrales de este paradigma –que regía en el contexto histórico en que el psicoanálisis fue generado– es exactamente el concepto de equilibrio; concepto regulador del funcionamiento de los sistemas de la naturaleza y del mundo. Freud, al insertar ese elemento casi –podríamos decir– epicúreo, ese clinamen fundador, esa desviación que, sin embargo, es la fuente de toda organización, anticipa lo que será en el siglo XX la teoría de los sistemas complejos y la termodinámica. Lejos del equilibrio, a lo que se apunta y lo que, de

* Curador del Museu do Amanhã (Museo del Mañana).

** Presentado en el seminario “Realidades y ficciones”, en el lanzamiento de la revista *Calibán* en el MAR – Museo de Arte de Rio (Oliveira, 2014). Este texto es una transcripción de esta presentación.

1. Nota del traductor: la versión en español de José Etcheverry es “Pulsiones y destinos” (Freud, 1915/1976).



hecho, importa pensar y describir, no son los estados finales de los procesos, sino los procesos en sí mismos.

Tales procesos involucran necesariamente la abolición del equilibrio, una distancia con la noción de equilibrio. Desde esta perspectiva, entonces, el psicoanálisis es un proceso profundamente innovador y anticipador. Y, necesariamente, va a contradecir dos categorías que como occidentales y modernos estamos profundamente habituados a manejar: la de *buen sentido* y la de *sentido común*. El sentido común es el modo de articulación de la causalidad del mundo, por el cual uno piensa que a ciertas causas siguen ciertos efectos. Y el buen sentido es una categoría asociada, que supone la adecuada dirección de la causalidad, dirección que va de las causas a los efectos. Estamos adiestrados, desde nuestra más tierna edad, a utilizar esas dos categorías como modo estructurador de las experiencias en el mundo. Operamos con una lógica de exclusión; practicamos ese buen sentido, esa buena dirección de nuestras actividades y acciones, hasta administrar incluso nuestra vida interior, nuestra vida íntima y espiritual según esos operadores.

Cuando el psicoanálisis instaure no solamente una noción de inconsciente sino un inconsciente en cuyo fundamento hay algo que permanentemente se escapa, que no puede ser de ningún modo aprisionado en encuadre alguno, ineludiblemente contamina aquellas prácticas de nuestra conciencia. El psicoanálisis necesariamente va a tener que ser no cartesiano. En ese sentido, nos va a ofrecer variantes profundas de la temporalidad que se van a apartar del buen sentido, y modos de articulación de la cognición del pensamiento que, necesariamente, se van a apartar del sentido común.

Del mismo modo, podemos pensar que las ciencias contemporáneas van a problematizar esas dos nociones, aunque de una manera que, desde mi punto de vista, anticipó el psicoanálisis. También el buen sentido y el sentido común van a ser puestos en cuestión por diversos campos del saber de las ciencias contemporáneas,



en particular por aquellos que lidian con lo que podemos llamar *sistemas complejos*: sistemas con muchos componentes y gran densidad de relación entre esos componentes.

Estos sistemas incluyen las tres áreas de nuestra existencia terrestre: la existencia material, física; la existencia biológica, sistémica, y nuestra existencia como seres cognoscentes. Entonces, en estas tres áreas va a regir ya no la lógica reductiva, de la exclusión, la “lógica del o”, sino la “lógica del y”, como señaló Quilelli Corrêa (2014). Así como en el sueño hay modos de articulación que exceden la causalidad habitual y modos de temporalidad que escapan enteramente al orden causal del buen sentido, también las ciencias contemporáneas comienzan a reconocer que, en el propio funcionamiento de la realidad y en los tipos de procesos que operan en esos tres planos de nuestra existencia –material, vital y cognitivo–, rigen también lógicas que escapan al monoteísmo de la exclusión y de la direccionalidad unitaria del buen sentido.

Estas lógicas, que van a operar de otro modo y con otro campo de articulaciones, son las que nos van a obligar a reflexionar sobre la propia noción dominante de nuestra época, realmente totalizante y unitaria –por lo tanto, totalitaria–, de que existe una única figura del tiempo. La idea de que habría una sola figura del tiempo funciona como si la cultura toda hubiera acordado que, de las innumerables y diversas variedades de experiencia a las cuales se podría atribuir un sentido y un concepto del tiempo, solo una es efectiva, real y no ficcional: la que exhibe la naturaleza; figura de un único tiempo, definido por una sucesión de tres dimensiones –pasado, presente y futuro– ya predispuesta y establecida. Desde esta figura, lo que llamamos realidad, aquello que “sucede”, viajaría a bordo de una nave que se movería a lo largo de una ruta de tiempo, siempre al mismo ritmo, con el mismo andar, en algo llamado *ahora*, es decir, en el presente. Toda la realidad viajaría dentro de esa nave, todo lo que es real sucedería *ahora*. El pasado serían los “ahoras” antiguos, los presentes antiguos. El futuro serían los presentes inéditos. Y el buen sentido sería exactamente el reconocimiento de que ese vehículo se mueve siempre uniformemente hacia adelante, jamás frena y, mucho menos, retrocede; que toda



esta realidad de innumerables cuerpos e incontables componentes, de infinidad de cosas, seres y aconteceres, coexiste íntegra en un infinitésimo de tiempo, que llamamos *instante* o *momento*. Desde esta perspectiva, el ahora sería como un marcador que iría punto a punto recorriendo esa recta del tiempo, y nosotros entenderíamos y actuaríamos como si la realidad viajara a bordo de esa nave. De todos modos, en última instancia esa nave tendría una dimensión nula. Ella misma sería un punto. De punto en punto, de ahora en ahora, la realidad se va moviendo. De esta forma, entonces, el tiempo sería esa fuerza irrefrenable que empuja las cosas del mundo desde el pasado innoble hasta el futuro remoto.

Esta imagen se volvió predominante en nuestra época. Piensen cuántas veces cada uno de nosotros consultó el reloj en el día de hoy. Hagan una estimación. Piensen, desde que nos despertamos, sin hablar de los relojes de los sueños, a cuántos relojes fuimos expuestos, cada uno de ellos diciendo “usted está aquí”, que es como si dijera “usted está ahora”, no “usted está aquí, en esta posición de esta recta”.

Es que, a partir del siglo XII de nuestra era, el modo de pensar de Occidente fue invadido por la potencia de uno de los más extraordinarios dispositivos inventados por el ingenio humano: el reloj mecánico. Lo que el reloj mecánico hace es consolidar una transformación extraordinaria: la transformación de duraciones en distancias. Es una máquina de transformar duración-tiempo en distancia-espacio. En cada movimiento, en cada posición de las manecillas, se nos informa que estamos aquí, en este lugar, en este punto de la ruta. Ya pasamos los puntos anteriores, y ya encontraremos los que vienen. Fundamos nuestra experiencia del tiempo en esa asombrosa transformación de aquello que es la instancia más profunda del vivir, la experiencia de durar, y la convertimos constante e inconscientemente en la aprehensión de una separación espacial.

Otras culturas, evidentemente, no hacen lo mismo. Entre los navajos, por ejemplo, el ahora, el presente, es un ciclo de la luna: 28 días. Lo que sucede durante esos 28 días sucede *ahora*. Está claro que esa concepción es enteramente incompatible e inconmensurable con nuestra noción de este ahora vuelto instantáneo, de esta



recta indefinidamente prolongada de instantes puntuales que creemos que es la propia naturaleza del tiempo. Desde esta perspectiva, si existe una única ruta del tiempo, solo hay un mañana. Solo hay un futuro y es un futuro que ya está dado, una fatalidad. Solo resta alcanzarlo, porque existe un único camino, una única ruta: sonará una campanada y estaremos en determinado lugar.

Esta es una concepción que hace que todas las experiencias tan variadas en duración que la vida y el arte nos pueden ofrecer sean desvalorizadas. La entronización de esta idea de una única completitud del tiempo, de una verdadera y final realidad del tiempo, es extraordinaria. Sobre todo cuando comprendemos, al repasar la historia, que ese concepto del tiempo, al que voy a llamar tiempo “cronal”, así como la imagen de él asociada a una línea sobre la cual se mueve un marcador móvil y presente, son construcciones. Por cierto que las ciencias contemporáneas entienden en la actualidad que no hemos tomado de la naturaleza esa imagen sino que, por el contrario, la proyectamos sobre ella. Es un operador a partir del cual construimos una serie de tramas sociales y de pensamiento, tan solo para definir para nosotros mismos qué es la naturaleza y cuál es nuestra relación con ella, así como para definir también nuestra posición en relación con los demás. Rige sobre nosotros una cierta imagen del mundo, como los estudiosos acostumbran decir, y esa imagen cronal nos oprime cotidianamente y nos hace vivenciar un tiempo reducido y unificado.

Pero si podemos pensar y reflexionar respecto a que los relojes contemporáneos no nos permiten discriminar una variedad de procesos del mundo natural, vamos a constatar, primero, que esa imagen del tiempo no es única, y, segundo, que es una imagen esencialmente ficcional, en el sentido de que es un dispositivo y un modo de ejercer una cierta práctica, pero que existe otra variedad de imágenes del tiempo que sí son eficaces y que van a permitirnos establecer nuevas líneas de interrogación y de exploración; que van a figurar quizás nuevos mañanas.

Voy a dar un ejemplo relacionado con nuestro propio cuerpo: somos un conjunto de aproximadamente 100 trillones de células humanas, o sea, células en cuyo



Performance del Grupo *EmpreZa* en el seminario “Realidades y ficciones”.
Museu de Arte do Rio – MAR, 27 de noviembre de 2014

núcleo hay un genoma de *homo sapiens*, por lo que tendríamos casi 30 mil genes. Un verdadero manual de instrucciones escrito en ácido desoxirribonucleico que especifica que en el organismo de cada uno de nosotros hay un organismo *homo sapiens*. Por otra parte, somos también un hábitat para un cuatrillón de otros organismos que no tienen ADN humano. Por tanto, somos un ecosistema diez veces mayor que la cantidad de células que componen nuestro propio cuerpo. Y es gracias al hecho de que somos hábitat para esa heterogeneidad que tenemos salud, que digerimos los alimentos, que reaccionamos frente a las enfermedades. A su vez, cada una de esas células es un artefacto prodigioso que consta de una película envolvente, una membrana esencialmente hecha de grasa, la cual, por lo tanto, no solo no se disuelve en agua sino que es capaz de contener agua en su interior y circular en un ambiente húmedo o líquido cualquiera. Agua adentro y agua afuera, con esa película separadora. Sin embargo, sabemos que esa separación no puede ser absoluta. Es necesario que flujos de materia, de actividad y de formación que vienen del exterior, entren, sobrepasen, traspasen esa frontera y circulen temporariamente en la arquitectura interna, para formar parte de la composición del sistema y ser eventualmente reciclados hacia el ambiente. Si cerráramos la membrana completamente, si esta fuera invulnerable, la célula moriría de entropía. Es necesario que exista esa apertura. Por lo tanto, la membrana de la célula separa el adentro de lo vivo del afuera de lo vivo y, al mismo tiempo, conecta el adentro de lo vivo con el afuera de lo vivo. Ahora, dentro de lo vivo está el pasado de lo vivo; ese manual de instrucciones en donde está especificado el modo de construir réplicas de ese organismo, de esa célula. Y fuera de lo vivo está el futuro de lo vivo. Son los encuentros que lo vivo va a tener; sus vicisitudes. Algunos encuentros van a ser nutritivos, otros serán tóxicos. Si dentro de lo vivo está el pasado y fuera de lo vivo está el futuro, podemos imaginar esa membrana como un presente: adentro el pasado, la membrana como presente y afuera el futuro. Pero ese presente no viaja sobre ninguna ruta sino que conecta el pasado con el futuro. Por la apertura de la célula, los futuros encuentros pueden afectar el contenido íntimo de ese ser. El futuro puede modificar el pasado.

A su vez, ese organismo se reproduce eventualmente con una mutación, para hacer que una nueva edición del manual de instrucciones vaya a ser publicada. Con ello la vida se torna un asombroso modo por el cual la naturaleza produce más y más formas, más y más arquitecturas diversas, acelerando de modo inaudito los modos de formación de la naturaleza meramente física.

Por todo esto, estamos viendo que en todo organismo vivo, así como en nuestros propios cuerpos, rige una temporalidad que no tiene nada que ver con la imagen cronológica ni con el presente que se mueve. Por el contrario, este es un presente de modo, un presente topológico, un presente que novela el pasado y el futuro; pasado y futuro se despliegan a partir de ese presente. Entonces, si de hecho encontramos temporalidades heterogéneas, extrañas a la imagen del tiempo cronológico, incluso en el registro biológico, aunque también en muchos otros campos, entonces es lícito pensar que tal vez tengamos que concebir un nuevo modo de instrumentar una concepción más efectiva del tiempo, que pueda abarcar muchos ámbitos de lo natural, porque ya vimos que el tiempo cronológico tan solo opera en ese campo macroscópico, ya formateado por lo simbólico y estructurado por la palabra y por la técnica.

Allí en el fondo de los cuerpos, en el meollo de los procesos de la naturaleza, vamos a tener que repensar cuáles serían los elementos esenciales del tiempo. Podemos ayudarnos con un gran artista como Jorge Luis Borges para pensar cómo concibe lo que sería el fundamento último de la temporalidad: la distinción esencial entre el antes y el después. Borges va a pensar esa distinción en términos de un punto, ya no en términos de una línea o de un segmento. Él va a decir que la unidad elemental de la temporalidad es el laberinto y que la unidad elemental del laberinto, su utilidad conceptual, es la bifurcación.

Ahora, ¿qué es la bifurcación? La bifurcación se da cuando en una línea se abren dos alternativas. El laberinto supone una concatenación indeterminadamente extensa de bifurcaciones. Borges dice que la bifurcación es el acto mismo del laberinto; su unidad elemental. El concepto de bifurcación combina necesariamente dos categorías que en el modo tradicional y en el sentido común están disociadas: la necesidad y el imprevisto, el azar. Por ejemplo: un viajante se encuentra frente a una bifurcación. La bifurcación está dada, es necesaria, está puesta allí. Se necesita de la elección del viajante para saber si va a seguir hacia Tebas o si se va a dirigir a Corinto, y ello no está determinado por la ruta. Hay una arbitrariedad en esa combinación. Dependiendo de la oportunidad, o sea, de la síntesis entre la ocasión y el lugar, un viajante va a seguir una cierta dirección y se va a encontrar con la esfinge y otro va a seguir otra y ya no obtendremos de él ninguna historia, ningún mito.

Entonces esta idea de la unidad elemental de la temporalidad, o sea, la unidad a partir de la cual es posible definir, de modo general, un antes y un después, ya no consistiría en una línea orientada, sino en esta asociación entre necesidad y azar, entre determinación e indeterminación. Ello permite concebir un nuevo modo, una nueva figura de la temporalidad, que vamos a poder aplicar en un sinnúmero de ámbitos, incluso en el terreno de nuestros quehaceres como miembros de una civilización.

Lo que es característico, lo que va a ser esencial para que demos un paso más allá de estas teorizaciones, y así nos aproximemos a una discusión más efectiva y más práctica, es reconocer que lo que la vida hace es poner en contacto duraciones infinitesimales de reacciones moleculares, allí en lo más profundo de las células, con vastas transformaciones ambientales. De esa manera, un billonésimo de segundo se engrana con un millón de años. Sin la vida de por medio, esas duraciones permanecerían heterogéneas. Lo que la vida hace es exactamente conjugar esas duraciones. La vida inventa un nuevo territorio de ritmos, un nuevo modo de mo-

vimientos; genera nuevos laberintos, nuevas oportunidades de rutas a seguir y en cada una de ellas se va a establecer una distinción entre un antes y un después; cada una de ellas va a generar un campo de oportunidades a partir de lo que también van a poder surgir formas nuevas.

Desde este punto de vista, podemos pensar que nos convendría concebir el tiempo humano, el tiempo que como especie y como civilización practicamos, ya no siguiendo una línea totalitaria y unitaria, de tiempo cronol, sino como una muñeca rusa de presentes, dentro de cada uno de los cuales pudieran surgir otros modos de síntesis y de asociación. Dicho de otra manera, es como si pudiéramos pensar el laberinto de una manera más amplia aún. En el laberinto, si hacemos un recorrido contrario, constatamos que de cada decisión que se toma, de cada síntesis que se hace, de cada antes y después –es decir, de cada diferenciación estructural que se establece–, algo nuevo puede surgir. De ese modo, intentando pensar de esa manera, podemos concebir una temporalidad en la cual rijan las tres dimensiones: pasado, presente y futuro. Pero que el pasado no sea tan solo un reservorio de presentes que ya se fueron. Que el pasado permanezca dentro del presente, como la fuente y la directriz a partir de la cual se va a dar el siguiente despliegue. Y que el futuro no sea tan solo algo que está por ser alcanzado, sino que la presencia del futuro en el corazón del presente sea ya algo que pueda configurar las elecciones y las oportunidades; que establezca cuáles van a ser las bifurcaciones a ser activadas. Y que el propio presente sea lugar de acción, como territorio en el cual se construye la más preciosa y la más delicada de las filigranas de la vida que es el tiempo.

Entonces, pensemos un mañana que ya no esté marcado por la fatalidad de una causalidad determinista estricta, sino por la potencialidad de innumerables configuraciones posibles, que discurren entre las elecciones hechas en un sinnúmero de bifurcaciones intermedias. A cada elección que se hace, se promueve una determinada configuración del futuro. Si otras fueran las acciones excluidas, también otros serían los futuros promovidos. La idea es que el mañana es una construcción; una construcción realizada siempre desde el hoy. Hoy es siempre el lugar de la acción. A su vez, esa construcción va a ser hecha por nosotros como personas, como ciudadanos, como miembros de la especie humana, como participantes de una civilización que vive actualmente un momento peculiar.

Es muy común que algunas culturas y generaciones piensen que el momento en que están viviendo es decisivo, que es un momento muy significativo. Más allá del permanente riesgo de *hibris*, yo osaría afirmar que en el caso actual ello se apoya en una fuerte evidencia. Es decir, vivimos hoy una situación de gran tensión, en la cual existe una plétora de futuros posibles. Nos encontramos en una especie de estado de gravidez. ¿Y por qué? Porque, gracias a procesos históricos y transformaciones materiales concretas que se fueron acelerando en los últimos dos siglos y medio, desde la Revolución Industrial, nos volvimos una especie, primero, planetaria, y luego geológica. *Especie planetaria* quiere decir que nos expandimos; nuestros ancestros son de 200 mil años atrás –4 mil generaciones–, lo cual es muy poco tiempo. Cuatro mil generaciones se dan, más o menos, en uno o dos días de bacteria, o sea, el número de generaciones de nuestra historia es el mismo que el que resulta de la multiplicación de una bacteria en dos días. Entonces, en 200 mil años, en ese lapso tan breve, salimos de una región, el noroeste de África, y nos expandimos por el planeta entero. Para empezar, ocupamos las islas remotas del Pacífico, separadas las unas de las otras por miles de kilómetros. ¡Es difícil de imaginar cómo aquellos melanesios lograron ese prodigio de navegación! Pero hoy alcanzamos todos los territorios de la Tierra. Vivimos en los valles, en las cumbres,

en los *sertões*, en las florestas, en los litorales, en los hielos. Solo nosotros y las cucarachas logramos esa cobertura terráquea, y compararnos con las cucarachas es un honor. Las cucarachas tienen 250 millones de años de evolución mientras que nosotros tenemos unos ridículos 200 mil. Y si contáramos toda nuestra historia desde los primates tendríamos apenas cinco millones. De este modo, nos planetarizamos –un hecho biológico extraordinario en tan corto plazo– y nos volvimos geológicos. ¿En qué sentido? En que el conjunto de nuestra actividad no solo alcanzó a transformar todas las regiones del planeta, sino que dejó un legado de vasta profundidad geológica. Por ejemplo, detonaciones nucleares que se hicieron en la atmósfera en los años 40, 50 y 60 dispersaron con el viento partículas radioactivas que se depositaron en todos los continentes en forma de una camada muy fina de material radioactivo con componentes tales como el plutonio, que tiene una vida media de 24 mil años. Es decir que si hoy tenemos 100 átomos de plutonio, de aquí a 24 mil años tendremos 50, y de aquí a 48 mil años tendremos 25. De este modo, nuestras acciones se volvieron capaces de alcanzar duraciones que van más allá, en mucho, de las temporalidades típicas de nuestra cultura: los días, las semanas, los meses, los años, las décadas, los siglos. Las consecuencias de nuestros actos van más allá, en mucho, de las temporalidades típicas de nuestras instituciones, de nuestras iglesias, de nuestro sistema político. El sistema político más duradero que tenemos es el Imperio Japonés, que tiene tan solo mil años. Todos los demás sistemas políticos son más recientes, más breves, más efímeros. Entonces, así como alcanzamos ese efecto biológico de planetarizarnos, estamos, por el conjunto de nuestra actividad, dejando un legado duradero de transformaciones, lo que implica que nuestros descendientes no vivirán más en el mundo en que nuestros padres lo hicieron. Vivirán en un mundo profundamente transformado por esta especie planetaria y geológica en la que nos convertimos. Permítanme que repita: al contrario de lo que dijo el poeta, ya no seremos los mismos, no viviremos como nuestros padres (Belchior, 1976, canción 3). Viviremos en un mundo profundamente transformado. Este será el mundo que legaremos; un mundo en el cual, en este mismo siglo, los patrones de sedimentación de todos los grandes ríos y cuencas hidrográficas han sido rotundamente alterados por represas, irrigaciones, etc. Los jóvenes en el futuro van a reflexionar sobre este período y se van a preguntar: ¿qué agente titánico consiguió, en un lapso tan corto de décadas y siglos, alterar todos los flujos de las grandes reservas de agua del mundo? ¿Habrán sido los volcanes? ¿Los terremotos? ¿El sol? La respuesta es negativa: fue el conjunto de la actividad humana.

Por otro lado, estamos cambiando la composición de la atmósfera. Si comparamos la atmósfera de hoy con la que quedó capturada en las gotículas de aire de los hielos perpetuos de la Antártida, vemos que la actividad humana alteró su composición. Cambiamos los patrones del clima. No hay duda hoy de ese cambio y tampoco hay duda de que la actividad humana es el factor decisivo de esa transformación. Estamos alterando drásticamente la biodiversidad, cambiando las especies de lugar y provocando una intensa desaparición de ellas. Alteramos incluso el patrón de funcionamiento de la vida marina, que es la base del funcionamiento de la vida en la Tierra. Ya existen más de cuatrocientos desiertos en los océanos que son como marcas escarificadas en la superficie. De este modo, nos volvimos esa fuerza profundamente transformadora y es en el ámbito de estas transformaciones y de estos vastos movimientos culturales, económicos, sociales, materiales, que nosotros y nuestros hijos vamos a vivir.

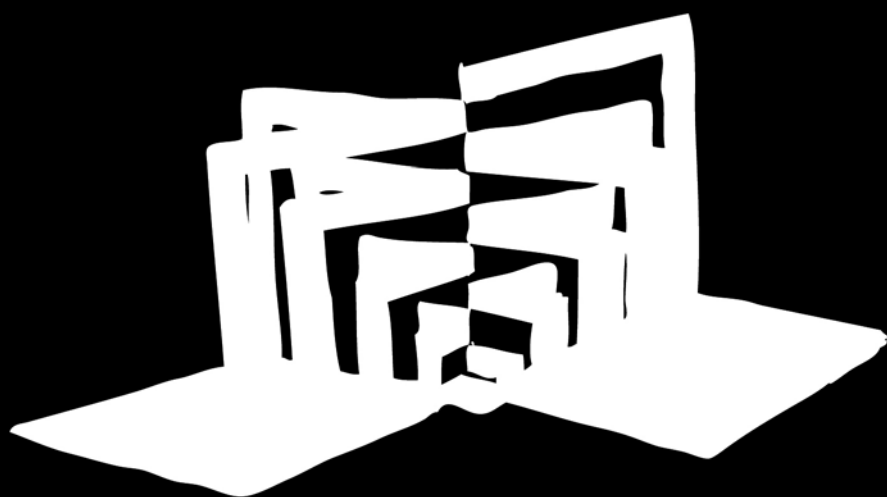
Esa es la comprensión esencial de nuestra época. Vivimos hoy una nueva era

geológica, la era del hombre (*Antropoceno* [*antropos*: hombre, *cenus*: era]: la era del hombre), en que una determinada especie, la especie humana, se volvió fuerza planetaria con alcance geológico. Por lo tanto, las acciones que elegimos hacer hoy moldearán decisivamente los escenarios de las configuraciones futuras de la propia civilización, y quizás hasta de toda la vida en la Tierra. Dependiendo de las elecciones que hagamos hoy, podríamos estar decretando una sexta gran extinción para el 2100. En los 4500 millones de años de historia de vida en la Tierra, hubo momentos en que hasta un 95% de las especies vivientes desaparecieron, y ello por una variedad de factores: explosiones de estrellas distantes, choque de asteroides... Pero en este momento existe una posibilidad muy concreta de que una determinada especie, la especie humana, provoque, de aquí al 2100, el exterminio del 30% del total de las otras especies. Se trataría de una nueva gran extinción, determinada en este caso por la acción de solo una especie. Esta es una experiencia sin precedentes en la escala de la vida.

Entonces, habría una serie de directrices, una serie de tendencias, que podemos identificar en el momento actual y que moldearán las próximas décadas. Frente a esa amplitud de tendencias vamos a tener que realizar elecciones, porque de las elecciones que hagamos hoy se abrirán diferentes caminos para el mañana. Y esas elecciones no serán de nuestros padres ni de nuestros nietos, sino que seremos nosotros mismos y nuestros hijos quienes realizarán la tarea. Por ello, voy a afirmar con énfasis que es cierto que vivimos en un momento muy peculiar porque estamos entendiendo que viviremos en una Tierra profundamente modificada por nosotros mismos y porque los caminos y desarrollos futuros de nuestras acciones presentes tendrán una profunda repercusión planetaria e histórica. Hoy en día, por primera vez en nuestra historia, más del 50% de la humanidad es letrada. Quizás la mayor transformación psicosocial de la historia de la humanidad fue, en el siglo XX, la educación pública del adulto y, en particular, la educación de las mujeres. Las mujeres letradas a comienzos del siglo XX eran una minoría. Hoy en día las mujeres son más de la mitad de la población universitaria y más de la mitad de la población letrada. Entonces, actualmente están dadas las condiciones materiales para que el legado común de la cultura, el legado común de nuestras creaciones, pueda ser compartido más allá de nacionalidades y localismos. Tal vez ello actúe como fermento, como catalizador para los actos que deberán ser emprendidos para que aún podamos transitar por esas próximas décadas, tan accidentadas, tan ricas de potencialidad y de riesgos; para que podamos, tal vez inspirados por ese mañana que deseamos construir, cumplir con nuestro destino de navegadores del Pacífico, nuestro destino de puente, de conectar lo que vino antes de nosotros con lo que ha de venir después. Si pudiéramos llevar adelante esa tarea y volvernos nosotros mismos esos mediadores, el futuro nos recordará con nostalgia.

Referencias

- Belchior, A. C. (1976). Como nossos pais. En *Alucinação* [CD]. Polygram.
- Freud, S. (1976). Pulsiones y destinos (Trad. José Etcheverry). En S. Freud, *Obras completas* (Vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915)
- Freud, S. (1996). As pulsões e suas vicissitudes. En J. Strachey (Ed.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (Vol. 14). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1915)
- Quilelli Corrêa, C. de A. A. (Noviembre, 2014). *Terra de ninguém*. Trabajo presentado en el seminario Realidades y ficciones, Rio de Janeiro.



Textual

Siri Hustvedt

Escritora, novelista y ensayista. Doctora en lengua y literatura inglesa por la Universidad de Columbia, Nueva York. Premio Internacional Gabarrón de Pensamiento y Humanidades (2012). Investigó en filosofía, psicología, psicoanálisis y neurociencias. Ha publicado numerosos libros en distintos géneros: novela, cuentos, poesía y ensayos, a lo largo de un extenso recorrido por la literatura y las disciplinas que le interesan.

**Novela:**

- *Todo cuanto amé*. España: Anagrama, 2004.
- *El verano sin hombres*. España: Anagrama, 2011.
- *La mujer temblorosa. O la historia de mis nervios*. España: Anagrama, 2010.
- *El mundo deslumbrante*. España: Anagrama, 2014.

Ensayo:

- *Los misterios del rectángulo*. España: Circe, 2007.



Esa extraña forma de intimidad

Entrevista a Siri Hustvedt*

Usted habla desde un lugar marginal, vive en la cosmopolita Nueva York, tiene un origen escandinavo, habla noruego, trabaja como escritora... El rol de *extranjera* que ha desempeñado ante el psicoanálisis puede ser el mejor lugar para observar, ¿no le parece?

Estoy completamente de acuerdo. A menudo he pensado qué ha significado para mí crecer entre dos idiomas, tener una madre noruega y un padre americano. Él también creció hablando noruego. Creo que dos idiomas permiten tener dos perspectivas diferentes porque las palabras delinean una cosa en un idioma que no necesariamente es delineada en el otro. Estoy segura de que a usted le pasa esto con el español y el inglés todo el tiempo, que reconoce cómo la percepción cambia de un idioma al otro. Y aunque nunca podría haber articulado esa división siendo niña, crecí con la sensación de *aquí* y *allá*. Tenía un *allá* que era Noruega. Y cuando estaba en Noruega tenía el otro *allá*, los Estados Unidos. Hay muchos escritores que, por una razón u otra, se encuentran en posición de *outsider*. Le escriben al otro, pero desde un punto de vista marginal. Yo creo que, definitivamente, tengo la sensación de estar siempre fuera de lugar, sí. **Pero la marginalidad como perspectiva es a menudo más interesante que hacerle la corte al centro de las cosas.**

Pero, ¿no le parece que estar situado al margen es, para un analista, más un rasgo estructural que un rasgo accidental? Como para los escritores...

Creo que depende de la cultura en la que el psicoanálisis tenga lugar. En los Estados Unidos, el pensamiento psicoanalítico freudiano fue adoptado con gusto. Desde los años 50 a los 70, los departamentos de psiquiatría estaban dominados por freudianos. En los 70, cuando aparecieron los medicamentos antipsicóticos de primera

* Entrevista realizada para *Calibán* por Mariano Horenstein en Nueva York, el 14 de mayo de 2015. En la investigación preliminar y el ajuste posterior participaron Natalia Barrionuevo, Adriana Yankelevich, Natalia Mirza, Ana María Olagaray y Pablo Goldberg.

generación, hubo un cambio radical hacia lo que hoy se llama psiquiatría biológica. Tengo la sensación, sin embargo, de que otra vez soplan aires de cambio.

Estoy terminando un libro titulado *The delusions of certainty*,¹ que trata de nuestras ideas sobre la mente en Occidente. En el libro soy crítica de la falta de bases filosóficas que a menudo se aprecia en la investigación en neurociencias; no siempre, pero en muchos casos. Mientras más aprendo, más crítica me he vuelto. Estoy muy interesada en los trabajos sobre el cerebro, pero muchas investigaciones usan un modelo dualista, cartesiano, de la mente y el cuerpo, sin siquiera ser conscientes de ello. Ubican rasgos psicológicos arriba; y neuronas, hormonas y neuroquímicos abajo. La psiquis flota sobre apuntalamientos o correlatos neuronales como si ambos pudieran estar separados. El científico traza una línea entre la ira y una región del cerebro; digamos, el sistema límbico. Esto es filosóficamente *naïve*. No es una imagen útil. Sin embargo, es sumamente difícil encontrar un buen modelo teórico para el funcionamiento del cerebro-mente. Yo adhiero a una visión monista y encarnada de la mente.

En relación con eso, usted se ha referido a nuestra era como “neuro-biologista”...

Sí, a todo ahora se le antepone *neuro*, por lo menos en los Estados Unidos. Neuroeconomía, neurofilosofía, *neuro* todo. Es una era del cerebro porque se está produciendo tanta nueva información. La investigación ha estallado.

¿Sería posible referirnos al siglo XX como “la era del inconsciente”? Vivimos en una época en la que el inconsciente freudiano (que es al mismo tiempo dinámico, sexual, reprimido, conectado al lenguaje, antisocial) pareciera haber desaparecido... ¿No lo cree?

Bueno, esto es tan interesante... Habría que buscar por todos lados hoy en día para encontrar un científico o un filósofo que no crea en el inconsciente. Eso hay que destacarlo. ¿Y cómo se relaciona aquello que la ciencia entiende como un inconsciente cognitivo con el inconsciente freudiano? Pues bien, hay algunos científicos –Mark Solms, Georg Northoff, y Karl Friston, por ejemplo– que han utilizado el modelo freudiano de la mente y lo han aplicado a una neurobiología (lo que hoy sabemos acerca del cerebro). La fantasía de Freud en el *Proyecto* era unir la realidad fisiológica de las neuronas y la psiquis. Lo abandonó, pero algunos piensan que su ambición inicial ahora puede llevarse a cabo. Mark Solms ha iniciado el neuropsicoanálisis. El deseo de Friston es unir la mente con el cerebro en un modelo económico como el de Freud. Otro científico, el ya fallecido Karl Pribram, que había nacido en Viena, amaba el *Proyecto*. Lo enseñó como si fuera su teoría en los años 60, y todos estaban entusiasmados con las ideas, hasta que le comunicó a su audiencia de neurocientíficos que era la teoría de Freud, no la suya. Estaban asombrados. Les dijo: “No, de ningún modo. Acabo de enseñarles a ustedes el *Proyecto*”. Pribram sostenía que debido a que los conceptos de Freud tenían nombres diferentes –no utilizó terminología neurológica–, los científicos los encontraron extraños. Creo que lo que sucede va más allá. Creo que **Freud se transformó en una de esas figuras cuyas ideas fueron consideradas un caso de todo o nada**. ¿Por qué resulta que con otros pensadores está permitido tomar un concepto aquí o allá? Por ejemplo, Hegel. Piense en lo importante que Hegel ha sido para la filosofía. Pero nadie piensa que para leer a Hegel hay que creer que el Imperio Prusiano era la última síntesis de la dialéctica. Rechazar esa idea no implica rechazar todas las ideas de

1 “Los engaños de la certeza”.

Hegel; su teoría de la autoconciencia, por ejemplo, que aún es importante. Pero con Freud ha sido diferente. **Con que haya un solo pensamiento que se demuestre no verdadero, ha fracasado por completo como pensador.** No entiendo esta manera de razonar. El mismo Freud escribió una y otra vez que sus ideas probablemente serían revisadas por futuros conocimientos. Parte del problema podría ser que el psicoanálisis ha sido muy ferozmente dogmático desde el comienzo. Había muchas facciones. Piense en Adler. Piense en los “analistas salvajes”. Piense en las confrontaciones entre Anna Freud y Melanie Klein en Londres.

Ha habido una revitalización del psicoanálisis en las ciencias, y yo no creo que eso sea malo. Creo que lo que no queremos es que la neurociencia se devore al psicoanálisis. Pero se puede considerar la mente desde dos puntos de vista: primera persona y tercera persona. Esto es lo que creo: la experiencia subjetiva del cerebro-mente, o lo que sea que hay dentro del cráneo, es irreducible. En otras palabras, no se puede reducir mi experiencia o su experiencia de la conciencia (y la inconciencia) a una mirada en tercera persona, no importa cuán precisa. Esto no significa que las neurociencias y el psicoanálisis no puedan dialogar. Sí pueden. A Freud le hubiese encantado involucrarse con la neurociencia contemporánea. Era neurólogo, después de todo. ¿Tiene sentido esto? Me he estado preocupando en extremo por este problema filosófico, pero creo que la experiencia subjetiva no puede reducirse a neuronas. Lisa y llanamente, no funciona.

Ha afirmado que hoy en día nadie niega la experiencia del inconsciente. Aun dentro del psicoanálisis, la conceptualización de este concepto fundamental varía bastante. Y fuera de él, en otras corrientes terapéuticas, así como en el campo cultural, la idea de un inconsciente rico en sus efectos, sexual y conflictivo, digamos que hasta subversivo, no es frecuente... ¿O sí lo es?

Esto es verdad. En la ciencia cognitiva, hoy en día, nadie negaría los procesos inconscientes. Dicho esto, la naturaleza de tal inconsciente está sujeta a debate. Sin embargo, la teoría computacional de la mente, que ha adquirido importancia en la ciencia cognitiva desde los años 50, está probablemente en las últimas. La mente no es una computadora digital lógica, y cada vez más científicos se están volcando hacia otro paradigma: no uno estrictamente psicoanalítico, pero uno que debe reconocer la importancia de la sensación y de la emoción.

Puede ser que yo tenga una inclinación a la síntesis, porque me gusta juntar ideas de muchas disciplinas que raramente interactúan. Esto satisface mi deseo de jugar y de seguir jugando, pero también de juntar ideas de forma inusual. Seguramente esto está relacionado con mi personalidad o mi carácter; me da más placer unir que dividir.

Hace algunas décadas, una serie de artículos escritos por Janet Malcolm se publicaron en el New Yorker. Ahí se hacía un retrato típico de un psicoanalista ortodoxo en Nueva York, cercano a ciertos estereotipos o a lo que puede apreciarse en algunas películas de Woody Allen. Esa imagen del analista estricto y neutral, muchas veces médico, a veces con acento europeo, ¿ha cambiado? ¿Cómo encuentra la práctica analítica en Nueva York hoy en día?

Yo creo que eso del acento vienés se ha diluido porque muchos de esos exiliados europeos que vinieron a Nueva York en los años 30 han fallecido. Creo que el estereotipo del señor mayor con barba se ha diluido. Hay menos lacanianos en Nueva York que en París y Buenos Aires, por ejemplo, y una cantidad de diversos programas psicoanalíticos. Sin embargo, la institución elite aquí sigue siendo la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York.

¿Pero la gente aquí va al analista tanto como solía? Era un hábito bastante popular...

Creo que hay muchos menos pacientes de cinco días a la semana, con diván, de lo que solía haber. Si les pregunta a los analistas en Nueva York, le dirán que tienen algunos verdaderos pacientes de análisis a la vieja usanza, pero generalmente son muy pocos, dos o tres.

¿Qué es un verdadero paciente de análisis para usted, en su opinión?

Yo he sido paciente en una psicoterapia psicoanalítica durante seis años. Tengo un analista.

¿Usted ha sido una “verdadera paciente de análisis” durante seis años?

Yo he sido paciente por seis años, sí, pero no he hecho diván. Aun así, debo ser tan “verdadera” como cualquier otro paciente. Le dije a mi analista el otro día: “Sabes, estoy empezando a ver la curva del proceso, que se acaba. Sé que en algún punto se acabará”. Lo que quiero decir es que la idea clásica de acostarse en el diván cinco días a la semana y hablarle al analista sucede con mucha menos frecuencia que antes. Muchas personas que tienen un psicoanalista, alguien que ha hecho la formación psicoanalítica, son como yo. Acuden dos o tres veces por semana para hacer una psicoterapia de base psicoanalítica.

¿Qué clase de razones hay, en su opinión, para ese cambio? No tanta gente que va...

¿Cinco veces por semana?

Sí.

Bueno, es una vieja historia en el psicoanálisis. En parte es el dinero. Un análisis es caro, aunque en Nueva York muchos analistas tienen tarifas graduadas, dependiendo de lo que sus pacientes pueden pagar. También es un tema de tiempo y de la idea actual de que las respuestas psicofarmacológicas son tan buenas como hablar. Yo no pienso que sea cierto. **Los antidepresivos fueron tan exitosos en los 90 porque el efecto placebo entonces era todavía mayor. Ha habido varios estudios que muestran que hoy la diferencia entre antidepresivos y placebo es inexistente.** Estoy fascinada por el efecto placebo. ¿Qué significa, por ejemplo, que ahora sepan –por esto me interesa la neurobiología– que un tratamiento placebo realizado a pacientes con Parkinson hace que en el cerebro se libere dopamina? Piénselo. O que si le dan a uno una pastilla de azúcar que uno espera que lo ayude, el cerebro libere opioides endógenos que hacen que uno se sienta mejor. Más aún: el contacto con el doctor es terriblemente importante para ese efecto. Si un médico le da a uno una pastilla de azúcar con brusquedad, no va a funcionar tan bien como si él o ella se sentara con uno y le hablara de la pastilla de azúcar de manera reconfortante. Hay diferentes maneras de considerar el fenómeno. Sospecho que es un fenómeno intersubjetivo relacionado con el apego temprano. Ciertamente hay tratamientos farmacológicos que son beneficiosos. No soy anti farmacología. Pero el placebo es un ejemplo sorprendente de cómo el sistema nervioso puede ayudarse a sí mismo a través del contacto con otra persona.

Otra figura intelectual prestigiosa, también mujer y de Nueva York, Susan Sontag, dirigió nuestra atención a algunas características estéticas de la sesión analítica. Ella también dijo que el psicoanálisis era una forma de arte no reconocida como tal. ¿Qué piensa usted de eso? ¿Podría el psicoanálisis estar al menos a la misma distancia del arte que de la ciencia?

Yo pienso que el trabajo real de hacer arte o ciencia no es ni remotamente tan diferente como a la gente le gustaría que fuese. Hacer buena ciencia involucra también intuición, imaginación y emoción. Estos aspectos no reconocidos de la ciencia son esenciales para la ciencia. Pero el psicoanálisis es un arte en el sentido de que los analistas que son buenos en lo que hacen son capaces de invocar profundos lugares inconscientes en su interior, que son extremadamente difíciles de verbalizar, y el hacer arte también es generado desde el inconsciente. A menos que un analista sea capaz de jugar con estas fuerzas inconscientes, no será bueno en lo que hace.

Yo no entiendo por qué mi propio análisis funciona. No puedo decir qué es lo que ha sucedido. Hay un ensayo hermoso que escribió George Perec sobre su análisis, llamado *La escena de una estratagema*. Estaba en análisis con J.-B. Pontalis, y no dice nada acerca del contenido del análisis. Traza su recorrido. Habla sin fin, se habla a sí mismo, sin fin, sin fin, aburrido, aburrido, aburrido. Y luego dice –que es exactamente lo que he sentido– que no entiende realmente cómo sucedió, pero repentinamente –él usa esta frase– encuentra su voz, su habilidad para escribir. Y lo extraño: **la experiencia del análisis es cómo ocurre el cambio, pero no se puede rastrear su curso**. El ensayo de Perec es una de las piezas más maravillosas que se han escrito sobre el análisis. Y luego está Hilda Doolittle, H. D., la poetisa. Ella era paciente de Freud y escribió un librito encantador llamado *Tributo a Freud*. También dice muy poco acerca de su vida. Ninguno de ellos detalla el contenido de su análisis. Hablan sobre el movimiento y la forma. Si se pudiera rastrear el curso de un análisis, tendría una cierta cualidad formal, una forma. La diferencia entre hacer arte –digamos, escribir una novela o producir una obra de arte visual– y hacer un análisis, es que en un análisis hay un otro real. El arte es siempre creado *para* otro. Siempre es dialógico, pero el otro es imaginario. En el espacio analítico, hay un otro real que puede intervenir, comentar, interpretar. Esto no es cierto en una novela.

En esta dirección, hay un tema sobre el que usted ha escrito: los psicoanalistas aparecen con frecuencia en sus obras.

Sí, están por todos lados...

Pero usted dice algo que es cierto: que ellos raramente hablan de sí mismos como sujetos; aparecen como objetos. Un “otro real”, sí, pero un otro real que aparece, él mismo, no como un sujeto sino como un objeto.

Podría decirse que el analista es además una criatura imaginaria. Debido a que la naturaleza de la transferencia incluye una forma de proyección sobre el analista, la relación cambia. Un día es tu madre, otro día tu padre, hermana, hermano u otra persona de la intimidad. Sin embargo, **la razón por la cual una persona puede cambiar a través del análisis es que hay un “otro real” que interviene en momentos cruciales, o tal vez interviene una y otra y otra vez, y luego llega un momento en que la interpretación hace efecto**. Aun si has escuchado algo esclarecedor mil veces con anterioridad, repentinamente las palabras adquieren significado. Ese significado tiene que tener un significado corporal además del semántico. Debe

hacerse presente un significado emocional, físico. Todos podemos intelectualizar. Soy muy buena en eso. Tomas una idea, le das vueltas, la ves desde distintos ángulos, pero el cambio real tiene una cualidad profundamente emocional, física. Es sorprendente.

El arte de la novela es el arte de lo particular. Es el arte de la experiencia humana específica y de cómo se entiende esa experiencia. Eso en sí conecta esta forma con el psicoanálisis. Aunque el análisis se guía teóricamente, siempre trata sobre una historia individual. En ese sentido es novelístico. **No creo que el psicoanálisis trate de extraer la verdad objetiva, o de encontrar la historia real. Esto, para mí, es absurdo.** La naturaleza de la memoria simplemente no permite esa posibilidad. Aun si tuvieras un equipo de filmación todos los días durante toda tu vida –que nadie lo hace–, podrías conocer “los hechos”, pero estarías en la perspectiva equivocada. Estarías mirando tu vida desde un punto de vista en tercera persona. Ambos, novelistas y psicoanalistas, tienen una preocupación profunda por las narrativas en primera persona de los seres humanos.

Uno de sus personajes habla de la manera en que todos reescriben su propia vida a través del análisis, y la manera en que la realidad de cada uno difícilmente se distingue de la ficción. Por favor, háganos más de la relación entre realidad y ficción, y de las máscaras como una manera de explorar la verdad en su última novela.

Sí... Bien, mientras más lo pienso, más difícil es extraer una supuesta historia real de la historia de una persona. No digo que no exista algo así como la memoria o que estemos totalmente en blanco sobre nuestro pasado. Creo que **la memoria y la imaginación son una sola facultad, no dos.** Las imágenes mentales que tenemos en la memoria y las imágenes mentales que fantaseamos –tal como qué va a pasar el jueves que viene– no son de naturaleza diversa. Y creo que esta facultad unificada de memoria-imaginación es a lo que uno recurre para hacer arte. La historia con la que uno acude a un análisis es usualmente una que se ha cristalizado como un mito. Es como un caparazón o una cáscara. La historia con la que uno llega ha sido inconscientemente inventada para cubrir el dolor. Permite que los síntomas florezcan porque es una historia defensiva. La tarea del análisis no es “corregir” la historia, o hallar “la verdadera historia”, sino encontrar una narrativa que sea más emocionalmente verdadera para el paciente. De modo que no estamos buscando la verdad, sino verdad emocional, no los detalles particulares de una narrativa. Por esta razón Périclides y Hilda Doolittle escribieron tan bien sobre el proceso. No se detuvieron en las particularidades: “Oh, y entonces el analista dijo tal cosa, y entonces entendí esto sobre mi madre, padre o quienquiera que sea...”. Hay un proceso de desatadura emocional que se vuelve una liberación. Y cuando la gente deja su análisis luego de años de trabajo profundo, es más libre.

Su última novela, *El mundo deslumbrante*, se enfoca en la ficción y la realidad...

Ah, sí, las máscaras. No hablamos de ellas...

Y las máscaras, sí. Lo falso y la máscara permiten que las personas digan la verdad.

Sí. Creo que *El mundo deslumbrante* es en sí misma una parábola de la novela como forma artística. ¿Qué sucede cuando uno escribe una novela? Uno se viste de estas personas o máscaras, que son los personajes, y a través de estas personas descubre aspectos de sí mismo que nunca podría haber descubierto si no se hubiese trans-

formado en esa gente. Una de las preguntas que también me he hecho: ¿cuál es la diferencia entre escribir una novela, especialmente una novela como la última que escribí, y tener un trastorno de personalidad múltiple? Cuando escribes como otros estás jugando, como cuando los actores representan un papel. Hago hincapié en esto en el último libro que estoy escribiendo. Cuando un actor representa un papel muy distinto de sí mismo, ¿hay cambios fisiológicos registrables que se den, como alteraciones del ritmo cardíaco, diferentes patrones de respuesta galvánica de la piel? Podrían hacerse todo tipo de pruebas, EEG... Apuesto a que se hallarían cambios. La diferencia es que la pobre gente con trastorno de personalidad múltiple no está al mando. Un novelista puede retirarse de sus personajes sin ser avasallado por ellos. A esto le llamo “el marco estético”, un refugio protector que ofrece la forma. Hace que sea posible acudir a sitios peligrosos, viajar a terrenos físicamente peligrosos, porque uno está a salvo en el marco del libro o de la obra de teatro, donde uno puede dejar que la imaginación ande libremente y emprender excursiones arriesgadas hacia otras personalidades (otros “yoes”).

Como puede inferirse de sus historias y ensayos, tiene un interés genuino y profundo por el psicoanálisis, y hasta un peculiar compromiso con su estudio. ¿Podría hablar más de su interés temprano –con un doctorado reciente– por llegar a ser usted misma analista?

Yo pensaba que podía ser una buena analista, pero no podía pagar la formación. En ese entonces, el Instituto Psicoanalítico de Nueva York aceptaba uno o dos candidatos no médicos, así que eso no funcionó para mí en ese momento. Una parte de mí desearía haber podido darme el lujo de hacer la formación entonces, aunque más no sea porque me hubiera llevado a analizarme antes. El asunto para mí no fue nunca no ser escritora y, en cambio, ser analista. Decidí escribir a los 13 años y comencé a hacerlo inmediatamente. El problema para mí era cómo escribir y ganarme la vida como para poder comer y pagar la renta.

Nos resulta extraño el hecho de que usted estudie textos psicoanalíticos, dado que son usualmente los analistas quienes estudian textos u obras artísticos...

Estoy fascinada, en general, por la siguiente pregunta: ¿cómo se transforma o continúa transformándose una persona en quien es? Ciertas psicologías específicas –por ejemplo, la psicología evolutiva, que está basada en la teoría evolutiva neo darwiniana– no incluyen la historia del desarrollo individual. Aquello que es tan significativo para el psicoanálisis, allí falta. La evolución a través de los milenios es importante, pero la historia de una persona no es significativa, porque los neo darwinianos emplean un modelo estadístico de una mente evolucionada pero mayormente fija. Si la mente no es dinámica sino meramente una entidad determinada genéticamente, se vuelve tan solo el problema de calcular lo hereditario versus el ambiente. Si se pierde el modelo del desarrollo, una narrativa para la realidad subjetiva, entonces creo que se ha cometido una injusticia fundamental a la naturaleza de la experiencia humana.

Algo queda fuera de este modelo: el sujeto. El sujeto del inconsciente está fuera...

Absolutamente... Pienso que una de las razones por las que he escrito este libro (*The delusions of certainty*) es que en parte es un ataque a la teoría computacional de la mente; la idea de que nuestra mente es una computadora. En realidad, esta idea se remonta a Pitágoras, a los números como verdad...

Harry Burden se refiere, hablando de su análisis, a “esa extraña forma de intimidad”. Encontré esta definición al mismo tiempo vaga y precisa. ¿Qué piensa usted acerca de esta extraña forma de intimidad, en estos tiempos en que algo de esa intimidad parece haberse perdido? Todo el mundo está expuesto todo el día...

Oh, sí, creo que es algo malo. Conocí a una joven analista. Ella vive ahora en Nueva York, pero durante muchos años vivía en Seattle, tenía su práctica en Seattle, y decía que la gente hacía toda clase de cosas antes de ir finalmente al analista. Trabajaban en el jardín, andaban en bicicleta, se hacían masajes, acupuntura, cualquier cosa. Decía que la diferencia entre los pacientes en Nueva York y en

Seattle era que luego de haber estado con sus pacientes de la costa oeste durante un tiempo, ellos le decían cosas como: “Es sorprendente. No me imaginaba que simplemente el hablar sobre esto y el estar aquí con usted, volver a usted, tendría en mí un efecto tan tremendamente importante”. La cultura se ha vuelto estúpida sobre nuestra necesidad esencial de los otros, no en el modo autoconsciente de internet, sino de la genuina necesidad humana de diálogo. En su análisis, la seguridad y la confianza son lo más importante. Nadie podría tener una cura terapéutica de cualquier índole sin privacidad y seguridad, sin esta extraña forma de intimidad. Como paciente sabes muy poco acerca del analista, pero sabes que estás a salvo y que a través del proceso te estás mejorando.

Es pre freudiana...

Muy pero muy pre freudiana... La idea es que hay un ámbito platónico eterno, una realidad matemática que no está en la mente humana sino allí afuera, en el universo. La mente y el pensamiento se vuelven un sistema de símbolos que pueden ser despojados de todo significado y contexto. La lingüística chomskiana se funda en una idea cartesiana, una gramática generativa abstracta. Yo no creo que la mente funcione así. No creo que pueda reducirse a una forma computacional digital. Es un error suponer que es así. Se ha vuelto cada vez más claro que el modelo está equivocado porque su uso en inteligencia artificial –el intento de crear robots como usted y yo, con sentimientos, conciencia y emociones– ha fracasado. En la cultura popular existe la idea de que los androides están ahí nomás. Pues bien, están tan lejos de estar ahí nomás que es sorprendente. Como dijo alguien que trabaja en inteligencia artificial, no podemos aproximarnos siquiera a reproducir los movimientos elegantes y las capacidades de una hormiga.

No creo que hacer análisis requiera de muchos conocimientos de neurobiología. Mucho ocurre en el encuentro analítico que no se deja expresar fácilmente. Sé que hay grandes analistas a quienes nunca les importó un comino el “cerebro”. Cómo y por qué hablar y reflexionar e intervenir crea cambios en el analizando y exactamente qué transferencia hay, no son preguntas cerradas sino abiertas. Para cuando acabé mi doctorado había leído mucha literatura, filosofía, historia y psicoanálisis. Lo que le faltaba a mi educación era la parte biológica, anatómica, así que me dediqué a corregir eso. Mientras más aprendo, más crítica me vuelvo. Hay una ingenuidad filosófica generalizada entre los científicos, aunque también admiro el trabajo empírico, me fascinan los datos, y he encontrado que aprender a pensar de manera científica me ha dado una mente más flexible y optimista.

¿Podría usted hablar un poquito más de su análisis sin violar “esa intimidad”?

Sí, por supuesto. Ahora que estoy profundamente involucrada, mi experiencia es la de haber sido realmente cambiada. No dejo de pensarlo. Le he dicho a mi analista: “Es tan notable”. Freud tenía razón acerca de los patrones neuróticos. Cuando uno es consciente de los patrones neuróticos, está en posición de actuar sobre ellos. Pero yo aún estoy sorprendida. El análisis realmente cambia a las personas. Me ha cambiado a mí. Y estoy tan inmensamente agradecida que aunque lo inicié tan tarde –tenía más de cincuenta, ahora tengo sesenta– siento como si me hubiesen liberado. No estoy segura de que *El mundo deslumbrante* hubiera sido posible sin él. Soy capaz de afirmarlo.

Permanecí con el analista sobre quien escribí en *The shaking woman*¹. Ha resultado ser nada menos que una gran liberación. También tengo un neurólogo. Era y soy una persona que necesita ambos, un analista y un neurólogo. Siempre tendré un sistema nervioso sensible. Sigo teniendo una neuropatía, que tengo desde que tenía 30 años, y migrañas, aunque mucho menos y con menos frecuencia que cuando era más joven. No me atormenta el temblor. Es interesante: el temblor no ha sido central en mi terapia, y aunque suene perverso, me alegro de que me pasara porque me ha abierto el camino para escribir sobre un tema que me ha interesado profundamente durante mucho tiempo. También fue el síntoma del temblor lo que finalmente me llevó a hacer análisis.

1 “La mujer temblorosa”.

Uno de los problemas con la neurociencia es la frecuente falta de un sentido de desarrollo del organismo dinámico y una obsesión con la tecnología para escanear el cerebro.

Muchos analistas han sido médicos, pero ciertamente no todos, y Freud tomó una posición inflexible sobre el asunto, como sabemos. No es que le escape al rigor –estoy por completo a favor del rigor–, sino más bien que soy alérgica al dogma y parece que encuentro pensamientos interesantes en muchas disciplinas. Un libro me lleva a otro. También he leído en contra de mí misma; es decir, leo libros a los cuales me opongo por el temperamento. Lo encuentro beneficioso para mí. Agudiza mis pensamientos, a menudo me pone incómoda, pero también me ha transformado. Empiezo a ver el mismo problema desde múltiples puntos de vista.

Nosotros, los analistas, la apreciamos a usted como interlocutora. La entrevistamos, la invitamos a congresos, publicamos sus ideas. Allí hay una inversión: ya no es usted quien busca en el psicoanálisis, sino que somos nosotros los psicoanalistas quienes preguntamos. Y usted ocupa el lugar de saber. ¿Cómo experimenta esta situación? ¿Con alguna clase de extrañeza?

Cuando presento mi trabajo en la comunidad psicoanalítica, lo hago desde el punto de vista de una “extranjera” interesada, una artista, y ahora como alguien que ha pasado años en terapia. El hecho es que, a pesar de mis lecturas ciertamente extensas y de mis conocimientos sobre el psicoanálisis, no está para nada claro para mí que mi conocimiento haya tenido mucho que ver con el camino que he recorrido en mi propia terapia. Esa ha sido mi propia caminata por la nube del desconocimiento guiada por alguien capaz. He arribado a mejores tiempos, si se quiere. Estoy mejor. De esto puedo dar fe.

Es sorprendente lo amplio de sus lecturas psicoanalíticas: Freud, Bion, Winnicott, Lacan... ¿Cómo y desde qué punto de vista lee autores psicoanalíticos? ¿Lee sus textos como si fueran ensayos científicos, o en una búsqueda personal de significados, o como si estuviese leyendo ficción, en el sentido que le daba Borges cuando equiparaba el psicoanálisis a una rama de la literatura fantástica?

Leo para descubrir, como dije antes, por qué nos transformamos en quienes somos o por qué estamos continuamente volviéndonos quienes somos, como seres humanos. Nunca llego a agotar esta pregunta, pero puedo decir que encuentro la búsqueda alentadora, excitante, a menudo alegre. Ninguna teoría puede cargar con la verdad absoluta y la complejidad de lo que significa ser humano. El psicoanálisis se acerca más que muchas disciplinas porque se atreve a considerar mucho de lo que somos y cuánto de ello nos está vedado.

¿Hasta qué punto el psicoanálisis, como usted ha escrito, cambia el modo de concebirnos a nosotros mismos?

El mayor legado de Freud puede ser el valor indiscutido de dos personas sentadas en una habitación mientras una escucha atentamente a la otra, a veces por años, y el hecho sorprendente de que, por esos años de hablar y escuchar, el paciente pueda dejar la habitación sintiéndose mejor, sintiéndose más libre, sintiéndose con más coraje y más sabiduría que al comienzo.

¿Cómo ve al psicoanálisis en el presente y cómo lo imagina en el futuro; el lugar que ocupará en la cultura en el futuro?

Permítame decirlo de este modo: mi esperanza es que el psicoanálisis vuelva a ser parte de lo que yo considero la reforma de la psiquiatría. En otras palabras, **el psicoanálisis tiene mucho que ofrecerle a lo que se ha vuelto –por lo menos en los Estados Unidos– una forma de psiquiatría muy orientada a lo biológico, que aún debe definir lo que significa *psiquis* y *soma***. Los pacientes son colecciones de síntomas dispersos, no seres con pasados. Debido a que el psicoanálisis incluye la idea de una narrativa, el desarrollo de la narrativa del paciente; debido a que se interesa por la primera infancia y la niñez y su relación con la madurez, puede ampliar lo que se ha vuelto una aproximación psiquiátrica estrecha. Además, creo que la gente en la psiquiatría ya está harta de modelos estáticos de la mente y el cerebro, y de las maneras primitivas de pensar los tratamientos. El psicoanálisis puede ser parte del resurgimiento de un modelo dinámico de la mente-cerebro.



Vórtice
La traducción del psicoanálisis

Ecós de una torre derribada: reconstrucción del discurso freudiano

Lúcia Palazzo*

*No te escribas
entre los mundos,
levántate contra
la variación de significados,
confía en el rastro de lágrimas
y aprende a vivir.
No busques en mis labios tu boca,
no frente a la puerta al forastero,
no en el ojo la lágrima.*

Paul Celan (1998)

La característica principal de la sección Vórtice es la posibilidad de enriquecer el debate en torno al tema “traducción en psicoanálisis” sirviéndose de la pluralidad de ideas y de autores oriundos de diversos países, con idiomas, lenguajes y culturas diferentes, tal como se podrá constatar en la lectura de los artículos.

Estamos frente al inquietante y placentero movimiento del descubrimiento y, por cierto, el lector necesita estar presente como *creador del proceso* que transita desde la traducción hasta la interpretación del lenguaje psicoanalítico freudiano.

Freud, en 1930, ganó el Premio Goethe por su estilo literario y su riqueza poética, recurso ampliamente utilizado para la transmisión y argumentación teórica que anhelaba. En cada palabra elegida estaba implícita la elaboración y la construcción de los fundamentos de la teoría psicoanalítica, así como la sagacidad del maestro para capturar al lector. Maestro y aprendiz, Freud escribía al mismo tiempo que transitaba por los escenarios imaginarios que creaba. De este modo, desafiaba al lector a deslizarse entre el campo del lenguaje y el terreno de los acontecimientos traumáticos. Travesía literaria arriesgada, dada la imposibilidad de no dejarse tocar en el alma y en las emociones indecibles. Él sabía, mejor que ninguna otra persona, proporcionar el descubrimiento intelectual junto con una respuesta emocional. Estaba interesado en el autoconocimiento y no en el conocimiento en dirección a una verdad exterior, que podría llevar a la ceguera metafórica edípica, como sostiene Bettelheim (1982/1984).

Tenía la intencionalidad de tocar a las personas en su humanidad, por lo que elegía metáforas que quebraran su deshumanización mecanicista supuestamente científica. Bettelheim hace una crítica contundente y demuestra exhaustivamente cómo se puede adulterar una obra al traducirla. Se refiere a cómo la traducción inglesa de la *Standard edition* de James Strachey (1953-1974) se apartó sistemáticamente de la dimensión humana del lenguaje común con el que Freud escribía para alcanzar los temas de mayor profundidad a la vez que lograba tocar afectivamente a su lector.

Esta traducción favorece la distancia, por ejemplo, al sustituir palabras de uso corriente por términos técnicos. El error más importante

* Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro.

sería el de traducir *Seele*, “alma” en alemán, por *mind*, “mente” en inglés, que enfatiza el intelecto. Otro ejemplo de traducción tendenciosa es el del título de la primera edición americana del texto, “A questão da análise leiga”¹ (Freud, 1927/1996), traducido como “The problem of lay-analyses”. Podríamos cuestionar: ¿problema para quién? Este error fue corregido recién en 1947. En esa ocasión, Freud argumentaba firmemente contra la tendencia a “convertir al psicoanálisis en mero servidor de la psiquiatría” (Bettelheim, 1982/1984).

El inconsciente es el patrimonio inmaterial del psicoanálisis. ¿Cómo traducir tal experiencia?

A comienzos del siglo XX, la gran mayoría de los analistas provenían de Europa Central y el idioma alemán era la principal lengua científica. Por lo tanto, el psicoanálisis circunscrito a ese territorio reducido no ofrecía la gama de versiones que actualmente podemos disfrutar. El interés por la nueva disciplina fue fundamental en la divulgación de nuevas versiones, y la eclosión de las guerras, con el ascenso del nazismo, llevó a que muchos analistas se desplazaran dentro de la propia Europa y también hacia otros continentes. Con todo, la palabra del maestro fue mantenida y difundida, incluso con imperfecciones, variaciones terminológicas e inconsistencias conceptuales.

Volvemos a la pregunta: ¿cómo traducir esa experiencia? Porque la lectura del texto freudiano es, por encima de todo, una vivencia singular, y traducir tal experiencia con estilo y preservando la concepción de que el inconsciente es tierra de nadie se vuelve un viaje de destino incierto. Por lo tanto, otra cuestión se revela para el debate: si las traducciones iniciales intentaron, por un lado, abrir y sedimentar el campo del saber psicoanalítico, podrían por el otro lado haber limitado su comprensión y empobrecido la comunicación que Freud nos legara, deformando su discurso y aprisionándolo en un conocimiento científico biologicista.

¿Qué relación de poder y sumisión estaba implícita cuando ciertas traducciones que, a

su vez, sirvieron como matriz para publicaciones en otros idiomas, eliminaron el alma del analista? ¿Habrán utilizado el dicho popular “la propaganda es el alma del negocio”, y transformaron el psicoanálisis en un producto globalizado con aspiraciones de mercado? ¿Qué consecuencias vislumbraron para ese hecho?

La invitación a la reflexión de los autores aquí presentes recuerda cuánto necesitamos aún caminar para comprender y ya no explicar las razones del sufrimiento humano. Eso sí parece –o debería ser– universal entre nosotros: el respeto por las diferencias y el deseo de aproximación a lo que no podemos abarcar completamente. El futuro del psicoanálisis está intrínsecamente ligado a la capacidad que tendremos de difundir un saber que dio sus primeros pasos en el siglo XX con la pretensión de dialogar con las culturas y los saberes, evitando tan sólo cristalizarse en un constructo idealizado y cerrado, forjado en las concepciones de la cultura europea del siglo XIX. Hay que avanzar en persa, africano, mandarín, japonés y otras lenguas más. Cuidar en el presente la memoria y la historia del movimiento psicoanalítico para crear un puente entre pasado y futuro.

En este punto, vale recordar la advertencia de Walter Benjamin (1921/2011): “Si el original no existe en función del lector, ¿cómo podríamos comprender la traducción a partir de una relación de esa especie?”. Y, si Freud se dirigía a su lector en alemán, ¿cómo traducir y transmitir la especificidad del objeto del psicoanálisis en la línea del pensamiento freudiano original? ¿Cómo preservar la intimidad y la afectividad de la palabra de Freud sin lo intimidante de un texto consagrado y sin convertirlo al modelo médico científicista?

He aquí el vórtice de la cuestión: ¡la diáspora psicoanalítica del siglo XXI!

La transformación de las lenguas a través de los siglos es inevitable. El dilema entre la fidelidad al original y la libertad de interpretación en la “lengua de llegada” se confunde a través de los deslizamientos de sentido. Hay un famoso juego de palabras en italiano que

1. Nota del traductor: La traducción en español de la versión de José Etcheverry es “¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis?” (Freud, 1927/1979).

dice “traduttore, traditore”, es decir, “traductor, traidor”, puesto que todo traductor traicionaría el texto original para lograr reescribirlo en otro idioma. Reencontramos esta cuestión en las herramientas virtuales actuales, como el traductor de Google que, al mismo tiempo que aproxima distancias geográficas y lingüísticas, crea aberraciones de significación. Siendo así, podemos inferir que aún hoy la traducción es una actividad humana por excelencia, desde la primera infancia, en los cuidados de la madre que interpreta a su hijo, en un acto de conducirlo más allá y en la vivencia de esa paradoja.

Para Benjamin (1921/2011), “la tarea del traductor es la de redimir, en la propia, la pura lengua exiliada en la extranjera; liberar a la lengua del cautiverio de la obra por medio de la recreación (*Umdichtung*)”. Cita en su texto al filósofo alemán Rudolf Pannwitz (1917): “el error fundamental de quien traduce es conservar el estado fortuito de su propia lengua, en lugar de dejarse sacudir violentamente por la lengua extranjera”. Este es el gran desafío no sólo para la traducción en psicoanálisis sino para nuestra propia vivencia clínica: dejarse sacudir por la lengua del otro y rechazar el papel de mero reproductor de significados. La interpretación se da en ese instante único e intraducible, cuyo sentido construido de a dos sólo la dupla analítica reconoce.

La clínica psicoanalítica es rica en sentidos y ellos atraviesan todas las lenguas a través de la experiencia vivida, en una traducción realizada en el proceso analítico. Vayamos entonces al encuentro de lo que dicen los autores para que podamos proseguir con la lectura:

Sudhir Kakar, psicoanalista de la India, abre la sección revelando su conflicto inicial en relación con su práctica y su vivencia clínicas en la cultura india hindú. Discurre sobre las diferentes conceptualizaciones psicoanalíticas originadas en los valores burgueses occidentales y las concepciones de su cultura: “hay diferencias fundamentales sobre la naturaleza y la realización de la vida y la experiencia humanas”. Y afirma que la cultura “no es un sustrato tardío en la formación del psiquismo sino que está presente desde el comienzo de la vida”.

Carlos Tamm L. de Sá, psicoanalista bra-

sileño radicado en Inglaterra, cuenta su experiencia en el trabajo clínico con personas de diversos países y procedencias, puesto que Londres es una ciudad que alberga una multiplicidad de idiomas. Ello supone una situación peculiar, puesto que analista y paciente pueden tener distintas lenguas maternas y el análisis transcurre en inglés. Cita el caso de los niños y jóvenes con dificultad dentro del espectro autista y plantea cuestionamientos sobre las vicisitudes en relación con la vivencia del alejamiento inevitable de la lengua materna.

Laurence Kahn, psicoanalista francesa, traza un panorama de la comprensión de Jean Laplanche acerca de la traducción de la obra freudiana al francés. Revela su tentativa de justificar la creación de neologismos en dos sentidos: “habitado por el uso de la lengua meta, pero también habitado por la pulsión que viene de la lengua de origen y quizá desde más lejos aún que ella” (Laplanche, 1987/1992; Laplanche, Bourguignon & Cotet, 1989). Etimológicamente diferentes, los idiomas alemán y francés se cruzan en los significados del universo de las traducciones, proyecto que conlleva la paradoja: “por un lado, acercarse al enigma de la palabra; por otro lado, encerrarla en la red de una significación estable...”.

Irene Agoff, traductora y psicoanalista argentina, discute las controversias del campo del psicoanálisis y de todas las demás traducciones. Aborda la traducción de los textos de Jacques Lacan con sus neologismos, rompecabezas etimológicos y de conceptualización. Menciona los problemas de las diversas posiciones, tanto del analista como del traductor, frente a las lenguas y lenguajes. Alerta que el traductor debe estar atento al canto de sirena de la asociación libre, en un juego supuestamente libre entre las lenguas, y buscar de forma ética, es decir, en su propia lengua, lo que el autor expresa a través de su “lengua inconsciente”, en su idioma singular.

Gohar Homayounpour, profesora universitaria en Teherán, a partir del diálogo imaginario con una amiga sobre la poesía de Jorge Luis Borges, indaga sobre las vivencias infantiles que involucran a la traducción y al acceso al mundo del lenguaje. “La traducción

2. “Paráfrasis”.

requiere una separación, la muerte de la madre, de la felicidad de una fusión pura”. Elabora su texto en torno a conceptos psicoanalíticos como el de castración, triangularidad y la posibilidad de duelos, así como también la “hospitalidad creada para la singularidad del recién llegado, del visitante inesperado”, como invita Derrida (2000, p. 83). Y nos desafía a leer el poema de Borges en persa.

Felix de Mendelssohn, profesor de la Universidad de Viena, recuerda su infancia en la Inglaterra de la postguerra. Relata que las experiencias infantiles con los padres traductores impregnó su escucha clínica en el campo del diálogo del par analítico, muchas veces invisible y “sin perder la sensación de la fantasmática diferencia, de que algo de lo que el otro dice podría quedar definitivamente intraducible”. A partir de su experiencia en África del Norte y otras culturas, destaca la importancia de valorar el estilo y la forma de la narrativa, sin tomarla al “pie de la letra”, en una interpretación según modelos occidentales y apartada de las diferencias socioculturales. Además, cuestiona la violencia de los conflictos actuales entre civilizaciones.

André Medina Carone, traductor y filósofo brasileño, cuyas investigaciones tienen como centro la obra de Freud y su relación con la filosofía, escribe acerca del debate histórico sobre las traducciones. Con su visión crítica, toca varios puntos polémicos, tales como las proyecciones y puntos ciegos en las lecturas de los textos freudianos. Estimula los cuestionamientos sobre la “cultura académica de las citas bibliográficas y la productividad”, convocando al psicoanálisis a formar parte de este debate. Del mismo modo, también cuestiona la primacía de la palabra visible: “Los conceptos psicoanalíticos existen, pero no son ni palpables ni invisibles, son tan sólo mucho más elusivos, escurridizos y nebulosos de lo que sueña nuestra vana terminología”.

Monica Horovitz, psicoanalista argentina radicada en París, nos dice que “sólo al aprender una segunda lengua distinguimos nuestra lengua materna y sus raíces emotivas, corporales y sensoriales, sus procesos de pensamiento y su prosodia”. Plantea interrogantes sobre el recordar y el olvidar en distintos idiomas, sobre cómo se articulan las conexiones

y traducciones internas para los sujetos que aprendieron a usar varios códigos lingüísticos, así como también cómo se da ello en la relación terapéutica, etc. Y afirma: “no hay don de lenguas sin diversidad de lenguas”.

Pedro Heliodoro de M. B. Tavares, traductor y psicoanalista brasileño, destaca la importancia de la experiencia del lenguaje y de las representaciones en las proposiciones fundadoras del psicoanálisis. Como director de una nueva versión de los textos de Freud en Brasil, traza un panorama histórico de las traducciones de estos a varios idiomas. Da cuenta de los problemas y las distorsiones ocurridas en las diferentes publicaciones, y señala el “circuito de lenguas” predominante.

Gastón Sironi, traductor argentino, entiende la traducción como “hacer cruzar la vida (la escritura de la vida) a través del tiempo y el espacio”. Esta travesía está destinada al fracaso y es impulsada por la insatisfacción en la búsqueda del objeto deseado y perdido. Recuerda que las traducciones *envejecen*, de acuerdo con Umberto Eco (2003/2008), pero que vendrán nuevas interpretaciones y siempre habrá algo de novedad y de descubrimiento. “Si toda navegación es derrota, es también un nuevo comienzo, un mejor fracaso”.

Steve Ellman, profesor universitario de Nueva York, pregunta: “¿cuáles son las condiciones necesarias para traducir a través de las fronteras culturales y lingüísticas?”. Cuenta algunas experiencias con colegas que lograron agregar valor a la traducción que hicieron de los trabajos de otros analistas, con la intención de vincular los conceptos “al integrarlos o al plantearlos como perspectivas alternativas”. Destaca la dificultad narcisista entre nuestros pares para acoger las perspectivas de otra cultura, que llevaría al empobrecimiento teórico y clínico por la falta de comunicación e intercambio científico.

Todos somos americanos, ¿somos todos hermanos?

La reanudación de las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Cuba, en diciembre de 2014, trajo una ola de alegría por la apertura al diálogo. Momento histórico, inesperado y sorprendente, con consecuencias para todos los países latinoamericanos. “Estos 50 años mostraron que el aislamiento no funcionó, que

es tiempo de otra actitud. Todos somos americanos”, afirmó Barack Obama en su discurso de anuncio de la reanudación de las relaciones interrumpidas en 1961. Sin embargo, seguimos con la sensación de que el desconocimiento sobre los países del continente americano es muy grande. Poco se sabe sobre lo que funcionó o no en Cuba, así como en el resto de los países que no forman parte ni del eje europeo occidental ni de América del Norte.

De este modo, traducir y lanzar *Calibán* en inglés es también un momento histórico. Ampliar la difusión del pensamiento psicoanalítico latinoamericano es fundamental y fuente de riqueza para todos. Todos somos hermanos, pero pocos conocen y valoran lo que producimos entre *nós*.

Como idioma mundial hegemónico, el inglés atraviesa continentes y deja un rastro de avances y desplazamientos en las traducciones. Pero, ¿será con él que nos haremos escuchar tal como hicieron nuestros maestros de principios del siglo XX? Increíblemente, retomamos el antiguo punto de partida.

Hoy en día tal vez podamos realizar esta tarea de transmisión del saber psicoanalítico sin efectuar una traducción *represora* que omita aspectos que supuestamente no podrían ser dichos o vividos entre nuestros pares. Y con la *libertad de pensamiento* que nos permite brindar por el futuro con el *drink* cubalibre –ron con Coca-Cola–, con *caipirinha brasileira* o con vino argentino, con *pisco sour* chileno, chicha morada peruana o *champagne* francés, cerveza alemana, Prosecco italiano o sake japonés. Tanto da el vehículo si el destino es alcanzar la isla de la fantasía inconsciente. Tanto dan el recorrido psicoanalítico y las teorías adoptadas si logramos, éticamente, respetar el origen y la vivencia emocional de cada uno de nosotros.

A los colegas que nos acompañan en *Calibán*, la sabiduría del poeta Manoel de Barros:

... que la importancia de una cosa no se mide con cinta métrica ni con balanzas ni barómetros, etc. Que la importancia de una cosa ha de ser medida por el deslumbramiento que produzca en nosotros. (Barros, 2006).

En el des comienzo era el verbo. Sólo después vino el delirio del verbo. El delirio del verbo estaba en el comienzo, allí donde dice el niño:

Escucho el color de los pajaritos. El niño no sabe que el verbo escuchar no funciona para el color, sino para el sonido. Entonces si el niño cambia la función de un verbo, delira. Y bien. En poesía que es voz de poeta, que es la voz de hacer nacimientos. El verbo tiene que volverse delirio. (Barros, 1997).

Referencias

- Barros, M. de. (1997). *Livro das ignoranças*. Rio de Janeiro: Record.
- Barros, M. de. (2006). *Memórias inventadas. A segunda infância*. São Paulo: Planeta.
- Benjamin, W. (2011). A tarefa do tradutor. En W. Benjamin, *Escritos sobre mito e linguagem*. São Paulo: 34 Ltda. (Trabajo original publicado en 1921)
- Bettelheim, B. (1984). Freud e a alma humana. São Paulo: Cultrix. (Trabajo original publicado en 1982)
- Celan, P. (1998). A morte é uma flor (Trad. João Barrento). Lisboa: Cotovia.
- Derrida, J. (2000). *Of hospitality. Anne Dufourmantelle invites Jacques Derrida to respond* (Trad. Rachel Bowlby). Stanford: Stanford UP.
- Eco, U. (2008). *Decir casi lo mismo. Experiencias de traducción* (Trad. Helena Lozano Miralles). Barcelona: Lumen. (Trabajo original publicado en 2003)
- Freud, S. (1979). ¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis? (Trad. José Etcheverry). En S. Freud, *Obras completas* (Vol. 20). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1927)
- Freud, S. (1996) A questão da análise leiga. En J. Strachey (Ed.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (Vol. 20). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1927)
- Laplanche, J. (1992). Le mur et l'arcade. En J. Laplanche, *La révolution copernicienne inachevée: travaux 1965-1992* (pp. 287-306). Paris: Aubier. (Trabajo original publicado en 1987)
- Laplanche, J., Bourguignon, A., & Cotet, P. (1989). *Traduire Freud*. Paris: PUF.
- Pannwitz, R. (1917). *Die Krisis der Kultur europäischen* [La crisis de la cultura europea]. Nurnberg: Verlag Hans Carl.
- Shakespeare, W. (2009). *Hamlet*. Madrid: Alianza. (Trabajo original publicado en 1603)
- Strachey, J. (Ed.). (1953-1974). *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (Vols. 1-24). London: The Hogarth Press & The Institute of Psycho-Analysis.

Cuando el psicoanálisis viaja

Sudhir Kakar*

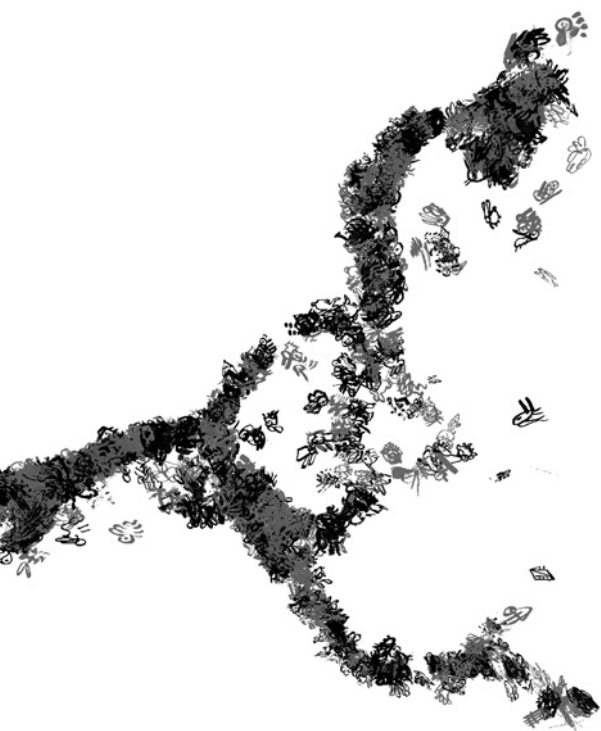
Al principio de mi práctica en la India era plenamente consciente de la lucha en mí entre mi cultura heredada de la India hindú y la cultura psicoanalítica freudiana que había adquirido recientemente y en la cual yo estaba profesionalmente integrado. Mi visión india romántica de la realidad no podía conciliarse fácilmente con la visión irónica psicoanalítica; ni la visión india de la persona y las fuerzas humanas podía conciliarse con la visión freudiana (ahora también hecha mía) sobre la naturaleza del individuo y su mundo. Con el *Fausto* de Goethe (1808/2014), sólo podría decir a los colegas occidentales:

Tu espíritu solo busca una sola búsqueda
Así que nunca aprende a
conocer a su hermano
Dos almas, ay, habitan en mi pecho
Y una con mucho gusto se separaría de
la otra. (Goethe, 1808/2014, p.29).

Finalmente, me conformé con mi punto de vista hindú respecto a que no es necesario que cada contradicción se resuelva, que las contradicciones pueden coexistir en la mente como sustancias en el agua que se encuentran en suspensión sin llegar necesariamente a una solución.

Incluso las personas que están bien dispuestas hacia el psicoanálisis son a menudo escépticas acerca de si el psicoanálisis es posible en una sociedad no occidental como la India, con su sistema familiar, sus creencias religiosas y valores culturales que son tan diferentes de los de la burguesía europea en la que el psicoanálisis tuvo sus orígenes.

No doy una respuesta fácil a mis amigos indios escépticos que practican en los enclaves de la modernidad occidental de Nueva Delhi, Bombay, Calcuta y Bangalore. Allí, entre las clases alta y media-alta hay bastantes pacientes, occidentalizados en varios grados, que son atraídos por el modelo freudiano del hombre y las causas de su sufrimiento y que buscan un analista como su mejor aliado en la realización de su individualidad. Sé que el investigador busca una respuesta contundente para un psicoanálisis que se pueda dirigir a la mayoría de los indios que están firmemente arraigados en su cultura. Mi respuesta es que efectivamente la India tradicional es muy diferente. Hay un énfasis en la familia extendida en lugar de una familia nuclear, las madres-diosas son mucho más importantes que un padre-dios, la naturaleza de una persona no es vista como in-



* Sociedad Psicoanalítica India.

dividual e instintiva sino como inter y transpersonal. Además, hay diferencias fundamentales sobre la naturaleza y la realización de la vida y la experiencia humanas. El psicoanálisis, sabemos, da cuenta de una visión de la experiencia humana que enfatiza la individualidad del hombre y su psique autónoma. En la visión psicoanalítica, cada uno de nosotros vive en su propio mundo subjetivo, buscando placer, fantasías privadas, construyendo una vida y un destino que desaparecerán cuando el tiempo se acabe. Este punto de vista destaca la complejidad esencial y la tragedia de la vida por la que muchos deseos estarán destinados a quedar insatisfechos. La visión psicoanalítica resulta contrastada con la india, específicamente con el patrimonio cultural hindú, que no ve la vida tan trágica sino más bien como una aventura romántica que puede extenderse en muchos nacimientos, con el objetivo y la posibilidad de aprehender otro nivel “superior” de realidad más allá de la realidad compartida, verificable, empírica de nuestro mundo, nuestros cuerpos y nuestras emociones.

El punto de vista indio más bien afirma que la pertenencia a una comunidad es la necesidad fundamental del hombre. Sólo si el hombre realmente pertenece a una comunidad, naturalmente y sin conciencia de sí, puede entrar en el río de la vida y llevar una vida plena, creativa y espontánea. Y, por supuesto, los mitos indo-hindúes son muy diferentes de los mitos griegos o las leyendas cristianas y judías que han empapado el *territorio* del psicoanálisis durante los últimos cien años.

Y sin embargo mi experiencia con pacientes indios tradicionales me enseña que el psicoanálisis es todavía posible, si (como dijo un astrólogo indio al preguntársele por los horóscopos que hacía, siendo que hoy se han descubierto nuevos planetas que estaban ausentes en su sistema antiguo) “uno hace los ajustes requeridos”. En otras palabras, si la traducción del psicoanálisis da igual valor a ambos idiomas: el del psicoanálisis y el de la cultura en la cual éste está siendo recibido.

Algunos de los ajustes son teóricos. El analista indio necesita reconocer que muchas proposiciones psicoanalíticas sobre lo que constituye la madurez psicológica, los comportamientos apropiados para el género, la resolución de conflictos del desarrollo y los complejos “positivos” o “negativos”, que a menudo aparecen en el bagaje de las verdades universales, son en realidad la incorporación de valores y experiencias de la

clase media occidental en la teoría psicoanalítica. Pero el ajuste más importante que uno tiene que hacer es reconocer que la cultura es una forma fundamental de vernos a nosotros mismos y al mundo en que vivimos. No es un sustrato tardío en la formación del psiquismo sino que está presente desde el comienzo de la vida. En otras palabras, lo cultural inconsciente desemboca en el mismo río que también recibe la corriente del inconsciente dinámico.

Alfred Margulies (2014), en una discusión de una versión anterior de este ensayo, señaló cómo los niveles profundos del inconsciente y de la cultura en el psiquismo resultan cocreadores, como lo sabemos por las verdades aportadas por la neurobiología. Ilustra esto al tomar el ejemplo de la ilusión de Müller-Lyer, donde las líneas de igual longitud dan impresiones de diversa longitud, una ilusión creada por la orientación de los casquillos de flecha colocados en sus extremos. Esta ilusión es una consecuencia de nuestra perspectiva de profundidad formada por las señales rectangulares de los edificios en que vivimos. Los niños que crecen en chozas redondas rara vez experimentan las flechas de Müller-Lyer como una ilusión.

En otras palabras, Margulies continúa diciendo:

(...) nuestro entorno cultural en sus estructuras cotidianas, prácticas y estéticas, moldea la forma en que nuestro cerebro procesa la información visual. Y, si esto es cierto para el procesamiento visual neurobiológico no-consciente, parece casi seguro que sería válido para los procesos inconscientes psicoanalíticamente pertinentes y el impacto de la cultura. (Margulies, 2014, p.5).

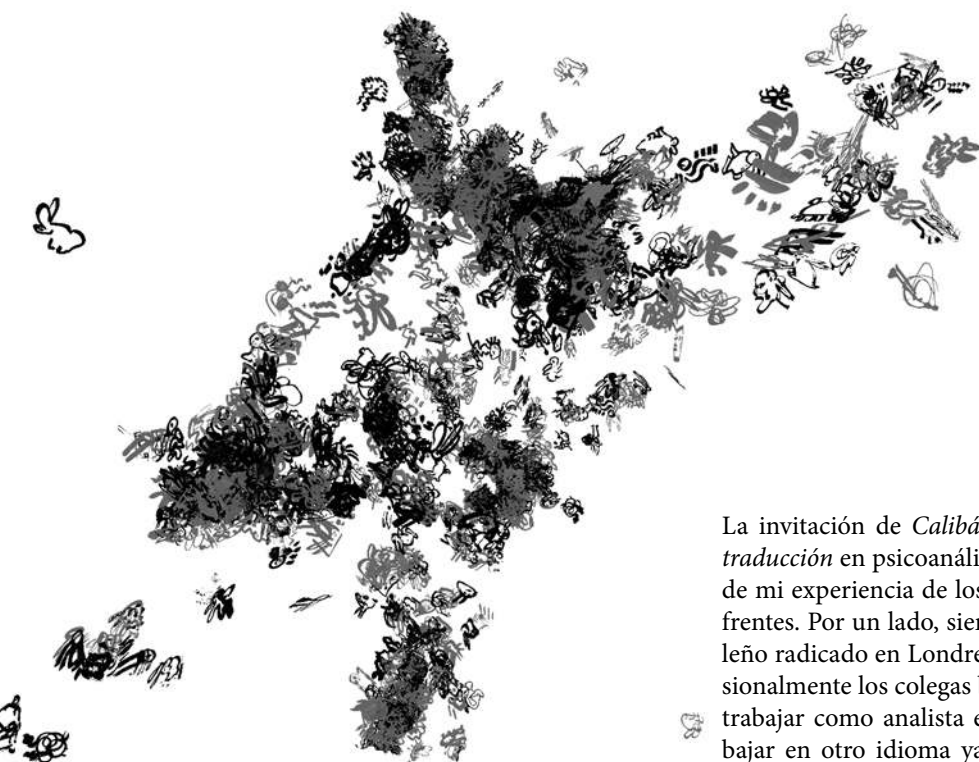
Mi propio proyecto de “traducción” en los últimos 40 años de trabajo con los pacientes indios y occidentales se ha guiado por una visión del psiquismo en la que el inconsciente individual, dinámico, y lo inconsciente cultural se entrelazan indisolublemente, cada uno enriqueciendo, limitando y dando forma al otro mientras avanzan conjuntamente por la vida.

Referencias

- Goethe, J. W. (2014). *Faust* (Trad. Bayard Taylor). Cleveland: World Publishing. (Trabajo original publicado en 1808)
- Margulies, A. (Abril, 2014). *Imagining the real: Discussion of Sudhir Kakar's "Culture and Psychoanalysis"*. Charla realizada en Boston.

Traducción y transformación

Carlos Tamm L. de Sá*



La invitación de *Calibán* a reflexionar sobre *traducción* en psicoanálisis viene al encuentro de mi experiencia de los últimos años en dos frentes. Por un lado, siendo un analista brasileño radicado en Londres, me preguntan ocasionalmente los colegas brasileños: “¿Cómo es trabajar como analista en otra lengua?”. Trabajar en otro idioma ya causa espanto, pero algunos quedan más perplejos aún ante la evidencia de que, en una ciudad como Londres, el inglés en el que se desarrolla el análisis puede no ser la lengua materna ni del analista ni del analizando. Por otro lado, la experiencia con pacientes que hablan poco o lo hacen de modo idiosincrático requiere la búsqueda de otro tipo de “traducción”.

Si consideramos todas las travesías lingüísticas que hubo que emprender para la difusión del psicoanálisis, parece destacarse la importancia de la “invariante” (Bion, 1965/1977) en medio de todas las traducciones y tránsitos lingüísticos: la realidad psíquica que es objeto de la atención compartida de analistas y analizandos. El foco en la especi-

* Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro y Sociedad Británica de Psicoanálisis. Profesor visitante y supervisor clínico de la Clínica Tavistock, Londres.



ficidad del idioma parece evitar la cuestión mayor de la limitación del lenguaje ordinario para expresar la realidad emocional y el lenguaje del inconsciente. En el caso de niños o jóvenes dentro del espectro autista o con otras dificultades que involucran la comunicación verbal ese problema se manifiesta de modo extremo.¹

En esos casos estamos lidiando con frecuencia con pacientes que no tienen alguien con quien hablar en sus mentes. Desafiantes y a veces agudísimos esfuerzos son necesarios en el propósito de intentar entender los estados internos y las raras e idiosincráticas expresiones que utilizan los pacientes cuyas dificultades impiden el desarrollo adecuado del lenguaje comunicacional.²

En relación con este lenguaje, Meltzer (1975) postuló cinco factores esenciales: la formación de “pensamientos-sueño”, la transformación de ellos en lenguaje, la construcción de

un vocabulario para describir el mundo interno, el hallazgo de un objeto en el mundo externo con realidad psíquica y adecuada diferenciación del *self* y el deseo de comunicación. Yo agregaría a estos cinco factores un sexto: *la esperanza de ser entendido por ese objeto externo*.

Las investigaciones en psicología del desarrollo y neurobiología coinciden con observaciones psicoanalíticas al señalar que las primeras experiencias de comunicación no verbal entre el bebé y su madre preparan el terreno para el desarrollo del lenguaje verbal (Fernald, 1989; Trevarthen, 1993; Tomasello, 2003; Malloch & Trevarthen, 2009). Sobre el abismo de la separación que puede ser aceptado por el bebé y su madre, ambos intentan construir un puente de gestos y expresiones que serán fundantes para el posterior lenguaje verbal. Recurriendo a la expresión de Wittgenstein (1953/1997) en sus “investigaciones filosóficas”, podemos decir que son los “juegos del lenguaje” no verbal entre madre y bebé los que proveen las bases para la adquisición y desarrollo del lenguaje verbal.

De todos modos, el aprendizaje del lenguaje supone también una pérdida. La “boca vacía de seno” (Golse, 1999), la distancia del objeto primario que puede ser tolerada y que es necesaria para el desarrollo de las capacidades simbólicas y lingüísticas. Más aún: ese desarrollo implica la aceptación de las limitaciones del lenguaje verbal para representar la experiencia interna.³ La dificultad para tolerar “espacios entre” se puede manifestar de diversas formas. Un paciente joven que al inicio y al final de la sesión entraba y salía del consultorio de un modo extremadamente abrupto y apresurado, reconoció en una sesión que cuando tenía que ir de un lugar a otro, una vez dejado el punto de partida, necesitaba llegar muy rápidamente al destino. Coincidente con esta singularidad era su modo de hablar: aun-

1. Abordé este tema de modo más extenso en la tesis de doctorado *Autistic functioning and language development* (Tamm Lessa de Sá, 2014).

2. En el análisis de niños con trastornos en la interacción social y la comunicación, las mismas limitaciones que se presentan para el intercambio verbal se manifiestan también para la capacidad de jugar con el analista.

3. Este aspecto puede tal vez sugerir investigaciones futuras de los factores que bloquean, para algunos individuos lingüísticamente competentes, la posibilidad del aprendizaje de lenguas extranjeras: ¿Será el alejamiento de la lengua materna una repetición intolerable de los sentimientos ligados a esa primera pérdida?

4. Este caso es tratado en detalle en el trabajo *There is no one there: Some aspects of autistic functioning in adult patients*, presentado en la Bridge Foundation/Bristol, enero 2012 (Tamm Lessa de Sá, 2012).

que usara un lenguaje estructurado, hablaba con rapidez, sin enfatizar las consonantes, con una extraña dicción que tornaba casi incomprendible su discurso, como si fuera un continuo de sonidos ligados entre sí y sin divisiones claras entre letras, palabras y sílabas. Además de eso intentaba comenzar las sesiones siempre por lo que había sido discutido al final de la sesión anterior, con lo cual se le generaba una ilusión de continuidad en el tiempo entre las sesiones.⁴ Era muy difícil para él tolerar el espacio entre nosotros en el que acontecía la comunicación.

Chaz, un niño de 8 años de edad, con dificultades más serias, omitía al hablar y al escribir las últimas letras o los extremos de las palabras, generando lo que parecía al principio una masa de sonidos o letras, en la que en realidad se encontraban los vestigios de las palabras.

El pánico despertado por el reconocimiento de la presencia de otro, separado y no controlable, se evidencia cuando, en la evolución del análisis, se puede observar que la ausencia de ansiedad propia de los niños dentro del espectro autista va dando lugar a fantasías persecutorias primitivas y terroríficas. Fred, de 6 años de edad, en el segundo año de tratamiento llegó a una sesión bastante asustado y diciendo que tenía que sostener su barriga para que no se le cayera. Entonces se quedó en silencio por algunos minutos. Cuando le dije que tal vez él tuviera miedo de perder partes de su boca cuando hablaba él respondió que perdía también una parte de sus ojos cuando veía y parte de sus orejas cuando escuchaba. Ojos y orejas, canales de percepción del mundo externo, parecían ser versiones de la boca que podría ser perdida cuando hablaba.⁵

La traducción de la realidad emocional en lenguaje aprehensible, como fenómeno que tiene lugar en el proceso analítico, involucra la expansión del espacio mental. Sin embargo, la sombra de las pérdidas involucradas en tal proceso asombra de diversas formas a muchos candidatos al análisis.

Si la traducción de la experiencia emocional supone el riesgo de pérdida, es su fuerza la que permite el tránsito entre idiomas y culturas más allá de las diferencias culturales y lingüísticas. La realidad psíquica no puede ser aprehendida directamente; es aquello a lo que sólo podemos tener acceso a través de sus “transformaciones” (Bion, 1965/1977), inclusive de las que ocurren en el contexto del trabajo psicoanalítico. Estamos siempre, por tanto, en busca de un lenguaje para describir un fenómeno que es irreductible a él. Para todos nosotros, el inconsciente es un extranjero. Tan sólo resta seguir buscando el lenguaje que mejor parezca traducirlo.

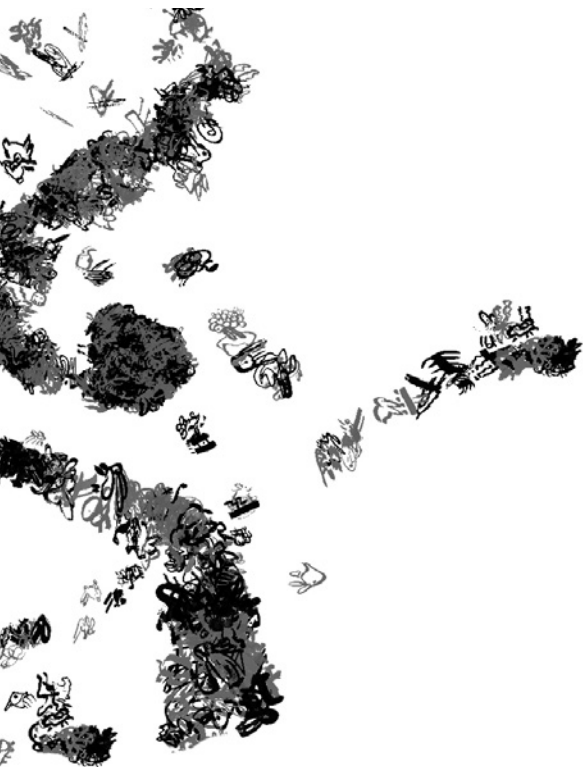
Referencias

- Bion, W. R. (1977). *Transformations*. En W. R. Bion, *Seven servants*. New York: Jason Aronson. (Trabajo original publicado en 1965)
- Fernald, A. (1989). Intonation and communicative interest in mothers' speech to infants: Is the melody the message? *Child Development*, 60, 1497-1510.
- Golse, B. (1999). Le développement du langage. En J. Cohen-Solal & B. Golse, *Au début de la vie psychique - Le développement du petit enfant*. Paris: Odile Jacob.
- Malloch, S., & Trevarthen, C. (2009). *Communicative musicality: Exploring the basis of human companionship*. Oxford: Oxford University Press.
- Meltzer, D. (1975). Mutism in infantile autism, schizophrenic and manic-depressive states: The correlation of clinical psychopathology and linguistics. En D. Meltzer, *Explorations in autism* (pp. 192-208). London: Karnac.
- Tamm Lessa de Sá, C. (2014). *Autistic functioning and language development*. (Tesis doctoral). University of East London y Tavistock Clinic.
- Tamm Lessa de Sá, C. (Enero, 2012). *There is no one there: Some aspects of autistic functioning in adult patients*. Trabajo presentado en The Bridge Foundation, Bristol.
- Tomasello, M. (2003). *Constructing a language: A usage-based theory of language acquisition*. Cambridge: Harvard University Press.
- Trevarthen, C. (1993). The self born in intersubjectivity: An infant communicating. En U. Naisser (Ed.), *Ecological and interpersonal knowledge of the self* (pp. 121-173). New York: Cambridge University Press.
- Tustin, F. (1986). *Autistic barriers in neurotic patients*. London: Karnac.
- Wittgenstein, L. (1997). *Philosophical investigations*. Oxford: Blackwell. (Trabajo original publicado en 1953)

5. Sobre los terrores primitivos en el contacto boca-pezones, ver Tustin (1986).

Efectos del retorno a las fuentes en la traducción de Freud

Laurence Kahn*



El “proyecto traductivo” que ha guiado la traducción de las *Obras completas* de Freud (1893-1895/2009) editadas en PUF fue claramente definido por Jean Laplanche y su equipo: fidelidad y coherencia del léxico, no sacrificar la verdad de la letra por los buenos giros lingüísticos, “el texto, todo el texto, nada más que el texto” –y esto teniendo en cuenta que “toda gran obra de pensamiento juega su destino en los conceptos que ella misma crea” (Laplanche, Bourguignon & Cotet, 1989)–. Al imperativo de circunscribir “cada palabra que ‘hace concepto’” (Laplanche et al., 1989) en un léxico estrictamente determinado se agregaba esta otra exigencia: hacer resonar la extranjería lenguajera de la lengua de partida en el seno de la lengua de destino. Es así que Laplanche justificaba la creación de neologismos. Estos, contruidos según los modos de derivación de la lengua francesa análogos a aquellos observables en alemán, debían asegurar la “reviviscencia del sentido por descomposición etimológica” (Laplanche et al., 1989), ya que “el neologismo es proyectado para ser habitado de los dos lados a la vez; habitado por el uso de la lengua meta, pero también habitado por la pulsión que viene de la lengua de origen y quizá desde más lejos aún que ella” (Laplanche, 1987/1992b; Laplanche et al., 1989).

Es necesario, entonces, preguntarse sobre las consecuencias de esa explotación de las fuentes etimológicas de la lengua francesa, ya que las raíces de nuestra lengua son mayoritariamente latinas (contrariamente al alemán que habla sobre su propio fondo). Para hacer resonar lo impronunciado del original, ¿no es necesario, al menos, que las etimologías sean reconocibles? Sin embargo, ¿quién reconoce en *écondution* el término freudiano *Abfuhr*, habitualmente traducido como “descarga”, donde sería necesario percibir el *ex* y el *conducere* de *ab-führen* (por oposición a “des-cargar” de *ent-laden*) (Laplanche et al., 1989)? ¿Cómo descubrir que la traducción sistemática de *Erfolg* como “éxito”, cuando en cambio el sentido es a menudo el de “resultado”, resulta de la “restauración” del “sentido originario” fundado en *succéder* –lo que lo emparentaría *al folgen* (“seguir”) de *Erfolg* (Laplanche et al., 1989)–? ¿Cuáles son

* Asociación Psicoanalítica de Francia.

los efectos de la traducción de *seelisch* como “ánimico” y no “psíquico”, traducción que no solamente no distingue el vitalismo de *anima* y las propiedades intelectivas de *animus*, sino que se acerca hasta la confusión al adjetivo “animista”, reforzando así la sospecha de un primitivismo mágico de la teoría freudiana del psiquismo?

La lengua de Freud busca su fuerza en la medida, honrando los ideales de la cultura clásica, “sin exageración” (Mann, 1936/1960). Pero la ética de la *Klassik* alemana no puede ser asimilada a la posición según la cual el trabajo del pensamiento se efectuaría directamente sobre el fondo originario de la lengua. Es un asunto romántico, donde ya el develamiento del espíritu de un pueblo tiene su lugar. Y es un asunto heideggeriano porque la palabra contiene el tesoro de su fuente, el lenguaje o, más exactamente, la *Dite, die Sage*, es el depositario de una traza original que es no-olvido al mismo tiempo que verdad (Heidegger, 1954/1981a, 1931/2001). Precisamente es de Heidegger que Berman toma prestado el título *L'épreuve de l'étranger* (Berman, 1984) –siendo Berman el autor al que se refieren los traductores de las *Obras completas* (Freud, 2009)–. Que la traducción “no conduzca hacia sí misma”, que “se oriente hacia el otro” y que se mantenga así en una “relación íntima con el objetivo del psicoanálisis, que es una tentativa de traducción del inconsciente”, exige que resistamos a las “tentaciones” que consistirían en ‘desgermanizar’ la lengua freudiana, dilucidarla y embellecerla (Laplanche, 1988/1992c; Laplanche et al., 1989). Exigencias en las que encontramos la crítica de Berman al etnocentrismo traductivo (Berman, 1999) y que llevan a que Laplanche reivindique la pesadez sintáctica –marca de una fidelidad a Freud, de quien intentará descubrir hasta la menor inflexión de pensamiento (Laplanche 1984/1992a; Laplanche et al., 1989). Así, la opción fue modificar lo menos posible la construcción de las frases, a pesar de la diferencia tan radical entre las estructuras sintácticas del francés y del alemán y de concretizar sistemáticamente los sufijos, el detalle de los prefijos, así como las innumerables palabras cortas que escanden la prosa alemana.

De hecho, estas opciones conducen a co-

romper la restitución francesa de la cadencia natural del alemán. Pero sobre todo ellas levantan el conflicto, inherente a toda traducción, entre la textualidad estricta de las unidades-palabra y la movilidad del sentido en la construcción-frase (*l'assemblage-phrase*) (De Launay, 2006; Wismann, 2012). Porque el *hacer* singular de cada lengua se juega en esa construcción, es decir, en la gramática. Es la sintaxis la que de una manera que le es propia a cada lengua porta la dirección de la frase, es decir, del *discurso*. Sin embargo, Laplanche no retiene este aspecto –argumentando solamente la buena tolerancia a la flexibilidad sintáctica y al procedimiento etimológico a partir de las traducciones de Heidegger (Laplanche 1988/1992c; Laplanche et al., 1989)–. No retiene este eje porque se refiere a “la tarea del traductor” de Benjamin (1921/1971). Un texto que le permite asociar el movimiento de detraducción-retraducción con “repatriación” en la lengua de acogida, de lo que ha sido apartado o reprimido en las traducciones anteriores –y con su teoría del inconsciente concebido como la masa de significantes intraducibles por el niño, impregnados de significados sexuales opacos, implantados por el adulto (Laplanche 1990, 1987/1992b, 1988/1992c)–. A partir de su interpretación de Benjamin, argumenta que lo intraducible residiría en la palabra, no en tanto que *designa* un objeto (su sentido lato) sino en tanto “apunta” al objeto de acuerdo a características particulares de cada lengua: lo que Benjamin llama la “tonalidad afectiva” de la palabra (Benjamin, 1921/1971). Para Laplanche, allí se ubicaría un “a traducir primordial”, verdadero “imperativo categórico” del traductor: “Debes traducir *porque* es intraducible” (Laplanche, 1987/1992b).

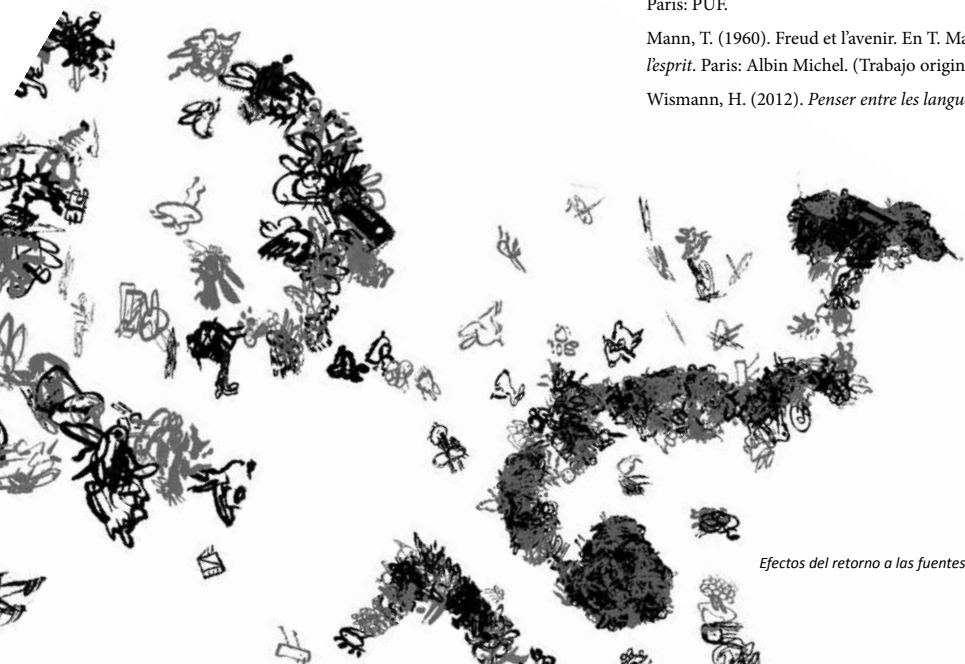
Quedo perpleja en cuanto al uso de esa referencia porque nada justifica en ese texto muy complejo de Benjamin el recurso a la etimología. En cambio, el tratamiento de lo originario por Laplanche –tratamiento que solicita necesariamente a la palabra en el sentido de una sobre-acentuación desmentida por la lengua natural de Freud– me parece provenir mucho más de la tradición heideggeriana, por lo menos en un punto esencial:

la idea de que la relación entre las palabras y las cosas es alterada, en la medida de la degradación de las palabras por su uso (Heidegger, 1954/1959; Laplanche et al., 1989). Para Laplanche, es ese uso que se vuelve desgaste lo que exigiría traducir lo más cerca posible de los significantes –temática heideggeriana que reencontramos a lo largo de la obra: la palabra contiene el tesoro de su fuente; la *Dite, die Sage*, resulta depositaria de una huella original que es no-olvido y al mismo tiempo verdad; lo “lejano” lleva intrínsecamente el fondo que es esencia (Heidegger, 1951/1973, 1954/1981a, 1950/1981b, 1931/2001)–.

Ignoro si Laplanche midió el riesgo que implica esa práctica de las “significaciones primeras”. Pero se puede medir de todos modos la paradoja que rige el proyecto traductivo de las *Obras completas* (Freud, 2009): por un lado, acercarse al enigma de la palabra; por otro lado, encerrarla en la red de una significación estable; en tercer lugar, postular su unidad de modo que el perímetro de su uso sea delimitado sin ambigüedad, y en cuarto lugar, apoyarse en la etimología con la idea de que reflejaría “la pulsión que viene de la lengua de origen y quizás desde más lejos” (Laplanche, 1992b).

Referencias

- Benjamin, W. (1971). La tâche du traducteur. En W. Benjamin, *Mythe et violence*. Paris: Denoël. (Trabajo original publicado en 1921)
- Berman, A. (1984). *L'épreuve de l'étranger. Culture et traduction dans l'Allemagne romantique*. Paris: Gallimard.
- Berman, A. (1999). *La traduction et la lettre ou l'Auberge du lointain*. Paris: Seuil.
- De Launay, M. (2006). *Qu'est-ce que traduire?* Paris: Vrin.
- Freud, S. (2009). *Œuvres complètes*. Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1893-1895)
- Heidegger, M. (1959). *Qu'appelle-t-on penser?* Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1954)
- Heidegger, M. (1973). *Approches de Hölderlin*. Paris: Gallimard. (Trabajo original publicado en 1951)
- Heidegger, M. (1981a). D'un entretien de la parole. En M. Heidegger, *Acheminement vers la parole*. Paris: Gallimard-Tel. (Trabajo original publicado en 1954)
- Heidegger, M. (1981b). La parole. En M. Heidegger, *Acheminement vers la parole*. Paris: Gallimard-Tel. (Trabajo original publicado en 1950)
- Heidegger, M. (2001). *De l'essence de la vérité. Approche de l'allégorie de la caverne et du Théétète de Platon*. Paris: Gallimard-Tel. (Trabajo original publicado en 1931)
- Laplanche, J. (1990). *Nouveaux fondements pour la psychanalyse*. Paris: PUF.
- Laplanche, J. (1992a). Clinique de la traduction freudienne. En J. Laplanche, *La révolution copernicienne inachevée: travaux 1965-1992* (pp. 243-253). Paris: Aubier. (Trabajo original publicado en 1984)
- Laplanche, J. (1992b). Le mur et l'arcade. En J. Laplanche, *La révolution copernicienne inachevée: travaux 1965-1992* (pp. 287-306). Paris: Aubier. (Trabajo original publicado en 1987)
- Laplanche, J. (1992c). Spécificité des problèmes terminologiques dans la traduction de Freud. En J. Laplanche, *La révolution copernicienne inachevée: travaux 1965-1992* (pp. 307-315). Paris: Aubier. (Trabajo original publicado en 1988)
- Laplanche, J., Bourguignon, A., & Cotet, P. (1989). *Traduire Freud*. Paris: PUF.
- Mann, T. (1960). Freud et l'avenir. En T. Mann, *Noblesse de l'esprit*. Paris: Albin Michel. (Trabajo original publicado en 1936)
- Wismann, H. (2012). *Penser entre les langues*. Paris: Albin Michel.



Entre la polisemia y la nomenclatura. Dilemas del traductor en psicoanálisis

Irene Agoff*

Traducir, en castellano, en francés, en alemán, es una palabra polisémica. Y no justamente de aquellas cuya polisemia se desdibujaría tras la prioridad que el uso pudiera dar a tal o cual de sus acepciones. Es al revés: *traducir*, *traducción*, en las tres lenguas, son términos de vasto y diverso empleo cuyas acepciones constan en general en los diccionarios. Habría sin embargo uno de esos empleos que, a nuestro juicio, quedaría fuera de las definiciones habituales. Se trata de la utilización del término *traducción* por Freud, *Übersetzung*, en las cartas 46 y 52 a Fliess (Freud, 1892-1899/1982) y en el artículo “Lo inconsciente” (Freud, 1915/1979).¹ Ninguno de estos usos freudianos parecería estar directamente contemplado en las descripciones de los diccionarios ni exhiben nada que permita asimilarlos al de la traducción interlingual.

Para ciertos analistas, no obstante, este *Übersetzung* de Freud sería una de las bases de la tesis según la cual la traducción de los textos de psicoanálisis constituiría un aspecto más de la doctrina y la praxis psicoanalíticas, perspectiva que entraña una separación tajante entre la traducción en el campo del psicoanálisis y todas las demás. Por añadidura, hay practicantes del análisis que homologan la mezcla de lenguas evidenciada en ciertos lapsus y algunos relatos de sueños, así como en ciertas producciones literarias, con la traducción en sentido estricto, es decir, entre idiomas.² Una derivación de esta perspectiva es la polémica asimilación de las posturas respectivas del analista y del traductor ante los hechos lingüísticos que deben abordar.

El lugar central que adquirió en psicoanálisis, desde mediados del siglo XX, el nombre de Jacques Lacan incrementó en forma exponencial los interrogantes y las dificultades de la traducción en este ámbito. Aquí nos referiremos particularmente a los planteados en la del francés al español.

* Psicoanalista, traductora y ensayista.

1. En ambas cartas Freud denomina *Übersetzung* a la operación psíquica de retranscripción de “signos” (originados en las percepciones iniciales) entre distintas etapas de la vida. La “no traducción” en alguna de ellas explica el desencadenamiento de la neurosis. En “Lo inconsciente” Freud dice que lo inconsciente sólo se conoce como consciente una vez que ha sido traducido a éste.

2. Postulación sustentada en el recurso no poco sutil, pero asimismo no poco sofisticado, de elaboraciones que, con justicia, vinculan las producciones del inconsciente al carácter sustancialmente poético de todo fenómeno de lenguaje.





Si nos preguntamos qué aspira a traducir el traductor de Lacan, veremos que suele importar sobre todo los nombres de los conceptos, las palabras francesas que Lacan emplea designativamente utilizando vocablos usuales de su lengua o mediante neologismos. En no pocas ocasiones, no parece preocupar en la misma medida al traductor la estructura de las lenguas en juego. Hay señales de que la cuestión inquieta, pero no es raro que se la esquivé. ¿Debe entenderse que el centro de las preocupaciones es la semántica? Pero, ¿acaso la semántica atañe sólo a la terminología? Hurgar en la etimología de un vocablo lacaniano, adentrarse con pocos o ningún recurso valedero –pues los analistas no son, habitualmente, filólogos– en la laberíntica historia de un término de una lengua extranjera, acudir con ese fin a mediadores de todo orden –ciencias del lenguaje de diversidad inabarcable– con los que el analista tampoco tendría por qué estar familiarizado, trasegar glosarios de las disciplinas más diversas, seguir por sus meandros el pensamiento de filósofos, lógicos del lenguaje, sociólogos e incontables otros especialistas con miras a resolver enigmas de nomenclatura; todo ello procuraría a algunos traductores la sedación de la buena conciencia. Han hecho todo lo humanamente posible para

despejar la incógnita del término en cuestión. En cuanto a la estructura de las lenguas, pues bien, en el fondo, dirían algunos, ella es sólo un soporte y, como tal, puede ser trasladada de manera casi mecánica. Vemos acumularse entonces en los textos cantidades de formas francesas que usurpan nuestros territorios de habla castellana, obligando a leer escrituras que ningún buen hijo de vecino comprendería. No resistimos citar en este punto a Walter Benjamin cuando, comentando el célebre caso de la traducción de Sófocles por Hölderlin, decía: “La fidelidad en la reproducción de la forma acaba complicando la del sentido” (Benjamin, 1923/1971).

En cualquier caso, lejos estamos de minimizar el problema terminológico, tanto en la traducción de Lacan como en la de Freud. Porque *problema terminológico* es otra denominación para *problema conceptual*. Postulación que reconoce su origen en un movimiento filosófico surgido a fines del siglo XIX que comienza a equiparar pensamiento y lenguaje para luego plantear la preeminencia de éste sobre aquél.

La relectura lacaniana de la obra de Freud se inscribe en el contexto al que se acaba de referir (aunque suministrándole nuevos fundamentos). Tener que transmitir en francés

el pensamiento alemán de Freud constituyó un factor de primer orden a la hora de establecer conceptos fundamentales del psicoanálisis. Ejemplos centrales de ello son los términos freudianos *Verwerfung*, *Verneinung* y *Verleugnung*, que dieron lugar, según los autores y las épocas, a muy diversas soluciones de traducción. En cuanto al léxico propiamente lacaniano, es por todos conocido que términos como *semblant* y *sinthome* no han obtenido hasta ahora soluciones de traducción satisfactorias, por múltiples razones etimológicas y sémicas. Para no hablar de sus neologismos, quebraderos de cabeza no sólo para el traductor sino muchas veces hasta para el francohablaante.

Mencionamos con anterioridad el problema de la diversidad de posiciones del analista y del traductor ante los fenómenos de lengua con los que uno y otro deben operar. A nuestro juicio, lo que el analista ha de escuchar de “lalengua” –en una sola palabra–³ de su analizante es funcionalmente distinguible de los elementos de “lengua” o de “lenguaje” con los que tiene que vérselas el traductor. Incluso nos parece más atendible concebir los textos a traducir como muestras de un *idiolecto* (término de la lingüística definido por el *Diccionario de la Real Academia Española* como “conjunto de rasgos propios de la forma de expresarse de un individuo”). A diferencia de esa *lalengua* (Lacan, 1974, 1975-76/1988, 2006) que debe escuchar el analista, el traductor ha de percibir y trasponer el entramado de una *lengua* con el *idiolecto* del autor. Evitará así dejarse tentar por el siempre cercano canto de sirena de la asociación libre. Canto de sirena que podría hacerle concebir un juego supuestamente libre con las lenguas, otro nombre para la deletérea falta a su deber ético: el de “bien decir”, en su lengua propia, lo que el texto original ha dicho como pudo, como *lalengua* inconsciente de su autor llevó a éste a expresarse en su *idiolecto* irrepetible.

3. El complejo concepto de *lalengua*, en francés *lalangue*, fue introducido por Jacques Lacan en su exposición “La troisième” (Lacan, 1974/1988), así como en su seminario *Le sinthome* (Lacan, 1975-1976/2006).

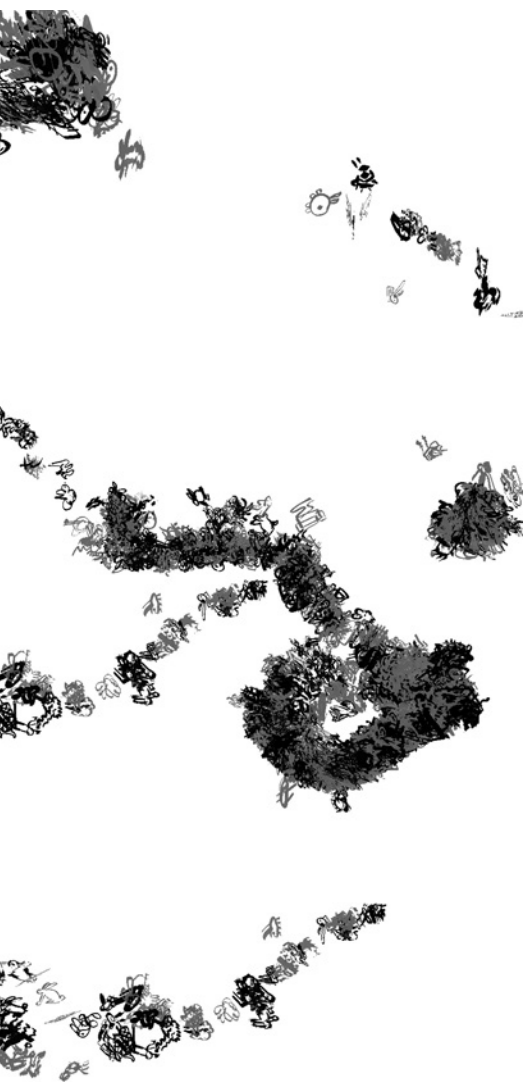
Referencias

- Benjamin, W. (1971). La tarea del traductor. En W. Benjamin, *Angelus novus*. Barcelona: Edhasa. (Trabajo original publicado en 1923)
- Freud, S. (1979). Lo inconsciente. En S. Freud, *Obras completas* (Vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915)
- Freud, S. (1982). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Cartas 46 y 52. En S. Freud, *Obras completas* (Vol. 1). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1892-1899)
- Idiolecto. (n.d). En *Diccionario de la Real Academia Española* (22ª ed.). Recuperado de <http://lema.rae.es/drae/?val=idiolecto>.
- Lacan, J. (1988). La tercera. En J. Lacan, *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires: Manantial. (Trabajo original publicado en 1974)
- Lacan, J. (2006). *Seminario 23 - El sinthome*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1975-1976)



No traducible o sin traducción

Gohar Homayounpour*



Hace unas semanas tuve una conversación con una amiga cuya lengua materna es el español. Ambas somos admiradoras de Borges y, como es frecuente, estábamos hablando de él y específicamente de “El otro tigre” (Borges, 1964/1970). He utilizado esta poesía previamente en mi trabajo y es un poema que revisito y al que vuelvo a recurrir en variadas ocasiones. A los 30 minutos de conversación y después de un vaso de jugo de uvas me dijo: “tú no puedes realmente entender Borges si no lo lees en español, en su lengua materna, en su lengua primaria, en el idioma de su tierra natal”. Pensé, ¿qué significaba en este contexto *realmente* y *entender*? ¿A qué se refería Lucía con que hay algo que no puede ser traducido? ¿Dónde está ese lugar de deseo al que yo no tengo acceso? En definitiva, ¿no estaba hablando de la posibilidad de traducción, de hospitalidad, extranjería, paraíso y paraíso perdido, de duelo y separación? Cuando trabajamos de una forma tradicional en una traducción, en la que se debe leer poesía en la lengua que fue escrita, ¿acaso no estamos poniendo en juego los restos de nuestros deseos infantiles de un paraíso en el que estuvimos unidos en una unión no extranjera? ¿Podemos decir que la traducción requiere la capacidad de hacer el duelo por nuestros paraísos perdidos, donde no hay una comprensión completa de nada?

La traducción requiere una separación, la muerte de la madre, de la felicidad de una fusión pura. La traducción exige dejar lugar a nuestros padres, permitir entrar en juego a la función paterna (Lacan, 1981/1993). Para acceder al lenguaje necesitamos la capacidad de traducción. Por supuesto, hay una región no traducible de la mente, la parte que permanece inaccesible. Esto es, la limitación del lenguaje, el fracaso del significante; es, en cierto sentido, el sujeto barrado de Lacan (1981/1993). Tendemos a expresar esta no-traducibilidad, que claramente no tiene escala de grises, como intraducibilidad. Entonces decimos: sólo si pudiera leer a Borges en español sería capaz de evitar ese territorio temible de la castración, de la triangularidad y de la contaminación que

* Docente y psicoanalista supervisora del Grupo Freudiano de Teherán, donde es fundadora y directora. Profesora en la Universidad de ShahidBeheshti, Teherán, Irán.

nos llega desde el momento en que salimos del paraíso. El paraíso puro donde no hay vestigios de parásitos, ni la posibilidad de duelos y del club *privé* del melancólico.

¿Podemos elaborar más y decir: dejemos que el padre de habla farsi entre en la gozosa unión de Lucía y su lengua madre hispana y viceversa? Se producirían criaturas muy extrañas, una descendencia muy calibanesca, extranjeros con características curiosas y acentos de geografías lejanas: ¿podríamos ser hospitalarios con ellos? ¿Podemos ser anfitriones poéticos y hospitalarios? Como tales, dejamos “entrar” a Calibán, no sólo por nuestros anhelos humanitarios, sino porque no podemos imaginarnos un mundo sin calibanes. Encontraríamos ese mundo totalmente aburrido, un tipo violento de aburrimiento. El aburrimiento de la psicosis, de estados sin padre, donde no hay lenguas menores, como Mariano Horenstein (2014) nos recuerda.

Calibán nace de la extraterritorialidad: ¿acaso no es la misma extrañeza de extranjería que experimentamos cuando somos expulsados del paraíso de nuestras uniones gozosas con nuestras madres, madres patrias y lenguas nativas? ¿La misma extrañeza y extraterritorialidad de acercarnos a descubrir nuestro inconsciente, de conocer al otro, de la mujer, de esta ausencia dentro de nosotros mismos? Déjennos imaginar la hospitalidad, ya que “la hospitalidad es la cultura en sí misma” (Derrida, 2002, p. 361), no con la ilusión de conquistar ese espacio no traducible de nuestra mente en el intento vano de comprensión completa y, por supuesto, no se adhieran al relativismo cultural.

Pero conceder hospitalidad, esta ley incondicional de la hospitalidad –si tal cosa es pensable– podría ser una ley sin imperativo, sin mandato y sin obligación. Una ley sin ley, en definitiva. La hospitalidad ofrecida a otro a cambio de pago ya no es una hospitalidad absoluta. Porque si practico la hospitalidad “sin obligación” (y no sólo “en conformidad con el deber”), es una hospitalidad amable ofrecida más allá de la deuda y la economía, una hospitalidad inventada para la singularidad del recién llegado, del visitante inesperado (Derrida, 2000, p. 83).

Lucía dijo que había algo perdido, que fal-

taba, ¿pero por qué olvidamos que es precisamente por esa falta que tenemos una mente? Si no fuera por esa ausencia no seríamos capaces de pensar y jugar, así que los invito, en nombre de la hospitalidad, a albergar unas líneas del poema de Borges en farsi, sin traducir:

میرانگ یم، اه دامن ربیب ربارب
ددرگی یم مرگ شینوخ مک، تسای حق او مک ار لکی نا
دفالکش یم ار اه شیم واگءه لگ مک هاگنا
هن و هاچنپ لاس تسگا موس، زورم و
ددرتسگ یم رازنمچ رب ار شا هیاس
وا رب یمان ندان اب ام
شیایند ندرک دودحم یارب شالیت ابو
دنز یروناج هن و دوش یم یلیخت مبلیدیت
دنز یم مسرپ نیمز شحو رب مک یریبب هن و

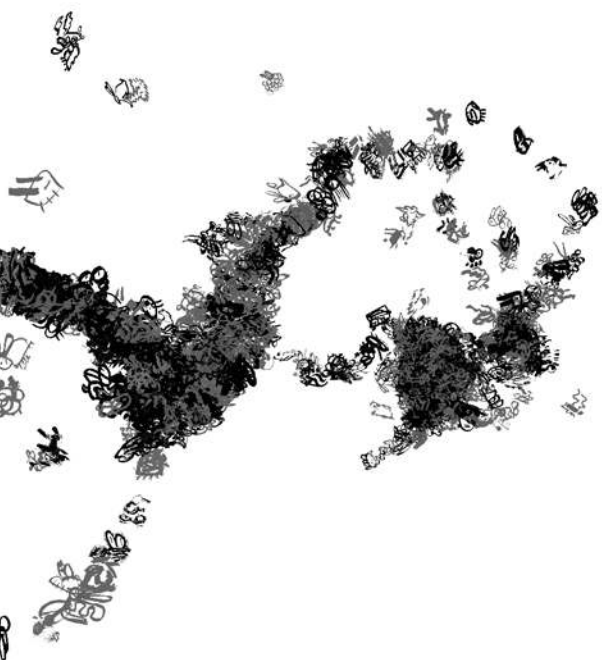
Lucía, la patrona de los ciegos, vive en el significativo de tu nombre; mi amiga, permítámonos adherir a la ceguera de Borges y el “ver” que acompaña a este no vidente, esta representación que proviene específicamente de la aceptación de lo no traducible, lo no representable. Este encuentro, a través de la ausencia, viene de una triangulación no puritana, donde se desarrolla la posibilidad del psiquismo (la mente), donde uno puede ser hospitalario con el extranjero sin nombre, con los “visitantes inesperados” en “El otro tigre”. Lucía, hagamos este duelo juntas, juguemos en este territorio de la ausencia, en el reino del principio del placer, ofreciendo una hospitalidad poética derrideana sólo porque leíste Borges en farsi, el que se encuentra en el verso.

Referencias

- Borges, J. L. (1970). The other tiger. En J. L. Borges, *Dreamtigers* (Trad. Mildred Boyer & Harold Morland). Austin: University of Texas Press. (Trabajo original publicado en 1964)
- Derrida, J. (2000). *Of hospitality. Anne Duformantelle invites Jacques Derrida to respond* (Trad. Rachel Bowlby). Stanford: Stanford UP.
- Derrida, J. (2002). Hospitality. En G. Anidjar (Ed.), *Acts of religion* (358-420). New York: Routledge.
- Horenstein, M. (2014). Psychoanalysis in minor language. Trabajo presentado en el congreso *Geographies of psychoanalysis congress*, Teherán.
- Lacan, J. (1993). *The psychoses: The seminar of Jacques Lacan: Book III. 1955-1956* (Trad. R. Grigg). London: Routledge. (Trabajo original publicado en 1981)

“Soy un fantasma en esta casa”: Sobre las alegrías y peligros de la (falta de) traducción

Felix de Mendelssohn*



Cuando era niño, en Londres de la postguerra, me di cuenta de que la mayoría de los amigos de mis padres eran como ellos: escritores e intelectuales de Europa Central que habían llegado allí exiliados por el régimen nazi. Algunos tenían problemas trágicos con el idioma –¡frecuentemente su principal o único medio para ganar dinero!–, porque con el paso del tiempo habían perdido fluidez en su lengua materna, sin haber todavía adquirido dominio completo del inglés. Esto era frecuentemente motivo de bromas en la familia, como aquella sobre el escritor austriaco que estaba como huésped en casa de una familia inglesa, para trabajar en un libro, y atendió una llamada telefónica en mitad de la noche gritando al interlocutor: “¡Déjenme en paz! Soy un fantasma en esta casa ¡y estoy deambulando!”¹

Esta parece ser una irónica distorsión de lo que significa ya no tener una lengua materna real, pero también de cómo el traductor puede sentirse a veces oscilando entre dos idiomas. Mis padres, ambos escritores, hicieron traducciones por dinero –amaban algunas de ellas y odiaban otras–. Mi padre echaba maldiciones y juramentos cuando traducía *Exodus* de Leon Uris (1958) al alemán (“¡está tan mal escrito!”) y se deleitaba haciendo lo mismo con *History of the crusades* de Steven Runciman (1951/2001) (“¡tan maravillosamente escrito!”). En cierto modo crecí con la noción de que el contenido de un libro sin duda era importante, aunque secundario respecto al *estilo* con que era relatado.

Algo de estas experiencias infantiles me acompañó en mi trabajo en la práctica psicoanalítica. Existe un diálogo constante, no siempre explícito, entre analista y paciente que pasa por un proceso de traducción en el que cada uno convierte la lengua del otro en la suya propia, para volverla comprensible, sin perder la sensación de la fantasmática diferencia, de que algo de lo que el otro dice podría ser definitivamente intraducible.

La “tercera voz” (Cheyne y Tarulli, 1999)

* Profesor en el Departamento de Estudios Psicoanalíticos en la Universidad de Viena.

1. Nota del traductor: El huésped pronunció mal o confundió los términos *guest* (invitado, huésped) por *ghost* (fantasma) y *work* (trabajar) por *walk* (caminar, deambular). De este modo, en lugar de decir “soy un huésped en esta casa y estoy trabajando”, dijo “soy un fantasma en esta casa y estoy deambulando”.

en el diálogo, todo el contexto social y cultural que se vuelca en las expresiones, necesita también ser compartido y escuchado. El mejor medio para ello, tal como Vygotsky (1978) lo elaboró, es la “zona de desarrollo próximo” entre la dupla hablante.

El psicoanálisis practicado en un contexto transcultural se enfrenta a muchos escollos en los que el contexto sociocultural de la experiencia común puede perderse. Las presiones de la globalización parecen ofrecernos por lo menos “el fantasma de una oportunidad” para co-construirlo gradualmente entre los individuos y grupos que, de muchas maneras, aún son extranjeros entre sí.

En culturas populares de África del Norte, entre otras, muchas perturbaciones o accidentes son atribuidos a *djinn*s o espíritus, que son vistos como entidades capaces de influenciar a un individuo desde fuera de él. “Traducir” estos hechos a la visión psicológica occidental dominante, según la cual tales atribuciones resultarían de proyecciones psíquicas de nuestros impulsos interiores (y no de la acción de entidades exteriores realmente existentes) podría ser una empresa inquietante. Tuve experiencias de este proceso de “traducción” en grupos, que llevaron a episodios violentos difíciles de contener (Mendelssohn, 2014).

Se volvió claro para mí que era más importante tomar en serio el *estilo* de las comunicaciones que su contenido objetivo. Las opiniones son frecuentemente más difíciles de cambiar que el estilo en el cual son vehiculizadas. Deslizamientos inconscientes de la lengua, equívocos inadvertidos de traducción, como el del escritor austríaco que pasó de *huésped* a *fantasma*, pueden revelar zonas de comunicabilidad que unan lo social y cultural dividido en abordajes estilísticos atrincherados. Si no entendemos, o creemos que no estamos comprendiendo algo, solemos hacer preguntas, lo cual es bueno; si nos sentimos seguros de entender todo, podemos olvidar preguntar, olvidar aprender.

De este modo, estamos constantemente necesitando de la traducción, la elucidación, la elaboración, etc., para entender mejor, e incluso este proceso, al volverse demasiado exigente, puede parecer empobrecedor o contraproducente. En ocasiones desearíamos

comprender y ser comprendidos incuestionablemente en nuestra lengua materna.

Me parece claro ahora –¡aunque la claridad pueda ser una cualidad evanescente!– que el trabajo pionero de Freud (1900/1996) de concebir una traducción del proceso primario inconsciente al proceso secundario consciente, en su texto *La interpretación de los sueños*, también puede haber generado algunos equívocos acerca de la práctica de nuestra disciplina. El contenido aquí parece anular la forma y el estilo, como si fuera suficiente interpretarle el sueño a un paciente de la misma forma en que traducimos una versión de Livy (1919) del latín al inglés, es decir, con el objetivo de clarificar el contenido básico del texto. De ese modo, se pierde no sólo el contexto histórico y cultural en el cual Livy escribió, sino también el estilo personal y las alusiones de su narrativa. En su crítica a este abordaje, Meltzer (1983/2009) alega por una exploración más que por una interpretación del sueño, que incluye soñar de cierto modo su propio sueño sobre el sueño del paciente mientras lo escucha, explorándolo a éste también.

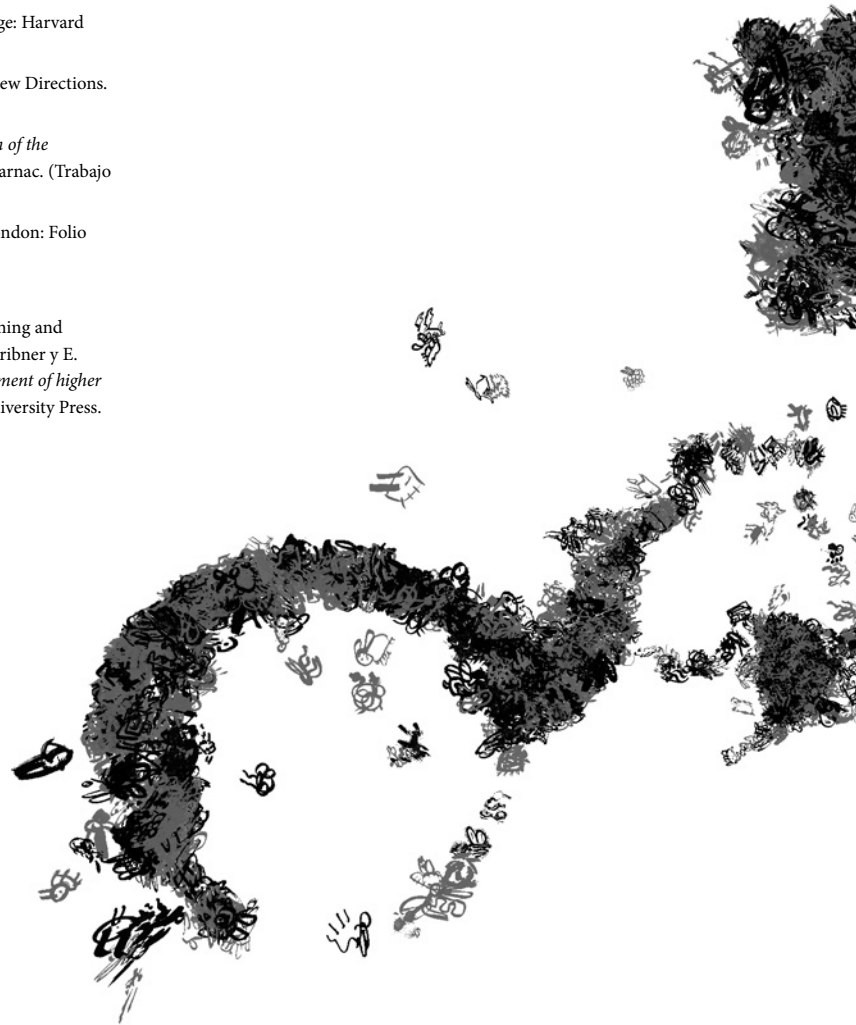
El traductor como intérprete –en vivo y simultáneo– es una presencia fantasmagórica (a veces aislada en una cabina de vidrio) entre los políticos y las personas de negocios para quienes está haciendo de mediador. Los protagonistas de las últimas novelas del escritor español Javier Marías (1992/2002), que enseñó traducción en la Universidad de Oxford, son frecuentemente traductores o intérpretes. Dijo sobre ellos: “Son personas que renuncian a sus propias voces”. Su arte puede, sin embargo, por razones diplomáticas o pusilánimes, disfrazar o incluso falsificar el estilo o el contenido de lo que realmente estaba siendo dicho, así como el modo en el cual se lo estaba haciendo. Y todo realizado en el calor del momento. Como analistas estamos, a veces, en una posición semejante.

Creo desde mi propia experiencia que, en general, el trabajo más aprovechable y consistentemente constructivo se da con individuos y grupos que comparten con nosotros un bagaje social y cultural semejante. Pero fue también el trauma del exilio y del desarraigo lo que cambió completamente los paisajes parroquianos del psicoanálisis, durante y después de

la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces, los problemas de conflictos entre culturas y civilizaciones, así como la violencia que pueden desencadenar, no sólo no disminuyeron sino que parecen demandar aún más de nuestras capacidades psicoanalíticas de traducción: ¿Cómo podré digerir emocionalmente esta experiencia como para darle un sentido, tanto para mí como para los demás?

Referencias

- Cheyne, J. A., & Tarulli, D. (1999). Dialogue, difference and the "Third Voice" in the zone of proximal development. *Theory & Psychology*, 9, 5-28.
- De Mendelssohn, F. (2014). *Freud and the djinns – doing analysis in Algeria*. Trabajo presentado en la conferencia Geographies of psychoanalysis, Teherán.
- Freud, S. (1996). Die traumdeutung. En S. Freud, *Gesammelte werke. Chronologisch geordnet*. Frankfurt am Main: Fischer Verlag. (Trabajo original publicado en 1900)
- Livy. (1919). *History of Rome* (Vol. 1). Cambridge: Harvard University Press.
- Mariás, J. (2002). *A heart so white*. New York: New Directions. (Trabajo original publicado en 1992)
- Meltzer, D. (2009). *Dream life: A re-examination of the psychoanalytic theory and technique*. London: Karnac. (Trabajo original publicado en 1983)
- Runciman, S. (2001). *History of the crusades*. London: Folio Society. (Trabajo original publicado en 1951)
- Uris, L. (1958). *Exodus*. New York: Bantam.
- Vygotsky, L. S. (1978). Interaction between learning and development. En M. Cole, V. John-Steiner, S. Scribner y E. Souberman (Eds.), *Mind in society: The development of higher psychological processes*. Cambridge: Harvard University Press.



El signo de autoridad: debate brasileño sobre las traducciones de las obras de Freud

André Carone*

- Cuando empleo una palabra –dice
Humpty Dumpty con indiferencia–
ella significa exactamente lo que elegí
que significara. Ni más ni menos.
- La cuestión –dice Alicia– es saber
si el señor puede hacer que una pala-
bra signifique cosas tan diferentes.
- La cuestión –respondió Humpty
Dumpty– es saber quién manda.

Lewis Carroll (1871/1980), *Aventuras
de Alice no país das maravilhas/ Através
do espelho e o que Alice encontrou lá*¹

La historia de la traducción de las obras de Freud en Brasil está marcada por un destino singular: tuvimos dos ediciones de sus obras completas que fueron traducidas indirectamente en la década del 50 (del español y del francés) y del 70 (de la versión inglesa de James Strachey) y algunas pocas traducciones realizadas a partir del original en alemán, que por varios años tuvieron una circulación restringida o permanecieron inéditas. Por ello, antes de que los escritos de Freud pasaran a formar parte del dominio público en el 2010, la actividad de traducción había permanecido al margen de la consolidación del psicoanálisis en el país, excepto por algunas situaciones aisladas.² Una de las consecuencias directas de este desarrollo histórico fue la transformación de la terminología en referencia exclusiva para esta discusión, de tal manera que los conceptos psicoanalíticos terminaron por conquistar en este debate la condición de teoría autónoma en relación con el texto y la propia actividad de traducción.³ Antes de que las diferentes editoriales lanzaran las nuevas traducciones en el 2010, estaba enraizada la convicción de que los conceptos psicoanalíticos exigían un tratamiento riguroso que no era permitido suavizar en razón de la fluidez o la elegancia del texto, por el riesgo de tergiversar el pensamiento teórico de Freud o incluso el mismo psicoanálisis.

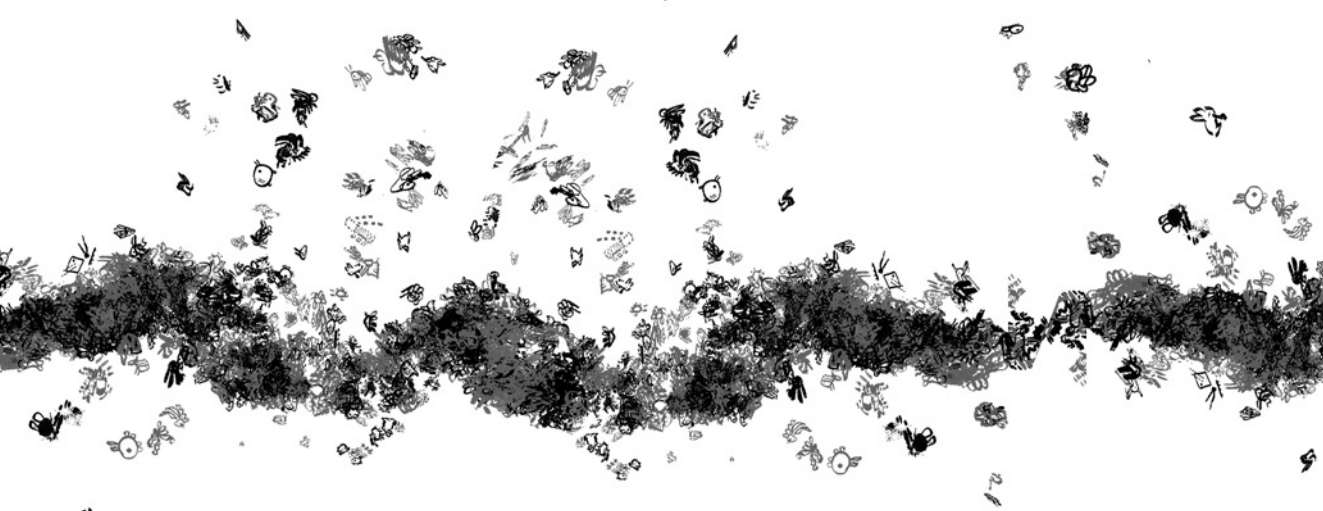
Más allá de estas circunstancias, no se puede negar que los términos de esta convicción tienen su pertinencia y están presentes en las controversias de tantas otras ediciones extranjeras, como por ejemplo en la lectura crítica del traductor argentino José Luis Etcheverry acerca de la antigua edición española del traductor Luis López Ballesteros y de Torres (Etcheverry, 1978). Pero en el caso brasileño

* Profesor adjunto del Departamento de Filosofía de la Universidad Federal de San Pablo. Traductor.

1. Texto original: "‘When I use a word,’ Humpty Dumpty said in rather a scornful tone, ‘it means just what I choose it to mean -neither more nor less.’ ‘The question is,’ said Alice, ‘whether you can make words mean so many different things.’ ‘The question is,’ said Humpty Dumpty, ‘which is to be master -that’s all.’"

2. Entre estas nuevas traducciones se encuentran, entre otras, *La interpretación de los sueños* (Freud, 1900/2012) por Renato Zwick, "El hombre de los lobos" y otros textos (Freud, 1918/2010) por Paulo César de Souza, *La concepción de las afasias* (Freud, 1891/2012) por Emiliano Rossi y *Duelo y melancolía* (Freud, 1917/2012) por Marilene Carone.

3. El paradigma de este tratamiento autónomo de la terminología fue establecido por el *Diccionario comentado del alemán de Freud*, de Luiz Hanns (1998).



no se trata de una crítica a una traducción ya existente sino que, por el contrario, el traductor brasileño actual de Freud debe responder a una *crítica de la traducción que es anterior a su propio trabajo*.

Si, por un lado, esta aparente paradoja incrementa la responsabilidad de los traductores, requiere por otro de una crítica que tome en consideración las barreras que limitan su propia perspectiva. En definitiva, ¿qué queremos decir con términos como *exactitud* o *rigor conceptual*? El anhelo de precisión no es algo evidente por parte de psicoanalistas y lectores, sino que más bien parece ser algo tan vago o indiferente como las inclinaciones y preferencias particulares de cualquier traductor de Freud. Hablar con conceptos claros o manejando opciones de traducción ya consolidadas no es garantía de un pensamiento objetivo, y menos aún de una traducción precisa.

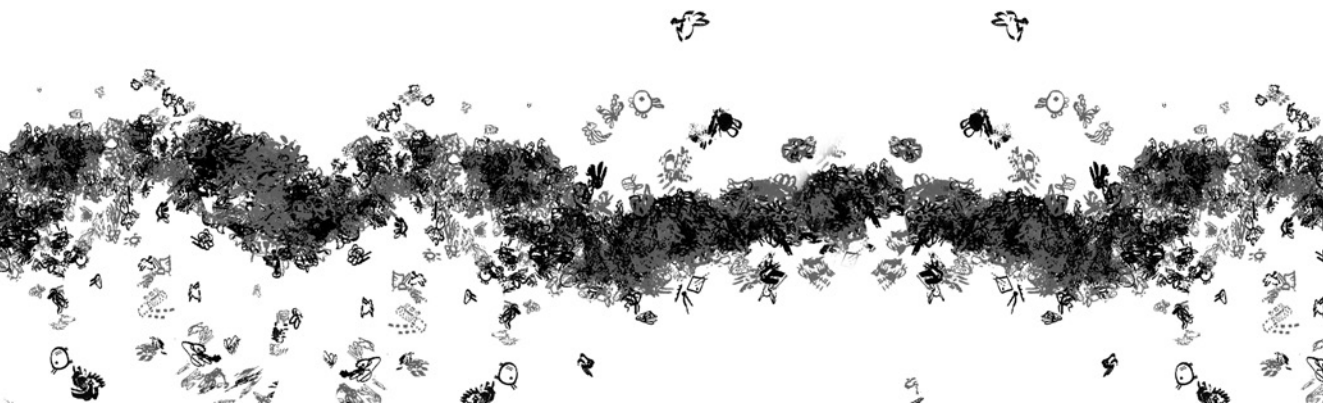
Con frecuencia la precisión conceptual aparece vinculada al tema de los efectos que podría tener sobre la clínica psicoanalítica. Se afirma que cada diferente elección de los traductores no sólo tendría implicancias semánticas sino, sobre todo, que podría repercutir en la propia práctica del psicoanálisis. Sin embargo el concepto no se reduce a la terminología y no depende de estos términos clave para producir sus efectos sino que depende en igual medida de la lectura integral de un texto, de su discusión y también, en el caso del psicoanálisis, de una práctica clínica. En este momento en que tanto se critica la cul-

tura académica de las citas bibliográficas y la productividad, tal vez el psicoanálisis podría hacer una gran contribución al cuestionar el valor supuestamente objetivo de aquello que puede ser inmediatamente citado, reconocido, identificado y cuantificado.

Sin embargo, lo que se observa entre nosotros es el movimiento inverso, de tal manera que un trabajo de edición y de traducción se fundamenta, por encima de todo, por el uso de un conjunto consensuado de términos clave. Esta primacía de la palabra visible recuerda la tesis de los historiadores portugueses según la cual Brasil jamás habría sido colonia de Portugal, puesto que en toda la documentación de la Corona portuguesa no se pudo encontrar jamás el término *colonia*.

Los conceptos psicoanalíticos existen, pero no son ni palpables ni invisibles, son tan sólo mucho más elusivos, escurridizos y nebulosos de lo que sueña nuestra vana terminología. La defensa a ultranza de la precisión terminológica tiene como contrapartida la subordinación de todos los demás contenidos a la nitidez del concepto: todo lo otro que hay en el lenguaje –el decir despreocupado, el recurso a la metáfora, las alusiones literarias– pasa automáticamente a definirse como *aquello que todavía no es concepto* y que carece, por lo tanto, de valor. Queda por saber lo que sería genuinamente psicoanalítico en este impulso normativo que desea dominar integralmente el lenguaje por medio de la terminología.

Otro argumento en defensa de la precisión



terminológica y conceptual afirma que hace mucho tiempo que se consolidó en Brasil un cierto uso de términos clave como *Yo*, *Ello*, *represión*, *pulsión*, *a posteriori*, *moción*, entre otros. Pero la definición de estos términos, más allá de representar una conquista limitada frente a la tarea integral de traducción, tampoco es evidente por sí misma y puede inducir a error. Sería útil retomar en este punto los comentarios de Marilene Carone sobre la presencia del término *insight* en la *Edição standard brasileira* (Carone, 1988). En la década del 70 esta palabra tenía amplia penetración entre los analistas brasileños y era, de hecho, como lo sigue siendo, un concepto psicoanalítico presente en las escuelas psicoanalíticas británicas y americanas que tuvieron una gran influencia en Brasil. La adopción del término no fue polémica y tampoco recibida como una intervención sobre el texto original de Freud *porque estaba sostenida en una práctica clínica*. ¿Cuántos puntos ciegos, equívocos desapercibidos y proyecciones silenciosas habrá hoy en las lecturas de Freud de los analistas brasileños? ¿Cuánto estaremos perdiendo con la imposición de un consenso en perjuicio de una multiplicidad de perspectivas, con todo lo que ella podría revelar? ¿Cuáles fueron los efectos de esta larga convivencia forzada con las traducciones indirectas y la importación de conceptos de las lenguas inglesa y francesa sobre la producción de nuestro psicoanálisis? Soy de la opinión de que tenemos frente a nosotros la oportunidad de rescatar la experiencia de

lectura más allá de la fachada terminológica, puesto que los términos técnicos también pasaron al dominio público y puesto que en esta aventura el traductor no es el único que está destinado al equívoco. ¿Qué motivo tendríamos para normativizar el psicoanálisis a través de un “buen lenguaje” siendo que éste podría ser instrumentado por la clínica?

Referencias

- Carone, M. (1988). Freud em português: ideologia de uma tradução. In: P. C. de Souza (Ed.), *Sigmund Freud e o gabinete do Dr. Lacan* (pp. 166-176). São Paulo: Brasiliense.
- Carroll, L. (1980). *Aventuras de Alice no país das maravilhas/ Através do espelho e o que Alice encontrou lá* (Trad. Sebastião Uchôa Leite, p. 196). São Paulo: Summus. (Trabajo original publicado en 1871)
- Etcheverry, J. (1978). *Sobre la versión castellana – Sigmund Freud: Obras completas*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (2010). *“O homem dos lobos” e outros textos* (Trad. Paulo César de Souza). São Paulo: Companhia das Letras. (Trabajo original traducido en 1918)
- Freud, S. (2012). *A concepção das afasias* (Trad. Emiliano Rossi). Belo Horizonte: Autêntica. (Trabajo original publicado en 1891)
- Freud, S. (2012). *A interpretação dos sonhos* (Trad. Renato Zwick). Porto Alegre: LPM. (Trabajo original publicado en 1900)
- Freud, S. (2012). *Luto e melancolia* (Trad. Marilene Carone). São Paulo: Cosacnaify. (Trabajo original publicado en 1917)
- Hanns, L. (1998). *Dicionário comentado do alemão de Freud*. Rio de Janeiro: Imago.

El viaje a través de las lenguas: un faro al otro

Monica Horovitz*

Try again. Fail again. Fail better.
Samuel Beckett (1991), *Cap au pire*.

Für mich - For me - Formidable...
Charles Aznavour (1964, canción 2),
Für mich - For me - Formidable.

El psicoanálisis remite a la relación singular que cada uno sostiene con el lenguaje. Las lenguas conocidas, olvidadas, reprimidas, aprendidas con más o menos dulzura, vienen a posarse, a contrastarse, a hacerse piel, a encontrar su lugar... A errancias y desgarros responde una facultad particular para con-moverse entre las palabras, y las lenguas devienen el territorio que se atraviesa, se apropia, en las que uno se fija, integrándose a sí y determinando una vida.

Así, el trabajo de interpretación en psicoanálisis ofrece oportunidades creativas desde el momento en que nos situamos al borde del cuerpo y de las palabras, en su encuentro tan efímero. De esa manera, la experiencia psicoanalítica se ilumina en el instante en que, en silencio, se abre a nosotros en apariencia imperceptible, pasajera e inefable: un espacio interior a la orilla de las palabras nos invita a acoger e intentar decir un pensamiento sin palabras. Recién entonces las palabras comienzan a pensar y pueden traducir un pensamiento sin pensador (Bion, 1997).

El analista debe disponerse a escuchar esa casi nada para percibir el eco de aquello que sigue sin decirse o queda mudo. Allí reside el enigma del encuentro.

¿De qué lengua, de qué vínculo hablamos? La travesía de lo conocido (la lengua, la tierra) hacia lo desconocido es una experiencia de la que no se sale indemne. Frente a los trastornos de la realidad exterior pueden producirse las más diversas reacciones, desde un sentimiento de inquietante extrañeza al traumatismo más profundo. Desposeídos de la identidad perdida en el silencio o dentro de una lengua ajena, ¿cómo sobrevivir? ¿Cómo reconstruirse, palabra a palabra, paso a paso? ¿Cómo anudar la Historia con la historia singular de cada uno?

Estas preguntas están en el corazón de nuestro trabajo de psicoanalistas: ¿cómo oír, crear, rastrear lo vivo tras una experiencia de exilio o de pérdida, sea ésta impuesta por el exterior o desde el mundo interno del sujeto?

* * *

Sin saberlo, estamos atravesados por las lenguas. ¿Qué se imprime en nosotros, qué se arrumba en el cuerpo, para que una determinada lengua, materna, paterna, ajena, familiar, insinúe en nosotros sus huellas, permitiéndonos

* Sociedad Psicoanalítica de París y Sociedad Psicoanalítica Italiana.

soñar, pensar, crear con ella, integrarla, hacerla nuestra? ¿Existe una lengua *princeps* que el lenguaje recorre para que aquello hable en sí?

Si la lengua materna es un elemento primordial de las vicisitudes de separación-individuación endopsíquica y de la identidad del sujeto que de ella resultan, sólo puede reconocerse como tal en el encuentro del sujeto con otras lenguas. Sólo al aprender una segunda lengua distinguimos nuestra lengua materna y sus raíces emotivas, corporales y sensoriales, sus procesos de pensamiento y su prosodia.

La lengua adoptada arraiga en el cuerpo en relación con la lengua materna que hace de fuente. Sueños políglotas, olvidos de palabras retornan en la otra lengua porque así son más próximos y precisos respecto de aquello que se quiere expresar.

¿Es posible “olvidar” en una lengua y “recordar” en otra? ¿Cómo se articulan entre los niveles consciente, inconsciente y preconsciente las relaciones entre representaciones de cosas y representaciones de palabras (Freud, 1915/1968), cuando éstas pueden engañar a las lenguas y en muchas lenguas? ¿Bajo qué modalidades se organizan las traducciones internas para los sujetos que han aprendido a utilizar varios códigos lingüísticos?

Estos interrogantes llaman a la reflexión sobre el juego de lenguas en la relación terapéutica y en la dinámica de la pareja psicoanalista/psicoanalizado.

Así como la palabra se encarna pasamos de una lengua a otra en una relación con la pareja original, la del misterio del vínculo de la procreación. Fundamento de todo vínculo, recibimos el don de la vida y de la lengua materna, que permite el arte de hablar lenguas ajenas.

Siendo la lengua materna el lugar del yo naciente y de las palabras “que hacen cuerpo” con la realidad misma, podemos decir que aquéllas son dulces o amargas, coloridas como las cosas mismas, y que es gracias a ellas que el mundo nace para nosotros. Pero esta metáfora nos permite también ir más allá: somos y no somos nuestro cuerpo, entre nosotros y el mundo se abren el universo del lenguaje y sus distancias: lo dicho y lo no dicho, la posibilidad del equívoco y el engaño, las significaciones ocultas o implíci-

tas a reactivar o redescubrir. Desde el momento en que hablamos, ya no somos *uno*. La primera persona del singular es en efecto plural: hay muchos *yo*, como aprendemos en el encuentro analítico. El analista-traductor se ve confrontado a una presencia sensorial auditiva o visual-auditiva, pasaje obligado al acceso al sentido, vínculo entre el cuerpo y la representación psíquica.

De la misma forma, en análisis las palabras tocan y dicen... Las palabras-cuerpo se hacen etéreas, inasibles, abiertas al otro como deseo de comunicación para recibir el impacto e intentar representar el sentido de este encuentro incomunicable.

Hablamos para encontrar sentido y para darlo. Somos traductores permanentes, fracasando siempre frente a lo intraducible pero sin perder la esperanza de ser comprendidos.

Mi cuerpo verbal se abre a otras lenguas, ya que se abre a la humanidad y a su historia. El lenguaje no existe fuera de una pluralidad de lenguas. El poder de las cosas para ser dichas y el del hombre para decir se presentan *prima facie* como una dispersión cautivadora e irremediable. No hay don de lenguas sin diversidad de lenguas.

Concluiré con un intercambio personal con Jeffrey Eaton, psicoanalista estadounidense, quien me escribió al respecto del tema aquí abordado:

He “leído” su artículo y apenas llegué a vislumbrar eso que usted expresa con mucha elegancia. Pero lo que entreveo son justamente breves momentos de ‘luz’ en la oscuridad de mi ignorancia de su lengua de adopción. Quizá sea una evocación mucho más profunda de la totalidad de nuestra experiencia humana, cuando dejamos de aferrarnos a lo que nos resulta familiar y nos abrimos a lo nuevo a medida que surge.¹

Referencias

- Aznavour, C. (1964). Für mich - For me - Formidable. En *Von mensch zu mensch* [CD]. Deutschland: Barclay.
- Beckett, S. (1991). *Cap au pire*. Paris: Les Éditions de Minuit.
- Bion, W. R. (1997). *Taming wild thoughts*. London: Karnac Books.
- Freud, S. (1968). Le refoulement. En S. Freud, *Métapsychologie* (Trad. J. Laplanche & J. B. Pontalis). Paris: Gallimard. (Trabajo original publicado en 1915)

1. En inglés en el original (N. del T.).

Nuevas traducciones de Freud para el siglo XXI

Pedro Heliodoro Tavares*

Pese a que Sigmund Freud provocó un verdadero viraje en las concepciones acerca de la subjetividad en el pasaje del siglo XIX al siglo XX, al centrar su estudio en la relación de la sexualidad con el cuerpo y con la cultura, fue recién después de un retorno a su obra, promovido a partir de la lectura desde una lengua extranjera, que otro aspecto se pudo poner en el foco: el lenguaje. Con Freud, la clínica médica de la mirada sobre el cuerpo se torna clínica de la escucha del discurso. Sus tres trabajos fundadores: *La interpretación de los sueños* (1900/1996a), *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901/1996c) y el libro de los chistes (1905/1996b) ya evidenciaban lo central de la experiencia del lenguaje y de la representación en la formación y transformación de lo subjetivo, pero ello sólo se volvió más claro con el retorno propuesto por Jacques Lacan, quien a su vez respaldó su lectura en lingüistas, tales como Saussure y Jakobson, entre otros.

Ya mucho fue dicho y pensado acerca de la experiencia del lenguaje en los postulados fundantes del psicoanálisis, pero hoy, con la llegada de la obra de Freud al dominio público y las consecuentes nuevas propuestas de traducción a partir del 2010, se renueva el debate acerca de los elementos lingüísticos en su producción. Se abren así a la discusión cuestiones de estilo, vocabulario, terminología, analogías, relación con otros lenguajes especializados, etc.

Así es como procuramos con este texto, en verdad, aprovechar el debate renovado para evidenciar ciertas cuestiones propias de los “circuitos de pasaje entre lenguas”, en lo que respecta a las traducciones y lecturas de Freud a partir de cada uno de los idiomas más influyentes del psicoanálisis, a saber: el alemán, el inglés, el francés, el español y el portugués hablado en Brasil. ¿Qué consecuencias tuvieron los caminos y desvíos promovidos por la recepción de la obra de Freud en cada una de esas lenguas y culturas, y cómo éstas se influenciaron mutuamente en la recepción del autor en Europa occidental y en América?

Al dirigir actualmente una nueva colección de libros de Freud en Brasil, en colabo-

* Profesor del Área de Alemán - Lengua, Literatura y Traducción de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de San Pablo. Psicoanalista, profesor de psicología, escritor.

ración con el también psicoanalista Gilson Iannini –las *Obras incompletas de Sigmund Freud* (Iannini, 2013-2015)–, me gustaría dar cuenta aquí de los puntos terminales de ese “circuito de lenguas”, el alemán de Freud y el portugués hacia el cual volcamos su obra, sin dejar de lado las contribuciones fundamentales de las otras tres lenguas que influenciaron cabalmente la recepción de Freud en Occidente. Cronológicamente, comenzamos por el inglés de Ernest Jones, gran político del psicoanálisis después de la muerte de Freud, así como James Strachey, especie de “San Jerónimo” de la obra freudiana, con su criteriosa traducción y elaboración de la *Standard edition* (Strachey, 1953-1974). En paralelo, pero con una repercusión posterior en América del Sur, tenemos el francés de pioneros tales como Marie Bonaparte y, posteriormente, del gran responsable del retorno al alemán de Freud, Jacques Lacan, sin olvidar a los lexicógrafos del psicoanálisis: Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis, de los cuales el primero ocupa un lugar central entre los traductores franceses. *Last but not least*, como los brasileños se mantuvieron durante el siglo XX a merced de traducciones indirectas, hechas a partir del inglés y del francés y de calidad bastante cuestionable, les fue fundamental el recurso de la lectura de los textos fundadores a partir de una de las dos grandes traducciones de Freud a la lengua hermana: el español, tanto en la edición española de Ballesteros como en la argentina de Etcheverry.

Actualmente, aunque con un siglo de retraso, se ofrecen simultáneamente al lector brasileño nuevas versiones de la obra de Freud, y esta vez son, finalmente, traducciones directas de la lengua fuente. A los que se interesen en el análisis de esas traducciones los remito a mi libro *Versões de Freud* (Tavares, 2011).

Por un largo período, los lectores de Freud en Brasil quedaron a merced de ciertas concepciones de lecturas extranjerías a partir de versiones indirectas. Muy emblemático fue lo ocurrido con la *Edição standard brasileira* de la editora Imago (Strachey, 2009). Más allá de las múltiples críticas, sobre todo las de Marilene Carone (1989) por los recurrentes errores en la traducción del inglés de James Stra-

chey al portugués, también es cierto que la traducción inglesa presentaba a Freud desde un perfil excesivamente médico-biológico, además de atenuar mucho del vigor y de las cualidades estéticas del estilo freudiano, transformando su prosa en algo más mecánico y, por lo tanto, más asimilable al discurso científico difundido en lengua inglesa. En el caso de la terminología, se utilizaban neologismos amparados en las lenguas clásicas (griego y latín) para traducir palabras cotidianas del alemán. Así, el Yo (*Ich*) freudiano se transformó en el Ego, y los actos fallidos (*Fehlleistungen*), en *parapraxias*. En cuanto a la sintaxis, el tiempo presente en la descripción de los sueños pasó a un distante pasado.

Para remediar tales problemas, los brasileños optaron por leer la edición traducida del inglés con la ayuda de un diccionario producido en lengua francesa (!), el *Vocabulário da psicanálise*, elaborado por Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis (1999), de quienes el primero es uno de los coordinadores de la más difundida traducción francesa de sus obras. Si es verdad que el referido léxico resolvía muchos de los problemas acarreados por la lectura biologizante difundida en lengua inglesa, tampoco estaba libre de otra tendenciosidad: la de aproximar a Freud al vocabulario filosófico difundido en Francia en la época de su producción. De este modo, el vocablo *Angst* (miedo/ansiedad/angustia), por ejemplo, pasó a ser leído invariablemente como un único concepto, con el sentido aparentemente inequívoco de *angustia*. Además de eso, la traducción excesivamente preocupada por la “fidelidad” al autor, hizo que el lector francés echara de menos sus construcciones lingüísticas no adaptadas y traducidas muchas veces al pie de la letra.

Fatalmente, la traducción de Freud, autor tan multifacético, ha tendido siempre a privilegiar un recorte en la recepción: el teórico-clínico, el médico-científico, el filosófico-epistemológico, el literario-ensayista, etc. La mejor traducción será, para el lector, aquella que más se aproxime a la propuesta que él cree que es fundamental para su recepción del autor. La traducción coordinada por Paulo César de Souza para la Cia. das Letras, por ejemplo, como el propio traductor dejó en claro (Tavares, 2011),

presenta a Freud como un importante nombre de la cultura y la expresión literaria alemana, no siempre tomando en cuenta las discusiones promovidas por los psicoanalistas.

Si Freud tiene, en el alemán, una escritura cristalina y de fácil acceso, irónicamente su maestría con el lenguaje y el sagaz uso de sus potencialidades supusieron a sus traductores peculiares dificultades para trasladar a los lectores de otras lenguas la combinación del rigor conceptual con la habilidad casi poética de un talentoso prosador. Específicamente, en nuestra propuesta de traducción para las *Obras incompletas de Sigmund Freud* optamos por dirigirnos preferentemente a los psicoanalistas y lectores de Freud comprometidos con la precisión en el tratamiento de su vocabulario. De este modo, frente a la necesidad de optar entre la belleza y el rigor, la opción se hizo por lo segundo. De hecho, este autor, en forma sorprendente para su época y medios de expresión, siempre percibió a la estética no como enemiga, sino como aliada de la razón para la construcción de su obra escrita. He aquí una propuesta de difícil traducción.

Referencias

Carone, M. (1989). Freud em português: Uma tradução selvagem. En P. C. de Souza (Ed.), *Sigmund Freud e o gabinete do Dr. Lacan*. São Paulo: Brasiliense. (Trabajo original publicado en 1985)

Freud, S. (1996a). Die traumdeutung. En S. Freud, *Gesammelte werke. Chronologisch geordnet*. Frankfurt am Main: Fischer Verlag. (Trabajo original publicado en 1900)

Freud, S. (1996b). Der witz und seine beziehung zum unbewussten. En S. Freud, *Gesammelte werke. Chronologisch geordnet*. Frankfurt am Main: Fischer Verlag. (Trabajo original publicado en 1905)

Freud, S. (1996c). Zur psychopathologie des alltagslebens. En S. Freud, *Gesammelte werke. Chronologisch geordnet*. Frankfurt am Main: Fischer Verlag. (Trabajo original publicado en 1901)

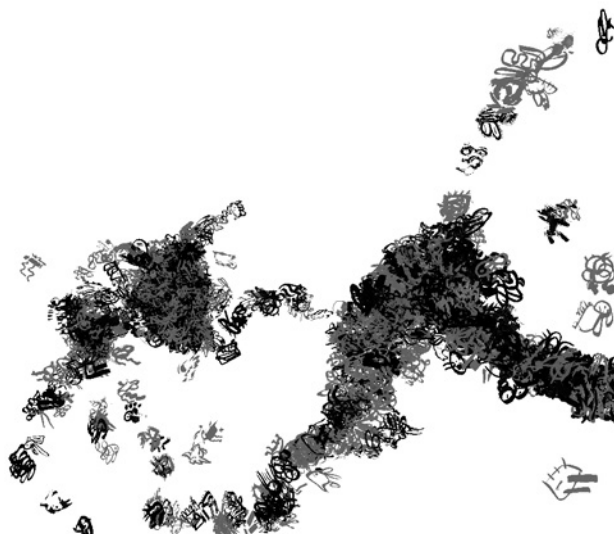
Iannini, G. (Ed.) (2013-2015). *Obras incompletas de Sigmund Freud*. Belo Horizonte: Autêntica.

Laplanche, J., & Pontalis, J. B. (1999). *Vocabulário da psicanálise*. (Trad. Pedro Tamen). São Paulo: Martins Fontes.

Strachey, J. (Ed.). (1953-1974). *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (Vols. 1-24). London: The Hogarth Press & The Institute of Psycho-Analysis.

Strachey, J. (Ed.). (2009). *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (Vols. 1-24). Rio de Janeiro: Imago.

Tavares, P. H. (2011). *Versões de Freud – Breve panorama crítico das traduções de sua obra*. Rio de Janeiro: 7Letras.



El viento de la derrota - A propósito de la traducción

Gastón Sironi*

*El traductor al japonés pregunta
¿japonés es la persona o el idioma?
(...) el traductor al japonés pregunta
¿hablar sobre el mar es
pararse sobre las olas?
Jorge Perednik (2012), Ensayos
sobre la traducción*

En el delta etimológico de la palabra *traducir* confluyen ríos varios: *conducir, trasladar, hacer cruzar o pasar de un lado a otro*. La idea de viaje está en esos orígenes: alguien que viaja y encuentra a un otro que habla en otra lengua, en otra melodía. Si en el mar de las palabras es arduo encontrar las que expresan lo preciso -lo justo, y también lo necesario-, las que *nos dicen*; si es difícil hacernos comprender en nuestra propia lengua, ¿cómo hacerlo con el extranjero?

La traducción es un eterno trasiego: llevar y traer versiones, girar, tornar, volver. Hacer cruzar la vida (la escritura de la vida) a través del tiempo y el espacio.

La travesía de esa navegación, cuya singlatura recibe el nombre de derrota, es un viaje interminable que encuentra viento en la insatisfacción: ¿cuándo logramos decir lo que queremos decir? “Yo no encuentro: ¡busco!”, invocaba Lacan (citado por Meschonnic, 2009) a Picasso, invirtiendo -traduciendo- su frase. “Más que capturar el objeto lo estamos perdiendo siem-

pre, como a todo objeto que se ofrece a nuestro deseo”, dice Susana Romano en *Consuelo de lenguaje* (2005). Deseo y pérdida, búsqueda y nostalgia: se llega a puerto, y ya en el muelle el destino parece diferente del buscado. Junto con la imposibilidad de equivalencia llega la angustia de la decisión, el inasible océano de la libertad.

Y sin embargo viajamos, y sin embargo traducimos.

La traducción en psicoanálisis es un viaje dentro del viaje. A un reino del lenguaje. A un reino donde el lenguaje es rey, y súbdito, y ley. Interpretar es traducir. Comprender es traducir, decía Steiner (1975/1995) en *Después de Babel*.

Paul Ricoeur (2005) compara el trabajo del recuerdo y el del duelo con la tarea del traductor: “El frente doble de una resistencia doble, que procede tanto de la lengua de origen como de la de llegada”. Sumergirse en la memoria de la propia lengua para abordar un texto en otra. Y traerlo a la nuestra, sabiendo que habrá angustia y pérdida. Pero también ganancia: la propia lengua se enriquece en el hospedaje de la ajena. Y seguirá enriqueciéndose, cuando alguien proponga otra versión, en otro tiempo, en otro espacio aun dentro de una misma lengua. Borges (1932/2011) lo asienta con nitidez en “Las versiones homéricas”: “El concepto de texto definitivo no corresponde sino a la religión o al cansancio”. También al *copyright*, si pensamos en las traducciones “autorizadas” de los seminarios de Jacques Lacan. Pero nada en la lengua es estable, no puede “establecerse”: “Un idioma es una entidad en permanente movimiento, en permanente transformación, es una inmensidad, es un río. Imposible detenerlo”, dice María Teresa Andruetto (2013). Siempre puede haber otras versiones, otros viajes. Porque las traducciones *envejecen*, como postula Umberto Eco (2003/2008), en cuyo apellido parece cifrarse una teoría de la traducción. El alemán de Freud es siempre el mismo, pero el río del español siguió corriendo después de López-Ballesteros y de Etcheverry. En el *establishment* teórico y académico se naturaliza el texto traducido, en un borramiento del proceso de traducción que genera

* Dirige el sello independiente Viento de Fondo (www.vientodefondo.com), con el que ha obtenido en tres oportunidades el Premio Alberto Burnichón al libro mejor editado en Córdoba.

la ilusión de estar leyendo a Freud, a Lacan (piénsese, por ejemplo, por qué “Etcheverry” es menos visible que “Amorrortu”).

Porque cambia la representación del lenguaje, porque cambia también su escucha, es que se retraduce a Shakespeare, a Cervantes. Entonces, ¿qué con Freud, con Lacan?

Entonces: seguir traduciéndolos. Hoy, y también mañana, desde Córdoba o Porto Alegre o Tacuarembó. Desde el margen, con irreverencia ante el canon, como provocaba Borges. Un trabajo de escritura de un texto nuevo, aquí y ahora, a partir de otro escrito en otra lengua, *allá lejos y hace tiempo*, parafraseando a Guillermo Enrique (¿o William Henry?) Hudson (1918/1953).

Si toda navegación es derrota, es también un nuevo comienzo, un mejor fracaso, el hallazgo de una pista para un nuevo hallazgo: “Los mejores traductores logran lo que la obra de arte: encontrar ante una imposibilidad una salida deslumbrante que no la resuelve”, dice Jorge Santiago Perednik (2012). Ante el río en bruma, ante la distancia que nunca será igual a cero, la poeta y traductora uruguaya Circe Maia (2013) propone “acercarnos, hacer un eco. Siempre es mejor ver una ciudad lejana a través de mucha niebla que no verla. Por lo menos la vemos venir naciendo, nos acercamos”.

En castellano medieval se empleaba el término *trujamán*, de origen árabe, para referirse tanto al traductor como al intérprete. Traducción y psicoanálisis se anudan en la interpretación: un traslado de sí a otro para escucharse, en el mar de la transferencia, palabra donde también resuenan los orígenes de la traducción. Una traducción de la escucha. “Interpretar es traducir. Aun en una misma lengua. Porque la traducción es un problema del lenguaje, no de la lengua”, sostiene Meschonnic (2009).

Recuerda Monica Horovitz (2015) en este mismo número de *Calibán*: “Hablamos para encontrar sentido y para darlo. Somos traductores permanentes, fracasando siempre frente a lo intraducible pero sin perder la esperanza de ser comprendidos” (abro un largo paréntesis, que vuelve sobre la invisibilidad del fenómeno: cito a Horovitz según mi traducción/interpretación de su francés, que a la vez es su segunda lengua; digamos una primera

versión, en la que las comillas no deben implicar “Monica Horovitz dice”, como si fuera una transcripción, sino “ésta es mi versión de 2015 en el castellano de Córdoba, Argentina, de lo que Monica Horovitz escribió en francés en París el mismo año”).

La traducción tiene que ver con la lectura, es decir, con la escucha. Por eso una palabra es una voz. Con ella se las verán el traductor y el analista. Aquél, trasegando sentidos y sonidos, giros, rimas y métricas, músicas y grafías. Éste, escudriñando sueños y lapsus, asociaciones libres y recuerdos reprimidos. Ambos con las palabras, las voces.

Para terminar, una versión de “Liminaire”, del poeta quebequense Gaston Miron (1970/1998), que tal vez nos hable de este viaje sin fin:

Hice desde más lejos que
yo un viaje delirante
hace tiempo que no volvía a verme
aquí estoy en mí como un
hombre en una casa
que se ha hecho en su ausencia
yo te saludo, silencio
no he vuelto por volver
llegué a aquello que comienza.

Referencias

- Andruetto, M. T. (2013). En busca de una lengua no escuchada todavía. Trabajo presentado en el II Congreso iberoamericano de lengua y literatura infantil y juvenil, Bogotá.
- Borges, J. L. (2011). Las versiones homéricas. En J. L. Borges, *Obras completas*. Buenos Aires: Sudamericana. (Trabajo original publicado en 1932)
- Eco, U. (2008). *Decir casi lo mismo. Experiencias de traducción* (Trad. Helena Lozano Miralles). Barcelona: Lumen. (Trabajo original publicado en 2003)
- Horovitz, M. (2015). El viaje a través de las lenguas: un faro al otro. *Calibán - Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, 13(1).
- Hudson, G. E. (1953). *Allá lejos y hace tiempo*. Lima: Ediciones Pederal. (Trabajo original publicado en 1918)
- Maia, C. (2013). *La pesadora de perlas. Obra poética y conversaciones con María Teresa Andruetto*. Córdoba: Viento de Fondo.
- Meschonnic, H. (2009). *Ética y política del traducir* (Trad. Hugo Savino). Buenos Aires: Leviatán.
- Miron, G. (1998). *Liminaire*. En G. Miron, *L'Homme rapaillé*. Montreal: Typo. (Trabajo original publicado en 1970)
- Perednik, J. S. (2012). *Ensayos sobre la traducción*. Buenos Aires: Descierto.
- Ricoeur, P. (2005). *Sobre la traducción* (Trad. Patricia Willson). Buenos Aires: Paidós.
- Romano Sued, S. (2005). *Consuelo de lenguaje. Problemáticas de traducción*. Córdoba: Ferreyra Editor.
- Steiner, G. (1995). *Después de Babel*. México: Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1975)

La importancia de las traducciones

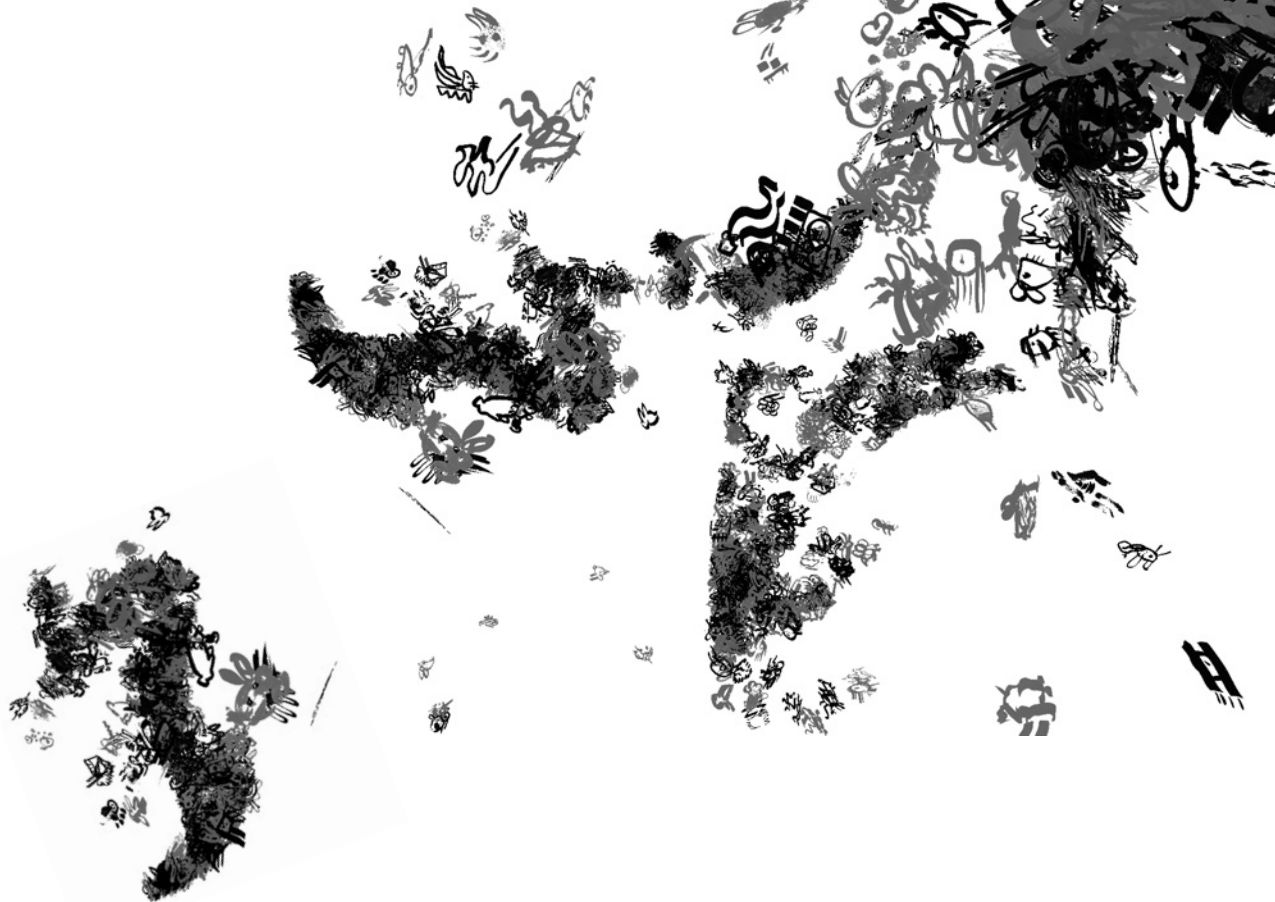
Steve Ellman*

Había escrito previamente (Ellman, 2010) que el psicoanálisis ha llegado a una época en la que como mejor se lo concibe es como una torre de Babel invertida. En el Antiguo Testamento, la cantidad de lenguajes que creó Dios causó una gran confusión. En el nuevo testamento del psicoanálisis usamos el mismo lenguaje y, no obstante, suele haber confusiones frecuentemente. No queda claro si, al utilizar el mismo término, los autores con distintas perspectivas teóricas se están refiriendo al mismo concepto. Esto pone de manifiesto la dificultad que acarrea la traducción de conceptos entre una perspectiva y otra. Esta nueva torre de Babel puede entorsearse como la dificultad o la imposibilidad de comunicarse, o como precursora del desarrollo de nuevos conceptos teóricos y formas de describir la experiencia clínica. La pregunta que aquí se formula es: ¿cuáles son las condiciones necesarias para llevar a cabo una traducción adecuada de una teoría a otra, y cuáles son las condiciones necesarias para traducir a través de las fronteras culturales y lingüísticas?

Como lo han afirmado varios autores, la traducción es interpretación; cuando el psicoanalista adecúa los conceptos de otro analista a su propio lenguaje, se llevan a cabo una traducción y una interpretación. En una sociedad monolingüe, el ejercicio de traducir

* Profesor de la Escuela de Posgrado en la City University de Nueva York (CUNY).





debería contemplarse siempre como crucial y urgente. El peligro recae en que este tipo de sociedad puede llegar a aislarse y a rechazar de manera implícita las traducciones debido a los peligros que entrañan otras perspectivas.

Antes de profundizar en las complejidades de la traducción quisiera comentarles una experiencia que tuve en Ciudad de México cuando invité al Dr. Bolognini a hablar sobre la obra del Dr. Sheldon Bach (2006). A pesar de que la presentación realizada por Bach fue excelente, la traducción que de su obra hizo Bolognini fue la parte clave del panel. Bach llevó a cabo una explicación cuidadosa pero, en adición, Bolognini tradujo la obra al enmarcar los conceptos utilizados por Bach en la perspectiva de los italianos. No me corresponde ahora discutir los conceptos iluminadores de Bach que nos ayudan a entender los estados narcisistas, ya que el punto que quiero resaltar es que la ponencia de Bolognini se constituyó como el primer paso de una excelente labor de traducción. Bolognini adecuó estos conceptos para reforzar y ampliar la obra de Bach, lo que corresponde, en efecto, al segundo paso de la

labor de la traducción. Y con este resultado se imprime un mayor valor al esfuerzo que hizo al haber realizado la traducción: demostró el valor simbólico de los conceptos de Bach y su posible correlación con otras perspectivas teóricas. Por ende, se puede concluir que una buena traducción de la teoría comprende una explicación cuidadosa de ella y, aun más relevante, la tentativa de vincular los conceptos, bien sea al integrarlos o al plantearlos como perspectivas alternativas. Así las cosas, una manera de evaluar el valor simbólico de un concepto puede darse a partir del grado de vinculación que de este se desprenda.

Permítanme remitirme a continuación a otra experiencia significativa: Albert Mason, Elizabeth Spillius, Judy Chused y yo formamos parte de un panel cuyo objetivo consistía en comparar los conceptos freudianos y kleinianos (en la Conferencia IPTAR - Instituto para el Entrenamiento y la Investigación Psicoanalítica, en 2004, en Nueva York). Nos conocimos en el año 2004, y en este encuentro se despertó un interés por comparar los distintos puntos de vista que cada uno de nosotros tenía. Una de

las inquietudes que teníamos estaba relacionada con los tiempos en los que se llevan a cabo las interpretaciones y, quizá todavía más importante, con los criterios bajo los cuales se interpreta el material inconsciente. Parecía haber pocos puntos de convergencia, hasta que nos topamos con un artículo de Ron Britton. Britton (1997) escribió acerca de una paciente que no toleraba los esfuerzos de interpretación de su analista. Cuando Britton dejó de interpretar, la paciente le expresó con sensibilidad y vehemencia: “Deja tu puta pensadera”. La paciente no podía tolerar al otro en la situación analítica; necesitaba que Britton se limitara a recibir sus experiencias tortuosas. Cuando este intervenía, solo podía reflejar los estados de ánimo de la paciente. En la conferencia de 2004, Spillius habló de la contribución de Britton como un avance significativo en el pensamiento analítico, mientras que los demás habíamos creído que Britton estaba respondiendo a estados sobre los que varios analistas de los Estados Unidos (Kohut, Bach, Ellman, etc.) habían escrito en términos similares. De hecho (quizá a excepción de Rosenfeld), era como si un grupo no estuviera al tanto o no le diera relevancia a las experiencias clínicas con que frecuentemente se encontraba sino que escribía acerca del tipo de experiencia que Britton (1997) describió con elocuencia. Gradualmente, su experiencia nos llevó a pensar en la manera en que ciertos aspectos del pensamiento de Bion podrían traducirse a conceptos clínicos desarrollados por otros autores que habían escrito antes sobre experiencias similares. Mi concepto de *confianza analítica* fue un intento de traducir traspasando las fronteras teóricas de Bion y de Freud. También he notado que la teoría de Cassirer (1944) sobre el movimiento del signo al símbolo es un modelo teórico que puede dar cuenta de la perspectiva de Bion sobre el movimiento de beta a los elementos de alfa (Bion, 1962/1967).

Ahora quisiera agregar algo sobre el significado tradicional del término *traducción*. El hecho de escribir como miembro de una cultura mayoritariamente monolingüe debería indicar o hacer explícita la necesidad de un mayor número de traducciones. Sin embargo, lo que quiero señalar es que lo que se ha desarrollado es una cuasi dificultad de aceptar a ese otro (por supuesto, a excepción de Freud)

que emana de otra cultura. Es como si se pusiera en evidencia la vulnerabilidad narcisista que se desprende de acoger las perspectivas de otra cultura. Me gustaría que este no fuera el panorama de lo que sucede en los Estados Unidos, pero también creo que se darán cambios en el tiempo sin duda alguna. En parte, podemos superar nuestra inhabilidad monolingüe si hacemos un esfuerzo considerable por entender a fondo la cultura de donde viene una obra y por alentar al traductor a comprender la historia y el contexto de lo que traduce. Asimismo, podríamos hallarle un lugar a los conceptos nuevos dentro de nuestras perspectivas teóricas y, cuando se considere apropiado, aventurarse incluso a desarrollar nuevas avenidas teóricas.

Para resumir este breve escrito, recalco que un buen trabajo de traducción requiere de alguien capaz de procurar una explicación en profundidad, pero también de sacar a la luz los vínculos con los que el lector puede llegar a contextualizarse acerca de la obra traducida. Este es un proceso que se basa en etapas, por lo que suele ser complicado dar cuenta de las dos etapas en una sola traducción. Además, una buena traducción también requiere de una audiencia receptiva y activa de la que surjan tentativas de asociación entre los conceptos traducidos y aquellos que le son más familiares y que se han desarrollado *in situ*. Queda claro a partir del impulso generado por los editores de esta revista que necesitamos contar con más traducciones entre nuestras sociedades diversas.

Referencias

- Bach, S. (2006). *Getting from here to there: Analytic love, analytic process*. New Jersey: The Analytic Press.
- Bion, W. R. (1967). A theory of thinking. En W. R. Bion, *Second thoughts: Selected papers on psychoanalysis* (pp. 110-119). London: Heinemann. (Trabajo original publicado en 1962)
- Britton, R. (1997). The missing link: parental sexuality in the Oedipus complex. En R. Schafer (Ed.), *The London Kleinians* (pp. 242-259). Madison: International Universities Press.
- Cassirer, E. (1944). *An essay on man*. New Haven: Yale University Press.
- Ellman, S. (2010). *When theories touch: A theoretical and historical integration of psychoanalytic concepts*. London: Karnac.

Ilustraciones en esta sección: Adriana Bustos

Imago Mundi (2012-2015) es un proyecto en el que se traslada al formalismo de representación que ofrecen los mapas geográficos, datos asociadas a los modos que a lo largo de la historia del pensamiento se ha intentado representar el mundo. Es una herramienta visual que permite ordenar información de manera singular, para proponer nuevas y posibles relaciones entre un evento y otro.

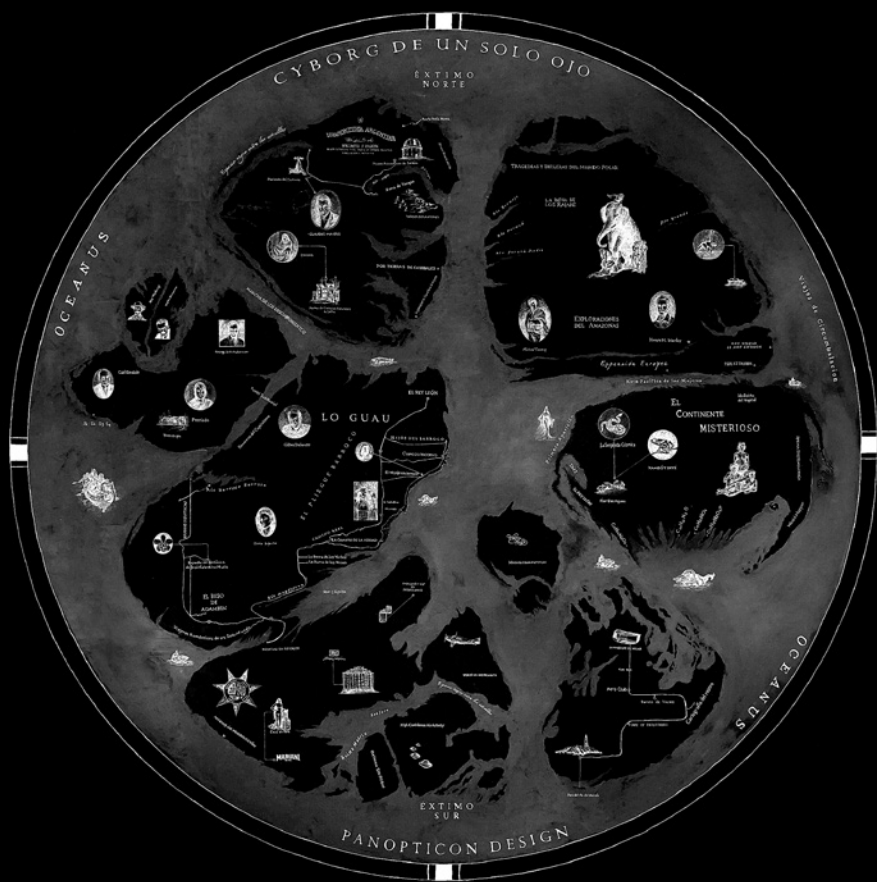
Imago Mundi XI. Wheel Map, 2012. Acrílico y graffito sobre tela, 340 x 300 cm. Pag. 159

Imago Mundi VII-Independent Thinkers, 2014. Acrílico , graffito y plata sobre tela. 200 x 200 cm (fragmentos)

La Ruta de Claudia. Graphite on canvas. 140 x 210 cm. (fragmentos);
Mapa Fluvial, 2014. Acrílico y graffito sobre tela. 40 x 600 cm.
Pag. 164,165,166.

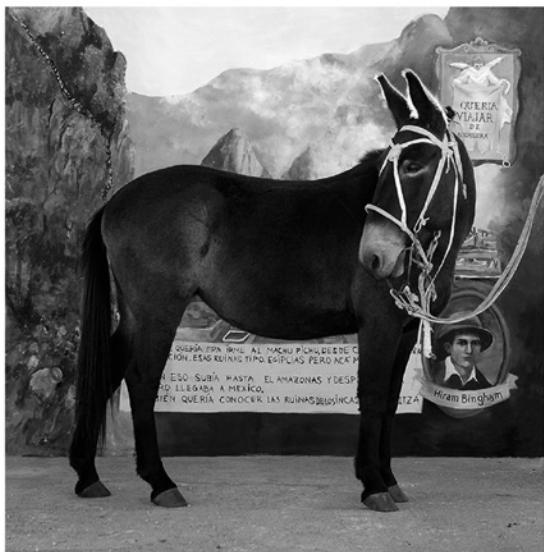
World Mapper. Graphite on canvas. 360 x 140 cm. (fragmentos).

Imago Mundi XIV- Positivismo – Magico. 2015. Acrílico, graffito y cobre sobre tela. 260 x 180 cm. Pag. 170



Dossier Pensar América Latina

¿América Latina? Nosotros y *nós*, los otros



Adriana Bustos

Fátima y su Ilusión, fotografía. 250 x 125 cm.

América, la nueva tierra descubierta, pobló la fantasía de Europa desde un imaginario cargado de expectativas, fomentado después por los relatos de los descubridores y, más tarde, por los viajeros que se perdían en sus geografías. Sus riquezas y su fertilidad ya se vislumbraban en la carta de Colón, cuando decía del descubrimiento:

Descubrí que el mundo no es redondo de la manera en que lo he descrito, sino que tiene la forma de una pera (...), algo así como una teta de mujer (...). Estoy convencido de que éste es el paraíso terrestre, al cual nadie puede llegar si no es por voluntad divina. (Colón, 1498).

Conocemos bien la riqueza de las fantasías que impregnan la imagen de una “teta de mu-

jer”. También los seres encontrados en este paraíso –descritos como libres, ingenuos en sus misterios– fascinan a los descubridores:

Su piel es parda y algo rojiza. Tienen buen rostro y nariz, y están bien hechos. Andan desnudos, sin que nada cubra sus cuerpos (...) y son igual de inocentes en eso como cuando muestran su rostro... (Caminha, 1500).

Así, entre los europeos que llegaron, los indígenas que ya estaban aquí y los negros que fueron traídos, se creó un mundo de pueblos con algunas semejanzas y muchas diferencias.

Las características que componen la identidad de un pueblo pueden ser investigadas y descritas de varias maneras. Una de ellas, la que se destaca a simple vista, es el color de su piel. En América tenemos allí un universo.

* Sociedade Brasileira de Psicanálise de São Paulo.

En este sentido, “¿cuál es su color?” fue la pregunta, hasta entonces inédita, formulada en el censo realizado por el Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE) en 1976. No era imaginable que las respuestas fueran más insólitas aún que la propia pregunta: 136 términos para denominar el color de la piel que se atribuían los entrevistados. La creatividad de las respuestas –algunas no exentas de humor– no logra enmascarar la herida que se abre al hablar del color de la propia piel, en un país que se dice mulato pero que querría ser blanco. La paleta de colores surgida revela lo subjetivo del tema, lo cual resuena en el trabajo de la artista plástica brasileña Adriana Varejão. “Pouco clara”, “encerada”, “morena bem chegada”, “retinta”, “cor de cuiá”, “fogoio” y “burro-quando-foge”¹ son algunas de las respuestas para las cuales Adriana desplegó distintos tonos de pintura al óleo que, dispuestos en tubos en una caja, componen el trabajo *Tintas Polvo*. Como tantas veces sucede, los artistas nos muestran en forma indirecta lo que no vemos o evitamos ver con claridad.

¿Con cuántos términos designaríamos (cuántos tubos de pintura al óleo serían necesarios para expresar) todos los matices de tonos de piel de los pueblos que habitan América Latina?

Pero no es solo en el color de la piel que se constata la diversidad del continente. Esta diversidad proporciona innumerables visiones y abordajes, algunos de los cuales buscamos explorar y conocer con los artículos de este Dossier.

Las proximidades y distancias entre los países que aquí se fueron conformando pueden ser ya percibidas en las palabras que Pedro Juan Vignale (1926) escribió a Mário de Andrade en su carta del 4 de octubre de 1926, en la que se refería a los habitantes del espacio geográfico denominado América Latina: “¡Vivimos muy cerca los unos de los otros, pero nos desconocemos de manera fabulosa!”.

En ese sentido, en el texto de Fernanda Peixoto, “Brasil y Nuestra América”, la autora destaca la posición ambigua de Brasil en América Latina: aun formando parte del

continente, permanece distanciado de él en varios aspectos, que no son solo lingüísticos. América, esa que es latina por el origen de las lenguas que la pueblan y que surge en oposición a la otra América, está compuesta por países de culturas diferentes y que se conocen bastante poco entre sí. Los primeros registros que se tienen de su nombre –“Latina”– datan del siglo XIX, cuando Napoleón III utiliza esta expresión para, por medio de la ideología de la latinidad, asegurar el dominio de México y de otros países de habla latina, evitando que caigan en las redes del poder anglosajón.

Fue también así cantada por José María Torres Caicedo (1857) en el poema “Las dos Américas”, tal como escribe Gabriela Pellegrino en su artículo. A partir de la idea de la denominación de este espacio físico, la autora delinea aspectos fundamentales de la formación de las identidades de América Latina. Más allá del nombre, ¿es posible hablar de una unidad continental latinoamericana en términos culturales? ¿Constituiría ello una identidad? ¿Permitirá este origen común –colonial ibérico– establecer proximidades culturales? Son muchos los interrogantes que se imponen, y tal vez pocas las respuestas que se puedan encontrar.

Preguntas sin respuesta, siguiendo a Laura Hosiasson, tomadas desde el punto de vista de la literatura latinoamericana. La autora destaca la riqueza que surge de una literatura “fragmentaria”, no uniforme, con muchas diferencias, tanto en el idioma portugués como en el castellano –y, en este caso, con muchos matices regionales, aunque con una lengua común–. En su multiplicidad, una literatura “sin una línea que la atravesara ni que pretendiera traducir el continente a un *mainstream*”.

Considerando los conceptos de identidad y alteridad, tan caros al psicoanálisis, y aceptando la idea de que el reconocimiento de la identidad viene a través del otro, podemos leer en Tzvetan Todorov (1982) que es el descubrimiento de América lo que funda “nuestra identidad” –pero allí “nuestra” es con respecto a Europa–. ¿Fundaría también el “de noso-

1. Nota del traductor: los diferentes tonos de color mencionados, en una traducción aproximada, serían “poco clara”, “encerada”, “morena bronceada”, “retinta”, “color de calabaza”, “color fuego”, “beige”.

tros”, los otros, o de *nós* latinoamericanos? En ese libro sobre la conquista de América, Todorov observa que Colón atraviesa el Océano Atlántico y cree haber descubierto al “hombre tal como es”, simple y natural. El buen salvaje de Rousseau. El primitivo que, por su obstinada vocación de felicidad, se opuso a la dominación sesuda de teólogos y profesores. Es esto lo que Colón vio en el pueblo que encuentra en América.

Ciertamente, después de que se tranquilizaban y perdían el miedo, eran tan sin malicia y tan liberales con lo que tenían, que no se lo creería si no se lo viera. De las cosas que tienen, al pedirselas, jamás dicen que no; al contrario, convidan a la persona y demuestran tanto amor que darían sus propios corazones; ya sea algo de valor o algo de poco precio, se les cambia por cualquier cosita y ellos se van felices. (Colón, 1493).

A ese pueblo autóctono “feliz” se impuso una colonización que, más que sensata, fue en verdad triste y mortífera, y supuso la pérdida de su propia cultura. Iglesia y desterrados, cristianos nuevos y exiliados, tanto españoles como portugueses, fueron los colonizadores que, al llegar, se sumaron a las muchas civilizaciones ya existentes. Más tarde, los barcos negreros cuentan otra infeliz historia. Y también de esas historias traumáticas, masacre de los indígenas y esclavitud impuesta a los pueblos africanos, se compone el “color” de los muchos colores de una América Latina fragmentada en identidades que crean fronteras.

Pero, más allá de las visibles fronteras históricas, geográficas, lingüísticas, ¿qué otras fronteras invisibles existen entre los países latinoamericanos? ¿Y qué intercambio de producciones culturales facilitan o dificultan tales fronteras? La proximidad geográfica existente entre los países que integran este espacio físico es insuficiente para que se pueda hablar de una cultura latinoamericana.

La identidad cultural de esos jóvenes países de América Latina se fue conformando, y continúa haciéndolo, como proceso complejo que implica, por un lado, una ambigüedad entre la negación o la supresión de los orígenes



nes “salvajes” y su exaltación, y, por otro, una eterna filiación a los viejos y “sabios” países de Europa, más exactamente, a los colonizadores, España y Portugal, así como a la siempre soñada e idealizada Francia. Luego de las guerras por la independencia, resta todavía la dependencia económica y, más aún, la dependencia cultural, puesto que la cultura y las propias lenguas que subsistieron fueron las del colonizador. El otro del cual nos queríamos liberar estaba enclavado en nosotros, tal como lo leemos en dos importantes autores latinoamericanos: Borges (1983) y Mário de Andrade (1930/1987). El primero se siente “un europeo nacido en el exilio” y el segundo se percibe como un blanco: “fatalmente un ser de mundos que nunca vi”.

En este panorama surgirán los movimientos de vanguardia del siglo XX en algunos países latinoamericanos, en busca de una cultura propia, tal como la “antropofagia” acuñada por Oswald de Andrade en Brasil. Esa búsqueda se da en movimientos

paradojales, no armónicos, que se alimentan de la cultura de la “metrópolis” al mismo tiempo que se oponen a ella, por valorizar la cultura de los llamados pueblos primitivos. Movimientos que, a su vez, se realizan de diferente forma en cada región.

Estas cuestiones se hacen presentes aún en el siglo XXI. En su artículo para este *Dossier*, Rodrigo Cañete, en forma bastante polémica, escribe “El arte de Argentina y Brasil: Poniendo lo bajo sobre lo alto”. A partir del análisis de algunas obras de arte de determinados artistas, hace observaciones sobre el arte contemporáneo de los dos países, para discutir hasta qué punto el “norte” aún lo influencia.

Los movimientos políticos, económicos, lingüísticos y culturales posteriores a la formación de los Estados nacionales, las culturas individualistas y globalizadas que nos atraviesan actualmente, componen un panorama multifacético que vuelve cada vez más compleja la red formada por los países latinoamericanos. Es lo que nos muestra Jorge Lanzaro desde el inicio de su texto. Dice: “Al despuntar el siglo XXI, América Latina muestra un panorama político novedoso. (...) la democracia se ha generalizado en casi todos los países de la región y los gobiernos surgen comúnmente de elecciones libres”. Siguiendo su análisis, Lanzaro progresivamente va demarcando las diferentes formas en que cada país crea y vive los gobiernos democráticos que, a su vez, “son de distinta calidad y de distinto tipo”.

Al forjar un camino propio en 500 años de existencia, nosotros, los habitantes de los países que integran el constructo que es América Latina, esa idea creada por el Otro, seguimos aún siendo desconocidos por nosotros mismos y para nosotros mismos. Para ello, en la tentativa de dejar de vernos tan solo desde la mirada del Otro, pero sin querer tampoco ser proyecto de un deseo hegemónico proveniente de afuera, se formula nuestra interrogación: ¿América Latina? Nosotros y nós, los otros.

Como psicoanalistas que somos, vislumbramos de manera específica las cuestiones que se nos presentan, así como el físico o el sociólogo observan los hechos del mundo desde su propia perspectiva. Los textos que integran este *Dossier* fueron escritos por pensadores de diver-

sas áreas del conocimiento. Fernanda Peixoto, antropóloga, Gabriela Pellegrino, historiadora, Jorge Lanzaro, de las ciencias políticas, Laura Hosiasson, estudiosa de literatura, y Rodrigo Cañete, crítico de arte, se proponen pensar y explorar las semejanzas y diferencias que habitan y conforman los aspectos culturales de este “continente”. Y, como sugiere Fernanda Peixoto, no nos conformemos con la “constatación de semejanzas” sino que hagamos “de la diferencia el resorte propulsor de la reflexión”.

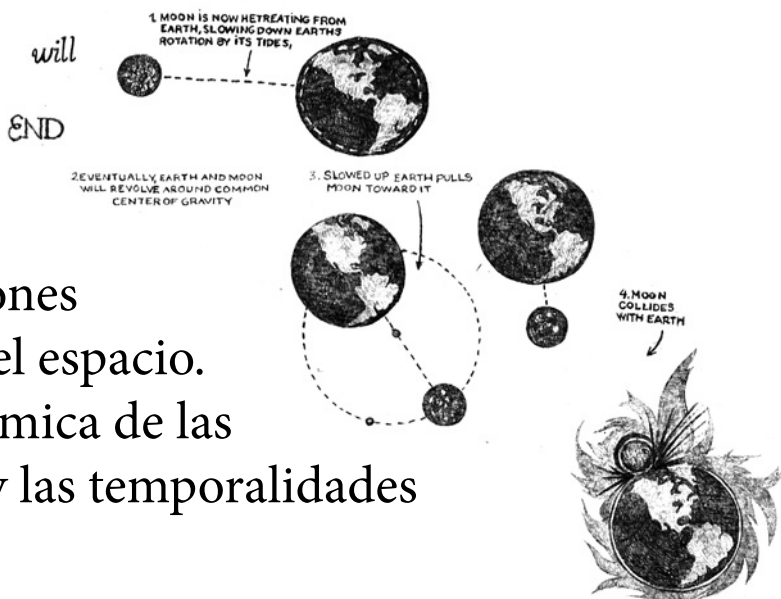
También el psicoanálisis desembarcó en América Latina desde Europa, y adquirió aquí nuevas características, nuevos y diferentes colores propios de cada región que alcanzó. Detengamos, entonces, nuestra mirada sobre estos textos para aprehender algo de lo que nos conforma y marca nuestra piel.

Referencias

- Andrade, M. De. (1987). Improvisado do mal da América. En D. Z. Manfio (Ed.), *Poesias completas* (p. 266). Belo Horizonte: Itatiaia-Edusp. Recuperado de <http://dx.doi.org/10.1590/S0103-40141997000200015> (Trabajo original publicado en 1930).
- Borges, J. L. (Enero, 1983). Discurso presentado en conferencia en el Collège de France, Paris. Publicado en *Número*, 12-15, Bogotá: 1995. Recuperado de <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/reale/conferencia-creacion-poetica.pdf>
- Caminha, P. V. De. (24 de abril de 1500). [Carta para el Rey de Portugal]. Recuperado de <http://coral.ufsm.br/roth/deliriusapresenta.htm>
- Colón, C. (15 de febrero de 1493). [Carta para el Rey de España]. Recuperado de <http://www.revistasamizdat.com/2009/10/carta-de-cristovao-colombo-anunciando-o.html>
- Colón, C. (31 de agosto de 1498). [Carta para los reyes de España]. Recuperado de <http://coral.ufsm.br/roth/deliriusapresenta.htm>
- Todorov, T. (1982). *A conquista da América: A questão do outro*. São Paulo: Martins Fontes.
- Torres Caicedo, J. M. (15 de febrero de 1857). Las dos Américas. *El correo de ultramar*.
- Vignale, P. J. (4 de octubre de 1926). [Carta para Mário de Andrade]. En P. M. Artundo (Ed.), *Correspondência. Mário de Andrade & escritores/artistas argentinos*. São Paulo: Edusp.



América Latina y las resignificaciones simbólicas del espacio. Entre la dinámica de las identidades y las temporalidades de la historia



América Latina es una noción consagrada entre las categorías que usamos cotidianamente para designar las regiones del mundo. Se refiere a la porción del continente americano situada al sur del Río Grande, en América del Norte, y que se extiende por América Central y del Sur. En este vasto espacio conviven sociedades con marcas históricas comunes, grosso modo: la conquista europea del territorio y de las poblaciones nativas, iniciada en el pasaje del siglo XV al XVI; la colonización por imperios ibéricos a lo largo de más de tres siglos; la incorporación, en diferentes escalas, del trabajo esclavo de origen africano; la independencia política y la construcción nacional a partir de la segunda o tercera década del siglo XIX; los intercambios culturales que en esa época se intensificaron, especialmente con Francia y, más tarde, con Estados Unidos; la efervescencia de las vanguardias artísticas entre 1920 y 1930; los embates en torno a la modernización económica, la democracia y los movimientos revolucionarios en el período de postguerra...

Por otro lado, el recorte espacial de América Latina, definido de esta forma, abriga

inmensos problemas y discontinuidades. Surinam y las Guayanas, por ejemplo, al norte de América del Sur, tuvieron una historia colonial y nacional bien diferente de la de sus vecinos luso o hispanoamericanos. Canadá, aun siendo en parte “latino”, es indiscutiblemente “americano” y no se encuadra como parte integrante de la región.

También el Caribe representa una frontera controversial: sus islas son frecuentemente asimiladas a las proyecciones que conforman América Latina, en detrimento de la diversidad de experiencias históricas y matrices lingüísticas que conviven en ellas. Entre los países notoriamente latinoamericanos, otras fronteras también se superponen a la “latinidad”: las fronteras de Iberoamérica, de Hispanoamérica, de América del Sur, de las regiones andina o amazónica, de los bloques económicos más circunscritos...

¿Cómo entendemos en primer lugar, entonces, que el término *América Latina* se haya podido afirmar y difundir?

El problema se remonta a mediados del siglo XIX y a las disputas políticas e ideológicas

* Profesora asociada del Departamento de Historia de la Universidad de San Pablo e investigadora del Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico en el área de Historia de América Latina.

que involucraron al continente americano, a aquella altura ya libre de la dominación colonial. No hay consenso con respecto a quién habría propuesto el concepto por primera vez. Por mucho tiempo su autoría fue atribuida a Michel Chevalier, intelectual, político, economista y explorador francés que, en su relato del viaje a los Estados Unidos, publicado en 1836, presentó la visión de que la historia del mundo occidental sería producto de enfrentamientos entre “civilizaciones” o “razas” latinas y anglosajonas (Chevalier, 1836). Los latinos, asociados al catolicismo; los anglosajones, al protestantismo. Para Chevalier, al ser Francia “la primera de las naciones latinas”, se debería transponer a América la defensa de las sociedades latinas que ya se realizaba en Europa.

Las ideas de Michel Chevalier ganaron fuerza durante el gobierno de Napoleón III, electo presidente de la República en 1848 y quien fundara, después del golpe del 18 de brumario, el llamado Segundo Imperio francés. Haciendo justicia al régimen *imperial*, Francia entonces se empeñó en expandir sus dominios a otras partes del mundo, para recuperar épocas áureas como la de la colonización de Haití. Uno de los embates en ese sentido fue la malograda invasión francesa de México, en 1863, que procuró abrir camino a la instauración del imperio de Maximiliano de Habsburgo. De la misma forma, otros estrategias franceses como Chevalier no escatimaron esfuerzos de persuasión para que Francia repitiera lo hecho con el Canal de Suez, ahora construyendo un canal interoceánico entre el Atlántico y el Pacífico, en algún punto de América Central. O sea, la noción de una América “Latina” capaz de hilvanar la historia de Francia con la de las sociedades del pasado colonial ibérico era conveniente para las pretensiones napoleónicas de establecerse en el continente americano, como contrapunto a la fuerza que emanaba de los Estados Unidos. En 1870, el Segundo Imperio llegó finalmente a ser derrotado en la guerra contra Prusia.

Si bien el papel de Michel Chevalier fue sin duda importante para proyectar el concepto de América Latina en el 800, un artículo publicado por Arturo Ardao (1965) en el semanario uruguayo *Marcha* sostenía que el término com-

pleto *América Latina* fue utilizado por primera vez por el ensayista colombiano José María Torres Caicedo (1857), en el poema “Las dos Américas”. Torres Caicedo habría plasmado en sus versos la preocupación por instar a los países latinoamericanos a integrarse, de forma que, juntos, hicieran frente a las presiones que seguían llegando desde los Estados Unidos a la región. No nos olvidemos que, en 1840, México perdió casi la mitad de su territorio en manos del gran vecino del norte.

A partir del artículo de Arturo Ardao, diferentes historiadores fueron llamando la atención sobre el hecho de que escritores y artistas latinoamericanos tuvieron un lugar decisivo para que el concepto de América Latina fuera ampliamente aceptado. En este proceso, pesó la idea de una unión entre países “hermanos” contra la amenaza norteamericana.

Es posible percibir en el camino abierto por Ardao que la noción de América Latina fue sembrada por Torres Caicedo (así como, con otras motivaciones, lo hiciera Michel Chevalier) sobre todo como un proyecto cultural y político. Un proyecto de toma de conciencia, de autoafirmación frente a una fuerza externa e imperial.

La apuesta a una construcción simbólica que acarrea movilización y energía política fue bien analizada por Edward Said (1995/1997) en la clásica obra *Cultura e imperialismo*, donde estudia los desafíos enfrentados por las sociedades colonizadas, a partir de su emancipación, para “remapear y ocupar, en vez del lugar reservado a la subordinación en las formas culturales imperiales, el lugar de la autoconciencia, luchando por él en el mismísimo territorio antes gobernado por una conciencia que suponía la subordinación del Otro designado como inferior. *Reinscripción*, por lo tanto” (p. 266-267).

En el trabajo de *reinscripción*, las sociedades emancipadas se enfrentan con “formas ya establecidas” o por lo menos “permeadas por la cultura del imperio”, en tramas necesariamente complejas, lentas y tejidas en las idas y venidas de la historia.

A diferencia de lo que propone Said, sin embargo, que en el libro señalado hizo foco en las relaciones entre Europa imperial y sus colonias y ex colonias en África y en Asia, la



América Latina en la que vivió Torres Caicedo se situaba entre el derrocamiento reciente de los viejos imperios ibéricos y el anuncio de la emergencia de un nuevo polo imperial. La *reinscripción* exigía, en este sentido, complejas elaboraciones identitarias.

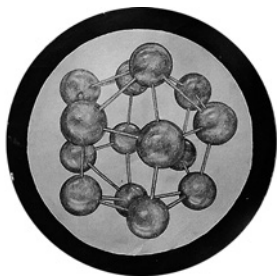
Puesto que si bien pensar a América Latina como una unidad era algo nuevo, que respondía a las exigencias de mediados del siglo XIX, pensar a los americanos como unidad, más allá de las divisiones políticas del mundo colonial y de los Estados Nacionales, reposaba sobre un repertorio imaginario que ya hacía mucho estaba en gestación. Un repertorio formado a partir de un esfuerzo de dominación del Nuevo Mundo por parte de los europeos; de *invención* de América, como definió el antropólogo mejicano Edmundo O’Gorman (1958). Gracias a las expectativas y referencias ya movilizadas por los hombres del despuntar de la modernidad, fue posible definir un lugar simbólico para esa cuarta parte del mundo no imaginada.

Las primeras representaciones sobre América estaban impregnadas de utopías medievales e imágenes remitidas a las Indias Orientales, espolvoreadas con especias y riquezas que acicateaban la codicia y los sentidos de los mercaderes. Con el tiempo, las representaciones sobre América fueron siendo realimentadas y reelaboradas por nuevos discursos que llegaban de la pluma de cronistas, soldados, viajeros o misioneros. La cartografía imaginaria estaba cargada de monstruos y paraísos, y revelaba, sobre todo, la expectativa de los observadores. Las fantasías convivían con textos de otra naturaleza, plasmados en el cruce entre la teología, la convivencia con los indígenas y el aprendizaje de sus lenguas.

En el siglo XVIII, con la publicación de la obra *O sistema da natureza*, de Carl von Linné (1735), las miradas hacia América se impregnaron de propósitos taxonómicos. La expedición de La Condamine que penetró por los ríos del Virreinato de Nueva Granada es considerada el marco de una nueva postura. Por otro lado, como mostró Antonello Gerbi (1996) en *A disputa do Novo Mundo*, el siglo XVIII fue también productor de visiones profundamente detractoras de la naturaleza americana, como las de Buffon, naturalista francés que escribió sobre el tema sin jamás atravesar el Atlántico.

Las visiones despreciativas fueron más tarde oscurecidas por el extraordinario impacto alcanzado por el viaje de Alexander von Humboldt a la porción española de América del Sur, el Caribe y Méjico, entre 1799 y 1804. En *Le voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent* (Humboldt, 1807), publicado en París, la naturaleza americana ganaba, desde una mirada romántica, colores fuertes, vigorosos e inspiradores. Como mostró Mary Louise Pratt (1999) en *Os olhos do Império. Relatos de viagem e transculturação*, las imágenes construidas por Humboldt tuvieron un significado fundacional para los americanos, que buscaron pensar a América en “nuevos” términos, en medio de los procesos de emancipación. Simón Bolívar, por ejemplo, siguiendo los pasos de Humboldt pero yendo más allá de él, escaló el pico del monte Chimborazo, en el actual Ecuador, para alcanzar desde la altura una vista simbólicamente abarcadora de una América libre.

Destacándose como perspicaz y habilidoso pensador, Domingo Faustino Sarmiento (1845/1997), entonces exiliado en Chile a causa del gobierno federalista de Juan Manuel Rosas, publicó en 1845, por medio de un diario, su primoroso *Facundo: Civilización y barbarie*. Las fronteras de la literatura son permanentemente desbordadas en la construcción del texto. Tanto la obra –luego editada en forma de libro– como Sarmiento tuvieron una trayectoria de extraordinaria proyección a partir de allí. Se trata de un tema largamente discutido que voy a eximirme de desarrollar aquí. Me atengo a la cuestión, fundamental para este análisis, de que Sarmiento puso la noción de



barbarie en el centro de una interpretación sobre Argentina, noción que fue apropiada para pensar a América Latina también. La obra hacía del caudillo federalista de la provincia de La Rioja, Facundo Quiroga, el hilo conductor para iluminar los conflictos políticos, sociales, culturales y geográficos que provocaban fricción en Argentina.

Mucho se discutió con respecto a las estructuras a partir de las cuales Sarmiento arma el texto (ciudad/campo, civilización/barbarie, Córdoba/Buenos Aires) y sobre la permeabilidad de estas dicotomías. Por ello “y” en lugar de “o barbarie”. En su prefacio a la edición brasileña, Maria Ligia Prado (1997) destacó la matriz romántica que se vislumbraba en la “barbarie” –nuestros gauchos, nuestros hombres de campo–; marcas para la construcción de una nación.

Tal como en la Argentina, otros estados en formación en la América Latina de mediados del siglo XIX pasaron a concentrarse en los atributos simbólicos de sus hombres de letras o de artes en la definición de los contornos de lo nacional.

En el México del porfiriato (1876-1911), derrotadas las pretensiones imperiales de la Francia de Napoleón III en América “Latina”, se produjeron animados debates acerca del carácter mestizo de la nación, que asimilara en el proyecto colonial español las civilizaciones indígenas del pasado. Con la revolución por la independencia, iniciada por el padre Miguel Hidalgo en 1810, se abrió camino a una sociedad nacional impregnada por el legado grandioso de los tiempos pretéritos, que caminaba en dirección al progreso.

La identidad latinoamericana reclamada

por Torres Caicedo en 1857 hizo apenas eco en México en la segunda mitad del siglo XIX. Circularía con más fuerza a partir de principios del siglo XX, impulsada por los vientos del llamado “arielismo”. El término hace referencia a la obra *Ariel*, publicada por el uruguayo José Enrique Rodó (1900/1962). Como definimos Maria Ligia Prado y yo (2014) en *Historia de América Latina*:

En este libro, Rodó construyó una oposición entre América Latina y los Estados Unidos, que marcaba las diferencias entre los dos mundos, por lo que ganó enorme repercusión entre el público lector de América Española. Rodó se apropió de los personajes centrales de la pieza de Shakespeare (1611/2008) *La tempestad*, y a partir de ellos creó metáforas culturales y políticas sobre las Américas. En la obra original, Próspero es un señor de una isla que posee un siervo en forma de espíritu alado, Ariel, y un esclavo deforme, Calibán. El autor hizo de Ariel –representación de la belleza, la filosofía, las artes, el sentimiento de lo bello y de las cosas del espíritu– el símbolo de América Latina; y de Calibán –ligado a la materia, al dinero, a lo inmediato y a lo efímero– la marca de los Estados Unidos. Para Rodó era preciso buscar en el pasado español las tradiciones culturales formadoras de América Hispánica y volver a la Grecia clásica, de la cual heredaríamos los valores de la belleza y el arte. El pasado colonial era revisitado y la herencia española, con su lengua, sus valores, sus costumbres y tradiciones, vista como positiva. Sin embargo, es importante enfatizar que en la visión elitista de Rodó se ignoraba toda participación de los indígenas, negros o mestizos en la constitución de las respectivas culturas nacionales.

La visión aprobadora que Rodó profesaba sobre una América Latina espiritualmente superior a la América anglosajona estaba en la raíz de una importante inflexión manifiesta en las representaciones americanistas de las primeras décadas del nuevo siglo.

Después de la Revolución Mexicana (1910-1917), José Vasconcelos, prestigioso pensador

del círculo del Ateneo de la Juventud y rector de la Universidad Nacional, asumió en 1921 la Secretaría de Educación Pública y llevó adelante proyectos volcados a la escolarización de los campesinos y a la representación de la presencia indígena en la historia del país, por medio de la magistral pintura mural de Diego Rivera y Pascual Orozco, entre otros. En 1922, Vasconcelos representó al gobierno del presidente Álvaro Obregón en las conmemoraciones del centenario de la independencia de Brasil, que tuvieron lugar en Río de Janeiro. La misión diplomática siguió de Brasil a Argentina, donde Vasconcelos asistiría a la ceremonia de toma de mando del presidente Marcelo T. de Alvear, y de allí a Uruguay y Chile.

El viaje tuvo un profundo impacto sobre Vasconcelos e inspiró el libro que publicaría en 1925 en Barcelona y en París, titulado *La raza cósmica* (Vasconcelos, 1925/2002). La obra anunciaba el advenimiento, en parajes sudamericanos, de una quinta raza que coronaría la historia de la humanidad al superar a las razas blanca, amarilla, negra y roja como producto del mestizaje. Sería esa la base de una civilización refinada, en correspondencia con una naturaleza bella y vigorosa... La utopía de José Vasconcelos estaba impregnada de una mirada positiva sobre América, en la cual la “diferencia” frente al mundo no se tomaba como subordinación colonial, sino como lugar de realización de un futuro iluminado. Esta mirada también situaba al escritor en la posición de poder de quien observa y califica al “otro” como sujeto del enunciado.

La idea de que lo nuevo podía prosperar con base en elementos locales, resultantes de las tradiciones populares indígenas, negras y *gaúchas*, fue compartida por los movimientos de renovación cultural de 1910 y 1920. Puesto que, como sugirió Monteiro Lobato (1918/2008) en el prefacio de su *O saci-pererê*: *Resultado de um inquérito*, si la vieja Europa hacía “sangrar la civilización” en los campos

de batalla de la Primera Guerra (1914-1918), era tiempo de que el público lector brasileño renovara sus repertorios. El *saci* surgía –ironizó el escritor– para “con sus travesuras aliviar-nos de la pesadilla” y desviar “nuestra atención hacia una imagen más amena que el despedazamiento de los pueblos”.²

El interés de Lobato (1918/2008) por el *saci* se manifestó por primera vez en 1916 cuando, establecido en la ciudad de San Pablo, se topó con las esculturas de enanos alemanes que decoraban el Jardim da Luz. Publicó en esa ocasión un artículo en la *Revista do Brasil* en que denuncia nuestro desarraigo cultural y el hábito brasileño de imitar el modelo europeo. En enero de 1917 defendió el mismo punto de vista en el artículo de *O Estado de São Paulo*, donde sugería que se incorporaran elementos del folclore brasileño en los cursos de arte (Lobato, 1917a). En lugar de los faunos, sátiros y bacantes, de origen europeo, *Marabá, caiporas, boitatás...*

El escritor instó a los artistas de su tierra a realizar “nuestro 7 de Setiembre estético”, al cual el *saci*, “pequeño sátiro pintoresco que todavía no penetró en los dominios del arte, aunque ya cristalizó en el alma popular, estilizado al sabor de la imaginería popular”, serviría como emblema (Lobato, 1917a).

El 28 de enero de 1917 Lobato lanzó en el *Estadinho* (edición vespertina del diario), bajo el título de “Mitología brasílica”, una serie de artículos en los que invitaba a todos a colaborar con informaciones sobre aquel duende nacional, cuya denominación derivaba del nombre tupi-guaraní *Çaa cy perereg* (Lobato, 1917b). El éxito fue absoluto. Incontables testimonios llegaron de diferentes regiones de Brasil. El diario los publicó en partes y, pocos meses después, fueron reunidos en el mencionado libro (Lobato, 1918/2008).

Cuando abordamos a América Latina en los efervescentes años que siguieron a la Primera Guerra Mundial, percibimos que no so-

1. Nota del Traductor: Posiblemente el personaje más popular del folclore brasileño. Joven con una sola pierna, negro o mulato, considerado un bromista molesto en la mayor parte de Brasil y una criatura potencialmente peligrosa y dañina en otros; no obstante podía conceder deseos a todos lo que lograran atraparlo o consiguieran robar su mágica gorra.

2. Sobre el impacto de la Primera Guerra Mundial en la imagen de Europa a los ojos de los intelectuales en América Latina como cuna de la civilización y sobre el creciente movimiento de búsqueda de repertorios y formas autóctonas, ver Compagnon (2013).

lamente el interés por las referencias locales y populares estuvieron en boga como materia y forma de creación artística, sino que también los escritores y artistas de cada país alimentaron un creciente interés por la atmósfera cultural de las naciones vecinas. Una revista de vanguardia como *Amauta*, por ejemplo, creada por José Carlos Mariátegui en Perú en 1926, publicó contribuciones de autores vanguardistas argentinos, entre otros, al mismo tiempo que era mencionada y debatida por lectores que iban más allá de las fronteras de Perú.

En Brasil, el mismo Monteiro Lobato que hizo la investigación del *saci* intentó, como propietario de la *Revista do Brasil* entre 1918 y 1925, abarcar en sus proyectos a América Latina, en particular a Argentina. La revista se empeñó en acompañar la producción literaria de aquel país, al mismo tiempo que daba cuenta de cómo repercutían allí las obras brasileñas. En la época del centenario de la independencia de Brasil, la revista publicó notas sobre los homenajes que diversas instituciones argentinas le hicieron al país y, por iniciativa de su representante en Buenos Aires, Sánchez-Sáez (1922) propuso la realización de una “investigación literaria” con miras a averiguar lo que los escritores sudamericanos conocían del “Brasil mental”.

Para Lobato, también la edición de su obra en Argentina era estratégica, ya que aquel país constituía el gran distribuidor de libros para toda América hispánica. *Dom Quixote das crianças* fue editado en español por la editora Claridad de Buenos Aires (Lobato, 1936/1938); a partir de 1944, la también porteña Editorial Americalee publicó, con sucesivas reimpressiones, el conjunto de la obra infantil del escritor, en 23 volúmenes. El prólogo de *Urupés: Cuentos brasileños*, edición de El Ateneo de 1947, afirmaba:

En paralelo a los libros para adultos, Monteiro Lobato fue, en forma intermitente, produciendo libros para niños (...) todos ya traducidos y publicados en Argentina (...). Con esos libros Monteiro Lobato creó, no sólo la literatura infantil brasileña, sino también la latinoamericana (...). (Lobato, 1918/1947, pp. 7-9).

Atraído por los vínculos editoriales y afectivos que fuera construyendo desde la época de la *Revista do Brasil* con editores y escritores de la nación vecina, Lobato se mudó a Buenos Aires en junio de 1946, donde vivió hasta mayo de 1947. Además de llevar una vida social intensa, fruto de su éxito entre los argentinos y de la destacada bohemia porteña, revisó traducciones de sus libros para Americalee, tradujo libros al portugués, escribió nuevos textos y fundó, en sociedad con otros, la editorial Acteon.

En dirección inversa, escritores hispanoamericanos se aproximaron al mundo literario brasileño. En 1930, la poetisa chilena Gabriela Mistral inició la carrera diplomática que la llevó como cónsul de Chile a diversos países europeos y, más tarde, a los Estados Unidos y a México, pasando por Brasil, en la primera mitad de 1940. Vivió en Niterói y luego en Petrópolis, convivió con escritores como Manuel Bandeira y Cecília Meireles y colaboró con publicaciones periódicas como la revista carioca modernista *Festa*. A finales de 1945, Gabriela Mistral dejó Río y partió rumbo a Estocolmo para recibir el Premio Nobel.

Para los escritores de este período, América Latina se presentaba como escenario para la formación de redes intelectuales y artísticas que, al traspasar las fronteras locales, enriquecían sus repertorios y lenguajes.

En ciertos momentos históricos, esa percepción estuvo particularmente viva. En 1960, el éxito de la Revolución Cubana ayudó a estrechar los lazos entre los intelectuales, escritores, artistas y músicos, animados por la idea de unidad latinoamericana. Una vez más, la búsqueda de raíces populares –indígenas, africanas, “folclóricas” en el lenguaje de algunos– y de lo que era propio de una temporalidad de este universo espacial e histórico, se tornó trasfondo común para muchas creaciones, algunas de ellas basadas en sociedades o intercambios transnacionales.

Un emblema de este momento es la novela del escritor colombiano Gabriel García Márquez (1967), *Cien años de soledad*, publicada por la editorial argentina Sudamericana. Como escribimos María Ligia Prado y yo, la obra hace...

...del pueblo imaginario de Macondo una metáfora de las transformaciones por las que pasó Colombia –y en cierta forma América Latina– en la época de la formación del Estado Nacional y de la gradual modernización del país. El lector se pierde en el confuso árbol genealógico de los nombres que se repiten –José Arcadio, Aureliano, Úrsula–, vivenciando un tiempo de transformaciones lentas, a veces cíclicas, en las que se articulan las novedades modernas y las permanencias de un universo remoto. (Prado y Pellegrino, 2014).



Cien años de soledad integró el *boom* literario latinoamericano de 1960, que tuvo como marca el llamado “realismo mágico”. Articulados en redes políticas en las que se fomentaban proyectos de transformación de las estructuras socioeconómicas desiguales y dependientes, escritores de distintos países de América Latina cultivaron el género. Muchos de ellos convivieron en París, ciudad que no perdió el puesto de polo cultural de atracción de la intelectualidad del otro lado del océano. No por casualidad la figura y la obra de Jean-Paul Sartre fueron fundamentales para el campo literario latinoamericano de la época. Y, después de los golpes militares en Brasil, Chile, Argentina y otras partes, la Ciudad Luz también acercó a los refugiados políticos de variados orígenes.

También en la música la idea de una América Latina hermanada en la lucha por la emancipación, después de una larga historia de yugo colonial e imperialista, produjo movimientos de extraordinaria calidad que iban más allá de las fronteras nacionales. La Nueva Canción, nacida al inicio de la década del 60, en Argentina y en Uruguay, fue expresión de ello. Se basaba en la propuesta de renovación de ritmos considerados tradicionales a partir de referencias musicales modernas y de letras que le cantaban a la vida de hombres humildes y trabajadores. La “Canción para mi América” del uruguayo Daniel Viglietti (1968, canción 1) o el álbum de Mercedes Sosa (1966) *Yo no canto por cantar*, simbolizan el nuevo cancionero.

En 1967 tuvo lugar en Cuba el I Encuen-

tro de la Canción de Protesta. El impacto del encuentro se tradujo en la obra de diferentes compositores, que adoptaron los temas de la revolución, del anti-imperialismo y de la unión latinoamericana en el corazón de sus obras. La música se tornaba un instrumento de concientización política y de intervención social, para buscar la formación del “hombre nuevo”, idealizado por el Che Guevara. Ello se tradujo, al mismo tiempo, en la promoción de la Nueva Trova Cubana, movimiento que se prestó a intercambios con compositores e intérpretes brasileños como Chico Buarque y Milton Nascimento.

Finalmente, me gustaría destacar las iniciativas editoriales que contribuyeron a definir repertorios académicos, literarios e históricos representativos de América Latina. Me refiero en primer lugar a la Biblioteca Americana, creada en 1940 por el editor Arnaldo Orfila Reynal, junto con la editorial mejicana Fondo de Cultura Económica. La colección tuvo una larga vida y fue precursora de otras iniciativas que prosperaron en ese campo en los años siguientes, como la Biblioteca Ayacucho, publicada en Caracas, Venezuela, a partir de 1974, bajo la dirección del uruguayo Ángel Rama, y la colección Archivos, creada por el Fondo de Cultura Económica, en sociedad con Unesco y editoriales universitarias latinoamericanas a finales de 1980. Todas estaban atravesadas por la premisa de que América Latina podía y debía ser pensada como un conjunto.

Cierro esta reflexión con una ponderación crítica. ¿Cuán fértil nos parece el concepto de América Latina, atravesado por los padecimientos coloniales y postcoloniales por un

lado, y por la resistencia y la autoafirmación por el otro, en la actualidad? En el 2000, durante la presidencia de Lula, la lealtad de Brasil hacia esa referencia estuvo en el centro de la política exterior del gobierno. En la prensa, en la diplomacia, en los curriculum universitarios y en las áreas de conocimiento académico, la categoría también mantiene su funcionalidad, al distinguir una región del mundo.

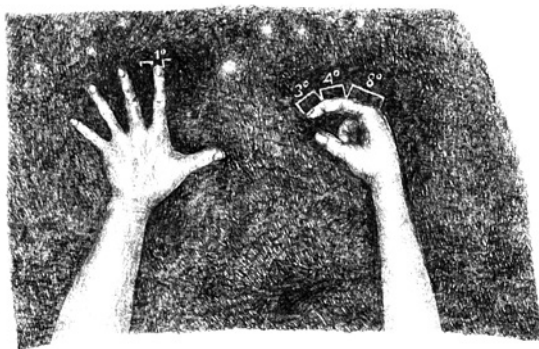
En el plano de la historiografía, con todo, pienso que es sugestivo el balance crítico propuesto por Mauricio Tenorio Trillo (1999, pp. 239-266) sobre las eternas cuestiones que pesan sobre América Latina como objeto por ex-

celencia de la historia cultural, presa en el dilema de ser o no ser moderna, o de ser moderna pero no lo suficiente. En otras palabras, un campo de la historia un tanto entrelazado con la utopía. Pero las investigaciones realmente rigurosas y bien construidas son capaces de ir más allá de esta asociación.

Y, hablando por mí –no necesariamente por Tenorio Trillo–, capaces de valerse de esa clave conceptual ya legitimada por más de siglo y medio de referencias simbólicas, políticas e institucionales, para alcanzar un vasto mundo de experiencias sociales de extraordinaria riqueza, que merecen ser narradas y conocidas.

Referencias

- Ardao, A. (27 de noviembre de 1965). La idea de Latinoamérica. *Marcha*.
- Chevalier, M. (1836). *Lettres sur l'Amérique du Nord*. Paris: Charles Gosselin et Cie.
- Compagnon, O. (2013). *Ladieu à l'Europe. L'Amérique Latine et la Grande Guerre. (Argentine et Brésil, 1914-1939)*. Paris: Fayard.
- García Márquez, G. (1967). *Cien años de soledad*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Gerbi, A. (1996). *A disputa do Novo Mundo: História de uma polémica (1750-1900)*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Humboldt, A. von. (1807). *Le voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent, fait dans les années 1799 à 1804*. Paris: Librairie Grecque-Latine-Allemande.
- Linné, Carl von. (1735). *Systema naturae. Joannis Wilhelmi de Groot*: Leiden, Holanda.
- Lobato, M. (6 de enero de 1917a). A criação do estilo. *O Estado de São Paulo*.
- Lobato, M. (28 de enero de 1917b). Mitologia brasileira. *O Estado de São Paulo*.
- Lobato, M. (1938). *Don Quijote de los niños* (Trad. Benjamín de Garay). Buenos Aires: Claridad. (Trabajo original publicado en 1936)
- Lobato, M. (1947). *Urupês: Cuentos brasileiros*. Buenos Aires: El Ateneo. (Trabajo original publicado en 1918)
- Lobato, M. (2008). Prefacio. En M. Lobato, *O saci-pererê: Resultado de um inquérito*. São Paulo: Globo. (Trabajo original publicado en 1918)
- O'Gorman, E. (1958). *La invención de América: El universalismo de la cultura de Occidente*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Prado, M. L. (1997). Prefacio. En D. F. Sarmiento (Ed.), *Facundo: Civilização e barbárie*. Rio de Janeiro: Vozes.
- Prado, M. L., & Pellegrino, G. (2014). *História da América Latina*. São Paulo: Contexto.
- Pratt, M. L. (1999). *Os olhos do Império. Relatos de viagem e transculturação*. São Paulo: EDUSC.
- Rodó, J. E. (1962). *Ariel*. Buenos Aires: Kapelusz. (Trabajo original publicado en 1900)
- Said, E. (1997). *Cultura e imperialismo*. São Paulo: Companhia das Letras. (Trabajo original publicado en 1995)
- Sánchez-Sáez, B. (mayo de 1922). Brasil e Argentina. *Revista do Brasil*, 20(77), 168-169.
- Sarmiento, D. F. (1997). *Facundo: Civilização e barbárie*. Rio de Janeiro: Vozes. (Trabajo original publicado en 1845)
- Shakespeare, W. (2008). *La tempestad*. Madrid: Alianza Editorial. (Trabajo original publicado en 1611)
- Sosa, M. (1966). *Yo no canto por cantar* [CD]. Buenos Aires: Philips.
- Torres Caicedo, J. M. (15 de febrero de 1857). Las dos Américas. *El correo de ultramar*.
- Trillo, M. T. (1999). Historia, cultura y "América Latina": Las dos últimas décadas del siglo XX. En E. C. de Rezende Martins, *Teoría y metodología en la historia de América Latina*. Madrid: Trotta/Unesco.
- Vasconcelos, J. (2002). *La raza cósmica*. México D. F.: Porrúa. (Trabajo original publicado en 1925)
- Viglietti, D. (1968). Canción para mi América. En *Canciones para mi América* [CD]. Paris: Le Chant du Monde.



Laura Janina Hosiasson*

¿Existe una literatura latinoamericana? Una pregunta no superada

Ya pasado un siglo y medio desde que Hegel (1830/2004), en *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, hiciera su profecía sobre América, César Fernández Moreno (1979), poeta, ensayista y diplomático argentino, se preguntaba sobre América Latina y constataba: el continente que para el filósofo alemán era pura naturaleza, tenía ya una historia que contar. A mediados de la década del 70 del siglo XX, lo que era parte de América del Norte, Estados Unidos, se volvió la nación más poderosa del mundo y, por su parte, América del Sur, México y América Central incluidos habían pasado a llamarse América Latina y explotaban demográfica y culturalmente.

La expresión *América Latina* fue, desde su origen, completamente imprecisa, en primer lugar por la torpe idea de haber recurrido al nombre *Latina* para diferenciarla de la anglosajona, aludiendo a las lenguas de su descubrimiento que aquí se cruzaron con las de los nativos. Ahora, una lengua como el francés también había anclado en el hemisferio norte del continente, en Canadá y en el sur de los Estados Unidos y, a su vez, el inglés se instaló en cuatro países latinoamericanos que hoy forman parte de la *British Commonwealth*: Jamaica, Barbados, Trinidad y Tobago y Guyana...

Además de todo eso, se sumaba a esa miríada lingüística y racial el ingreso del masivo contingente africano que llegó por el tráfico negrero entre los siglos XVI y XIX. El resultado de ese terrible período de esclavización fue la incorporación de la cultura africana,

* Profesora de literatura hispanoamericana de la Universidad de San Pablo. Traductora.

sus ritmos musicales, su cocina, sus religiones y su color, a gran parte de esta América que se dice latina.

Hablar de América Latina es hablar de una imagen, de un espejismo forjado a lo largo de más de cinco siglos y, valiéndome de la expresión acuñada por el mejicano Edmundo O'Gorman (1992), es hablar de una invención.

“Tiendo a pensar que América, el continente americano en toda su extensión, fue una invención verbal”, dice también el chileno Jorge Edwards (2014), autor de una novela recientemente traducida al portugués, *A origem do mundo*.

A partir de 1492, Europa comenzó a elaborar lo que podríamos entender como el nuevo diseño del mundo, que había sido concebido hasta entonces como un único *orbis terrarum*, una gran isla rodeada por un *mare magnum*. Al llegar la civilización a América, lo que era en verdad todo un territorio variado y heterogéneo por su geografía, sus lenguas y sus múltiples culturas milenarias pasó a ser comprendido como un *orbis novo*, una nueva entidad a ser anexada a lo ya conocido. La actitud de los conquistadores españoles y portugueses es consecuente con la de los intelectuales renacentistas europeos que interpretaron que el asunto era hacer una *tabula rasa* frente a este inmenso contingente de tierras que se concebía como nuevo y uniformemente carente de significados.

Dos cosas interesan particularmente en esta síntesis un tanto insolente por lo breve: en primer lugar, la idea de unidad con la que se concibió desde ese momento el continente americano, y, en segundo lugar, la falta de identidad propia que le era atribuida y que, a partir del momento de la llegada de Colón, se intentó construir.

Lo impresionante es que todavía continuemos refiriéndonos a ella de esa forma, a pesar de su heterogeneidad, de su pluralidad y de las notorias diferencias que la atraviesan de punta a punta, dado que entiende por América Latina y lo que ella pueda significar cada uno algo distinto.

El primer gran equívoco fue el de Colón, que a pesar de haber realizado cuatro largos viajes al continente, nunca dejó de pensar que

había llegado a Asia. Obnubilado por las lecturas de los viajes de Marco Polo, forjó los primeros espejismos frente a los bellos paisajes tropicales que se presentaban ante él, creyendo encontrarse próximo al Paraíso Terrestre “que tiene la forma de una teta de mujer”, como lo describió en el diario de su tercer viaje.

En su magnífico libro *Visão do Paraíso*, Sérgio Buarque de Holanda (1998, pp. 13-15) recuerda que también los anglosajones que llegaron a las costas del norte fueron desarrollando, de otras variadas maneras, el tópico de las visiones del Paraíso. O sea, tanto en el hemisferio sur, como en el norte, los viajeros creyeron haber encontrado una tierra más propicia y amena que aquella que habían dejado en Europa. El cliché de una América idílica continuaría proliferando, de hecho, a lo largo de los siglos, hasta llegar a su pico más elevado con Rousseau y su teoría del buen salvaje.

Sabemos, sin embargo, que el avance de la civilización occidental sobre el suelo americano fue violento e implacable, sobre todo a lo largo de las primeras décadas del siglo XVI. Muy poco quedó de aquello que fueron los imperios azteca e inca, y millares de indígenas aimarás, araucanos, guaraníes, sioux y tantos otros encontraron la muerte, víctimas de masacres y de pestes.

Lo que denominamos hoy “discursos de la conquista de América Latina” es un conjunto de textos híbridos que reúnen aspectos biográficos, historiografía y buenas dosis de imaginación romántica, inspirados en el género más popular del siglo XV: el de las novelas de caballería. Son textos que nos ofrecen también diferentes versiones de los hechos de la conquista, y muestran cómo ya en esa época, entre europeos colonos y religiosos, existían divergencias radicales en relación con el sentido de la empresa en América. Bartolomé de Las Casas, padre español dominicano, abominaba y denunciaba la forma en que Hernán Cortés despachaba soldados sobre contingentes de aztecas indefensos. Lo mismo ocurría en Brasil con el jesuita José de Anchieta y el padre Antonio Vieira, de la Compañía de Jesús.

Si en esa época el español y el portugués convivían en las colonias con una infinidad de lenguas autóctonas (quéchua, náhuatl, aimará, ma-



puche, tupi, guaraní...), van a ser tan sólo esas dos las únicas puertas lingüísticas para la escritura, incluidas allí las transcripciones de historias que hasta entonces habían circulado oralmente a través de generaciones de indígenas.

Es impresionante percibir la fuerza y la rapidez con la que elementos bíblicos e ideologías occidentales se fueron infiltrando en esas narrativas, dentro de las cuales, si por un lado se reivindicaba la existencia de culturas ricas y complejas anteriores a la llegada del europeo, por el otro, esa misma llegada era considerada como un fenómeno natural y esperado, que Dios habría ideado para salvar de las tinieblas espirituales a los pueblos que estaban aquí. Este sincretismo ideológico resultante del pasaje de una lengua oral a una escrita se advierte en todas las narrativas del período, como es el caso del *Popol Vuh* (libro cosmogónico de la cultura maya), así como el de obras escritas por indígenas, como *Nueva corónica y buen gobierno*, de Guamán Poma de Ayala (1936/1980), nacido pocos años antes de la llegada de Almagro y los hermanos Pizarro a Cuzco; y *Comentarios reales de los incas*, del genial mestizo Inca Garcilaso de la Vega (1609/2013), hijo de un capitán español y una princesa inca, y también nacido en Cuzco después de la invasión.

Después del primer período, durante los siglos de la colonia y hasta finales del siglo XVIII, América Latina se piensa a sí misma y es pensada como anexo de la península ibérica. Esto no significa, de ninguna manera, que en estos tres siglos no haya sido escrito nada importante con respecto a América. Una vasta bibliografía sobre usos y costumbres locales, formas de política y de organización social atestiguan el

sincretismo antes mencionado y las muchas formas de adaptación, intercambio y conflictos entre las culturas autóctonas y la ibérica.

Pero a los efectos de esta reflexión, interesa retomar el hilo de la madeja a partir de los años de la independencia del continente, cuando surgía la necesidad de pensarse con una identidad separada de España y Portugal. Se tornaba decisivo entonces fabricar símbolos propios de identidad e inventar historias nacionales. En función de esa premisa, a lo largo del turbulento siglo XIX hispanoamericano, España se transformaba en una gran enemiga del continente, situación que se venía fraguando ya desde el siglo XVIII, con las crecientes desavenencias y conflictos entre la metrópoli y las colonias.

De ahí en adelante, las posibilidades y tentaciones de diluir las tensiones y conflictos en soluciones globalizantes se volvieron infinitas y siempre insuficientes. Como ya vimos, el criterio étnico no se sostiene, así como tampoco parece viable una concepción puramente lingüística o entonces religiosa que defina satisfactoriamente y de manera cabal lo que es América Latina.

El libertador venezolano Simón Bolívar pensó en términos panamericanos, en el contexto de las revoluciones por la independencia de las colonias. Estaban con él, en las mismas filas, José de San Martín, Bernardo O'Higgins, Carlos Bustamante, Toussaint Louverture, los grandes libertadores de la primera hora del siglo XIX. Como recuerda Antonio Candido (1979) en "Literatura e subdesenvolvimento", por esos años, el poeta brasileño Gonçalves Dias escribía en estado de euforia sus paradigmáticos versos sobre el paisaje americano, de cielos más azules y flores más lozanas, pero

ellos podrían haber sido asesinados “por cualquiera de sus contemporáneos entre Méjico y Tierra del Fuego”.

Paradójicamente, es necesario registrar que casi todos esos líderes de las independencias hispanoamericanas murieron en circunstancias poco gloriosas, asesinados, pobres o exatriados, transformados en individuos conservadores y desengañados. El optimismo de las primeras décadas del liberalismo fue perdiendo fuerza y poniendo al desnudo economías empobrecidas por las guerras de independencia y sistemas políticos y sociales desgastados, inoperantes e injustos. El mismo Bolívar afirmaba al final de su vida que hacer la revolución en América era como arar en el mar...

José Martí, el último libertador y poeta romántico, que murió atravesado por una bala española en plena revolución por la emancipación de Cuba, preveía que la liberación era necesaria para evitar el avance de los Estados Unidos, lo que significaría solamente cambiar de manos. Murió antes de confirmar sus peores presagios. En 1898, España se retiraba, cediendo a la presión de Estados Unidos, cuya intervención en la isla se prolongaría mediante la Enmienda Platt hasta 1959. Por otra parte, vale recordar aquí la postura de un brasileño de ese tiempo, José Veríssimo, que consideraba la entrada de los Estados Unidos en el conflicto entre Cuba y España como un hecho altamente positivo. Contrario a los temores de imperialismo del uruguayo Rodó y del propio Martí, atribuía la mala disposición de las “naciones de lengua castellana” hacia Norteamérica a una vieja riña de razas en la que los caudillismos y los espíritus exaltados de los hispánicos deberían ser apaciguados con la racionalidad de los sajones (Veríssimo, 1986a).

Esta visión de los hechos, venida de América Latina de origen portugués, coincide con la que otro contemporáneo brasileño, el Visconde de Taunay, presenta en más de una ocasión con respecto a estas naciones hijas de sangre caliente española, y muestra las distancias que en más de una oportunidad se evidenciaron entre los distintos pueblos y culturas de este escenario enmarañado. El foco más agudo y particularizado sobre sus componentes, en sus diferentes contextos, evidencia la superficiali-

dad de cualquier visión unitaria que no sea tan sólo geográfica.

Por otra parte, el mismísimo Veríssimo (valga la cacofonía) es quien exalta con toda admiración las palabras que el argentino Manuel Ugarte profirió en 1912, en ocasión de un encuentro en la Universidad de Columbia, en Nueva York, contra lo que parecía un evidente impulso imperialista de los Estados Unidos en relación con América Latina (Veríssimo, 1986b). Más de 10 años habían pasado desde el episodio cubano y, ciertamente, el aval de Veríssimo al “gigante del Norte” había cambiado, como lo prueban varios de sus artículos de esos años previos a la Primera Gran Guerra.

Desde la promulgación de la doctrina Monroe, en 1870, toda América Latina liberal se fue alineando contra el imperialismo norteamericano. Diría que en ese momento, gracias a ese enemigo común en potencia, los países de esta América se sintieron unidos por ese lazo estrecho que los ligaba también con un deseo unánime de progreso independiente.

Ya decía Antónío Cândido que es posible aplicar a toda América Latina el concepto desarrollado para Brasil por el pensador y diplomático brasileño Mário Vieira de Mello, para quien, hasta 1930, predominaba la noción de “país nuevo” que todavía tenía un futuro a recorrer, pero que, a partir de tal fecha, sufrió la suplantación de esa noción por la de “país subdesarrollado”, que destacaba su pobreza,



su atrofia, lo que faltaba y no lo que sobraba (Candido, 1979).

En efecto, desde el período de entre guerras, en 1930, frente al advenimiento de la modernidad, la idea de subdesarrollo conjugaba las condiciones materiales, políticas y sociales del continente con un espectro mayor, global, que dividía al mundo entre pueblos desarrollados (más ricos, más justos, más felices) y pueblos menos desarrollados y, por lo tanto, a remolque del proceso evolutivo.

Esta es la idea que sustenta el poeta y pensador mejicano Octavio Paz (1998a, p. 62) en *Fundación y disidencia*: “Creo que lo que nos faltó, sobre todo, fue el equivalente de la Ilustración y de la filosofía crítica. No tuvimos un siglo XVIII: ni con la mejor buena voluntad podemos comparar Feijóo o Jovellanos con Hume, Locke, Diderot, Rousseau, Kant. Allí está la gran ruptura: allí donde comienza la era moderna, comienza también nuestra separación...”. Para Paz, como para muchos otros intelectuales de la segunda mitad del siglo XX, nuestra condición es de ausencia de algunas etapas fundamentales de la evolución histórica, y con ello estaríamos condenados a bailar un baile de máscaras, de impostaciones y simulacros de aquello que nunca tuvimos. Frente a la modernidad, proveniente del centro, nuestra condición periférica sería de desfasaje. Dice Paz (1979) en *O ogro filantrópico*: “Realidades enmascaradas. Comienzo de la inautenticidad y de la mentira, males endémicos de los países latinoamericanos. A comienzos del siglo XX, estábamos ya instalados en plena pseudomodernidad: ferrovías y latifundios; constituciones democráticas y caudillos en la mejor tradición hispanoárabe; filósofos positivistas y caciques precolombinos; poesía simbolista y analfabetismo”. Por cierto, están por detrás de estas visiones las teorías de la dependencia y una concepción progresista de la historia.

Otra postura frente a la modernidad, en el otro extremo de esta idea, es la de una América barroca, defendida por escritores de primer orden, como los cubanos Alejo Carpentier (en su primera etapa [Carpentier, 1949/2010]) y José Lezama Lima (1988), según los cuales el movimiento arquitectónico,

pictórico y literario nacido del siglo XVII fue, desde entonces, un arma latinoamericana de resistencia de las culturas indígenas contra España y una forma de asimilación propia de lo que venía de Europa, en un entrecruzamiento original con lo que estaba aquí. Del inca Kondori y del brasileño Aleijadinho hasta la mejicana Sor Juana Inés de la Cruz, en el siglo XVII, llegando hasta Alejo Carpentier y Lezama Lima, en el siglo XX. América Latina moderna sería barroca por excelencia. A esa imagen se suscribirían más tarde poetas y escritores autodenominados neobarrocos.

El intelectual argentino mencionado al inicio, Fernández Moreno, organizó en 1972, con auspicio de Unesco, el libro *América Latina en su literatura* (en ediciones simultáneas en español y portugués), que tuvo enorme repercusión en la época y para el cual convocó a ensayistas y críticos literarios de 12 nacionalidades latinoamericanas, incluyendo allí a Brasil (Fernández Moreno, 1979). El libro es de lectura obligatoria para los que se interesan en el asunto. Por la multiplicidad de abordajes y de puntos de vista, se puede ver allí que la cuestión de América Latina está lejos de poder ser definida y que día a día adquiere nuevas facetas.

El campo de la literatura sirve muy bien para entender esta dificultad. Si pensamos en los primeros autores de textos sobre América, en aquellos turbulentos primeros siglos de la colonia, ninguno de ellos osó siquiera pensar en el conjunto de la experiencia, en términos continentales. Tres de los más grandes entre ellos, cuya obra alimentó el imaginario de muchos de los grandes escritores de la modernidad, escribieron sobre sus experiencias directas: el capitán español Bernal Díaz del Castillo (1632/2012) produjo su magnífica *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* sobre las memorias de sus campañas junto a Hernán Cortés, durante la conquista y dominio del imperio azteca; en sus primorosos *Comentarios reales*, publicados en España, el ya mencionado mestizo Inca Garcilaso de la Vega (1609/2013) realizó la primera descripción minuciosa de una cultura prehispánica, a partir de su experiencia de infancia en Cuzco; y más tarde, en pleno siglo XVII, la poeta mejicana Sor Juana Inés de la Cruz, fenómeno del

Barroco literario sin precedentes, cuya protección se extiende hasta Octavio Paz (1998b), quien intentó comprenderla en su libro *Sor Juana Inés de la Cruz: As armadilhas da fé*. No hay casi nada que aproxime a estos tres autores, salvo el idioma (aunque su nivel y tratamiento difiera mucho entre ellos) y la sutileza de sus percepciones del mundo afincadas en el tiempo y las circunstancias que le cupo vivir a cada uno de ellos.

Entre aproximadamente 1960 y 1980, la literatura latinoamericana volvió a ser pensada como un todo dentro de una misma línea matriz, con la idealización de un *boom* literario latinoamericano. En él entraba una media docena de escritores tales como Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, José Donoso, Mario Vargas Llosa y Carlos Fuentes, autores que –cada uno a su manera y valiéndose de técnicas narrativas contemporáneas y globales– buscaban una definición abarcadora para la identidad latinoamericana. Pero ese mismo *boom* dejaba de lado grandes expresiones que en el momento no encajaban en la definición propuesta de esta visión total y unificadora, en búsqueda de una identidad latinoamericana. A partir de los 80, felizmente, la literatura pasó a ser vista en forma fragmentada, sin una línea que la atravesara ni que pretendiera traducir el continente a un *mainstream*, como lo Real Maravilloso, el Barroco o el Macondismo. João Guimarães Rosa, Jorge Luis Borges, Juan Carlos Onetti, Juan José Saer y Clarice Lispector aparecen entonces como posibilidades genuinas de creación de nuevos sentidos, sin sumarse necesariamente a estilos ya esbozados de antemano.

Para dar una idea de todo esto que vengo comentando, puede ser interesante pensar en el corpus de autores con los que una profesora de literatura hispanoamericana en la Universidade de São Paulo está trabajando en este primer semestre de 2015. Se compone de siete escritores del siglo XX, o sea, pertenecientes todos a un mismo período, hispanoamericanos y contemporáneos, aunque no todos hayan sido incluidos en el célebre *boom*: **Alejo Carpentier**, el gran romántico cubano que se caracteriza por las relaciones que establece con la historiografía, en un lenguaje barroco,

lleno de erudición y arcaísmos, en el que son frecuentes las descripciones pormenorizadas de espacios arquitectónicos y en el que su vasta cultura musical (escribió el antológico *La música en Cuba* [Carpentier, 1946/1972]) se deja entrever a cada paso. **Francisco Coloane**, hijo de un ballenero del extremo sur de Chile, cuya narrativa se desarrolla en los archipiélagos de la región, entre los duros hombres del mar. Sus tramas recuerdan la fuerza de las historias de un Jack London, en las que individuos solitarios se enfrentan a la intemperie, en paisajes tempestuosos que hacen eco de sus propios universos personales devastados. **María Luisa Bombal**, quien, aun siendo chilena, escribió la mayor parte de su efímera obra en Argentina. En una prosa de gran fuerza poética, con la que explora las técnicas del monólogo interior para sumergirse en la subjetividad de sus personajes femeninos, echando mano a los expedientes del surrealismo que diluyen las fronteras de la vigilia y el sueño. **Julio Cortázar**, que partió de Argentina en un exilio voluntario a Francia, donde escribió prácticamente toda su obra. Maestro del cuento, discípulo confeso de Edgar Allan Poe, exploró el género fantástico y las formas de escapar a lo cotidiano familiar y ciudadano –impregnado por su vivencia francesa– a partir de lo insólito. Escribió algunos ensayos fundamentales sobre las formas breves de la narrativa. El mejicano **Juan Rulfo**, que publicó sólo un libro de cuentos y una sola novela, cuya fuerza incontestable reside en la forma enjuta y certera con que sabe dar vida al mundo rural del interior de Méjico, en un lenguaje despojado y seco, extraído de la oralidad y combinado con una narrativa entrecortada, de saltos temporales y espaciales. **Julio Ramón Ribeyro**, cuya discreción actuó siempre en dirección inversa a una proyección más amplia de su obra. Ella es también marca de una mirada sobre los seres y las cosas desde un punto de vista menor, deteniéndose en aquello que es aparentemente secundario. En medio del avance del progreso capitalista sobre las ciudades peruanas, le interesan los excluidos del proceso; no solamente desde un punto de vista social, sino también de desajuste, de incompatibi-

lidad con el ritmo nuevo de la modernidad. Y finalmente, el abanico de escritores del semestre se cierra con **Roberto Bolaño**, el chileno lector de Borges y de Poe, que optó claramente por la representación del intelectual en una ficción. Despojada casi por completo del elemento descriptivo, su prosa se centra en el dislocamiento laberíntico de lectores cuyos movimientos son perseguidos por la narrativa, en un ritmo casi detectivesco.

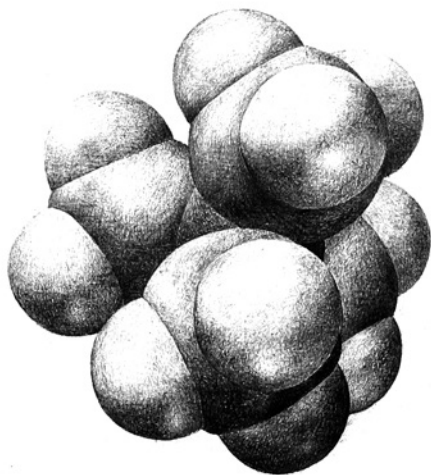
Este recorte completamente aleatorio de siete narradores hispanoamericanos que integran los programas de dos disciplinas de literatura hispanoamericana, permite, desde mi punto de vista, apreciar de modo más concreto la paradoja insoluble a la que nos remite la cuestión de la noción de *América Latina*, de un modo todavía más amplio. Los temas, los puntos de vista, los abordajes, los efectos y proyecciones de estos autores y sus obras distan tanto de un derrotero común que, más allá del hecho de que todos se valgan del idioma español para dar forma a sus obras, de poco o nada les sirve el rótulo de *hispanoamericanos*, salvo para pensarlos en un primer abordaje superficial que los integre en un todo geográfico de pertenencia.

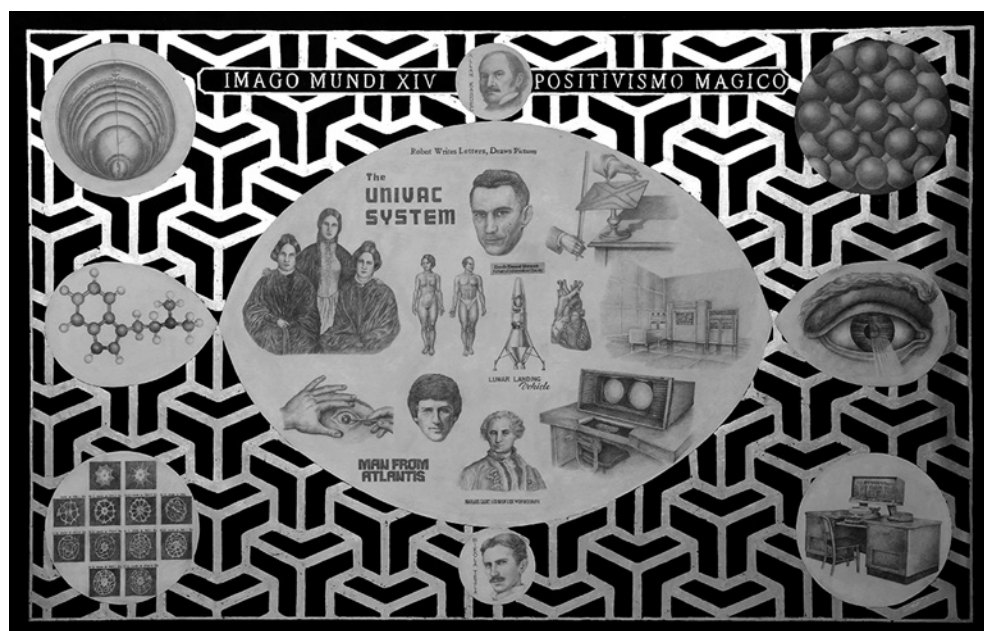
El mismo Bolaño puso en jaque justamente la posibilidad de aglutinación de una lengua dentro de una cultura, haciendo que sus personajes circularan a través de diferentes españoles (el chileno, el mejicano, el español o el

argentino), mostrando así que la singularidad y la particularidad de un escritor, enraizado en determinados contextos y situaciones, van más allá de lo nacional y más allá de cualquier determinación regional *a priori*. Estos rótulos pueden ser útiles para una consideración económica o política, pero no lo son a la hora de entender a un autor y a su producción. Esa tarea tiene mucho más que ver con las tradiciones literarias y las premisas éticas y estéticas en las cuales cada autor elige insertarse para hacer su lectura del mundo y escribir.

Referencias

- Buarque de Holanda, S. (1998). *Visão do Paraíso*. São Paulo: Brasiliense.
- Cândido, A. (1979). Literatura e subdesenvolvimento. En C. Fernández Moreno (Ed.), *América Latina em sua literatura* (p. 344). São Paulo: Perspectiva.
- Carpentier, A. (1972). *La música en Cuba*. México: Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1946)
- Carpentier, A. (2010). O barroco e o real maravilhoso. En A. Carpentier, *O reino deste mundo*. São Paulo: Martins. (Trabajo original publicado en 1949)
- Díaz del Castillo, B. (2012). *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Barcelona: Galaxia Gutenberg. (Trabajo original publicado en 1632)
- Edwards, J. (2014). *A origem do mundo*. São Paulo: Cosac & Naify.
- Fernández Moreno, C. (Ed.). (1979). *América Latina em sua literatura*. São Paulo: Perspectiva.
- Hegel, G. W. F. (2004). *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Madrid: Alianza Editorial. (Trabajo original publicado en 1830)
- Lezama Lima, J. (1988). A curiosidade barroca. En J. Lezama Lima, *A expressão americana*. São Paulo: Brasiliense.
- O'Gorman, E. (1992). *A invenção de América*. São José do Rio Preto: Unesp.
- Paz, O. (1979). *O ogro filantrópico*. Rio de Janeiro: Guanabara.
- Paz, O. (1998a). ¿Es moderna nuestra literatura? En O. Paz, *Fundación y disidencia – Obras completas III*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Paz, O. (1998b). *Sóror Juana Inés de la Cruz: As armadilhas da fê*. São Paulo: Mandarin.
- Poma de Ayala, G. (1980). *Nueva corónica y buen gobierno*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho. (Trabajo original publicado en 1936)
- Vega, I. G. de la. (2013). *Comentarios reales de los incas*. Lima: Universidad Inca Garcilaso de la Vega. (Trabajo publicado en 1609)
- Verissimo, J. (1986a). A regeneração da América Latina. En J. Verissimo, *Cultura, literatura e política na América Latina* (pp. 17-31). São Paulo: Brasiliense.
- Verissimo, J. (1986b). Letras hispanoamericanas. En J. Verissimo, *Cultura, literatura e política na América Latina* (pp. 74-84). São Paulo: Brasiliense.





Gobiernos de izquierda en América Latina: entre el populismo y la socialdemocracia

Izquierdas y derechas en una nueva era democrática

Al despuntar el siglo XXI, América Latina muestra un panorama político novedoso. Aunque ha habido varias salidas presidenciales forzadas y no faltó un golpe de Estado, como el que franqueó el ejercicio autoritario de Alberto Fujimori en Perú, la democracia se ha generalizado en casi todos los países de la región y los gobiernos surgen comúnmente de elecciones libres.

Sin embargo, los regímenes democráticos en plaza son de distinta calidad y de distinto tipo: de hecho, hay democracias plurales y competitivas frente a otras que no lo son,

dependiendo básicamente de la vitalidad del sistema de partidos, de las conductas del gobierno y de la existencia de una oposición organizada y efectiva.

En este contexto, se verifica un acontecimiento histórico sin precedentes, que ha concitado gran atención en el debate público y en la academia: el establecimiento por vía electoral de gobiernos de izquierda o de centro-izquierda en un gran número de países: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, El Salvador, Nicaragua, Venezuela, Uruguay, más Paraguay, durante el mandato de Lugo, así como la experiencia de Ollanta Humala en el Perú.

En el ciclo histórico de las nuevas democra-

* Catedrático del Instituto de Ciencia Política (Universidad de la República, Uruguay).

cias se registra asimismo otro acontecimiento importante. Junto a esa gama de gobiernos de izquierda, ha habido y hay hoy día en América Latina gobiernos de derecha o centro-derecha salidos igualmente de elecciones libres. A diferencia de lo que solía ocurrir en otros tiempos, y salvo el caso de Fujimori en Perú (Carrión, 2006), estas presidencias obran asimismo en regímenes democráticos, aunque también de este lado la calidad de las democracias es variada. En este campo encontramos expresiones tradicionales, pero despuntan también derechas “nuevas” o “modernas” (e incluso viejas derechas actualizadas) que, tal como ocurre entre las izquierdas contemporáneas, asumen las elecciones como *the only game in town*, adoptan conductas democráticas con mayor o menor convicción y, si se mueven en escenarios de competencia efectiva, tienden eventualmente a moderar sus posturas ideológicas y sus acciones políticas.

Sin contar la década del 90 –durante el auge del neoliberalismo y las reformas pro-mercado, en que se destacaron varios gobiernos de derecha o centro-derecha–, los casos actuales y los que hubo en períodos recientes no son pocos. La lista incluye a Chile, Colombia, El Salvador, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, más de una vez con alternancias en el gobierno, que mejoran la civilización democrática. No obstante, si bien hay estudios relevantes (Luna & Rovira, 2014; Middlebrook, 2000), estamos lejos del *boom* de abordajes que generan los gobiernos de izquierda y, a diferencia de lo que ocurre en las comarcas europeas, no se ha prestado a las derechas –en particular, a sus últimas manifestaciones– la atención que el fenómeno merece.

La saga del populismo

En el abanico de los gobiernos de izquierda encontramos manifestaciones numerosas,

que en muchos países se repiten por varios períodos. Parafraseando a Samuel Huntington (1991/1994), podría decirse que estamos ante una “tercera ola” de alza de las izquierdas latinoamericanas: si contamos a partir de los acontecimientos de los años 1960 y 1970, desde la Revolución Cubana a la tragedia de la Unidad Popular en Chile, con una segunda tanda, que al correr la década del 80 se desplaza hacia Centroamérica, y se destaca en ese contexto la Revolución Sandinista. La fase actual da lugar a fenómenos diferentes a los que pudo haber en aquellos dos tramos y en el pasado anterior; para empezar, porque se trata de experiencias de gobierno y porque estos gobiernos han sido instituidos por la vía electoral, no por medio de revoluciones.

Los gobiernos que se suman a tal movimiento muestran una marcada diversidad. En una punta del espectro resaltan las nuevas figuras populistas de Venezuela, Bolivia y Ecuador, que son llamativas, presentan características originales y difieren unas de otras y con respecto a sus antecesores. Pero pertenecen al tronco del populismo, que es un fenómeno político recurrente en la historia de América Latina.¹

La saga que va del populismo de los antiguos al populismo de los modernos, desde los albores del siglo XX hasta el presente, incluye algunos casos emblemáticos y unas cuantas manifestaciones abortadas, en distintas fases históricas y con distinto signo ideológico: pasando por las épocas desarrollistas y por el populismo neoliberal, para llegar a los actuales ejemplares de izquierda.

No es posible identificar al populismo con un patrón uniforme de políticas públicas o una determinada orientación económica, como hace comúnmente la sabiduría convencional y tal cual proponen los cultores de la “macroeconomía del populismo” (Dornbusch

1. Entre las recreaciones del populismo y los flamantes emprendimientos socialdemocráticos se ubican las demás experiencias de la izquierda vernácula: la Argentina de los Kirchner, marcada por otro vuelco en la vertiente nacional y popular del peronismo; el regreso de Ortega en Nicaragua, que conlleva cambios y continuidades en la impronta del nacionalismo revolucionario sandinista; o el empeño peculiar del FMLN, iniciado por Mauricio Funes en El Salvador. No es fácil encuadrar estas manifestaciones en un planteo simple de “dos izquierdas”, aunque se acerquen a los ejemplares populistas o tengan algo de las figuras socialdemocráticas. Cabe eventualmente acudir a un examen caso a caso, basado en variables decisivas, como la existencia de una democracia plural y competitiva, el sistema de partidos y las características de los actores políticos gobernantes.

& Edwards, 1991). Los populismos clásicos se despliegan en la etapa del “desarrollo nacional”, mediante el keynesianismo periférico, la ampliación del Estado y el mercado interno, el capitalismo “protegido” y la integración social, con base en las redes del clientelismo de masas y con articulaciones corporativas. Esta tanda de nacionalismo popular –que obsesionaba al gran Gino Germani (1962)– dejó varias experiencias trucas y tres ejemplos emblemáticos. Vargas y el *trabalhismo* en Brasil. El gobierno inicial de Perón (1946-1955), que funda un movimiento perdurable y proteico, de gran centralidad en la política argentina, que ha podido abrigar expresiones de orientación muy distinta, pero similares en su naturaleza política, como han sido la de Menem (1989-1999) y la de los Kirchner (2003-2015). El régimen mexicano, que es el único que logró una institucionalización firme y estuvo en vigencia por muchas décadas consecutivas, desde la Revolución Mexicana hasta la alternancia del 2000.

Las versiones “neopopulistas” de la década del 90 se apartan del legado de sus ancestros y, de hecho, se vuelven contra sus edificaciones, ya que practican un populismo de derecha, empeñado en desmontar el Estado “activo”, apurar las privatizaciones y concretar las reformas de mercado, convirtiéndose a veces en adalides de las terapias más ásperas del neoliberalismo. En este nuevo capítulo del populismo –con ese enlace neoliberal que genera “afinidades inesperadas” (Weyland, 1996)– entraría la corta aventura de Collor de Mello en Brasil, pero el caso más cabal lo constituye el establecimiento prolongado de Fujimori. En una opinión discutible y discutida, hay quienes incluyen aquí la gestión de Carlos Menem.

En cambio, los exponentes que jalonan la entrada al siglo XXI y conforman una de las vertientes de la nueva izquierda, de retóricas “refundacionales”, se postulan como alternativa al neoliberalismo y marcan una inflexión significativa –con pasos de inclusión social– aunque sin abandonar el capitalismo y rehuir las lógicas del mercado –ni mucho menos–, y sin caer necesariamente en las inconductas que suelen atribuirse al populismo. De hecho, Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador se pegan a disciplinas macro-

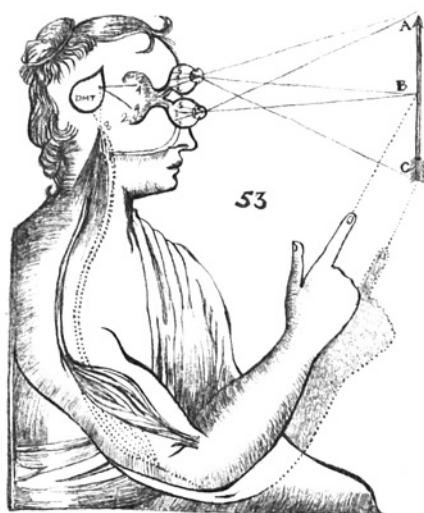
económicas relativamente estrictas y sólo en Venezuela el chavismo incurre en desarreglos graves.

En rigor, el populismo es un fenómeno específicamente político, que debe ser definido como tal y que en el horizonte de América Latina ha estado asociado a distintos momentos históricos, a diferentes modelos de desarrollo y a diferentes orientaciones económicas.

Los populismos prosperan en el contexto de regímenes faltos de pluralidad, sin balance de poderes ni equilibrios institucionales, con sistemas de partidos débiles o en descomposición. Son estrategias de activación política, que apelan a franjas de élite y a fracciones de clase, capas medias y capas bajas, urbanas y rurales, perjudicadas y eventualmente excluidas, que se encuentran en estado de incertidumbre y de “disponibilidad” a consecuencia de los defectos del sistema: precisamente por el vacío político y las cortedades del Estado, el desprestigio de las instituciones y de los actores en plaza, la flaqueza de los partidos o directamente su quiebra.

Se trata de estrategias adversativas, de pretensiones hegemónicas, con un fuerte sesgo de ruptura e improntas revolucionarias, levantadas contra el *establishment* precedente y en ancas de formulaciones beligerantes del binomio amigo/enemigo, que se empeñan en arrinconar a los opositores, mediante un trazo radical de los ingredientes que toda acción política tiene (Laclau, 2005). En esa tecla, los planteos antagónicos suelen privilegiar las identidades sociales y alguna construcción de “pueblo”, como eje de convocatoria, en formatos de representación que se anteponen a la ciudadanía política y que apelan a una hipótesis de inclusión social, política y económica.

El populismo obra por definición en clave plebiscitaria, en torno a liderazgos personalistas exitosos y con la participación de una “contra-élite”. La relación líder/masas es constitutiva del populismo, implica un enganche vertical determinante –de arriba hacia abajo– que fundamenta un vínculo de representación peculiar y logra arrastre, por lo que practica una suerte de “democracia de audiencia”, más que una democracia de ciudadanos, de partidos y de instituciones. Sin embargo,



ello no excluye las fórmulas de organización, cuyas características proporcionan una de las dimensiones que permiten clasificar a las distintas manifestaciones populistas. De hecho, a lo largo de la historia, los populismos más persistentes, con mayor fortaleza y estabilidad, son los que cultivan las mallas organizativas y consiguen cierto grado de institucionalización, sirviéndose de los recursos de gobierno, de los elencos militares y de los cuerpos civiles del Estado.

La convocatoria populista es sustancialmente popular y nacionalista. Se despliega con base en problemas significativos, que pueden afectar en prioridad a sectores sociales o grupos de clase, los cuales son constituidos como sujetos –unos frente a otros– a partir de una interpelación focalizada y de una oferta política pertinente. Pero el catálogo de reivindicaciones y posturas que anima el populismo ha de tener a la vez una dosis importante de “popularidad”, es decir, una amplitud o una “transversalidad” considerable, acompañada de una ofensiva nacionalista, en el ámbito doméstico y hacia el exterior. Históricamente esta composición no tie-

ne un signo unívoco y caso a caso; puede poner en juego bienes políticos diversos, en particular aquellos que buscan remontar las desventajas internacionales de los respectivos países, los trances de menoscabo nacional, las vicisitudes económicas y sociales, así como otras situaciones de incertidumbre y de inseguridad pública.²

Merced a las características del cuadro en el que comparecen, a sus formas de actuar y a la ausencia o la endeblez de la oposición, los gobiernos populistas tienden a reproducir escenarios de polarización política, con asimetrías, concentración de poderes y desequilibrios entre los órganos públicos, mediando una primacía del Ejecutivo e improntas decisionistas, déficits en los procesos de control y en las instituciones representativas, que muestran carencias serias en términos de “frenos y contrapesos”. Ello genera configuraciones que pueden lucir cierta fortaleza, pero están a menudo afectadas por la inestabilidad y son en todo caso de baja calidad democrática, cuando no autoritarias. A raíz de esta suma de factores, resalta la distancia con el liberalismo político, así como los contrastes de una virtual “democracia populista” con la democracia republicana y los regímenes pluralistas.

En los términos que hemos descrito, el populismo parece tener esquemáticamente tres derroteros posibles: consolidarse como tal, ir hacia una derivación pluralista o vivir en una inestabilidad endémica, cuando no terminante. En efecto, de no mediar cambios que promuevan la paridad de poderes, el pluralismo partidario y mejoras institucionales, la persistencia de los populismos y la estabilización de los regímenes de este linaje dependen de sus logros en la construcción de una nueva hegemonía y de la consistencia de sus montajes de organización, siempre con el soporte de una estructura de liderazgo y de un sistema de alianzas conducente. Hasta el momento, sólo la Revolución Mexicana dio lugar a una democracia populista duradera –el único régimen estable del nacionalismo popular latinoamericano– merced a su origen revolucionario

2. Un buen ejemplo en este sentido lo suministra Fujimori, que asentó su poder en el combate exitoso de dos calamidades nacionales de muy distinta índole, que afectaban a los peruanos, con efectos gravosos para las capas medias y los sectores populares: la inflación y Sendero Luminoso.

y a las demás peculiaridades de su gestación política, particularmente, la alianza que se sella muy trabajosamente entre las fracciones de la familia revolucionaria y una institucionalización robusta, con un encuadre de masas, que se afirma con las construcciones de Lázaro Cárdenas. En los demás casos, los rodajes del populismo –en itinerarios interrumpidos o con vida más larga, con efectos más o menos perdurables– tienden a recaer en vicios políticos similares a los que permitieron su lanzamiento inicial.

Venezuela es un ejemplo ilustrativo, puesto que registra la experiencia populista más típica y polémica del ciclo actual. Un populismo radical, estruendoso y prolongado, que se instala en 1999, a partir de la implosión de la “partidocracia” surgida del Pacto de Punto Fijo (1958). Hubo un ciclo recio durante el liderazgo de Hugo Chávez, quien basado en la tríada caudillo-ejército-pueblo y gracias a las rentas del “petro-Estado”, se convirtió en adalid de la “revolución bolivariana” y el Socialismo del Siglo XXI. En cambio, su segundón, Nicolás Maduro, es la cara visible de una versión patética, afectada por debilidades serias y por aristas de crisis.

El gobierno venezolano pudo considerarse como un sistema “híbrido” o “semi-democrático”, ya que si bien ha tenido triunfos electorales reiterados, insiste en ejercicios plenipotenciarios de “híper-presidencialismo”: con libertades restringidas y una concentración de poderes formidable –apoyada en los círculos del chavismo, los aparatos del Estado y las logias militares–, sin equilibrios institucionales ni oposición política conducente, con una ausencia persistente de partidos y flaquezas en la sociedad civil. Sin embargo –cada vez más– el régimen venezolano parece estar pasando de una democracia defectuosa al “izquierdismo autoritario” del que hablaba Gino Germani (1962), con un tipo de gobierno que, mientras quede sujeto al plebiscito efectivo de las urnas, podrá ser categorizado como un autoritarismo “electoral”.

La socialdemocracia criolla: un estreno histórico

La actual temporada de la izquierda latinoamericana registra al mismo tiempo un fenómeno inédito: el estreno de gobiernos de tipo socialdemocrático en Brasil, Chile y Uruguay: presidencias de Lula da Silva (2003-2011), Dilma Rousseff (2011-2019), Ricardo Lagos (2000-2006), Michelle Bachelet (2006-2010 y 2014-2018), Tabaré Vázquez (2005-2010 y 2015-2020) y José Mujica (2010-2015).

Se trata de fórmulas inéditas, que presentan rasgos propios de su condición “periférica” y de la etapa histórica actual, pero pueden compararse con los referentes europeos clásicos y con las experiencias “tardías” de Europa Meridional, en particular las que surgen en los años 1970 y 1980 en España, Portugal y Grecia. Al igual que las manifestaciones latinoamericanas contemporáneas, los gobiernos socialdemocráticos de esos tres países sobrevienen al paso de una “doble” transición: luego de las respectivas transiciones democráticas y en el surco de la transición liberal, fuera de los círculos virtuosos de la era keynesiana y a la hora de un nuevo empuje de globalización.³

Hay pues diversas generaciones de gobiernos socialdemocráticos, en distintas etapas históricas y en regiones distintas, en el contexto de diferentes modos de desarrollo del capitalismo (Lanzaro, 2014).

Un concepto político

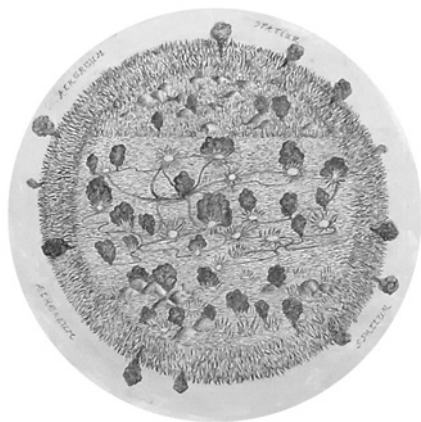
Como en otras comarcas, en América Latina el término se emplea con mucha amplitud y hay otras figuras –partidos y gobiernos– que se denominan socialdemócratas. No obstante, es la primera vez que se concretan gobiernos que son efectivamente de tipo socialdemocrático, de acuerdo a un concepto político estricto, que vale tanto para los ejemplares europeos como para las nuevas experiencias latinoamericanas.

Según nuestra definición (Lanzaro, 2008, 2011), los gobiernos socialdemocráticos son aquellos formados por partidos de izquierda institucionalizados, con estrechos víncu-

3. Esto remite a un debate más amplio acerca de las dificultades y las alternativas de la socialdemocracia en contextos globalizados y a partir de la era liberal, pasados los “años dorados” del keynesianismo, con interrogantes que se plantean para Europa y también en América Latina.

los con el movimiento sindical y de filiación socialista (aunque no necesariamente de tal nombre), que han atravesado procesos de adaptación política y llegaron a reemplazar sus ideologías revolucionarias o radicales por un reformismo moderado pero efectivo, que acata las reglas de la democracia representativa y las restricciones de la economía capitalista. Y esto, como resultado de las orientaciones políticas y las estrategias electorales que dichos partidos adoptan, actuando en democracias con sistemas de partidos plurales y competencia efectiva. Ello remite a su vez a rasgos diferenciales en la calidad de la democracia y el tipo de gobierno presidencial, la consistencia de la oposición y la efectividad de los *checks and balances* institucionales.

Lo que identifica a los gobiernos socialdemocráticos es que son experiencias protagonizadas por una izquierda que cabe considerar “institucional” en dos sentidos: en primer lugar, por el grado de institucionalización, la edad y la acumulación política de los partidos de izquierda que forman el gobierno: en Brasil, Partido dos Trabalhadores (PT); en Chile, Partido Socialista (PS) en tándem con el Partido por la Democracia (PPD); en Uruguay, Frente Amplio (FA). En segundo lugar, por el hecho crucial, determinante, de que dichos partidos están integrados a la democracia representativa y a la competencia electoral, en el marco de sistemas de partidos plurales y competitivos, relativamente institucionalizados.



Esto marca una distinción básica en el mapa de América Latina, donde encontramos gobiernos de izquierda sin partidos y en sistemas de partidos débiles o colapsados.

La institucionalización del sistema de partidos es alta en Chile y Uruguay. En el caso de Brasil es más rudimentaria, pero con alineamientos políticos relativamente estables. Con mayor o menor institucionalización, las izquierdas de los tres países obran en sistemas de competencia efectiva, con un “margen de victoria” moderado, de cara a una oposición sostenida y organizada. Las elecciones, la representación política y la composición parlamentaria dejan un saldo balanceado de poderes y favorecen por ende los equilibrios institucionales. Estas circunstancias –específicamente, la existencia de una oposición competitiva, organizada en partidos– inciden positivamente en la calidad de la democracia, así como en la calidad de los procesos de gobierno, en las políticas públicas y en las construcciones de institucionalidad que las encuadran.

Recursos políticos y potencial socialdemocrático

Los gobiernos de Brasil, Chile y Uruguay tienen rasgos fundamentales comunes, pero al mismo tiempo existen entre ellos diferencias palpables, que repercuten en las políticas que aplican y, por ende, en su potencial socialdemocrático. Estas diferencias responden a las condiciones estructurales, al contexto histórico y al sistema de restricciones en que se mueven. Pero dependen más concretamente de las estrategias políticas y los recursos de poder de cada gobierno.

Lo que remite a las siguientes dimensiones: a) los legados institucionales, la estructura del Estado y los patrones de políticas públicas heredados; b) el coeficiente de poder del gobierno y del partido de gobierno, en relación con el sistema de partidos y –en su caso– a la coalición de gobierno; c) la fortaleza del liderazgo presidencial; d) la relación del partido de gobierno con el gobierno y el presidente, con diverso grado de influencia política o como un partido al servicio del gobierno; e) las características del movimiento sindical y sus vínculos con el gobierno y el partido de gobierno;

f) el relacionamiento bilateral o tripartito con los empresarios y sus entidades gremiales; g) en fin, la relación del gobierno y del partido de gobierno con los sujetos sociales no organizados u organizados fuera de los circuitos sindicales (población en franjas de pobreza, desocupados, trabajadores informales).

Gobiernos diferentes, reformismos diversos

El “coeficiente de poder” (Merkel, 1995) puede medirse en términos de apoyo parlamentario, considerando dos vectores: a) posición del partido de izquierda gobernante en el conjunto de la izquierda y, en su caso, dentro de las coaliciones de gobierno; b) posición del partido de izquierda gobernante y, en su caso, de la coalición de gobierno, en el conjunto del sistema de partidos. Hay asimismo otros componentes relevantes, como las distancias ideológicas en el sistema de partidos y en el seno de las coaliciones o dentro del partido del presidente, los poderes institucionales y partidarios con que cuenta el jefe del gobierno y la estructura de liderazgo.

En este plano se registran diferencias apreciables. El FA es prácticamente monopolístico en la izquierda uruguaya y se ha convertido en partido “predominante”, al obtener mayoría parlamentaria en tres elecciones consecutivas. Gracias a la mayoría en ambas cámaras, al comando firme de Tabaré Vázquez y a la integración del gabinete con todos los jefes sectoriales del FA, el primer gobierno de la izquierda uruguaya tuvo un alto coeficiente de poder, sin necesidad de formar coaliciones ni de celebrar compromisos con otros partidos. El estreno socialdemocrático pudo ser entonces considerablemente productivo, con una serie de cambios significativos, que sin embargo se mantienen en los cauces del reformismo gradualista y moderado, que la izquierda adoptó paso a paso, para alcanzar el triunfo electoral.

En cambio en Brasil y Chile, durante los períodos de Lula da Silva, Dilma Rousseff, Ricardo Lagos y Michelle Bachelet, tanto el PT como la dupla PS-PPD no han tenido mayorías propias y formaron gobiernos de coalición, compartiendo poderes con socios de otros linajes. Las coaliciones brasileñas han

sido relativamente amplias y heterogéneas, e incluyeron a algunos partidos de centro-derecha. Pero el PT ha tenido como socio principal al centrista PMDB y su distancia ideológica con el bloque de oposición encabezado por el PSDB no es demasiado grande. En tales términos, el gobierno mantuvo una orientación de centro-izquierda y, si bien la composición del “cartel legislativo” en el Congreso fue habitualmente trabajosa, pudo llevar adelante una agenda de reformas considerable.

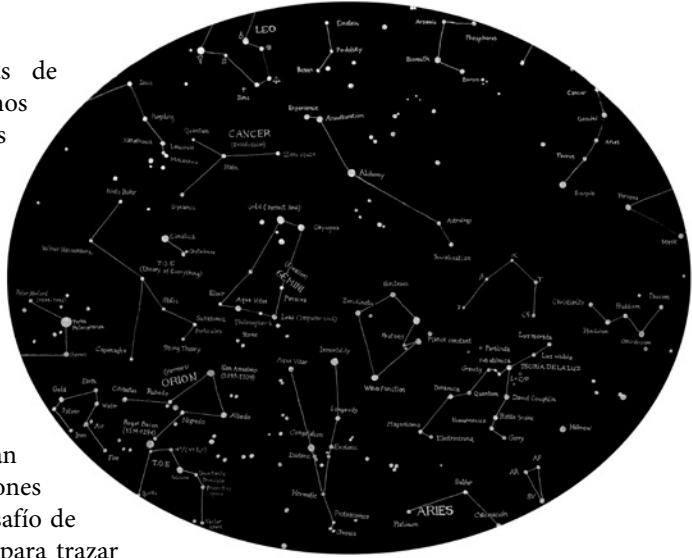
En Chile el PS ha hecho parte de la Concertación para la Democracia, en una alianza con la Democracia Cristiana (DC) muy articulada y estable, que fue decisiva para la transición democrática y estuvo en el gobierno 20 años seguidos (1990-2010). La Concertación también ha sido una coalición de amplio espectro, bastante homogénea –del centro al centro izquierda–, en la que la DC tuvo inicialmente cierto predominio y el PS logró un peso político que iba más allá de su caudal electoral. La Concertación pudo ser concebida como una “fuerza socialdemócrata” y generó una “transversalidad” interpartidaria considerable; pero en su seno hay distintas posiciones y la distancia ideológica entre el PS y la DC no ha dejado de ser importante. Mayor aun ha sido la distancia entre el PS y el bloque de la derecha.

En los períodos de Lagos y Bachelet, como en las dos presidencias de la Concertación que los precedieron, hubo que tejer laboriosos compromisos al interior de la coalición de gobierno. Además, para evitar cualquier recaída en la polarización, y aun en los períodos en los que tuvo mayoría, el gobierno cultivó una política de consensos con la derecha, dando lugar a una suerte de “democracia de los acuerdos” y ajustándose a una pragmática incremental moderada, de innovaciones importantes, pero gradualistas. La segunda presidencia de Bachelet –que está haciendo sus primeras pruebas– se apoya en una coalición más amplia y heterogénea –“Nueva Mayoría”– que incluye al Partido Comunista e integra a algunos de los dirigentes que encabezaron las fuertes protestas estudiantiles de los últimos años.

Con estos formatos políticos transcurren en Brasil, Chile y Uruguay las primeras

experiencias socialdemocráticas de América Latina. Los gobiernos son distintos y son distintos los productos resultantes. Median cadencias que tienden a delinear un régimen normativo de políticas públicas (un *policy regime*), o sea, políticas similares implementadas por partidos de distinta filiación ideológica, en líneas de continuidad y convergencia con los libretos neoliberales. Median también tendencias y realizaciones innovadoras, que encaran el desafío de labrar una senda “post-liberal”, para trazar eventualmente un nuevo paradigma de desarrollo, que no viene diseñado de antemano, sino que, como es usual en los recodos de la historia, se forja sobre la marcha.

Se trata de emprendimientos singulares, comparables con otras especies del género, que en todos los casos remiten sin embargo a un régimen de compromiso, entre los parámetros del desarrollo capitalista y el reformismo moderado. Un compromiso típicamente socialdemocrático –entre capitalismo y democracia– que, por definición, tiene lugar en sistemas políticos plurales y competitivos.



Referencias

Carrión, J. (Ed.). 2006. *The Fujimori legacy: The rise of electoral authoritarianism in Peru*. Pennsylvania: Pennsylvania State University Press.

Dornbusch, R., & Edwards, S. (Eds.). (1991). *The macroeconomics of populism in Latin America*. Chicago: University of Chicago Press.

Germani, G. (1962). *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós.

Huntington, S. (1994). *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*. Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1991)

Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.

Lanzaro, J. (2008). La social democracia criolla. *Nueva Sociedad*, 217.

Lanzaro, J. (2011). Social democracy in the global south. Brazil, Chile and Uruguay in comparative perspective. *Social Europe Journal*, 6(1).

Lanzaro, J. (Ed.). (2014). *Social democracias “tardías” – Europa Meridional y América Latina*. Madrid: CEPC.

Luna, J. P., & Rovira, C. (2014). *The resilience of the Latin American right*. Baltimore: The John Hopkins University Press.

Merkel, W. (1995). *¿Final de la socialdemocracia?* Valencia: Edicions Alfons el Magnànim.

Middlebrook, K. (Ed.). (2000). *Conservative parties, the right and democracy in Latin America*. Baltimore: The John Hopkins University Press.

Weyland, K. (1996). Neopopulism and neoliberalism in Latin America: Unexpected affinities. *Studies in Comparative International Development*, 31(3), 3-31.

Fernanda Arêas Peixoto*

Brasil y Nuestra América: ¿un continente y dos islas? **

En su prefacio a la reedición de la obra clásica de Manoel Bonfim (1905/1993), *A América Latina, males de origem*, Darcy Ribeiro escribiría:

En mis años de exilio en Montevideo pasé gran parte del tiempo desasnándome en las bibliotecas públicas uruguayas. Leí allí, entonces, casi todo lo que se escribió sobre América Latina, preparándome para escribir mis *Estudos de antropologia da civilização* (Ribeiro, 1964-1976). Fue allí, leyendo y repensando nuestras vivencias, que rompí con mi provincianismo brasileño para darme cuenta de que somos parte de un todo: América Latina”. (Ribeiro, 1993, p. 10).

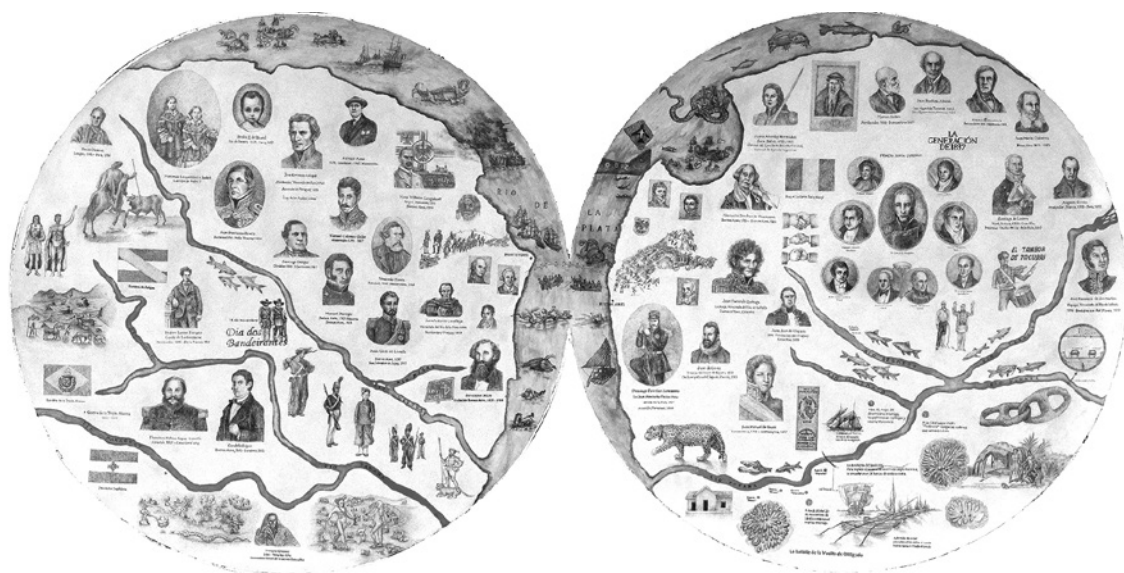
La toma de conciencia de Darcy Ribeiro en relación con su condición latinoamericana, posible gracias a su estancia forzosa en Uruguay, llama la atención hacia la posición ambigua del Brasil a lo interno de América Latina: siendo parte del continente, el país permaneció apartado de él. Elocuentes, las palabras del antropólogo calzan como un guante en los objetivos de este texto, que apunta a observar más de cerca tal ambivalencia y, a partir de ella, a América Latina como categoría y constructo cultural, recortada, a lo largo del tiempo, por distintas líneas imaginarias: América hispánica y portuguesa; América latina y anglosajona; América blanca (Argentina, Chile), indígena (Perú, Bolivia, Ecuador) y mestiza (Brasil, Cuba).

Si los sucesivos mapas trazados por la reflexión americana desde el siglo XIX van señalando distintas fronteras, una que funciona como límite frecuentemente establecido es la que separa a la América localizada al sur del Río Grande (católica y latina) de la parte norte (protestante y sajona). Tal separación, en el ensayo americanista de finales del siglo XIX a primeras décadas del XX,¹ se asocia a sentidos

* Profesora asociada (libre-docente) del Departamento de Antropología de la Universidad de San Pablo.

** Este texto surge de la invitación de Regina Reiss y tuvo origen en un curso ofrecido en el IHEAL – París 3, en el primer semestre de 2010. Por ello, se benefició mucho de las discusiones con los alumnos; recuerdo con cariño a Xavier, Santiago, Diana, Elsa, Guillaume, Marie, Océane, Pierre, Charlie, Hélène y Joanna.

1. Carlos Altamirano (2007) llama al ensayo americanista, híbrido entre ciencia, historia y literatura, “literatura de ideas”. Sobre esta provechosa producción latinoamericana, ver Achugar (1994).



diversos, sin dejar de insistir en la oposición entre las repúblicas del Sur y el Calibán del Norte –el personaje shakespeariano (Shakespeare, 1611/2008) funciona como alegoría para representar al enemigo dominante durante buena parte del siglo XX–.

Geografías imaginarias, ensayismo de corte americanista, localización de Brasil en el mapa americano: estos son los temas (y problemas) que nos interesa abordar, no con la intención de agotarlos en los límites de este ensayo, sino en el intento de presentarlos en forma sintética, dejando ver el modo en que interpelan por una reflexión sobre “América Latina, nosotros y nosotros los otros”, hilo que atraviesa este *Dossier*.

1

Volviendo a las palabras de Darcy Ribeiro, vale recordar que su experiencia de exilio, así como la de muchos otros, contribuyó a intensificar las relaciones de Brasil con los países vecinos tales como Uruguay, pero también con Chile y Cuba, hacia donde se dirigieron parte de los opositores a la dictadura implantada por el golpe militar de 1964.

De todos modos, el hecho histórico y sus

consecuencias trágicas no alteraron el lugar de Brasil al interior de América Latina, ni la posición del continente en la conciencia de los brasileños. Y si es verdad que las relaciones del país con la América hispánica venían modificándose desde 1990, en función de una política deliberada de intercambios económicos, políticos y culturales, la “confesión” de Ribeiro parece darle un sentido que trasciende los límites de una experiencia histórica e individual.

Las dimensiones continentales de Brasil, asociadas a su idioma diferente al español hablado en los demás países latinoamericanos, llevaron a que viajeros europeos, al cruzar por primera vez a América Latina, tuvieran muchas veces la impresión de estar frente a mundos separados, conectados por algunos puentes... ¿Dos islas?

No sólo los extranjeros, sino también los intelectuales y los escritores latinoamericanos, al proyectar una reflexión más general sobre el continente e intentar aprehenderlo como una unidad transnacional, tuvieron dificultades para dar cuenta de las “diferencias brasileñas”, por lo que este país figura en forma muy discreta en la reflexión americanista de las primeras décadas del siglo XX. Desde el lado brasileño, por su parte, el ensayo histórico sociológico se resistió,

con raras excepciones, a exponer una reflexión sistemática sobre América Latina, y optó por investigar al Brasil mismo en su proceso de formación, así como en relación con las matrices europeas.

Una experiencia colonial distinta (aunque igualmente brutal desde el punto de vista de la violencia perpetrada contra las poblaciones autóctonas), en la cual la colonia se convierte en capital del Imperio, a partir de 1808; un proceso de independencia *sui generis*, llevado a cabo por un príncipe portugués, y una experiencia monárquica de proporciones únicas en la parte sur del continente: estos son por lo menos tres factores fuertes que incidieron en el apartamiento de Brasil de los demás países latinoamericanos, y que lo llevaron, por un lado, a cierto repliegue sobre sí mismo y, por otro, a una apertura en dirección a Europa.

No era menor la desconfianza de los países vecinos respecto a la opción monárquica brasileña puesto que, finalmente, el modelo republicano era visto como el más adecuado para las naciones independientes, libres y modernas, en formación en América a partir del siglo XIX. Contrariamente a las visiones corrientes, Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), político y escritor argentino, consideraba que la monarquía era la única forma política capaz de controlar la “barbarie” que asociaba con Brasil; barbarie que resultaba de la naturaleza exuberante (al mismo tiempo fascinante y peligrosa) y, sobre todo, de la fuerte presencia africana y del mestizaje.²

La política sistemática de alianza del Brasil con Estados Unidos,³ además de las tensiones frecuentes que involucraban a las políticas

brasileñas de expansión de las fronteras desde el final del siglo XIX,⁴ fueron elementos adicionales que contribuyeron a aislar al país de los demás de América Latina.

Alejamientos históricos, culturales y políticos no impidieron, sin embargo, que algunos autores se hayan esforzado por aproximar las “dos islas”, atravesando puentes y cruzando fronteras. Podemos recordar al poeta Ruben Darío (1867-1905), que entre 1906 y 1922 estuvo en el “Brasil del fuego”, tal como lo describió en su poema célebre dedicado a Machado de Assis (Darío, 1967). También el libro del escritor y diplomático argentino Martín García Mérou (1862-1905), *El Brasil intelectual: Impresiones y notas literarias* (García Mérou, 1900/2013), que, sin dejar de señalar las distancias reales existentes entre los diversos países de América, hizo eco de los anhelos independentistas y unificadores de Bolívar en relación con los riesgos de fragmentación del continente.

Mérou –es preciso decirlo– veía con simpatía la estabilidad política de Brasil y la consolidación de las instituciones brasileñas en oposición a las turbulencias reinantes en las repúblicas hispanoamericanas, lo que es acompañado por el historiador y diplomático Oliveira Lima (1867-1928), uno de los autores brasileños que se dedicó a las relaciones entre la América portuguesa y la América española.⁵

Manoel Bonfim (1868-1932) es otro de los autores nacionales que se ocuparía de la cuestión americana, y se destacó aún más por retirar el acento de la reflexión sobre las cuestiones raciales, que poblaba el horizonte intelectual latinoamericano hasta mediados del siglo XX, para proyectar un análisis socioló-

2. El ejemplo brasileño es decisivo para esbozar el dilema “civilización o barbarie”, central en el clásico *Facundo* de Sarmiento (1845/1997).

3. Recordemos, entre otros datos, la complicidad de Itamaraty en relación con el llamado Corolario Roosevelt (1904) a la Doctrina Monroe, que prohibía toda forma de intervención en América Latina que no fuera norteamericana; complicidad que se torna evidente, por ejemplo, en la organización de la Conferencia Panamericana realizada en Río de Janeiro, en 1906, en dirección contraria a la política de paz liderada por el canciller argentino Luis Drago. Sobre la Doctrina Drago, ver Souza (2008).

4. El periodo del Barón de Río Branco al frente del Ministerio de Relaciones Exteriores (1902-1912) es especialmente emblemático en este sentido, puesto que coincide con el momento de consolidación de las fronteras brasileñas y proyectan la dimensión continental del país. Tal política acarrió litigios, por ejemplo, con la Guayana Francesa (por el anexo de Amapá), con Argentina (en función de la disputa por el Paraná y Santa Catarina) y con Bolivia (en lo que respecta al territorio de Acre). Sobre las relaciones internacionales de Brasil en la Primera República y el papel de Río Branco en ella, ver Burns (1977).

5. Luego de su experiencia en Venezuela, Oliveira Lima revé las antiguas simpatías republicanas; en ese momento también modifica su posición sobre el panamericanismo, y pasa a criticar en forma contundente la intervención norteamericana en América Latina. Sobre Oliveira Lima, su trayectoria y producción, ver Malatian (2001).

gico apoyado en el examen de la dominación colonial, construido desde una evidente conciencia continental (Bonfim, 1905/1993). Es verdad que la *Revista Americana* (1909-1919), dirigida por el diplomático Araújo Jorge, constituyó un instrumento de aproximación entre los países del subcontinente; también lo es que en las obras de autores brasileños activos entre 1880 y 1920 es posible encontrar cierta preocupación americana, indica Antonio Cândido (1993). De todos modos, el bloque portugués de América Latina parece haberse resistido a proyectar un ensayismo de timbre americano, postura remitida a 1930, cuando los intérpretes tienden a concentrarse en el análisis de las particularidades brasileñas, explicadas en función del carácter diferente de nuestra colonización.

La “aventura” de la colonización llevada a cabo por un colonizador portugués refractario al cálculo y al planeamiento dio lugar a una civilización eminentemente rural, patriarcal y mestiza entre nosotros, indica Sérgio Buarque de Holanda (1936) en *Raízes do Brasil*. El carácter plástico y adaptable del portugués, híbrido entre África y Europa, es lo que permite comprender la conformación de un país mestizo, a despecho de la violencia y la opresión esclavista, dirá Gilberto Freyre (1933) en *Casa-grande e senzala*. Raíces históricas y ficciones culturales que operaron en la construcción de abismos entre los dos grandes bloques lingüísticos del continente sudamericano.

2

América Latina no es una realidad natural sino una categoría y una construcción cultural que produce realidades, orienta políticas y anima imaginarios.⁶ La historia de la creación del concepto remite a la política internacional del Segundo Imperio Francés (1852-1870) capitaneada por Napoleón III. Utilizado por primera vez en 1856 por el chileno Francisco

Bilbao (1823-1865) y por el colombiano José María Caicedo (1830-1889), en un contexto en el cual Francia construía su proyecto monárquico y la intervención en México (1862), el término será apropiado por corrientes opuestas en el espectro ideológico. Por un lado, grupos bonapartistas que reforzarían el discurso pan-latino contra el expansionismo norteamericano y el modelo republicano diseccionado en América Latina. Por otro, fracciones de las izquierdas francesa y europea, reunidas en torno al abad Félicité de Lamennais (1782-1854), que retoman el argumento de la latinidad y lo asocian con el proyecto republicano, de modo de proyectar la unidad de un bloque latino (que incluye naciones americanas y europeas) contra un bloque anglosajón (en el cual se encuentra Estados Unidos).

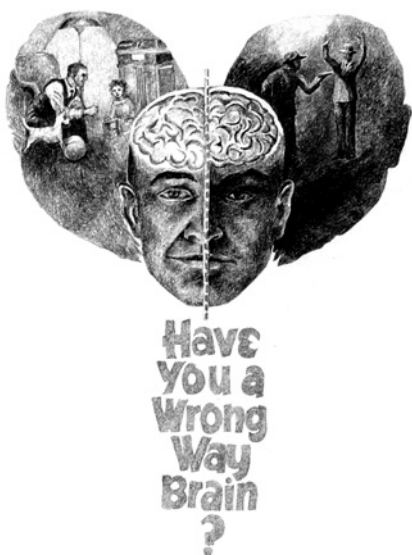
Pero las derivas antagónicas del concepto se aproximan en lo que dicen con respecto a la oposición latino/sajón, perceptible tanto en el pensamiento de Lamennais como en bonapartistas como Chevalier; y se acercan también por el modo en que comparten cierta visión de civilización, ligada al “espíritu” y a la cultura erudita, que no considera la realidad histórica y cultural de los países latinoamericanos (Romero, 1998).⁷

Construida en el momento preciso y empleada, desde el origen, en diversos sentidos, la noción de América Latina adquiere nuevas y variadas connotaciones a lo largo del tiempo. A pesar de sus distintos significados, divide la geografía continental en dos partes, presentadas como opuestas: América Latina que se afirma como “otra América”, diferente de América del Norte. Forjado en Europa, el término migra a las Américas y es traducido en función de otras demandas y preocupaciones. En el continente americano se tiende a convertir en “nuestra América”, más o menos distante de los imperios coloniales y de los compromisos ideológicos e intelectuales de sus artífices.

Dos ejemplos, elegidos en función del carácter inaugural que poseen, pueden ayudar a

6. Para una discusión sobre la construcción del concepto de *ciudad latinoamericana* (y de *América Latina*), ver Gorelik (2005).

7. Si tomamos la población de América Latina en 1825, apunta Romero, encontramos una mayoría de negros y mestizos, junto a indígenas y una minoría blanca; cómo hablar entonces de latinos desde un punto de vista étnico, se pregunta el autor. Sobre la noción de América Latina, ver también Martinière (1982).



esbozar los contornos que la idea de América Latina va a asumir en los debates latinoamericanos de comienzos del siglo XX, que tuvieron tantas repercusiones en formulaciones posteriores. *Nuestra América* (Martí, 1891/2005), del escritor, traductor y periodista cubano José Martí (1853-1899), anuncia la expresión que se volverá emblemática de cierto ensayo latinoamericano, y la asocia a la América mestiza e independiente de los modelos europeos y norteamericanos.⁸ *Ariel* (Rodó, 1900/1947), del periodista y escritor uruguayo José Enrique Rodó (1871-1917), esboza otra visión –que restablece los lazos de la parte sur del continente con los modelos civilizatorios ibéricos– y se vuelve matriz para los “arielismos” posteriores, como los de Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y José Vasconcelos.

La expresión “nuestra América”, que da

título al artículo de José Martí (1891) publicado en *La Revista Ilustrada de Nueva York* el 10 de enero de 1891, indica una clara toma de posición política, de cuño anticolonialista y anti-intervencionista; actitud crítica de negación que viene acompañada de la proyección de un destino común para el sur del continente. La primera persona del plural indica el lugar de enunciación del autor del discurso: es el hombre sudamericano el que habla y reflexiona sobre su condición de colonizado y sobre la subordinación económica, política e intelectual de la parte sur de América. El artículo es escrito y publicado en los Estados Unidos, donde se encuentra el incansable militante por la independencia de Cuba luego de varios exilios. El compromiso político que marca la trayectoria del escritor repercute directamente en su producción. Sus artículos, crónicas y poemas son escritos al calor de la hora, bajo el impacto de los acontecimientos políticos que comenta y respecto a los cuales toma partido en forma contundente. Por eso mismo, las figuras del “héroe guerrero” y del “héroe letrado” ocupan un lugar central en la obra de Martí, y se ligan al tópico de las “armas y de las letras” sobre el cual gira parte considerable de su producción. La guerra espiritual, nacional y social no se hace presente tan sólo en los artículos de ocasión, sino que se instala en el corazón de su obra poética, abriendo espacio a una imaginación de cuño épico (Díaz Quiñones, 2006).

Nuestra América asume la forma de una carta escrita a distancia a los “hermanos” de la “Madre América”,⁹ a quienes clama a “despertar” frente al peligro que habita al lado (¿“gigante de las siete leguas”? ¿“tigre”?). Con decurso oral y tono emocionado, el artículo quiere persuadir al lector: éste debe despertar y ayudar a la transformación de América, tarea urgente frente al combate que se muestra inminente.

La finalidad del texto es clara (convocar a los americanos a tomar para sí la causa de la

8. Recordemos, entre muchos otros, *Nuestra América* de Carlos Bunge (1904/2000) y *Nuestros indios* de González Prada (1905/1976).

9. Martí pronunció un discurso para los delegados de la Conferencia Internacional Americana, en diciembre de 1889, que tenía justamente el título de *Madre América* (Martí, 1965).

independencia de América del Sur), así como los caminos para la ejecución de la tarea: es preciso estudiar los “factores reales” del continente de manera de formular soluciones, “liberándolo de las tiranías”. El artículo apela a la construcción de una nueva mirada sobre el mundo americano, liberado de artificios y de fórmulas importadas *prêt-à-porter*. Se plantea así un tópico central del ensayo latinoamericano en general y de nuestro modernismo en particular: el problema de la imitación acrítica de modelos y la independencia del espíritu.

Nuestra América es, entonces, sinónimo del retorno a las matrices “naturales” y “verdaderas” que se remontan al período anterior a la conquista¹⁰. A la “América natural” Martí asocia además la América mestiza: bajo la diversidad de colores y cuerpos, el “alma americana” es siempre la misma, indica. Entre la experiencia cubana y la vida en los Estados Unidos, que hacen de él un “hombre entre dos mundos” en términos de Díaz Quiñones (2006), Martí convierte la independencia política e intelectual de su país natal, así como también la de toda América Latina, en su principal materia y arma de combate.

En el extremo sur del continente, por otra parte, y viviendo en un país cuyos indicadores sociales, funcionamiento de instituciones democráticas y proceso de modernización lo llevan a ser considerado la “Suiza de América”, Rodó reflexiona sobre la libertad y la independencia americanas desde otra perspectiva. Católico, poseedor de una formación cultivada en el seno de una familia burguesa y delineando un recorrido entre su actividad periodística habitual y las obligaciones parlamentarias (fue electo diputado en tres ocasiones por el Partido Colorado), el escritor uruguayo proyecta su utopía americana en función de una experiencia social y de referencias intelectuales distintas.

Ariel (Rodó, 1900/1947) retoma, desde el título, la tradición culta occidental que lo ampara. La tonalidad del texto es oral, como la del texto de Martí, sólo que en este caso se trata de la clase de despedida de Próspero, realizada en un gran salón decorado con una escultura en bronce de Ariel, que inspira el “sermón” del maestro dirigido a los jóvenes, sus estudiantes, pero también a la “juventud de América”, a la que le dedica el ensayo.¹¹ Su forma de hablar mezcla un tono amigable y familiar con un timbre persuasivo y algo mesiánico, destacado sobre todo en las páginas finales: quiere indicar a los jóvenes el camino a seguir. El discurso de Próspero provee el material central del texto, que tiene una apertura y un cierre concebidos en un registro francamente literario. El discurso posee innegable vocación universalista (sólo al final se refiere a “nuestra América”, que da título al artículo de Martí), y predica la combinación de un ideal clásico y de otro cristiano, valorados como matrices de un modelo civilizatorio, del cual América formaría parte.

Progreso espiritual, desarrollo moral, estético y meditación desinteresada son algunas de las palabras clave del texto, que delinea una América capaz de alzar la libertad en función de la expansión del arte, de la ciencia, de las ideas y valores religiosos. Y el camino para alcanzar tal ideal es la educación, instrumento que permite acceder a la tradición clásica (griega y romana) y refinar los espíritus, orientándolos en dirección de los valores universales.

Si en Martí la educación y el conocimiento se conjugan para la aproximación a la realidad del mundo, el retorno a las tradiciones verdaderas (“nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra”, en términos del autor [Martí, 1891/2005]) y el compromiso político, en Rodó ello se liga al “ideal desinteresado del espíritu” y a la figura de Ariel.

10. El artículo está repleto de metáforas tomadas de la naturaleza –los Andes, los árboles, la tierra, las raíces– y de referencias a los animales y a los habitantes “naturales” –indios y mestizos–. La naturaleza provee de un vocabulario rico para que Martí hable de la fecundidad creadora y de las potencialidades del sur del continente, con lo que esboza la imagen de una “América natural”.

11. Las inspiraciones declaradas de Rodó, citadas más de una vez, son el *speech* que el filósofo y poeta norteamericano Ralph Waldo Emerson (1837) profiere en la Phi Beta Kappa Society (*The American scholar*) y el “sermón laico” de Renan, pronunciado en 1896 en la Asociación de Estudiantes de París. También los célebres discursos de Andrés Bello (1843) en la Universidad de Chile y de Lucio Vicente López, en Argentina, en 1890, todos ellos responsables de la creación de un estilo de oratoria.

El célebre personaje de *La tempestad* de Shakespeare (1611/2008) figura como expresión mayor de los ideales americanos: “Ariel es la razón y el sentimiento superior. Ariel es este sublime instinto de perfectibilidad...” (Rodó, 1900/1947, p. 121).

Haciendo entonces de Ariel la imagen sintética de su utopía americana, Rodó profiere una crítica a la utilidad material, al egoísmo, a la “pasión desordenada” y al “utilitarismo estrecho” que caracterizan a la “civilización del norte”, asociada a Calibán (Rodó, 1900/1947, pp. 70-71).¹² La “mediocridad democrática” norteamericana es también criticada, aunque no rechace a la democracia como modelo. El desafío sería equilibrar el exceso de igualitarismo con el desarrollo pleno del espíritu; ampliar el acceso a la educación y a la cultura pero sin dejar de formar una aristocracia del espíritu. “Racionalmente concebida, la democracia admite siempre un imprescriptible elemento aristocrático que consiste en establecer la superioridad de los mejores...” (Rodó, 1900/1947, p. 84).

No parece difícil percibir cómo la oposición civilización/barbarie, forjada por Sarmiento, es reeditada, aunque los términos de las formulaciones de Rodó agreguen nuevos significados: a los ideales elevados del espíritu (Ariel y América Latina) se oponen la civilización bárbara y materialista del Norte (Calibán y América Anglosajona), “gigante del norte” contra el cual también se rebela Martí en la tentativa de proyectar “otra América”.

La diferencia americana y la utopía que conlleva presentan contornos distintos en los dos autores, lo que perfila dos linajes al interior del ensayismo americano: uno que destaca el carácter mestizo de América y afirma su diferencia radical en relación con Europa

y Estados Unidos; otro que inscribe el futuro de América en la estela de la tradición occidental ibérica. El primero recupera a la América considerada “bárbara” a los ojos del colonizador –la América “natural”, anterior a la conquista–, mientras que el segundo retoma la “América de la civilización”, representada por Ariel.

Si Calibán se asocia a los Estados Unidos en Rodó –la barbarie ligada al imperio del Norte y no a los nativos del Sur–, la criatura salvaje y deforme del enredo shakespeariano alimenta la construcción de un personaje mítico que va adquiriendo connotaciones positivas en el correr del siglo XX. Recordemos, entre otros, la pieza de Aimé Césaire (1969/1997), *Une tempête*, adaptación del drama de Shakespeare al teatro negro; el poema de Edward Brathwaite (1969) dedicado a Calibán (en el libro *Islands*), o incluso el ensayo del cubano Roberto Fernández Retamar (1971/2004) titulado “Calibán”, de 1971, en el cual el personaje es tomado como símbolo de “nuestra América”, en oposición a la reflexión arielista.¹³

Calibán se transforma en héroe poscolonial a partir de 1960, tanto en América Latina como en Estados Unidos, eso es cierto. Pero el recorrido político intelectual realizado por el personaje no debe hacernos olvidar de otras lecturas, bastante anteriores, que elevan al “caníbal” a la condición de figura de punta de la reflexión generada en el sur del continente.¹⁴ Hago referencia al *Manifiesto antropófago* de Oswald de Andrade (1928) que, al invertir las relaciones entre centro y periferia, haciendo del acto de devoración el motor de la producción cultural, genera una teoría de la cultura de amplio alcance; teoría que trasciende los límites brasileños y la persistente preocupación por la “identidad nacional”.

12. Aunque el texto deja entrever también la admiración por las conquistas del Imperio del Norte, directamente declarada en algunos momentos, por ejemplo: “aunque no los ame (a los Estados Unidos), los admiro. Los admiro, en primer lugar, por su formidable capacidad de querer, y me inclino frente a la ‘escuela de la voluntad y del trabajo’ [...] que instituyeron” (Rodó, 1900/1947, p. 96). Vale mencionar incluso que, al echar mano de los personajes shakespearianos, Rodó sigue las trazas del poeta nicaragüense Rubén Darío que, en su ensayo sobre Edgar Allan Poe publicado en *Los raros* (Darío, 1896/1998), se refiere al Calibán que tiene su reino al norte de la isla de Manhattan.

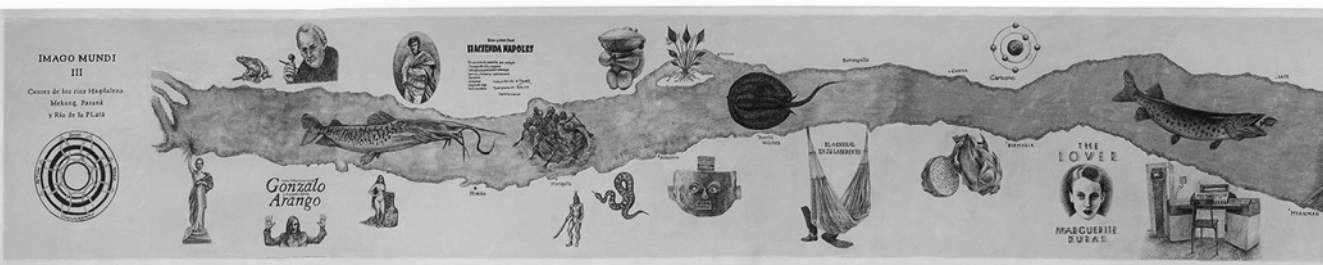
13. Sobre las apropiaciones, relecturas y recreaciones del personaje, ver Zabús (2002).

14. Recordemos que Calibán, en su origen, designa al salvaje y al caníbal, hombre que habitaba el territorio americano antes de la llegada de los europeos. El célebre ensayo “De los caníbales” de Montaigne (1580/2003), como sabemos, fue una de las fuentes de Shakespeare, traducido al inglés por su amigo Giovanni Floro en 1603.

Incluir al poeta de nuestro modernismo y a otros autores nacionales en el seno de una reflexión americana, con el auxilio de una perspectiva comparada, puede ser un camino para reinsertar a Brasil en el continente, haciéndonos percibir que “somos parte de un todo”, como quería Darcy Ribeiro (1993). Eso siempre que la comparación no se contente con la constatación de semejanzas sino que, al contrario, haga de la diferencia el resorte propulsor de la reflexión.

Referencias

- Achugar, H. (1994). Nuestra América y la función histórica del discurso americanista. En A. Pizarro (Ed.), *América Latina. Palabra, literatura e cultura* (Vol. 2). São Paulo: Memorial da América Latina UNICAMP.
- Altamirano, C. (junio, 2007). Dossiê. História social dos intelectuais latino-americanos. *Tempo social*, 19(1), 9-17.
- Andrade, O. de. (mayo, 1928). Manifiesto antropófago. *Revista de antropofagia*, 1(1). Recuperado de http://www.buenosaires.gov.br/areas/educacion/cepa/manifiesto_antropofago.pdf
- Bello, A. (septiembre, 1843). *Discurso inaugural de Andrés Bello*. Recuperado de <http://www.uchile.cl/portal/presentacion/historia/4682/discurso-inaugural>
- Bonfim, M. (1993). *A América Latina, males de origem*. Rio de Janeiro: Topbooks. (Trabajo original publicado en 1905)
- Brathwaite, E. (1969). Calibán. En E. Brathwaite, *Islands*. London: Oxford University Press.
- Buarque de Holanda, S. (1936). *Raízes do Brasil*. Rio de Janeiro: José Olympio.
- Bunge, C. O. (2000). *Nuestra América*. Santa Fe: Fraterna. (Trabajo original publicado en 1904)
- Burns, E. B. (1977). As relações internacionais do Brasil durante a Primeira República. En B. Fausto (Ed.), *História geral da civilização brasileira* (Tomo 3, Vol. 2). Rio de Janeiro: Difel.
- Cândido, A. (1993). Os brasileiros e a nossa América. En A. Cândido, *Recortes*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Césaire, A. (1997). *Une tempête*. Paris: Seuil. (Trabajo original publicado en 1969)
- Darío, R. (1967). A Machado D'Ássis. En R. Darío, *Poesías completas* (10ª ed., p. 1015). Madrid: Aguilar.
- Darío, R. (1998). Edgar Allan Poe. En R. Darío, *Los raros*. Zaragoza: Libros del Innombrable. (Trabajo original publicado en 1896)
- Díaz Quiñones, A. (2006). José Martí (1853-1895): La guerra desde las nubes. En A. Díaz Quiñones, *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Emerson, R. W. (agosto, 1837). *The American scholar*. Discurso presentado en la Phi Beta Kappa Society, Cambridge. Recuperado de <http://la.utexas.edu/users/hcleaver/330T/350kPEEEmersonAmerSchTabl.pdf>
- Fernández Retamar, R. (2004). Calibán. En R. Fernández Retamar, *Todo Calibán*. Buenos Aires: CLACSO. (Trabajo original publicado en 1971)
- Freyre, G. (1933). *Casa-grande e senzala*. Rio de Janeiro: Maia e Schmidt Ltda.
- García Mérou, M. (2013). *El Brasil intelectual: impresiones y notas literarias*. London: Forgotten Books. (Trabajo original publicado en 1900)
- González Prada, A. (1976). Nuestros indios. En A. González Prada, *Páginas libres. Horas de lucha* (2ª ed.). Caracas: Biblioteca Ayacucho. (Trabajo original publicado en 1905)
- Gorelik, A. (2005). A produção da “cidade latino-americana”. *Tempo social*, 17(1), 111-133.
- Malatian, T. M. (2001). *Oliveira Lima e a construção da nacionalidade*. São Paulo: EDUSC/FAPESP.
- Martí, J. (enero, 1891). Nuestra América. *La revista ilustrada de Nueva York*.
- Martí, J. (1965). Madre América. En J. Martí, *Obras completas* (Vol. 6, pp. 133-140). La Habana: Editorial Nacional de Cuba.
- Martí, J. (2005). Nuestra América. En J. Martí, *Nuestra América* (3ª ed., pp. 31-39). Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho. (Trabajo original publicado en 1891)
- Martinière, G. (1982). L'invention d'un concept opératoire: la latinité de l'Amérique. En G. Martinière, *Aspects de la coopération franco-brésilienne: transplantation culturelle et stratégie de la modernité*. Grenoble: Presses Universitaires de Grenoble.
- Montaigne, M. de. (2003). De los caníbales. En M. de Montaigne, *Ensayos*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Recuperado de http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/ensayos-de-montaigne--0/html/febf17e2-82b1-111df-acc7-002185ce6064_157.html#I_36_ (Trabajo original publicado en 1580)
- Ribeiro, D. (1964-1976). *Estudos de antropologia da civilização* [Vols. 1-5]. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Ribeiro, D. (1993). Prefacio. En M. Bonfim, *A América Latina, males de origem*. Rio de Janeiro: Topbooks.
- Rodó, J. E. (1947). *Ariel*. Buenos Aires: D. A. Espiño. (Trabajo original publicado en 1900)
- Romero, V. (1998). Du nominal “latin” pour l'autre Amérique. Notes sur la naissance et le sens du nom “Amérique latine” autor des années 1850. *Histoire et sociétés de l'Amérique latine*, 7, 57-86.
- Sarmiento, D. F. (1997). *Facundo: civilização e barbárie*. Rio de Janeiro: Vozes. (Trabajo original publicado en 1845)
- Shakespeare, W. (2008). *La tempestad*. Madrid: Alianza. (Trabajo original publicado en 1611)
- Souza, C. L. de. (2008). *A Doutrina Drago e as relações entre as repúblicas americanas*. Trabajo presentado en el VIII Encontro Internacional da ANPHLAC, Vitória. Recuperado de http://anphlac.flch.usp.br/sites/anphlac.flch.usp.br/files/christiane_laidler.pdf
- Zabus, C. (2002). *Tempests after Shakespeare*. New York: Palgrave.



Rodrigo Cañete*

El arte de Argentina y Brasil: colocando lo bajo sobre lo alto

Durante los últimos 20 años, mucho se ha hablado de la emergencia de un “arte latinoamericano”. A pesar de esto, existe una ausencia total de análisis críticos comparados del arte contemporáneo de la región. Es por esto que se hace prácticamente imposible realizar un análisis de las características de dicho arte sin hacer el correspondiente análisis visual de las obras de algunos artistas que nos permitirán echar un poco de luz a un área de la que se dice mucho pero se sabe muy poco.

A primera vista, existe un denominador común entre el arte contemporáneo brasileño y el argentino, y es su obsesión por la tematización de la inversión de lo bajo sobre lo alto, entendida como la manipulación de materiales “bajos” (objetos cotidianos o de descarte) para la producción de objetos “altos” (obras de arte). Este tipo de preocupación alquímica de transformación de lo bajo en lo alto, en cuanto alegoría de las bondades del sur (respecto del norte), tiene como origen el Buenos Aires de fines de la década del 60 en el Instituto Di Tella y proyectos colectivos como, por ejemplo, Tucumán Arde. En San Pablo, las muestras de arte socialmente inclusivo de Hélio Oiticica en el Museo de Arte Moderno constituyen un si-

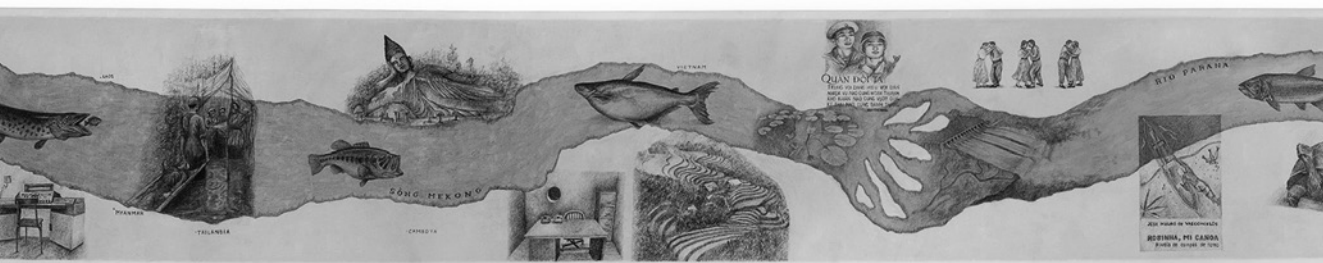
milar tipo de preocupación por la ampliación del universo de “espectadores de arte”.¹

Del análisis de los tres siguientes artistas brasileños y sus colegas argentinos podemos ver que esa preocupación por inyectar elementos de la cultura popular en la cultura de élite se ha sostenido hasta el presente. Para ilustrar lo antedicho, discutiré con detenimiento la obra de tres artistas “contemporáneos” brasileños: Barrão (1959), Tiago Carneiro da Cunha (1973) y Alexandre da Cunha (1969), estableciendo un diálogo con su contraparte argentina: Liliana Porter (1941) y León Ferrari (1920), Max Gómez Canle (1972), Omar Schiavo (1962) y Carlos Herrera (1976).

Barrão, nacido en Río, es autodidacta y comenzó su carrera artística como parte del grupo de las Seis Manos (1983-1991) con los artistas Ricardo Brisbaum y Alexandre Dacosta, con quienes hizo *performances* y arte en las calles. Como podemos ver, en el origen mismo del arte de *performance* se ve este posicionamiento del artista como *outsider*, o sea, como un producto de su propia experiencia de vida y no del sistema tradicional de formación artístico-académica que tiene a la pintura de caballete y a la escultura como medios prefe-

* Crítico e historiador del arte con un PhD del Courtauld Institute of Art (Londres).

1. Ver, para el caso argentino, Longoni y Mestman (2013), y Cañete (en prensa). Para el caso brasileño, ver Oiticica (1992).



renciales. Durante los años 90, Barrão se dedicó al cine y participó del colectivo Chelipa Ferro, que cofundó en 1995 con Luiz Zerbini y Sergio Mekler.

Los objetos escultóricos hechos por Barrão son *collages* ensamblados con objetos de uso cotidiano, en general pertenecientes a la categoría del *kitsch* y casi siempre de cerámica o porcelana. Hay cierta búsqueda lírica pero también dadaísta en la utilización de objetos ornamentales de bajo nivel para armar ensamblajes orgánicos que llaman la atención por su rechazo al clasicismo, en el sentido de que siempre parecen invertidos o sin sentido. En Barrão, la inversión de lo alto sobre lo bajo ocurre tanto alegórica como material y formalmente. Sus objetos son especies de remolinos que recuerdan a ciertas formaciones vegetales. En sus *Ninfas derramadas* (2009), por ejemplo, las figuras clásicas (o neoclásicas, en este caso) parecen las raíces de los ornamentos azules colocados por encima de ellas. La inversión del clasicismo en este caso es literal ya que los elementos retóricamente artísticos (las ninfas) son colocados de manera invertida por debajo de los fetiches ornamentales o funcionales, como son las jarras y las teteras².

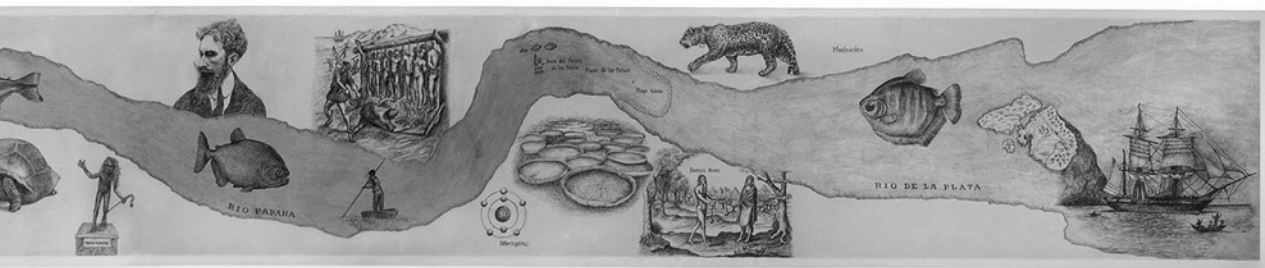
El modo en el que Barrão usa objetos del arte *kitsch* plantea una primera diferencia entre los tipos de producción artística brasileña y argentina, si tomamos como ejemplos a artistas canónicos como los argentinos León Ferra-

ri o Liliana Porter. De hecho, mientras Barrão se queda en el tipo de estetización *kitsch* que caracterizará 10 años más tarde a la producción del Grupo del Centro Ricardo Rojas en la Argentina, Ferrari y Porter abrazan un tipo de arte en el que abundan las alegorías políticas y las referencias al arte pop. Esto nos lleva a la segunda diferencia que, según entiendo, es aún más importante y tiene que ver con la mayor dedicación del brasileño por el acabado de las obras. Mientras en la Argentina hay una preferencia por la desmaterialización conceptual de la obra artística y por el *ready made*, en Brasil hay una mayor preocupación por el acabado del objeto artístico en cuanto tal.

En el caso de los brasileños, las obras nunca dejan de ser concebidas como “obras de arte”, pero en el caso de los argentinos, estos parecen manipular la institución artística para no tener que darle acabado a dichas obras. Mientras Liliana Porter y León Ferrari se limitan a acomodar las piezas como en un pesebre, Barrão desafía la gravedad y los materiales para crear objetos estéticos autosuficientes que no necesitan de la galería de arte o del sistema del arte para existir como tales.

Tiago Carneiro da Cunha podría ser comparado con el argentino Max Gómez Canle, ya que ambos trabajan con imágenes postapocalípticas (o antdiluvianas), y usan la ya mencionada inversión de lo bajo sobre lo alto respecto a materiales, funcionalidades y temas.

2. <http://www.noseomundo.com/365-artistas--escritores/82-barrao> (accedido el 22/06/2015).



Sus objetos funcionan como ironías visuales. Carneiro da Cunha vive en Nueva York. Tras estudiar pintura con Sérgio Sister y Paulo Pasta en Brasil, fue aceptado en el Parsons School of Design de Nueva York en 1994 y luego se mudó a Londres, donde obtuvo un MA del Goldsmiths College en Fine Arts.

Su obra es más propia del sistema educativo anglosajón que del brasileño, ya que en su carrera se ve un renunciamiento a la tarea del artista como dibujante y pintor para abrazar una preocupación de tipo más conceptual, en la que las obras parecen intervenidas al punto de hacer ostentación de su falta de terminación. En tal sentido, la comparación con Max Gómez Canle es apropiada, dado que el argentino inyecta elementos de la estética futurista de los juegos electrónicos de su generación (el Tetris, por ejemplo) en un paisaje pseudoflamenco del siglo XV (Joachim Patinir, 1480 – 1524)³. Sin embargo, si bien en Gómez Canle hay una yuxtaposición de estilos y temas, en Carneiro da Cunha dicha estrategia conceptual pasa de la mera yuxtaposición a una algo más elaborada ironía. En él, las piezas –en un juego de inversión de lo bajo sobre lo alto– usan los elementos de la cerámica y los adornos *kitsch* (glaseados) para indicar lo opuesto a lo que suponen referirse. Es como si los objetos de Tiago Carneiro da Cunha se desintegraran en el proceso de la mirada por parte del espectador.

Mientras Max Gómez Canle trabaja los clichés sólo para confirmarlos, en Da Cunha esos clichés parecen desintegrarse. Es así como en *Toxic waste beggar* (2009) tenemos una figura en posición de linyera con terminación dodecaédrica, hecha de resina de poliéster, generalmente usada para el diseño como indicador de velocidad futurista en comerciales de autos, por ejemplo, en la que dicha connotación se contradice por la pose adoptada. Lo mismo ocurre en *Large mud man* (2010) o en *Monkey buddha* (2009)⁴, en donde una especie de monstruo de cerámica quiere asustarnos pero parece desintegrarse como un helado. Si bien conceptualmente la obra del brasileño es más lograda que la de Max Gómez Canle, hay en el caso del argentino una mayor atención por el producto final como objeto artístico u obra de arte. A pesar de ser profundamente ornamentales, sus obras reclaman atención en cuanto arte “serio”. En Da Cunha, en cambio, las esculturas funcionan en ese espacio intermedio entre el ornamento y la obra de arte. En ambos casos, la obra de arte se desarma en la humorada que en el caso del argentino ocurre a un solo nivel (tema/estilo) y en el caso del brasileño, a dos niveles (tema/estilo, materialidad/función).

La obra de Alexandre da Cunha (1969) es sintomática de los modos de circulación no sólo de la producción artística sino de sus creadores. Me refiero a los artistas “migran-

3. <http://m1.paperblog.com/i/144/1446981/max-gomez-canle-L-NGy6BU.jpeg> (accedido el 22/06/2015).

4. <https://loveartnotpeople.files.wordpress.com/2015/01/tiagoyellowspinkx.jpg> (accedido el 22/06/2015).

tes”. También radicado en Londres, estudió en el Royal College of Art entre 1998 y 1999 y a continuación obtuvo un MA del Chelsea College. Su obra comparte con Barrão esa tematización de la inversión de lo bajo sobre lo alto, entendida en los términos de la utilización de objetos “cotidianos” o “descartables” para la realización de objetos considerados como de “alto arte”. Su obra es fácilmente comparable con la del argentino Omar Schiliro, perteneciente al ya mencionado Grupo Rojas de Buenos Aires que emergiera durante la década del 90. La segunda parte de la producción de Da Cunha, sin embargo, puede ser comparada con la del ganador del Premio Petrobras de ArteBa 2013, el rosarino Carlos Herrera, en el que el *ready made* es colocado en el espacio de manera “lírica”. A pesar de esto, las diferencias entre el uno y el otro son grandes.

Si en el caso del argentino Schiliro (y también en el del brasileño Barrão) había un guiño irónico a los ideales de belleza como “hermosura”, en Alexandre da Cunha ésta deja de ser una preocupación. Su obra sólo adquiere sentido en la mente de un espectador conocedor del arte internacional minimalista de Sol Lewitt, Donald Judd, Barnett Newman o Carl Andre. En tal sentido, este tipo de arte establece un diálogo informado entre interlocutores formados. Si bien este artista parece decir que su principal preocupación es la de explorar el lugar del arte brasileño en el mundo, en realidad lo que hay en su obra es una profunda preocupación por la relación entre el sistema de educación artístico del Primer Mundo (Royal College of Art y Chelsea College, por dar los ejemplos del caso) y las oportunidades de un artista “inmigrante” en el sistema del arte internacional. Es por eso que en Alexandre da Cunha hay cierto énfasis en lo bajo, representante de la pobreza de nuestro continente, entendida como “falta de oportunidades”, en relación con lo alto, la “alta cultura”, que es indicada como tal mediante la indexicalidad de su galería en San Pablo y su modo de circulación en las ferias de arte internacional. Con su obra, Da Cunha toma partido y parece significar que el arte contemporáneo sólo es relevante si está conectado con las estéticas canonizadas en Nueva York y Londres. Esto,

en sí mismo, no es ni verdadero ni falso sino más bien irrelevante a los fines de la discusión del arte, en general. La inversión de lo bajo sobre lo alto, en este caso, expresa la posición del arte brasileño en el mundo a través de su minimización como producción “periférica”.

Podemos ver también una preocupación por la terminación de las obras, que siempre parecen orientarse hacia el minimalismo de superficies pulidas. Esta suerte de obsesión por la limpieza (al punto de incluir literalmente instrumentos de limpieza) confirma esa vocación por negar la “falta de ella” que caracteriza a la cotidianeidad latinoamericana y, como tal, constituye una referencia a su sincretismo e hibridez. Es como si Alexandre da Cunha estuviera más preocupado por “diferenciarse del morro” que por afirmar su “condición de brasileño”. Es este énfasis en la limpieza conceptual lo que diferencia a la producción de brasileños formados en Londres de la de sus colegas argentinos, quienes parecen abrazar, de manera militante, la suciedad, la marginalidad y la hibridez como temas centrales. Estos son los casos de Adrián Villar Rojas, Diego Bianchi y, más genéricamente, la producción derivada del grupo de Belleza y Felicidad que emergiera con anterioridad al 2010. Este rechazo a la “estética de la pobreza” por parte de algunos artistas brasileños puede ser entendida como la consecuencia de la decisión gubernamental de becar a sus artistas para que estudien en escuelas de corte, eminentemente conceptualistas, principalmente en Londres. Los artistas argentinos, por su parte, al no tener acceso a ese tipo de educación, terminan transformando en tema de su obra la pobreza y el desorden que ellos mismos padecen. El contexto de país es mucho más evidente en la obra de los argentinos que en la de los brasileños, que parecen plantear un diálogo más internacionalista.

Tonico Lemos Auad (1968) confirma lo antedicho ya que, en 1998, también ganó una beca del gobierno brasileño para estudiar en el Goldsmiths College de Londres. Lemos Auad es parte del grupo de artistas que surgió del sistema educativo inglés y ganó presencia en la escena del arte emergente local. Con influencias duchampianas, su obra hace uso del *ready*

made y también de materiales perecederos a los fines de transformar la experiencia entre el espectador, la obra y el contexto de exhibición en un momento de “humor poético”. Mientras dichas alusiones e influencias permiten al circuito educado en la provechosa industria de la educación artística inglesa discutir estas obras de manera “erudita”, la apelación al humor hace que este tipo de ejercicio conceptual sea digerible para un público de coleccionistas menos erudito. Vemos cómo en este contexto la referencia a Brasil sólo queda reducida al uso de materiales como bananas, por ejemplo. El hecho de que, en algunas de sus obras, Tónico Lemos Auad haga figuras con la putrefacción de ciertos objetos orgánicos podría ser entendido como una alegoría de lo “bajo” de la periferia sobre lo “alto” del centro. Sin embargo, este tipo de alegorización nunca acaba siendo propiamente elaborada.

El tipo de preocupación existente por la inversión de lo bajo sobre lo alto, que veíamos en Barrão, Tiago y Alexandre da Cunha, está también presente aquí. Sin embargo, Tónico agrega la dimensión de lo perecedero. Su arte se posiciona como arte por el simple hecho de que todo en él en algún momento tiende a desaparecer. Por ejemplo, coloca un grupo de bananas en los estados iniciales de descomposición y dichas manchas forman rostros que algunos días más tarde desaparecerán⁵. Es por eso que la obra debe inscribirse en un lugar intermedio entre la *performance* y el registro fotográfico de dicha *performance*. Este tipo de obra caracteri-

zó a la producción del argentino Víctor Grippo a fines de los 60, y es muy posible que Lemos Auad se haya inspirado en la muestra retrospectiva del argentino que tuviera lugar en Londres en el Camden Arts Center. Así, tenemos *Clairvoyant* (2008), compuesta por una docena de batatas germinando colgadas de hilos; *Sleep walkers* (2009), que es un ananá hecho de pelo bordado, y *Seven seas* (2007), una serie de cartulinas apoyadas sobre una repisa y puestas frente al sol. Si bien este tipo de arte promete abordar el *topos* de la historia del arte del *vanitas*, dicha aproximación se queda en ello: una mera promesa. Es más bien la discusión del medio (la pintura y la escultura) desde el *ready made* y “lo orgánico” lo que parece interesarle verdaderamente a este artista.

Los antecedentes inmediatos de este tipo de aproximación al arte como disparador “humorístico” de esa inversión de lo bajo sobre lo alto, pueden ser encontrados en la obra de Marcos Chaves. Chaves nació en 1961 en Santa Teresa y estudió en Río de Janeiro, donde vive. La fuente de valor de su arte radica en el humor como catalizador de esa conceptual alegorización de la “periferia” y “la pobreza” sudamericana. No hay preocupaciones formales ni referencias al arte en cuanto arte sino más bien una apropiación de diferentes registros visuales (el publicitario, el *kitsch* turístico, el arte contemporáneo de ferias de arte) con fines de desacralización, más o menos explícita, de la institución del arte.

En una instalación presentada en el 2002 en la 25ª Bienal de San Pablo llamada *Morir de risa*, Chaves coloca su cara en gigantografías repetidas alrededor de la sala en donde aparece “riendo a carcajadas”, y, mediante una serie de auriculares dispuestos en la sala, permite a los espectadores escuchar dichas carcajadas. De este modo, transforma el espacio de consagración “sacralizadora” de objetos de arte en un espacio sin objetos en el cual lo que es sacralizado es la desacralización misma. Esta idea está presente en *Eu só vendo a vista* (1998)⁶, en donde el artista juega con la imagen turística (comercial y *kitsch*) de Ipanema,

Steel Shield for Policemen is Bullet Proof



5. <https://loveartnotpeople.files.wordpress.com/2015/03/bananaportrait3.jpg?w=760> (accedido el 22/06/2015).

6. <http://www.marcoschaves.net/instalacoes/eu-so-vendo-a-vista/print> (accedido el 22/06/2015).

con el Pan de Azúcar de fondo, a la que transforma en obra de arte mediante su redimensionalización y su intervención “conceptual”. Hace esto incluyendo en la imagen un cartel con la leyenda “eu só vendo a vista”, que tiene dos interpretaciones ya que, por un lado, puede ser leída como “sólo vendo esta vista”, y, por el otro, “sólo vendo al contado”. Esto, dicho en el contexto del mercado del arte brasileño, tiene varias implicancias, ya que durante los últimos 10 años el gobierno viene tratando de regular un mercado del arte que es usado, en parte, para el lavado de dinero. Otra interpretación puede tener que ver con la corrupción en la asignación de permisos para la construcción de edificios en la costa carioca.

En su serie *Agujeros* (1996-2008), Chaves fotografía los objetos usados por los cariocas para señalar los boquetes al fin de evitar que los vecinos sufran accidentes. Esto nuevamente alegoriza la corrupción y la ineficiencia de las autoridades municipales, que necesitan que las obras en la vía pública sean lo más precarias posible para poder rehacerlas y así generar más oportunidades para negociados. Según Chaves, “el humor puede ser un modo sintético de luchar contra el poder establecido”. Este tipo de arte utiliza el lenguaje de la publicidad, ya que no hay ninguna preocupación formal. La única diferencia entre la publicidad y este tipo de imágenes es que el objetivo de la publicidad es vender y el de estas imágenes es el de provocar o “hacer pensar”.

El caso de la artista conceptual Jac Leirner es uno de los que apareció más tempranamente y con más éxito. Habiendo estudiado y trabajado en San Pablo toda su vida, logró atraer atención para este tipo de arte a partir de su participación en la 20ª Bienal de San Pablo, tras lo cual participó en la Bienal de Venecia (1990 y 1997) representando al Brasil y en Documenta/Kassel (1992). Su obra tiene influencias del minimalismo, el pop y el constructivismo, y se orienta al armado de imágenes habituales de esos movimientos con materiales bajos como bolsas del mercado y paquetes de cigarrillos. En su obra *Pulmón* (1987) api-



la cientos de paquetes de cigarrillos abiertos y quema sus bordes para crear una escultura de tipo constructivista. En *Todos los de cien* (1998) arma cuadrados y figuras con billetes de 100 reales. En *Nombres* (1999)⁷ cubrió las paredes de un museo con la parte de las bolsas de compra que presentan la imagen de la marca. La contraparte de esta instalación fue *Vacío* (2000), en donde hizo lo mismo pero sacando las marcas. Sin embargo, la obra que me parece más interesante es *Cuatro amarillos* (2010), en la que va armando sobre papel de algodón diferentes combinaciones de amarillos, rojos y azules que dan color “sangre” en sus diferentes modos de putrefacción.

Si queremos comparar la obra pionera de Leirner con la de los anteriores exponentes de la inversión de lo bajo sobre lo alto (que en la Argentina encontramos en galerías como Belleza y Felicidad y Appetite, por ejemplo), podemos ver que en el caso de Leirner hay cierta preocupación estetizante por intentar integrar la “basura” en una construcción estilizada que luce como arte en un contexto propiamente artístico. En Buenos Aires, esta confluencia de “humor” y lenguaje publicitario colapsa como estrategia y se remonta al conceptualismo desmaterializado de artistas como Oscar Bony (1941) o Marta Minujín (1943). Desde allí se ha filtrado en las obras de Hernán Marina (1969) o Fabio Kacero (1961), por dar sólo dos ejemplos.

7. http://www.moma.org/interactives/exhibitions/1999/muse/images/leirner_names.jpg (accedido el 22/06/2015).

Decorativismo tropical

En este recorrido del arte contemporáneo brasileño y argentino decidí dejar de lado el caso de los decorativistas tropicales como Beatriz Milhazes, Luiz Zerbini, Adriana Varejão y Caetano de Almeida, en los que, casi uniformemente, se articulan elementos canónicos del pasado artístico brasileño (azulejos, Aleijadinho, arte concreto, Burle Marx, entre muchos otros) de manera festiva e irónicamente ornamentalista. Si bien este último tipo de arte parece responder a la necesidad de cierto sector del arte brasileño de identificarse con una idea de la “jungla modernizada”, dicha construcción de identidad obedece a criterios más bien superficiales. Elegí a estas dos generaciones de artistas conceptuales ya que ellos establecen un doble diálogo. Por un lado, dialogan con el “participacionismo” de Lygia Clark y Helio Oiticica y, por el otro lado, dialogan con el arte canónico del Primer Mundo al que quieren parecerse, al menos, formalmente.

Sin embargo, la pregunta que vale hacerse es la de si estos artistas eligen una versión “tropical” del arte del Primer Mundo por decisión propia o para complacer las expectativas de penetración internacional de los coleccionistas y las instituciones patrocinantes. La pregunta que hago acá es si, al menos, desde el punto de vista del arte contemporáneo, la identidad cultural se está forjando en respuesta a lo que se cree que son las expectativas del Primer Mundo. Digo esto porque al invertir lo bajo sobre lo alto y adaptarlo formal y estéticamente a los requerimientos de Londres y Nueva York, se está vaciando al arte de su “vitalidad cultural” para resignarse a ser una pose festiva, alegre y aproblemática.

Esto nos lleva a preguntarnos si este modo de presentar la realidad sudamericana como “aceptable” tiene que ver con la necesidad hacia adentro y hacia afuera de las sociedades sudamericanas de ser percibidas como “bajo control”. ¿A quién representa este tipo de arte? O, mejor dicho, ¿los valores de qué grupos sociales están siendo expresados? El arte al que he hecho referencia en este artículo parece decirnos más de aquellos que lo consumen y quieren que de aquellos que lo producen. Mediante la banalización estilizada de esa inver-

sión de lo bajo sobre lo alto se produce una suspensión del contexto social para transformar al arte en una cáscara en donde los problemas se enuncian para nunca ser discutidos. El arte del Mercosur parece así hablar más de las inseguridades de una élite que busca aceptación internacional en un mundo globalizado que de nuestras sociedades.

Referencias

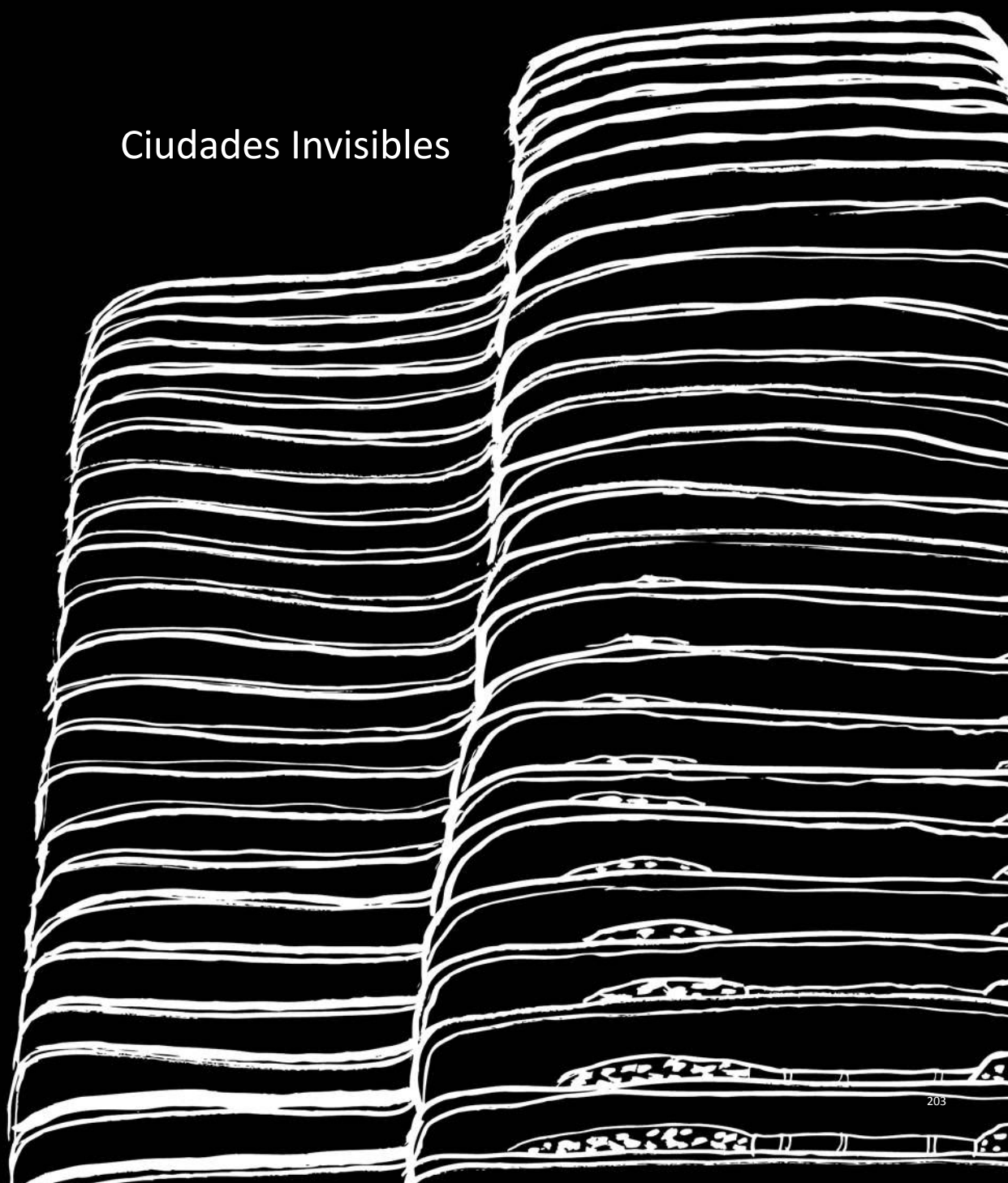
Cañete, R. (en prensa). *Arte argentino a contrapelo*. Manuscrito presentado para su publicación.

Longoni, A., & Mestman, M. (2013). *Del Di Tella a Tucumán Arde: Vanguardia artística y política en el 68 argentino*. Buenos Aires: Eudeba.

Oiticica, H. (1992). Tropicalia March 4, 1968. En G. Brett, C. David, C. Deacon, L. Figueiredo, & L. Pape (Eds.), *Helio Oiticica*. Rio de Janeiro: Projeto Hélio Oiticica.



Ciudades Invisibles



Entre memorias y sueños: una Porto Alegre invisible

*Quem ama inventa as coisas a que ama.../
Talvez chegaste quando eu te sonhava.../
(...) Nem sabes tu o bem que faz à gente/
Haver sonhado... e ter vivido o sonho!"*

Mario Quintana (1989),
Quem ama inventa

Hablaré de la única Porto Alegre posible: ¡mi Porto Alegre invisible! Que, en realidad, son muchas. Tal como Calvino (1972), desde el realismo mágico que brota de nuestro inconsciente inventamos nuestras ciudades.

Siento profunda alegría al recorrer, en compañía del lector de *Calibán*, las calles, los barrios, los lugares y rincones de un espacio urbano que nace de memorias y de sueños... En estos lugares también me soñé y me hice.

Porto Alegre de los orígenes

Fundada en 1772 con la llegada de 60 parejas provenientes de las Azores, se va conformando a partir de un encuentro de culturas: portugueses y españoles, inmigrantes alemanes e italianos, nativos remanentes de las Misiones y esclavos africanos, componen la síntesis del pueblo *gaúcho*.² Casi dos siglos más joven que Río de Janeiro, Porto Alegre es producto de un mosaico de las historias de estos linajes, lo que vuelve al *gaúcho* multifacético en forma única, algo que respira y se revela en sus expresiones.

En un escenario marcado por sucesivas guerras y revoluciones sangrientas, se consolidó una ciudad y el carácter de un pueblo que se destaca por su espíritu altivo y entusiasta.



Porto Alegre del *gaúcho*, el eterno *farrapo*³

No es posible hablar de Porto Alegre sin mencionar la Revolução Farroupilha⁴, hecho histórico que revela rasgos esenciales del *gaúcho*.

Los deseos separatistas respecto al gobierno central, expresados en esta revolución, sellaron una ambivalencia insoluble en relación con la *brasilidade*.⁵ Las siempre tenues fronteras con Uruguay y Argentina, así como las incontables afinidades culturales que nos fraternizan tan íntimamente, nos hacen sentir por momentos más rioplatenses que brasileños. La estética campesina nos une. El paisaje de la Pampa, la figura del hombre que cabalga en esas oceánicas planicies, la música, el *chimarrão*,⁶ el invierno... Esta ambivalencia también supone que, frente a un partido de fútbol Brasil-Argentina, reviva el ánimo nacional y se rearmen las fronteras, blindándose cual Muralla China. La crisis identitaria del *gaúcho* se actualiza en la pasión

* Sociedade Brasileira de Psicanálise de Porto Alegre, Asociación Psicoanalítica Argentina.

1. "Quien ama inventa las cosas que ama.../Tal vez llegaste cuando te soñaba.../(...) No sabes lo bien que nos hace/ Haber soñado... ¡y haber vivido el sueño!" (Traducción libre).

2. Gentilicio utilizado para denominar a los habitantes de Rio Grande do Sul, territorio ubicado en el extremo sur de Brasil (nota del traductor).

3. "Harapo", "harapiento"; en este contexto, integrante de la Guerra de los Farrapos.

4. Guerra de los Farrapos.

5. El sentimiento de ser brasileño.

6. En el Río de la Plata: "mate".



Dibujos: Arq. Daniel Villani

con la que se conmemora la fecha de la Revolução Farroupilha, irónicamente fracasada. Hay algo resiliente del espíritu revolucionario que anima a los innumerables jinetes a desfilar elegantemente por las calles de Porto Alegre y de todos los rincones del sur en esa fecha. ¿Estarían conmemorando la conquista de una identidad? ¿Habrán cerrado las revoluciones las fronteras psíquicas de este pueblo? Al blandir su *eu não sou*,⁷ el *gaúcho* funda su propia existencia psíquica. ¡No somos *castelhanos*⁸ ni brasileños, somos *gaúchos*!

Este guerrero, mito fundante, esencia del perfil *gaúcho* (retratado muy bien en la estatua *O laçador*,⁹ en la entrada de la ciudad), habita en el portoalegrense. Por más refinado y globalizado que sea, algo de pasional, opositor, dual y extremista se revela en su personalidad. Las antiguas antinomias de las luchas trabadas entre *castelhanos* y lusitanos, *chimangos* y *mara-*

gatos,¹⁰ *farroupilhas* y *caramurus*,¹¹ federales y republicanos, todavía se expresan en el fútbol, en el eterno duelo de gremistas y colorados.¹² Confrontaciones políticas no le faltan tampoco al *gaúcho*, pueblo intenso y politizado, generador de liderazgos con papel protagónico en movimientos y revoluciones nacionales.

Porto Alegre urbana

*Olho o mapa da cidade
Como quem examinasse a
anatomia de um corpo...
Sinto uma dor infinita
Das ruas de Porto Alegre
Onde jamais passarei...¹³
(Quintana, 1976).*

Porto Alegre no es una ciudad que se deje entender o que encante a los visitantes a primera vista. Es como una mujer cuya belleza

7. "Yo no soy".

8. Forma en que los brasileños llaman a los que hablan castellano (español). En particular los riograndenses se refieren así a los habitantes de Uruguay y Argentina.

9. El laceador.

10. Integrantes de bandos opuestos en la historia de Rio Grande do Sul en los siglos XIX y XX. Los *chimangos*, caracterizados por pañuelos blancos, defendían el gobierno instituido. Los *maragatos*, caracterizados por pañuelos rojos, se oponían a éste (N.T.).

11. Integrantes de la Guerra de los Farrapos, por un lado, y sus antagonistas, los soldados del Imperio brasileño.

12. Hinchas de los equipos de fútbol Gremio e Internacional (popularmente conocido como Inter), ambos de Porto Alegre.

13. "Miro el mapa de la ciudad/Como quien examina la anatomía de un cuerpo.../Siento un dolor infinito/De las calles de Porto Alegre/ Por donde jamás pasaré..." (Traducción libre).

no se revela inmediatamente. No es seductora, de formas abundantes que se imponen. Es más bien como una mujer que se revela súbita e inesperadamente, con un tenue rayo de luz en el cabello, desplegado en el brillo de la mirada, que acoge y equilibra... Así, Porto Alegre, con la misma sutileza, no se descubre con facilidad.

Recuerda a “Tamara, la ciudad de los símbolos, donde los ojos no ven cosas sino figuras de cosas que significan otras cosas...” (Calvino, 1972). Porto Alegre tiene varios símbolos y muchos enigmas. Hay que entregarse a su complejidad, recorriéndola, respirándola, mapeándola con dulzura en las múltiples facetas que componen su alma...

Iniciaría este paseo por el Centro Histórico. Porto Alegre nació en los márgenes del “río” Guaíba, tardíamente revelado como lago, pero nunca incorporado como tal. Tenemos, como dice Altair Martins (2013), “¡un lago que se llama Río Guaíba!”.

En el centro, hay una Rua da Praia, que antes de los sucesivos vertederos que padeció el Guaíba, era playa. Hoy el río está distante y escondido por un muro. El trauma histórico de la inundación de 1941 lo explica todo. Con más de 70 mil evacuados, la ciudad sufrió con impotencia la transformación de su centro en una Venecia opaca, de enfermedades y ruina.

Como a nivel intrapsíquico, el muro representa el esfuerzo defensivo frente a la violencia del trauma. Desde el punto de vista urbano, es un ostentoso intruso en el paisaje, que lleva al río al ostracismo. El Guaíba, al sufrir la retaliación taliónica del portoalegrense, dejó de participar en la vida de la ciudad y se convirtió en un vertedero de basura urbana. Marcas traumáticas y controversias ideológicas aún impiden el rescate de su diálogo con la ciudad.

El muelle del puerto fue fundamental en otras épocas. La vida llegaba por allí, a través de todo el abastecimiento de víveres. Junto al muelle nació el Mercado Público, en 1869, majestuoso predio desde el que se distribuían los productos. El mercado aún mantiene su protagonismo en la vida de la ciudad, ofreciendo los pescados más frescos y las frutas más sabrosas. Todo se encuentra allí, desde raros condimentos de gastronomía refinada hasta artesanatos, cafés y algunos de los más antiguos restau-

tes. En todas las metrópolis, es en el mercado público donde se asienta el alma de la ciudad, haciendo dialogar pasado y presente. ¡En mi Porto Alegre invisible también!

En el centro sobreviven predios que consagran la resistencia de las marcas de la historia a la fuerza de la globalización, empadronadora de ciudades en la línea de los *shopping*, de avenidas y viaductos que sobrevaloran la presencia del auto en detrimento de la persona, verdadero sentido de la urbanidad. Aldo Rossi (1966) recuerda que “la ciudad es la locación de la memoria colectiva de los pueblos”, y lo antiguo tiene que encontrar su lugar en el presente, sin que éste lo destituya.

Allí despuntan íconos de una época de valorización de la belleza escultórica en la arquitectura. Algunos edificios, el chalet de Praça XV, la farmacia Carvalho, el Palácio do Piratini, la confitería Rocco, el antiguo Banco da Província, el Museu de Arte do Rio Grande do Sul y el predio Dos Correios, muestran trazas de los estilos ecléctico, *art nouveau* y neoclásico. También diseminados por el centro están los modernistas, exhibiendo el rigor de sus formas limpias. De noche, bañado en una luz de tonos cálidos que recuerda a los faroles del siglo XIX, se impone el gran cañón urbano portoalegrense: el viaducto de la avenida Borges de Medeiros. Siempre que puedo opto por ese camino, con la emoción de sentirme tragada por esa inmensa garganta cósmica que grita que allí hubo un pasado, que allí pasaron cosas...

Próximo al muelle, la Praça da Alfândega, escenario de las ferias del libro anuales, con sus jacarandás floreciendo en la primavera y dejando el ambiente todo cubierto de luz lila.

En el Centro Histórico, la catedral, la Praça da Matriz, frente al majestuoso predio del Teatro São Pedro, de 1858, aún escenario de las mejores producciones artísticas.

Al salir del centro y siguiendo por la orilla del Guaíba rumbo al sur, con la visión del río y de los veleros que navegan sus aguas, la inmensa área verde del Parque Marinha do Brasil y la vieja Usina do Gasômetro, transformada en centro cultural. La antigua productora de energía hoy produce arte, también esencial para la vida. Porto Alegre invisible es arbolada. Árboles centenarios testimonian el pasaje del tiempo y el cambio de las formas,

los pasos cada vez más apresurados, la conversación de los que salen del trabajo, las risas de los niños al dejar la escuela y el bullicio de los jóvenes. Todas las calles tienen árboles. En una de ellas, la Marquês do Pombal, la confluencia de la vegetación forma un túnel, vuelto patrimonio natural de la ciudad. Árboles que atraen pájaros cuyo canto se vuelve más audible los fines de semana, cuando los autos y las personas descansan y la ciudad se silencia. Las bandadas arman su orquesta y las cigarras hacen coro los domingos de calor. Ah, cómo evoca mi memoria infantil el sonido de la cigarra a la hora de la siesta... También los domingos, el aroma omnipresente del asado y las lujuriosas imágenes de carnes succulentas que surgen al caminar por la ciudad... Podría también hablar del invierno, con sus colores y con su *minuano*, nuestro viento mítico del sur. Hablaría también del placer de sentir sus cortes de cuchilla en el rostro... Bajo su asedio nos sentimos como Ana Terra, de *O tempo e o vento* (Verissimo, 1949/2004), enfrentando la helada y pensando: “Siempre que me pasa algo importante está soplando el viento...”. Hablaría de cómo el viento es movimiento, es acontecimiento, ¿de cómo nos hace sentir vivos!

Porto Alegre del psicoanálisis y de los sueños...

Es posible que la descripción de Porto Alegre y del alma de sus habitantes ya haya sugerido al lector la vocación entrañable del portoalegrense por establecer una ligazón profunda con el psicoanálisis. Nuestra ancestralidad, ligada a la migración, con sus melancolías y el diálogo entre los diversos orígenes, fue modelando un carácter reflexivo y cuestionador que parece encontrar en la invención freudiana una buena guía para hacer preguntas.

Es cierto que somos permeables a las demandas actuales, con sus producciones subjetivas particulares, ligadas a la velocidad, a la rápida obsolescencia de las cosas y de los vínculos, así como a las somatizaciones y a los espectáculos del acto. Sin embargo, creo que tales im-

perativos se amalgaman en un sustrato cultural esencial que todavía marca ciertas diferencias entre los grupos humanos. Aun bajo el manto de la globalización, el *gaúcho* tiene mitos, rasgos e historias que lo vuelven diferente a un *mineiro*,¹⁴ a un *paulista*¹⁵ o a un *porteño*,¹⁶ tanto en sus aspectos saludables como en los mórbidos.

El modo en que se desenvuelve el psicoanálisis en Porto Alegre es bastante representativo de las descripciones de su ligadura con Brasil y con el Río de la Plata. Nos nutrimos de la pujanza y de la profundidad de las escuelas uruguaya y argentina, polos importantes del psicoanálisis, que formaron a muchos portoalegrenses, pero también mantenemos un diálogo fructífero con las sociedades brasileñas como las de Brasilia, San Pablo y Río, nacidas de otras matrices que nos ayudaron a respirar pluralidad. Hay un movimiento psicoanalítico fuerte, con dos sociedades de IPA en Porto Alegre, además de la Sociedade de Pelotas, 250 kilómetros al sur, y de muchos grupos y escuelas no afiliados, pensando y difundiendo esa disciplina.

Definiría ser psicoanalista en mi ciudad natal como una experiencia confortable, pese a la condición *imposible* del acto de psicoanalizar. La comodidad se debe a la circunstancia de compartir ciertos códigos de existencia remotos, que ofrecen una precisión natural, casi automática, a la escucha. Se puede ser un buen psicoanalista en cualquier latitud; sin embargo, serlo en una cultura adoptada, algo que viví intensamente por varios años, exige un esfuerzo adicional de captación y traducción de la sutil riqueza polisémica de las palabras, los gestos y hasta los silencios...

Mis comienzos no fueron aquí, pero descubrirme psicoanalista en la ciudad que me soñó y albergó mis sueños y mis juegos en los albores de la vida, fue algo que integró mis pedazos y les dio un sentido...

Porto Alegre de la infancia

La experiencia de la ciudad deja en nosotros marcas invisibles, inmersas en un mar de sensorialidad, en aquellas épocas de escasa fronte-

14. Habitante de Minas Gerais.

15. Habitante de San Pablo.

16. Habitante de Buenos Aires.



ra entre sueño y realidad, adentro y afuera...

El primer recuerdo fuera de la protección de la casa, sintiendo en la piel el impacto de la estética urbana, con sus barullos, olores y el calor de la gente, tiene la forma de un paseo en tranvía... ¡Sí! En aquella época había tranvías y uno de ellos pasaba frente a mi casa. El tranvía era de madera maciza y la diversión era levantar y bajar aquellos asientos, haciendo un ruido estridente. Ese recuerdo viene en color blanco, como el vestido que yo usaba, o tal vez como lo desteñido de las escenas, descoloridas por el paso del tiempo... Pero lo que no perdió color fue el recuerdo de la felicidad casi completa de estar allí, sintiéndome linda con mi vestido blanco y en la compañía más emblemática de todas: ¡la de mi padre, que me llevaba a conocer el mundo! Y la ciudad era un vasto mundo, lleno de signos de interrogación...

Porto Alegre de las muchas ciudades

*Eu sei que nestes céus de Porto Alegre
É para nós que inda S. Pedro pinta
Os mais belos crepúsculos do mundo!*¹⁷
(Mario Quintana, 1940).

Un aspecto interesante sobre las ciudades es que, como traducciones espaciales de la civilización, heredan el dilema de la humanidad: los hombres no pueden vivir sin civilización, pero tampoco ser felices en ella. El espacio urbano, como réplica ampliada de nuestra humanidad, es creado por nosotros y, en un movimiento dialéctico, nos crea también. Escenario inexorable para expresar el malestar inherente a la condición humana (Freud, 1930). Dice el arquitecto Aldo Rossi (1966) que “la arquitectura se inició con los primeros esbozos de las ciudades, siendo así inseparable de la construcción de la civilización y un he-

17. “Sé que en estos cielos de Porto Alegre/Es para nosotros que aún S. Pedro pinta/¡Los más bellos crepúsculos del mundo!” (Traducción libre).

cho permanente, universal y necesario”.

El ser humano construyó las ciudades en un movimiento colectivo, en busca de protección contra el desamparo de la soledad y la inclemencia de la naturaleza. ¿Pero no será aún más fuerte la motivación del trascender? Por otro lado, los teatros urbanos también exhiben el miedo de esta migración al *otro*, implicada en el acto de trascender.

Valdrada, ciudad de Calvino (1972), expresa esta defensa narcisista, tan emblemática de nuestros tiempos. Es una ciudad dividida en dos, en la cual una es reflejo de la otra y las cosas no valen tanto por lo que son sino “por sus imágenes límpidas y frías en el espejo. Viven la una para la otra, mirándose a los ojos continuamente, pero sin amarse”. Éste es el movimiento continuo del ser humano que las ciudades ponen en escena: aproximación, seguida de espejamiento y distancia.

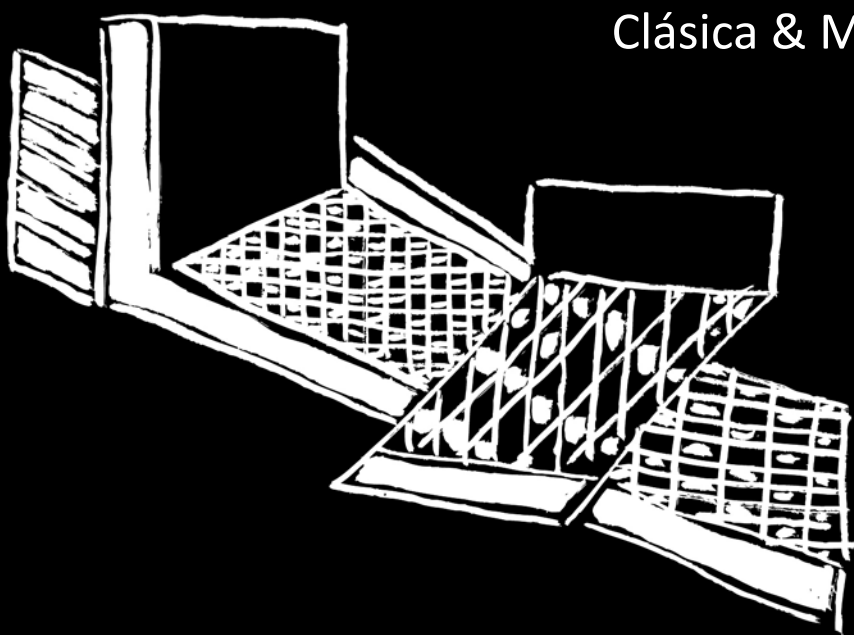
En el acto heroico y erótico de la construcción del espacio urbano, con su arquitectura, estética, producción intelectual y científica, el sujeto muestra su apetito por lo *otro*. También

se impone lo inexorable del narcisismo de las pequeñas diferencias, de la violencia, las exclusiones, el miedo... Este movimiento de opuestos, tan esencial de la condición humana, se respira en cualquier ciudad; la belleza junto a la basura, el orden y el caos, las alegrías y dolores, colores y sombras, brillos y opacidades, los encuentros y la soledad. “La misma ciudad que nos une, es la que nos separa...” (Francisco, Friedel & Miñarro, 2011).

Son muchas Porto Alegre las que habitan en mi imaginario de ciudad invisible... estas impresiones de ciudad en la infancia van construyendo una especie de sentimiento oceánico que nos liga afectivamente a un espacio urbano, elevándolo a la categoría de *lugar* con el cual compartimos la intimidad de una construcción conjunta: constituyendo nuestro psiquismo a la vez que nuestro *yo*. En el amor a la ciudad y en el sentimiento de pertenecer, persiste siempre una extensión del amor a nuestro propio *yo*. Nuestras ciudades invisibles son creaciones de nuestros sueños, que también nos sueñan y nos crean...

Referencias

- Calvino, I. (1972). *As cidades invisíveis*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Francisco, B., Friedel, C., Miñarro, L. (Productores), & Taretto, G. (Director). (2011). *Medianeras* (Película). Argentina, España, Alemania: Eddie Saeta S.A., Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales (Incaa), Televisió de Catalunya (TV3), Rizoma Films, Pandora Filmproduktion, Zarlek Producciones, CinePostproduction.
- Freud, S. (1930). O mal-estar na civilização. En S. Freud, *Obras completas* (Vol. 21). Rio de Janeiro: Imago.
- Martins, A. (2013). *Dicionário amoroso de Porto Alegre*. Porto Alegre: Casarão do Verbo.
- Quintana, M. (1940). Quando eu me for. En M. Quintana, *Rua dos cataventos*. Porto Alegre: Globo.
- Quintana, M. (1976). O mapa. En M. Quintana, *Quintanares - Obra poética completa*. Porto Alegre: Globo.
- Quintana, M. (1989). Quem ama inventa. En M. Quintana, *A cor do invisível*. Rio de Janeiro: Globo.
- Rossi, A. (1966). *A arquitetura da cidade*. São Paulo: Martins Fontes.
- Verissimo, E. (2004). O continente. En E. Verissimo, *O tempo e o vento*. São Paulo: Companhia das Letras. (Trabajo original publicado en 1949)



Clásica & Moderna

Ignacio Matte-Blanco: interrogantes y desafíos

Tuve ocasión de escucharlo en un lejano 1989, cuando más allá de sus 80 años presentó sus ideas en el Congreso de la API en Roma. Con voz algo escandida, al mismo tiempo calma y entusiasta, comentó haber re-redactado su ponencia 27 veces. Al salir me preguntó Reggy Serebriany: “Jorge, ¿a quién te hizo acordar?”; le dije: “a Borges” y concordó sonriente: “a mí también”. Presenciamos, diría hoy, a un Borges que al final de sus días seguía escudriñando fascinado los vericuetos de ese *Aleph* (Borges, 1949/1957) ultimísimo, la psique humana, tal como en una célebre pintura de Jan Vermeer, *El astrónomo*, éste intentaba avizorar los confines insondables del universo.

Se ha dicho, pienso que con razón, que Matte-Blanco es el pensador psicoanalítico más original de América Latina: el psicoanalista inglés Eric Rayner dijo que Matte-Blanco le aportó ideas que no se le hubieran ocurrido en mil años. A su vez, Parthenope Bion señaló en 1995, en el Congreso de la API en San Francisco, que en sus últimos meses de vida su padre le dijo que estudiar a Matte-Blanco era la mejor manera de abordar el estudio de su propia obra. Quizás por la complejidad de su aporte al poner al servicio del pensamiento psicoanalítico una disciplina árida por cierto –la lógica simbólica surgida con Peano, Russell y Frege en los inicios del siglo XX–, es un pensador muy poco conocido. Comprender su aporte requiere, antes que nada, deshacerse de los malentendidos que rodean al término *lógica*.

Que hace más de un siglo un precursor eminente de las lógicas simbólicas, Charles Peirce, recopilara más de 200 definiciones distintas sobre qué es lógica, muestra a las claras que la lógica carece de la univocidad y de la rigidez que se le tiende a atribuir. Peirce distinguía sin ambages la *logica docens* (que pretende estar plenamente formalizada y operando por sí misma con base en las reglas de la deducción, y supone ser por completo aplicable a hechos y eventos) de la *logica utens* (que es, valga el juego de palabras, sólo un utensilio, un instrumento conceptual susceptible de revisión en cualquier momento y apto para fines heurísticos, es decir, exploratorios). Se suele tomar la lógica en función de un anhelo de formalización plena, tal como ocurrió con el estructuralismo y con los reiterados intentos de Lacan con sus matemas. No es esa la intención de Matte-Blanco. Si bien desarrolló su pensamiento a partir de la lógica simbólica, lo cual le da a su escritura un neto tono logicista, no vacila en modificar y corregir sus intentos lógicos ante las dificultades del material clínico, que retiene la prioridad epistémica. Matte-Blanco apunta pues a un uso heurístico de la lógica simbólica, esto es, a su uso como instrumento exploratorio, y así lo admite sin tapujos en su libro final: “La lógica es en sí pasiva en el sentido de que no puede tomar iniciativa alguna; es un instrumento” (Matte-Blanco, 1988, p. 94). Sirva

* Asociación Psicoanalítica Argentina.



además aclarar que Matte-Blanco no aporta una nueva teoría al psicoanálisis, sino un nuevo instrumento de indagación para explorar la clínica y pensar las teorías.

Situemos al autor y sus decursos. Nació en 1908 en Santiago de Chile, donde cursó sus estudios de medicina; su formación psiquiátrica y psicoanalítica tuvo lugar en Londres, en el Maudsley Hospital y en la Sociedad Psicoanalítica Británica, donde se analizó con Walter Schmiedeberg, supervisó con Anna Freud y James Strachey, y realizó un seminario con Melanie Klein, cuyo valor no comprendió en su momento: el impacto, dice él, fue una turbulencia que le tomó décadas asimilar. Habiendo iniciado por su cuenta en la década del 30 el estudio de la lógica simbólica, en la Segunda Guerra Mundial se trasladó a Nueva York, en donde entró en contacto con el célebre matemático Courant, quien influenció su pensamiento intelectual ulterior. Vuelto a Chile fundó la Sociedad Chilena de Psicoanálisis y fue desde 1948, durante dos décadas, profesor de psiquiatría en la Universidad de Chile, y tuvo como ayudantes de cátedra a, entre otros, Klaus Fink y Otto Kernberg. En 1966 se trasladó a Italia de forma definitiva, y allí fue profesor de psiquiatría en la Universidad Católica de Roma. Sus dos libros, *El inconsciente como conjuntos infinitos* (Matte-Blanco, 1975) y *Pensando, sintiendo, siendo* (Matte-Blanco, 1988), se publicaron en inglés en Londres, lo cual obstruyó su difusión en el medio psicoanalítico latinoamericano.

Sus ideas salieron al público por vez primera en Buenos Aires, en 1956, en el marco del Primer Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, con su trabajo *Expresión en lógica simbólica de las características del sistema inconsciente, o la lógica del sistema inconsciente*, publicado en las actas de dicho congreso, y luego en inglés en el *International Journal of Psychoanalysis* en 1959 (Matte-Blanco, 1956).

Partiendo de la idea de que buena parte de la riqueza de nuestros materiales clínicos se nos escapa porque carecemos de marcos ideativos suficientemente aptos para captarlos, el trabajo apuntó a explicitar, en términos de la lógica simbólica, el distingo freudiano central de los procesos secundarios y los procesos primarios, tal como Freud lo estableció en 1900 en *La interpretación de los sueños* (Freud, 1900/2004) y luego, en 1915, en *Lo inconsciente* (Freud, 1915/1979). Asevera que las características del sistema inconsciente, esto es, la ausencia de contradicción entre los distintos impulsos, y luego la ausencia de negación, el desplazamiento, la condensación, la atemporalidad y la sustitución de la realidad exterior por la realidad psíquica, difieren en forma neta de las características de los procesos secundarios que, sostiene, se atienen a las *lógicas bi-valentes* –al principio de contradicción–, a las que llama *lógicas asimétricas*: la lógica aristotélica, las lógicas científicas o las simbólicas. Las lógicas bi-valentes, dice, permiten conceptualizar la sucesión, el tiempo, el espacio, la distinción entre el todo y las partes y la distinción, también, entre el sujeto y el objeto.

Apoyado en la “lógica del atributo” descripta por Von Domarus, donde la parte equivale al todo, recogida de su contacto con el pensamiento esquizofrénico, sostuvo Matte-Blanco que las características del sistema inconsciente que planteó Freud derivan de la operación conjunta de dos principios: 1) el *principio de generalización*, de acuerdo al cual la lógica inconsciente no toma en cuenta a los individuos como tales, sino como miembros de clases, de sub-clases de clases y así sucesivamente, y trata a los diferentes miembros de dichas clases como si fuesen simétricos; 2) el *principio de simetría*, según el cual el inconsciente puede tratar el reverso de cualquier relación como idéntico a ella, esto es, puede tratar cualquier relación como si fuese simétrica. Así, mientras en las lógicas asimétricas o bi-valentes si “Juan es el padre de Pedro” entonces “Pedro es el hijo de Juan”, y la relación no es reversible, en el nivel de las lógicas simétricas que caracterizan al sistema inconsciente es dable tratar la relación como reversible, por lo que es posible tanto que Pedro pase a funcionar como el padre de Juan como que Juan aparezca como el padre de Pedro. A tales modalidades de la lógica simétrica Matte-Blanco las denomina el *modo indivisible*, nivel en que no hay posibilidad de relaciones de sucesión y, por ende, de espacio o de tiempo.

Los procesos psíquicos estudiados por Freud en 1900 y 1915 implican para Matte-Blanco la operación conjunta de una doble lógica, que denomina *bi-lógica*. El sistema inconsciente está dominado por el pensamiento del proceso primario, que funciona de acuerdo a una lógica simétrica, en tanto que la conciencia accede en muy buena medida a procesos de pensamiento secundario, por lo que opera en los lineamientos de una lógica asimétrica. En la indicación inicial del psicoanálisis, las neurosis clásicas, en las que los procesos de pensamiento secundario se establecen en su forma más afianzada, el uso del diván y el ejercicio de la asociación libre por parte del paciente y la atención flotante por parte del analista apuntaban a volver manifiestos los procesos de pensamiento primario a través de la intuición del analista y de su ulterior devolución tentativa –a modo de conjetura– al paciente por medio de la interpretación.

Dicho en términos quizás demasiado generales, la concepción planteada en su primer libro, *El inconsciente como conjuntos infinitos* (Matte-Blanco, 1975), se atiene en lo principal a las conceptualizaciones de lo inconsciente que desarrolló Freud hasta la metapsicología de 1915; esto es, la llamada primera tópica. Mientras que en las etapas iniciales del psicoanálisis el concepto de inconsciente se elaboró a partir de la represión, y lo inconsciente era, en lo fundamental, un *inconsciente reprimido*, en los estudios posteriores a la metapsicología de 1915 la investigación freudiana dio más y más lugar a un *inconsciente no reprimido*, cuyo acceso a la conciencia quedaba vedado por sus cualidades mismas: en la medida en que lo inconsciente opera según el *modo indivisible*, el pensamiento consciente es incapaz de captarlo, pues toma sólo lo *divisible*, es decir, aquello que consiste en tríadas: algo, otro algo y la relación entre ambos. Estamos inmersos en lo indivisible sin darnos cuenta de ello; Matte-Blanco distingue allí cinco niveles, desde aquellos en los que predominan las lógicas bi-valentes hasta aquellos en donde reina lo indivisible. Concibe lo indivisible, cuya enumeración sería interminable, como tendiendo a asumir las cualidades de lo infinito, lo cual incide en forma directa, como veremos, en las cualidades de las emociones.

Ambos modos, indivisible y divisible, son mutuamente anaclíticos en el sentido de que cada uno sería ininteligible sin el otro. Es importante tener en cuenta que al plantear el modo indivisible (lógicas simétricas) y el modo divisible (lógicas bi-valentes o asimétricas) Matte-Blanco está planteando conceptos-límite, tipos ideales

que nunca se dan “puros”, como ocurre con muchos conceptos que utilizamos en el psicoanálisis. Esto ocurre también, para dar algunos ejemplos, con el concepto de Winnicott de “self verdadero” (*true self*) y, mucho más ampliamente, con los conceptos de realidad y verdad. Así, afirma que lo que más nos acerca en la práctica a la percepción del modo indivisible es el *frenesí simétrico*, que se manifiesta en forma caótica en los estados confusionales.

El libro final de Matte-Blanco (1988), *Pensando, sintiendo, siendo*, reformula su pensamiento en torno a la noción de Frege de las funciones proposicionales, que son definitorias de las clases a las que se atienen las dinámicas del inconsciente, con exclusión de los individuos; intenta, además, un análisis exhaustivo del concepto kleiniano de identificación proyectiva, que sólo retomaré brevemente. La idea de un inconsciente no reprimido como base del psiquismo se vuelve un eje conceptual, que lo lleva a reubicar los afectos y las emociones.

Hace esto tomando como punto de partida los asertos de Freud sobre los afectos y las emociones en *Lo inconsciente*, que están colmados de ambigüedades pues, mientras por un lado afirma que “en la propia naturaleza de una emoción está el ser percibida, o ser conocida por la conciencia. Así, pues, los sentimientos, emociones y afectos carecerían de toda posibilidad de inconsciencia”, inmediatamente después agrega: “Sin embargo, en la práctica psicoanalítica acostumbramos hablar de amor, odio y cólera inconsciente, e incluso empleamos la extraña expresión de ‘conciencia inconsciente de culpa’ o la paradójica de ‘angustia inconsciente’” (Freud, 1915/1979). Ante tal dicotomía freudiana entre lo que indica la teoría y las necesidades de la práctica, Matte-Blanco opta por priorizar las exigencias de la práctica y concluye que “no hay modo alguno de establecer una distinción psicológica clara y neta entre lo emocional y lo inconsciente” (Matte-Blanco, 1988, p. 84): con ello, el estudio de las emociones deviene central en su aporte. Nos recuerda Matte-Blanco que Einstein hablaba de la emoción como guía del pensamiento, y que para Freud la comunicación entre el inconsciente del paciente y el del analista guía la definición de muchos aspectos del inconsciente del analizado.

La bi-lógica de Matte-Blanco retoma y actualiza la distinción freudiana básica: Freud contrapone a lo largo de toda su obra las presentaciones-cosa¹ (*Dingvorstellungen*), que pueblan el inconsciente, con las presentaciones-palabra (*Wortvorstellungen*), que facilitan el acceso a la conciencia. Freud insiste una y otra vez en que la significación reside principalmente en las presentaciones-cosa, algo que hoy, en el afán de otorgar prioridad al lenguaje, olvidan o soslayan muchos analistas.

La centralidad de lo emocional como zócalo del psiquismo y del pensamiento humano, donde “la emoción es la madre del pensamiento” (Matte-Blanco, 1975, p. 303), me lleva a examinar algunos aspectos de las concepciones de Matte-Blanco sobre el afecto. Tomo su ejemplo de un joven enamorado que atribuye a su amada todos los atractivos de la mujer: inteligencia, bondad, ternura, entre otros, lo cual implica una simetrización que atribuye a un individuo dado todas las cualidades de la clase; cualidades que percibe en su grado máximo, como una *infinitización*. Pero si no se deja llevar por el sentimiento y es capaz de mantener su cabeza fría, se dará cuenta de que su amada tiene limitaciones y defectos, lo que implica una lógi-

1. Utilizo el término *presentación-cosa* tomado de la traducción inglesa de Strachey pues está mucho más cerca del sentido del original alemán *Dingvorstellung*. Esto es importante, pues la presentación se presenta a sí misma, en tanto que la representación representa a otra cosa. Los traductores latinos (Ballesteros, Etcheverry y desde ya los franceses) pasan esto por alto, a mi entender con serio perjuicio, porque se obstruye la indagación de las características del psiquismo primordial. Sigo también a Strachey al usar “presentación-palabra”, aunque a ese nivel vale sí que en Freud la palabra “re-presenta” otra cosa: representa a la presentación-cosa a la que se liga y de la que deriva su significación. Que esta distinción tal como la planteo está muy presente en Matte-Blanco cae de su peso: el “modo homogéneo” no re-presenta, sino que presenta.

ca asimétrica (Matte-Blanco, 1988, p. 62). Más adelante añade que la infinitización provoca fascinación y temor, en cuyo caso la experiencia de la emoción lo acerca a uno a vivencias de catástrofe (Matte-Blanco, 1988, p. 140). Destaca además que las emociones tienden a ser borrosas, y que los intentos de describir las verbalmente se vuelven inevitablemente imprecisos.

Si la dupla freudiana básica *presentación-cosa inconsciente/presentación-palabra consciente* implica ya una doble lógica de los procesos psíquicos, esto se hace aún más explícito en la idea freudiana de identificación por infección o imitación, que, al dejar de lado las cualidades individuales de los partícipes, se apoya en algún punto significativo de analogía (Freud, 1921/2013a, p. 2586). Tal idea freudiana fue ampliada por Helene Deutsch (1942/1968) en su trabajo clásico sobre las personalidades “como si”, a lo que llamó identificación mimética. La idea de una bi-lógica se puede ubicar fácilmente en un marco freudiano, operando desde el inicio de los procesos de simbolización y durante su decurso; su comprensión puede ayudar a asir tales procesos y a elaborar nuevos puentes conceptuales. Intentaré ahora hacer explícito cómo esta dimensión juega un magno rol en los inicios de la simbolización, tomando como ejemplo una observación cotidiana que involucra a un niño de 21 meses.

El contexto fue la llegada de dos nietos que viven fuera del país, a quienes había visto por última vez hacía ocho meses y sólo por unos pocos días. En el aeropuerto, el nieto mayor de cuatro años me vio desde lejos y se acercó corriendo, gritando “Abu, Abu”. Nos abrazamos efusivamente, lo revoleé por el aire y volvimos a abrazarnos una y otra vez. Entretanto me di cuenta de que había llegado, traído por su madre, el menor de los niños, a quien llamaré Tim. Sentado en su cochecito, me miraba perplejo: era obvio que por un lado me percibía como a un extraño, y que, por el otro, sentía que las expansiones afectivas que buscó y disfrutó su muy admirado hermano mayor de algún modo le correspondían también a él. Al percibir ambas puntas del dilema afectivo en que se hallaba –esto es, que se sentiría excluido e ignorado si yo no respondía de una manera adecuada, pero que fácilmente podría sentirse invadido por demostraciones de afecto de mi parte–, lo abracé y besé en forma efusiva, aunque con cierto cuidado, ante lo cual a su vez me abrazó con ternura, pero no sin reticencia. Más tarde ese día, estando ya en casa, trajo y depositó brevemente en mis manos sus posesiones más preciadas: sus dos mantitas tejidas, sus dos chupetes y su botellón de agua, evidenciando así que me había “adoptado”, es decir, que su vínculo conmigo había conseguido superar la paradoja que se le planteó inicialmente.

Concordará el lector con que la perplejidad es un estado anímico sofisticado, dado que implica tolerar el contacto con una situación vivencial antinómica. Vemos que el pensar se da, desde estadios tempranos, con base en impulsos afectivo-instintivos que ponen en marcha un *pensar emocional*. Subrayo que lo descripto, pese a ser intensamente significativo, careció de palabra alguna mía o del niño, por lo que correspondió al nivel de la presentación-cosa freudiana. La significación en el nivel de lo actuado, esto es, el nivel de la pragmática emocional, precede a la semántica, tal como lo sostuvo Freud cuando dijo “en el principio era el acto”. Fue en dicho nivel pragmático que debí cuidar mi actitud ante las dos vertientes del dilema afectivo, cualquiera de las cuales podía llevar a un “frenesí emocional” traumático para Tim y desde ya para su vínculo conmigo.

Ampliando la comprensión de lo relatado, partiré de la afirmación de Matte-Blanco de que “el pensamiento sólo puede manejar aquello que es divisible, formado por tríadas de algo, otro algo y la relación entre ambos” (Matte-Blanco, 1988, p. 142). Para describir la observación que nos ocupa, esto requiere ampliarse, aun en un nivel fenoménico, a “alguien, otro alguien, un tercer alguien y la relación

entre ellos”, lo que denota respectivamente a Tim, a su hermano mayor y al tercero representado por mí. En el nivel del pensamiento afectivo en juego, que es el que me interesa, la descripción se complejiza, puesto que el dilema afectivo que llevó a Tim a la perplejidad presenta dos dinámicas contrapuestas.

Los términos en juego en la constitución de la perplejidad de Tim serían, a mi entender, los siguientes: por un lado, “alguien (Tim), otro alguien (“Abu”) y la relación de extraño”, y, por el otro lado, “alguien (Tim), otro alguien (hermano mayor) y la relación de familiaridad amorosa (del hermano mayor) con ese alguien (“Abu”), hasta entonces vivido como extraño”. Quiero decir con esto que el contexto vivencial del dilema emocional que lo puso en apuros (a él, y también a mí) estuvo dado por la identificación mimética de Tim con su hermano mayor, lo cual es entendible en términos de un nivel psíquico en que, para Tim, el hermano y él *son lo mismo*, donde la simetrización alcanza la *identidad* a nivel de la realidad psíquica. Sostener que en la realidad psíquica de Tim su idolatrado hermano mayor *es, al mismo tiempo, él mismo*, pone en juego una identidad similar a la que Freud atribuye al bebé respecto al pecho: en los inicios el bebé *es* el pecho, y sólo más adelante lo posee como algo distinto de él. “El pecho es una parte de mí, yo soy el pecho. Más tarde, tan sólo lo poseo: yo lo tengo, es decir, yo no lo soy” (Freud, 1938/2013b, p. 3431).

¿Coincidiría Matte-Blanco con este desarrollo conceptual, en que la identidad mimética toma la posta en dinámicas donde, en términos kleinianos, regiría el concepto de identificación proyectiva? Pienso que sí, puesto que si bien evidencia su admiración por los desarrollos de Melanie Klein, cuestiona la amplitud desusada que ha ido asumiendo dicho concepto, en detrimento de la consideración de un nivel psíquico inconsciente donde rige el modo homogéneo, nivel donde *self* y objeto no se distinguen uno de otro. La noción de identidad que planteo está en Matte-Blanco, aunque él la mencione sólo al pasar.

Tal como lo entiendo, la identidad mimética que vehiculiza el modo homogéneo es un concepto bisagra cuyo referente va mucho más allá de la simple imitación, y se ubica desde temprano, quizás desde los inicios, en el origen del pensamiento emocional que, como muestra el ejemplo, es de por sí contextual, en el sentido de incluir como motivación, muchas veces centralmente, las vivencias de los otros; en este caso, de su hermano mayor hacia su “Abu”. Dichas evoluciones tienen, como pudimos apreciar, fuerte impronta afectiva y, si todo va bien, permitirán resolver las inevitables paradojas que se nos presentan, como sucedió exitosamente con Tim en su encuentro conmigo: éxito que nos demuestra su “regalo”, y que ilustró otra dimensión de la pragmática situacional: la asunción de la reciprocidad emocional en la conformación de una otredad genuina. La dinámica identificatoria puede entonces ubicarse como parte del proceso elaborativo en el camino hacia la discriminación y, a través de ella, hacia su correlato último: la identificación introyectiva genuina donde objeto y *self* logran discriminarse el uno del otro.

Va de suyo que las situaciones traumáticas, y también las carenciales, pueden anular la dimensión elaborativa y conducir a la estereotipia de las dinámicas miméticas, como ocurre en las personalidades “como si”, en el autismo mimético infantil (Busch de Ahumada y Ahumada, 2005/2007) y, más ampliamente, en los pacientes autistoides actuales, que cada vez más parecen sustituir, como patología sociocultural predominante, a las neurosis clásicas (Ahumada, 2014).

Tras 30 años de lectura de la obra de Matte-Blanco, ¿qué decir de su impacto en mi tarea como psicoanalista? La pregunta es relevante, pues contribuir a la calidad clínica y a la génesis de nuevos desarrollos conceptuales indicaría, en última instancia, la pertinencia de sus planteos. Pero no es fácil de responder. Pienso que sus ideas

ayudan a flexibilizar la actitud y las intervenciones del analista. Tomaré como ejemplo, con un leve giro, lo que argumenté en 1991 (Ahumada, 1991/1999): que para el paciente el analista *no es/es* el objeto arcaico, lo cual configura una paradoja pragmática, y que como destacara magistralmente Strachey (1934), la debilidad del yo del paciente lo expone de una forma u otra a ser inundado por las emociones en juego, y a vivenciar al analista más y más como objeto arcaico. Esto obstruye la posibilidad de que se den introyecciones genuinas en la experiencia analítica porque, para que sean útiles, las introyecciones deben ser específicas, graduales y ligadas a la realidad. Realidad que, como mencioné, es un concepto-límite nunca plenamente alcanzable, cuya discriminación implica el surgimiento de un nuevo tipo lógico. Lo dijo certeramente Mark Twain: la realidad es más misteriosa que la ficción. Como afirma Matte-Blanco, el pensamiento sólo abarca lo divisible: dado que la verdad no depende de nuestros intentos de abarcarla, ni el paciente ni nosotros podremos lograr certezas de nuestras aproximaciones interpretativas. El analista se colocará pues en posición de intentar captar en forma flexible dos niveles distintos que pertenecen a tipos lógicos diferentes: ser consciente de la omnipresencia de esos dos niveles lo ayudará a preservar la tranquilidad que requiere la neutralidad del analista en su tarea.

La obra de Matte-Blanco abre una pléyade de interrogantes, y nos queda a nosotros responder a sus desafíos. Como señalé al comienzo, la bibliografía castellana al respecto no abunda. Para el lector interesado, mencionaré mi trabajo que vincula las obras de Bateson y Matte-Blanco (Etchegoyen y Ahumada, 1990/1999), en muchos sentidos complementarias, y el trabajo de Klaus Fink (1997), “La teoría bi-lógica”. Quienes accedan al idioma inglés harán bien en acudir a la introducción de su principal erudito en esa lengua, Eric Rayner (1995), más accesible que la obra de Matte-Blanco.

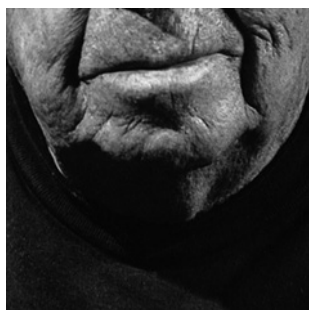
Referencias

- Ahumada, J. L. (1999). Tipos lógicos e insight ostensivo. En J. L. Ahumada, *Descubrimientos y refutaciones. La lógica de la indagación psicoanalítica*. Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1991).
- Ahumada, J. L. (2014). El camino a la Era Autistoide. *Revista de Psicoanálisis*, 71(4), 671-687.
- Borges, J. L. (1957). *El Aleph*. Buenos Aires: Emecé. (Trabajo original publicado en 1949).
- Busch de Ahumada, L. C., & Ahumada, J. L. (2007). De la mimesis a la espontaneidad. Pasos en el trabajo de la separatividad psíquica. *Revista de Psicoanálisis*, 64, 823-840. (Trabajo original publicado en 2005).
- Deutsch, H. (1968). Algunas formas de trastorno emocional y su relación con la esquizofrenia. *Revista de Psicoanálisis*, 25(2), 413-431. (Trabajo original publicado en 1942).
- Etchegoyen, R. H., & Ahumada, J. L. (1999). Bateson y Matte-Blanco. Bio-lógica y bi-lógica. En J. L. Ahumada (Ed.), *Descubrimientos y refutaciones. La lógica de la indagación psicoanalítica*. Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1990).
- Fink, K. (1997). La teoría bi-lógica. *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid*, 25, 123-138.
- Freud, S. (1979). Lo inconsciente. En S. Freud, *Obras completas* (Vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (2004). *La interpretación de los sueños*. Madrid: Alianza Editorial. (Trabajo original publicado en 1900).
- Freud, S. (2013a). La psicología de las masas y el análisis del yo. En S. Freud, *Obras completas* (Vol. 19, pp. 2563-2650). Madrid: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1921).
- Freud, S. (2013b). Conclusiones, ideas, problemas. En S. Freud, *Obras completas* (Vol. 25, p. 3431). Madrid: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1938).
- Matte-Blanco, I. (Agosto, 1956). *Expresión en lógica simbólica de las características del sistema inconsciente, o la lógica del sistema inconsciente*. Trabajo presentado en el Primer Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, Buenos Aires. Publicado en *International Journal of Psychoanalysis*, n°40, 1-5, 1959.
- Matte-Blanco, I. (1975). *The unconscious as infinite sets*. London: Duckworth.
- Matte-Blanco, I. (1988). *Thinking, feeling and being*. London: Routledge.
- Rayner, E. (1995). *Unconscious logic*. London: Routledge.
- Strachey, J. (1934). The nature of the therapeutic action of psychoanalysis. *International Journal of Psychoanalysis*, 15, 127-170.



De Memoria

Emilio



Moscú, 1971. Formábamos parte de una delegación de psicoanalistas (en camino al Congreso de IPA en Viena) y psiquiatras latinoamericanos. Organizada por colegas que habían estudiado en la Unión Soviética, esta delegación tenía el objetivo manifiesto de intercambiar experiencias y conocer la psiquiatría rusa, y el latente de catequizar a los dirigentes de la Federación Argentina de Psiquiatras (FAP) allí presentes, para el Partido Comunista. Emilio, que presidía la regional de Buenos Aires de la Federación –ya había presidido la APA–, Mimí Langer que era (o iría a ser) la presidente de la FAP a nivel nacional, Tato Pavlovsky, Armando Bauleo, Fernando Ulloa, los García Reinoso y, más tarde, uno a uno, todos los miembros de la delegación fueron llegando fascinados por el contacto con dos afrohispanos que habíamos conocido en el Hotel Rossiya donde nos alojábamos. Mientras Marcelo Viñar les ofrecía unos mates, fuimos conversando y comenzaron a evidenciarse diferencias entre nuestros nuevos amigos de Guinea Ecuatorial Española (país en reciente –y transitoria– conversión al comunismo): uno de ellos era monógamo y el otro, polígamo.

Emilio se fascinó con la discusión (¡y todos nosotros también!). Él, que ya en esa época tenía la idea de “reformular la monogamia” y que más tarde durante uno de sus casamientos se declaró adepto del “amor libre”, confirmó de forma vivencial, una vez más, la importancia de las determinaciones socioculturales. Las preguntas que Emilio les hacía a nuestros amigos mientras ellos se acusaban de tratar a la mujer como objeto (al polígamo) o de asumir las costumbres del colonizador (al monógamo) eran sobre los celos, sobre los conflictos en ese tamaño de familia, sobre el hambre oculta, etcétera. Emilio, como lo dijo muchas veces, era psicoanalista 24 horas al día. Cuando en ese mismo viaje los colegas social-catequistas nos llevaron

* Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.

a admirar la belleza de un jardín de infantes socialista, en su estilo dubitativo, con falsa admiración, dijo “¡cómo cuidan los juguetes!”. Forma irónica de denunciar la represión de la agresividad en los niveles más íntimos de un estado totalitario. Es probable que por la experiencia de ese viaje Emilio “solo haya conseguido ser comunista por tres horas”, como alguna vez afirmó.

Jorge Luis Borges decía en su estilo titubeante que los españoles hablaban como si no tuviesen dudas, que su discurso estaba hecho de certezas. El estilo comunicacional de Emilio era borgiano, antiibérico.

Arnaldo Rascovsky fue el primer analista de Emilio. De la pelea de ambos en ese primer análisis atribulado surgió la decisión de viajar a Londres. En esa época ningún candidato que interrumpiese su análisis podría ser tomado en análisis por otro didacta. Así, Emilio partió para Londres, se analizó con Paula Heimann y trabajó con Bion, Klein y otros analistas británicos.

Al volver a la Argentina, partió nuevamente. Esta vez para Austen Riggs. Una experiencia que condensó en un libro maravilloso: *Biografía de una comunidad terapéutica* (Rodrigué, 1965). Deleuze habla de escapar como una forma de reinventar el horizonte. Emilio precisaba todo el tiempo reinventar su horizonte.

En esa “huida” se juntó al grupo Plataforma, que muchos jóvenes de la APA habíamos organizado siguiendo los lineamientos contestatarios que se manifestaron en el congreso de IPA de Roma de 1969.

Emilio vivió intensamente todos sus “heterónimos”: el “chico bien” que miraba el mundo por la ventana de un coche con chofer, el psicoanalista, el científico objetivo, el escritor de *best sellers* (*Heroína* [Rodrigué, 1969]), el hombre de la corporación (presidente de la APA y vice de la IPA), el hombre que rompe con la corporación, el *joiner* de la revolución psicoanalítica, de la revolución de las costumbres y, finalmente, de la revolución social. Quiso ampliar-revolucionar el psicoanálisis desde su experiencia en Austen Riggs, sumergirse en la revolución que se procesaba en la California de los años 60 y 70 y, por último, unirse a las esperanzas de cambio político y social que se vivieron en la América Latina de esos mismos años. Todo esto se alternaba, se sucedía y coexistía en un Emilio que buscaba continuamente nuevos horizontes geográficos, teóricos y literarios donde soñar.

Emilio se atrevió a correr riesgos siendo diferente.

Tal vez del conjunto de su producción lo que más gocé fue la primera obra que leí, su *Biografía de una comunidad terapéutica* (Rodrigué, 1965), y la última, *Sigmund Freud. El siglo del psicoanálisis* (Rodrigué, 1996). Un comentario en el diario francés *Libération* (Maggiori, 2000) sobre la traducción francesa de esta última obra reconoce que, de las otras grandes biografías de Freud, la de Jones (1970) fue escrita por alguien que no era escritor, y la de Gay (1988/2010), por alguien que no era psicoanalista. Creo que esta obra, escrita por un gran psicoanalista y un gran escritor, fue su mayor legado.

Referencias

- Biografía. (n.d.). En *Emilio Rodrigué*. Recuperado de <http://www.emiliorodrigue.com.br/biografia/biografia.html>
- Gay, P. (2010). *Freud: una vida en nuestro tiempo*. Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1988)
- Jones, E. (1970). *Vida y obra de Sigmund Freud*. Barcelona: Anagrama. (Trabajo original publicado en 1953-1957)
- Maggiori, R. (17 de febrero de 2000). Totem et tango. La biographie de Freud signée Emilio Rodrigué, figure marquante de la psychanalyse argentine, allie rigueur, goût de l'anecdote et souffle romanesque. *Libération*. Recuperado de http://www.liberation.fr/livres/2000/02/17/totem-et-tango-la-biographie-de-freud-signee-emilio-rodrigue-figure-marquante-de-la-psychanalyse-arg_317971
- Rodrigué, E. (1965). *Biografía de una comunidad terapéutica*. Buenos Aires: Eudeba.
- Rodrigué, E. (1969). *Heroína*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Rodrigué, E. (1996). *Sigmund Freud. El siglo del psicoanálisis*. Buenos Aires: Sudamericana.

El deber deseante de Rodrigué

“Olvidar es tan importante como recordar, para la comprensión de cómo se adquiere conocimiento”, afirma Emilio Rodrigué (1965a) en su ensayo “Relación entre descubrimiento e identificación proyectiva”. Fue a través de ese ensayo y del libro en el que se incluye que se inició mi contacto con Emilio Rodrigué. Sus textos me fueron presentados por mi madre, Regina Schnaiderman, y sé que Isaías Melsohn lo admiraba.¹ La pasión por Susanne Langer los unía.

Percibir el mundo por su reverso y, con ello, abrirnos múltiples posibilidades de lidiar con el enigma que nos constituye. Experimentar, osar. Había una entereza en Rodrigué que se basaba en su profundo conocimiento de Freud, de los kleinianos, de Susanne Langer. En su búsqueda llegó a Reich y, al final de su vida, se sumergió en la lectura de Lacan.

Rodrigué siempre tenía un fuerte anclaje teórico. Fue formado en el momento en que imperaba Melanie Klein y, de hecho, ella le derivó a su nieta como paciente, proponiéndose a sí misma para supervisar ese tratamiento. Ya en ese primer momento se interesó por el trabajo con grupos.

Fue al escribir su texto para el volumen *Nuevas direcciones en psicoanálisis*, “Análisis de un esquizofrénico de tres años con mutismo” (Rodrigué, 1965b), que, leyendo el ensayo de Marion Milner (1965) sobre “El papel de la ilusión en la formación de símbolos”, descubre a la filósofa Susanne Langer.

Va a los Estados Unidos, buscando coincidir con Susanne Langer. Una vez allí y trabajando con Erickson y Rappaport, Emilio va todos los jueves a donde vivía Langer, en medio de un bosque aislado, y pasa el día junto con ella. La inmersión en la obra de Langer transforma su relación con el psicoanálisis.

A la vuelta se separa de su primera mujer y se va a vivir con Nouné, con quien escribe *El contexto del proceso analítico* (Rodrigué & T. de Rodrigué, 1965). Nouné moriría prematuramente y Emilio aún se casaría varias veces más.

En 1969, como presidente de APA, fue electo vicepresidente de IPA. La IPA

* Psicoanalista, escritora, documentalista. Doctora en artes por la Escuela de Comunicaciones y Artes de la Universidad de San Pablo.

1. Esa admiración, que era mutua, está bellamente documentada en la revista *Percursos*, en la sección Debates, donde se transcribe el encuentro que tuvo lugar entre Isaías y Emilio durante el evento “Acontecimiento estético na clínica psicanalítica”, promovido por el Departamento de Psicoanálisis de la Sedes Sapientiae (Melsohn & Rodrigué, 1996).

realizaba su 26° congreso. Un grupo de psicoanalistas jóvenes, denominado Plataforma Internacional, convocó entonces a un contracongreso que tuvo una gran repercusión en Argentina y terminó generando el Grupo Plataforma, fundado por 11 psicoanalistas. Durante 1970 todo el grupo se empeña en llevar adelante una revisión teórica del psicoanálisis y su práctica. El contexto político y social debe ser parte de lo que nos constituye como psicoanalistas. Gran parte de ese grupo después tuvo que exiliarse y muchos de sus integrantes lo hicieron en Brasil. Somos muchos hijos del Grupo Plataforma.

Emilio Rodrigué llega a Salvador por primera vez invitado a participar en un evento sobre *candomblé*. Su puerta de entrada al Brasil pasó por la religiosidad. Todavía estaba casado con Martha Berlin. Con ella fue a Ysalén, marquesina de las prácticas alternativas. Rodrigué era curioso e interesado por lo que sucedía en el mundo. Vivió experiencias radicales y siempre volvió al psicoanálisis.

Recuerdo hasta hoy haber ido al encuentro de Emilio en la playa Itapoã. Con su vaso de whisky en la mano, hicimos largas caminatas por la arena y conversamos mucho. Él, en su juventud, adoraba esquiar. En la entrevista que le hice (Chnaiderman, 1995), afirmó: “El esquí y el mar son parecidos. Es la montaña pero ganando muchos otros aspectos... Son otras montañas... arena y olas”.

Así nació su hermosa biografía de Freud (Rodrigué, 1995), donde toda la sexualidad y la virilidad fue rescatada. Sólo alguien con tal apertura para lo nuevo podía hacer ese trabajo. Fueron cinco años volcados a ese proyecto, para el cual Salvador fue fundamental. Así como su relación con Graça, bella mujer ligada a la *mãe Estela*.²

Emilio nos dice que tenemos que, a lo largo de la vida, saber por dónde nos lleva lo que denominó el “deber deseante”. Buscar la vida, buscar ser libre, Emilio nos enseñó sobre todo eso. Muchas gracias, Emilio querido.

Referencias

- Chnaiderman, M. (17 de setiembre de 1995). Entrevista a Emilio Rodrigué. *Folha de S.Paulo*. [Entrevista en su totalidad] Chnaiderman, M. (Noviembre, 1995). *Boletim de Novidades*, 7(79).
- Melsohn, I., & Rodrigué, E. (Setiembre, 1996). *Formas simbólicas e trabalho analítico*. Mesa redonda del evento Acontecimento estético na clínica psicanalítica, San Pablo. Publicado en *Pulsional*, 27.
- Milner, M. (1965). El papel de la ilusión en la formación de símbolos. En M. Klein (Ed.), *Nuevas direcciones en psicoanálisis: La significación del conflicto infantil en la pauta de la conducta adulta*. Buenos Aires: Paidós.
- Rodrigué, E. (1965a). Relación entre descubrimiento e identificación proyectiva. En E. Rodrigué & G. Rodrigué, *El contexto del proceso analítico*. Buenos Aires: Paidós.
- Rodrigué, E. (1965b). Análisis de un esquizofrénico de tres años con mutismo. En M. Klein (Ed.), *Nuevas direcciones en psicoanálisis: La significación del conflicto infantil en la pauta de la conducta adulta*. Buenos Aires: Paidós.
- Rodrigué, E. (1995). *Sigmund Freud. O século da psicanálise*. São Paulo: Escuta.

2. Sacerdotisa de las religiones afrobrasileñas: umbanda, candomblé y quimbanda.

Rodrigué: un hombre que hizo historias

Sin duda la trayectoria de Emilio es un estímulo para pensar y cuestionar los diferentes modelos formativos en el campo del psicoanálisis. Esa trayectoria se entrelaza con la historia del psicoanálisis del siglo XX, donde él tuvo, entre otros, un papel protagónico.

Emilio fue por años, con énfasis en la década del 60, una figura que se destacó dentro de la Sociedad de Psicoanálisis Argentina (APA), tanto que llegó a ser su presidente en 1966. Posteriormente también fue elegido presidente de la Federación Argentina de Psiquiatría (FAP), un hecho inédito hasta ese momento: que un psicoanalista reconocido internacionalmente pasase a dirigir esa institución, que ya había sido un bastión de la psiquiatría conservadora y comenzaba a asumir posiciones cuestionadoras, atrayendo grupos de psicoanalistas que se identificaban políticamente con ideas de avanzada.

El propio Emilio, reflexionando sobre ese período militante, nos dice: “Allí aprendí otro tipo de juego político, más en contacto con la realidad, en este caso, lo referido a la salud mental y a la violencia represiva. Fue ahí que conocí el miedo, que me acompañaría como una sombra en la década siguiente”.¹

Fue en la gestión de Rodrigué que se creó el Centro de Docencia e Investigación (CDI), que abrió nuevas vías y caminos de formación para los que deseaban ser psicoanalistas. Representaba una apertura y una ganancia de libertad, porque abría la posibilidad de que el análisis personal, inherente y necesario para la formación de un psicoanalista, pudiese ser realizado con elección libre del que sería su analista.

En 1971, Rodrigué renuncia a la APA, en decisión conjunta con el grupo Plataforma, y le hace serios cuestionamientos a la institución, en particular a su modelo formativo.

En la década del 70, Emilio llegaba a los 50 años de edad teniendo que enfrentar una serie de circunstancias de cuño político y personal, que lo llevaron a salir del país y viajar a Brasil. De su existencia con múltiples inserciones en ese país lo que voy a destacar es su experiencia como escritor de la biografía de Freud, algo que él mismo manifiesta con énfasis en el prólogo: “Después de escribir la historia, no soy más el mismo”.²

Una de las peculiaridades que varios autores destacan en esta biografía de Freud es el hecho de haber sido escrita por un psicoanalista. Alguien que ve el lado humano del otro, sus fragilidades, y que también valoriza su riqueza creativa. Alguien que se ve en el otro y que se vale de la historia del otro para comprender y relativizar su propia historia.

Pero no se trata evidentemente de una obra que no reconoce la importancia

* Departamento de Psicoanálisis del Instituto Sedes Sapientiae.

1. De “O analista das cem mil horas”, por E. Rodrigué, 1994. *Percurso-Revista de Psicanálise*, Año VII, N° 12.

2. De *Sigmund Freud. O século da psicanálise*, (prólogo), por E. Rodrigué, 1995, São Paulo: Escuta.

de sus antecesores. Emilio destaca justamente el papel histórico de la biografía de Freud escrita por Ernest Jones (1953-1957/1970), publicada por primera vez cuando él mismo vivía en Londres. Y agrega que ese habría sido el disparador para el llamado “retorno a Freud”, que fue en la década del 60 la bandera principal de Lacan.

En el coloquio *Un siglo de psicoanálisis*, realizado en Salvador el 12 de octubre de 1995, donde fue lanzado su libro, Élisabeth Roudinesco (1995) realizó la conferencia de apertura y planteó cuestiones importantes.

Aquí en América Latina, destacó la psicoanalista francesa, presenciamos una expansión del “freudismo” y una renovación de la pasión por el psicoanálisis. Algo que contrasta con la situación de Europa y, en especial, de Francia, en donde la enfermedad de ese primer siglo freudiano es la depresión. Esa depresión perceptible en todos los lugares afecta al psicoanálisis y sus instituciones.

Fue por Jones que él comenzó a elaborar la historia de las variaciones y de las interpretaciones sobre la vida de Freud, pasando después por sus diversos comentaristas.

Como afirma Roudinesco (1995), “él escribió menos una nueva vida de Freud, que la historia de la historia de las diferentes formas de contar la vida de Freud”.

Siendo él mismo uno de esos historiadores, el libro no estaría completo si el autor no tratase también de sí. Eso sucede de manera indirecta y sutil, pero muchos de sus lectores lo comprendieron bien. Y nuevamente es Roudinesco (1995) quien lo explica: “Ese libro fue para él una especie de autobiografía con disfraz, porque sabemos que toda investigación histórica supone una autobiografía. Porque al contar la historia de los otros, el historiador se cuenta a través del otro, a través de aquello que él cuenta de los otros”.

Finalmente, leyendo nuevamente los diversos libros e inúmeros escritos que Rodrigué nos dejó, queda claro como él escribió, desde diversos ángulos y con formas variadas, una secuencia de múltiples autobiografías. Un conjunto en que el lector encuentra y reconoce el camino tan denso y rico que fue su vida.

Referencias

- Jones, E. (1970). *Vida y obra de Sigmund Freud*. Barcelona: Anagrama. (Trabajo original publicado en 1953-1957)
- Rodrigué, E. (1994). O analista das cem mil horas. *Percurso - Revista de Psicanálise*, 7(12).
- Rodrigué, E. (1995). *Sigmund Freud. O século da psicanálise*. São Paulo: Escuta.
- Roudinesco, E. (Octubre, 1995). *A história dentre os mortos*. Trabajo presentado en el coloquio Um século de psicanálise, Salvador de Bahía. Publicado en *Revista Pulsional*, 193(1).

Un arquero con muchas flechas

Nacido el 8 de enero de 1923, en Buenos Aires, Argentina, y fallecido el 21 de febrero de 2008, en Bahía, Brasil, Emilio Rodrigué dejó una gran contribución con su obra. De ella también forma parte el cómo vivió su existencia, los movimientos en los que participó y los que lideró, así como sus escritos.

Dotado de especial capacidad crítica e inteligencia, desde el inicio sustentó concordancias y divergencias con sus maestros y transitó con éxito en las vías institucionales, oficialmente establecidas. Concluyó su formación en Londres y llegó a ser presidente de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) y vicepresidente de la Asociación Internacional de Psicoanálisis (IPA). La Federación Argentina de Psiquiatría (FAP) también estuvo bajo los efectos de su “butaca”.

Al inicio de la década del 70, lideró Plataforma con Marie Langer y otros. Las críticas y propuestas de este movimiento provocaron divisiones y dieron lugar al surgimiento de nuevos territorios de formación, fuera de IPA. Ello supuso consecuencias importantes para el psicoanálisis en Argentina y Brasil, así como también en muchos otros países latinoamericanos y europeos, puesto que en esta época la dictadura argentina pasó a ser extremadamente violenta con sus opositores, provocando un gran éxodo en el medio psicoanalítico argentino, que diseminó las propuestas de este movimiento. Rodrigué eligió vivir en Salvador, recibiendo la formación de los grandes analistas que iniciaron el movimiento lacaniano en Bahía.

Publicó varios artículos y 17 libros. Algunos con ilustres coautores tales como León Grinberg, Marie Langer, Geneviève T. de Rodrigué, Martha Berlin, Norma Ferro y Syra Tain Lopes. Sus trabajos fueron generalmente publicados en español y portugués, pero varios de ellos también fueron publicados o están tan sólo escritos en francés o inglés. Ellos llevan la marca de un trayecto singular en la vanguardia de la historia del psicoanálisis. Sobre su vida, Urania Tourinho Peres (2004) escribió *Emilio Rodrigué, caçador de labirintos*, una referencia indispensable para quien quiere conocerlo a él y a su trabajo.

Después de concluir su formación en Londres, aún en su fase institucionalizada, cuestionó la larga colonización inglesa del psicoanálisis argentino, así como destacó la creatividad y originalidad de éste, hurgando en prácticas y conceptos acuñados por los analistas argentinos. Él mismo escribió algunos clásicos de esta vanguardia: *Psicoterapia del grupo* (Grinberg, Langer & Rodrigué, 1955a), *El grupo terapéutico* (Grinberg, Langer & Rodrigué, 1955b), *El contexto del proceso analítico* (Rodrigué & T. de Rodrigué, 1965), *Biografía de una comunidad terapéutica* (Rodrigué, 1965) –un relato de parte de su recorrido vivido en los Estados Unidos, en la época en que fue discípulo de Susanne Langer– y *O paciente das 50.000 horas* (Rodrigué, 1977).

* Psicoanalista. Directora de la editorial Escuta y de la librería Pulsional.

También escribió cuentos en *Plenipotencia* (Rodrigué, 1966), *Heroína* (Rodrigué, 1969) –una novela *best seller* en Argentina que dio origen al film (De la Torre, 1972)– y *El anti-yo: nueva propuesta amorosa* (Berlin & Rodrigué, 1977), *A lição de Ondina* (Rodrigué, 1983), *Ondina Supertramp* (Rodrigué, 1987), *Gigante pela própria natureza* (Rodrigué, 1991) y *El libro de las separaciones* (Rodrigué, 2000), que son reflexiones autobiográficas.

Um sonho de final de análise (Lopes & Rodrigué, 1986), con interesantes articulaciones sobre transferencia, fin de análisis y supervisión, y *O último laboratório* (Ferro & Rodrigué, 1985), que son relatos sobre distintos ejes de su trabajo clínico.

Dos cuestiones movilizaron al autor por largo tiempo en su recorrido: la desvitalización del psicoanálisis y si habría o no un fin del analista, en el que toda transferencia pudiera ser atravesada, dejando de existir.

Todos estos trabajos dan cuenta de una reflexión audaz, apasionada y apasionante. Con todo, quizás su mayor osadía fue la de haber escrito una nueva biografía de Freud (Rodrigué, 1995). Como si ello no bastara, inicia el prólogo de este libro con un cuento *nagô*¹. Su experiencia de vida y su capacidad de pensamiento le permitieron generar una mirada panorámica del psicoanálisis, que comenzaba en Brasil, pero que pasaba por Argentina, Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Austria y otros lugares, investigando la literatura pertinente gestada en estos rincones. *Sigmund Freud. O século da psicanálise* (Rodrigué, 1995), fue publicado en Brasil por la editora Escuta en 1995, en Buenos Aires por la editora Sudamericana en 1996 y por la Payot & Rivaes en el 2000, con una nueva edición en el 2007. Con espíritu lúdico y divertido, Rodrigué nos dejó un Freud desacralizado y amado.

La respuesta de Heráclito (Rodrigué, 2006), editado en Buenos Aires, y *Penélope* (Rodrigué, 2007), en París, fueron sus últimos trabajos.

Referencias

- Berlin, M., & Rodrigué, E. (1977). *El anti-yo: nueva propuesta amorosa*. Madrid: Fundamentos.
- De la Torre, R. (Productor), & De la Torre, R. (Director). (1972). *Heroína* (Película). Argentina: Producciones Raúl de la Torre.
- Ferro, N., & Rodrigué, E. (1985). *O último laboratório*. Rio de Janeiro: Imago.
- Grinberg, L., Langer, M., & Rodrigué, E. (1955a). *Psicoterapia del grupo*. Buenos Aires: Paidós.
- Grinberg, L., Langer, M., & Rodrigué, E. (1955b). *El grupo terapéutico*. Buenos Aires: Paidós.
- Lopes, S. T., & Rodrigué, E. (1986). *Um sonho de final de análise*. Rio de Janeiro: Imago.
- Rodrigué, E. (1965). *Biografía de una comunidad terapéutica*. Buenos Aires: Eudeba.
- Rodrigué, E. (1966). *Plenipotencia*. Buenos Aires: Minotauro.
- Rodrigué, E. (1969). *Heroína*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Rodrigué, E. (1977). *O paciente das 50.000 horas*. Rio de Janeiro: Imago.
- Rodrigué, E. (1983). *A lição de Ondina*. Rio de Janeiro: Imago.
- Rodrigué, E. (1987). *Ondina Supertramp*. Rio de Janeiro: Imago.
- Rodrigué, E. (1991). *Gigante pela própria natureza*. São Paulo: Escuta.
- Rodrigué, E. (1995). *Sigmund Freud. O século da psicanálise*. São Paulo: Escuta.
- Rodrigué, E. (1996). *El siglo del psicoanálisis*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Rodrigué, E. (2000). *El libro de las separaciones*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Rodrigué, E. (2000b). *Le siècle de la psychanalyse*. Paris: Payot & Rivages, 2007.
- Rodrigué, E. (2006). *La respuesta de Heráclito*. Buenos Aires: Topia.
- Rodrigué, E. (2007). *Penélope*. Paris: Rivages.
- Rodrigué, E., & T. de Rodrigué, G. (1965). *El contexto del proceso analítico*. Buenos Aires: Paidós.
- Tourinho Peres, U. (2004). *Emilio Rodrigué, caçador de labirintos*. Salvador, Bahia: Corrupio.

1. N.T.: Designación dada a los negros esclavizados, vendidos en la antigua Costa de los Esclavos, y que hablaban yoruba.

Un encuentro singular en 1996

Emilio Rodríguez protagonizó intervenciones clínicas y formativas de gran valor, en diversos lugares a los que fue invitado. Creó lazo a su alrededor, reunió a psicoanalistas de todas las tendencias, estableció puentes entre las diversas culturas latinoamericanas. “De allí proviene su lugar de maestro socrático del psicoanálisis, único en este final de siglo XX”, dijeron Plon y Roudinesco (1998, p. 9).

Su presencia entre nosotros, en 1996, dialogando con Isaías Melsohn, en una mesa redonda sobre el acontecimiento estético en la clínica psicoanalítica (Melsohn & Rodríguez, 1996, pp. 139-152), organizada por el Departamento de Psicoanálisis del Instituto Sedes Sapientiae de San Pablo, fue memorable. Todos los conocían y había una gran expectativa. Tuve el placer de coordinar la mesa y comencé por presentarlos.

Marqué el papel relevante de Rodríguez, que, junto a sus colegas de Plataforma e Documento, produjeron un cambio histórico en el movimiento psicoanalítico argentino que trascendió las fronteras. Fueron referencia en nuestro proyecto formativo.

Isaías Melsohn había sido uno de los analistas pertenecientes a la SBPSP que, con Regina Schnaiderman y su grupo, crearon en el Sedes el primer curso en que se enseñaba psicoanálisis fuera del ámbito oficial, y fueron parte de un movimiento de resistencia al proceso de centralización del poder y enclaustramiento ideológico, metodológico y clínico instaurado en la institución desde la década del 60. Fueron ejercidas fuertes presiones para que abandonasen esa iniciativa. Melsohn denunció, en asamblea, la inconstitucionalidad de estas maniobras del poder institucional.

La lucha política por el fin de la dictadura y la redemocratización del país tomaba cuerpo en el campo psicoanalítico y definía espacios de lucha como el Sedes, en que iniciativas nuevas y transformadoras podían germinar y crecer. Como efecto de dichas presiones, algunos abandonaron el curso y el equipo se fragilizó. Es en estas circunstancias que varios psicoanalistas argentinos llegamos a San Pablo, portadores de un bagaje psicoanalítico y político que nos tornaba aliados y copartícipes “naturales” de este proyecto. En ese encuentro, 20 años después, la historia inicial del proyecto volvía a hacerse presente, viva, sentada tranquilamente a mi lado, para conversar sobre sus caminos.

La problemática de la simbolización había conducido a estos dos latinoamericanos a estudiar filosofía con Susanne Langer en Estados Unidos. Gracias, también, a este lazo pudieron enhebrar recuerdos.

Invitado a comenzar, Rodríguez, hombre de sorpresas, cuenta que días atrás había tenido un sueño que lo indujo a reformular su intervención. Alguien, que podía ser yo, le decía: “Emilio, tú no sabes nada sobre *Jurassic Park* (Kennedy, 1993)”. Estas palabras insólitas produjeron impacto y eran también divertidas.

A través de un relato de gran belleza, se refirió a sus investigaciones sobre Freud, y postuló que si los sueños habían sido la *vía regia* de acceso al inconsciente, fue la cocaína la que electrificó los rieles.

* Departamento de Psicoanálisis del Instituto Sedes Sapientiae de San Pablo.

Consideró, a seguir, la vivencia de irrealidad y suspensión del tiempo experimentada por Freud frente a la Acrópolis (carta a Romain Rolland de 1936) que lo lleva a exclamar: “¡Entonces existe esa Serpiente del Lago Ness, en la que nunca creímos!” (Freud, 1932-1936/1986).

Tanto los estados de conciencia inducidos por la cocaína como este otro goce extraño constituyen para Rodrigué momentos en que entra en juego una dimensión transgresiva que tiene un devenir creativo. “Creo, y repito, que debemos encontrar esa criatura imposible, ese minotauro, que para mí significa un tipo de relación con el inconsciente en que mi ello da lo mejor de sí. Digo también unicornio, porque se trata de una disposición de espíritu en que se torna posible desarrollar el arte de ser psicoanalista. El psicoanálisis se convierte, de esta forma, en una disciplina que permite que una reflexión seriada se torne iniciática, porque damos un registro simbólico a lo desconocido. Existe un camino marcial en el ser analista” (Melsohn & Rodrigué, 1996, p. 142).

La intervención de Melsohn mostró la riqueza aportada a la comprensión de la situación analítica y los movimientos afectivos que la atraviesan, por las categorías de forma simbólica expresiva y denotativa –creadas a partir de los trabajos de E. Cassirer y S. Langer–.

Pienso que se vislumbra en la estrategia discursiva de Emilio y en el estilo de diálogo que promueve –ya desde el relato del sueño en que es destituido de todo saber sobre los objetos fantásticos sobre los que pretende reflexionar– un motivo más, y no el menos importante, para pensarlo como un maestro socrático. Allí mismo, en acto, para todos nosotros, el intercambio entre Emilio e Isaías se transforma en una experiencia singular, individual y colectiva al mismo tiempo, plena de inteligencia y simpatía, un acontecimiento estético de carácter formativo. Esto nos remite también a Regina Schnaiderman (1988), interlocutora y amiga de Isaías, cuando, 20 años antes, escribía: “Enseñar psicoanálisis es un acto psicoanalítico y un proyecto de desalienación (...). Lo que se enseña, de hecho, es el modelo metodológico que subordina todo saber a una interrogación, a una puesta en cuestión” (p. 13).

Próximos ya del final de la mesa, le preguntan en relación con su sueño si no sugiere la idea de que podríamos todos fosilizarnos en el tiempo. Su respuesta es afectuosa y humorística, comentando la riqueza del reencuentro después de 30 años: “¡Entonces somos dos fósiles maravillosos!”. Sin embargo, complementará esta respuesta, tiempo después, afirmando con relación a la clínica: “La práctica psicoanalítica no está tan envejecida. Ella se conserva bonita y graciosa. No necesitó ninguna plástica (...) y el contingente actual de psicoanalistas es menos prepotente y más sensible al sufrimiento humano” (Rodrigué, 2005, p. 122).

La pregunta por el pasado, el presente y el futuro es inherente al movimiento psicoanalítico en todas las épocas. Sin embargo, vale la pena conservar en la memoria la crítica consecuente y la creatividad que le dieron algunos monstruos que se atrevieron a dejar las aguas y abrir senderos nuevos sobre estas tierras latinoamericanas.

Referencias

- Freud, S. (1986). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras. En S. Freud, *Obras completas* (Vol. 22). Buenos Aires: Amorrotu. (Trabajo original publicado en 1932-1936)
- Kennedy, K. (Productor), & Spielberg, S. (Director). (1993). *Jurassic Park* (Película). Estados Unidos: Universal Pictures.
- Melsohn, I., & Rodrigué, E. (1996). *Transgressões criativas*. Debate del evento Acontecimiento estético na clínica psicanalítica, San Pablo. *Percorso*, 27.
- Plon, M., & Roudinesco, E. (1998). *Dicionário de psicanálise*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- Rodrigué, E. (2005). Furacão freudiano. *Percorso*, 34, 121-124.
- Schnaiderman, R. (1988). Política de formação em psicanálise: Alinhando algumas anotações, *Percorso*, 1, 11-15.

El psicoanalista tiene que ser subversivo

¿Qué escribir sobre Emilio Rodrigué después de todo lo que ya escribí? Hago un esfuerzo para escapar de la repetición, del texto con matiz biográfico, y voy a buscar un testimonio sobre aquel que fue mi analista, se volvió un gran amigo y, sobre todo, fue mi compañero en las especulaciones y opiniones críticas sobre el psicoanálisis. De este modo, comienzo por el analista que conocí como terapeuta en crisis con el psicoanálisis y buscando algo nuevo. Por cierto, buscar siempre algo nuevo o hacer lo mismo de otra manera era su lema para la sabiduría. Quizás fue esa manera singular de ser sabio la que le permitió no intimidarse frente al hecho de escribir una biografía de Freud (Rodrigué, 1996), después de tantas ya escritas, sin acceso a las fuentes primarias y sin siquiera dominar el alemán para eventuales investigaciones. Es que él apostaba a su capacidad inventiva y se lanzó a la tarea con la convicción de que, haciendo una biografía de las biografías, innovaría. De este modo, mostraría un Freud revisitado por su fuerte sentido del humor, y no le importaban los plagios, sino que los minimizaba. Su libro fue un éxito, especialmente en Francia, y se volvió una excelente introducción al psicoanálisis.

Habiendo sido presidente de APA y vicepresidente de IPA, dejó el psicoanálisis en cuarentena, indignado por las luchas de poder dentro de las sociedades, y partió al encuentro de las llamadas “técnicas de desarrollo del potencial humano”. Fue así que lo encontré o, mejor dicho, que arribó a tierras bahianas. Su llegada estuvo mediada por el *candomblé*, puesto que había sido invitado a participar de una fiesta en el Terreiro Axé Opô Afonjá¹. Vino acompañado de Martha Berlin, psicodramatista experimentado, y aceptó tener un encuentro con nuestro grupo que anhelaba una formación psicoanalítica. Junto con Martha, él iniciaba una fase dedicada a los llamados laboratorios terapéuticos.

Un contrato de trabajo de seis meses y los otros seis meses viajando, buscando experiencias en Londres, Ámsterdam, España, Estados Unidos (Esalen), manteniendo contacto con profesionales de varios países. De este modo se inició su relación amorosa con nuestra ciudad y un fuerte vínculo con un grupo que no se acobardaba frente a las innovaciones. Los laboratorios fueron experiencias memorables y yo los frecuentaba, a algunos como paciente y a otros como coterapeuta. Invariablemente se iniciaban el viernes a la noche y terminaban el domingo, hacia el final de la tarde, transmitiendo, como él decía, “un clima ‘oceánico’ de extrañeza... algo mesiánico”. Fueron experiencias transformadoras y Emilio se entusias-

* Fundadora del Colégio de Psicanálise da Bahia. Miembro de la *École Lacanienne de Psychanalyse* (París).

1. Lugar donde se realizan ceremonias de *candomblé*, de los más importantes de Salvador de Bahía.

maba junto con el entusiasmo grupal. La dinámica de trabajo partía de técnicas psicodramáticas o incluso de otras –y aquí me refiero a las influencias de la terapia gestáltica, la bioenergética, las enseñanzas de Lowen, Boadella y muchos otros–. Sin embargo, es necesario dejar en claro que las intervenciones de Rodríguez eran siempre fruto de una aguda lectura psicoanalítica, es decir que el psicoanalista continuaba su recorrido por fuera de la rigidez del encuadre analítico.

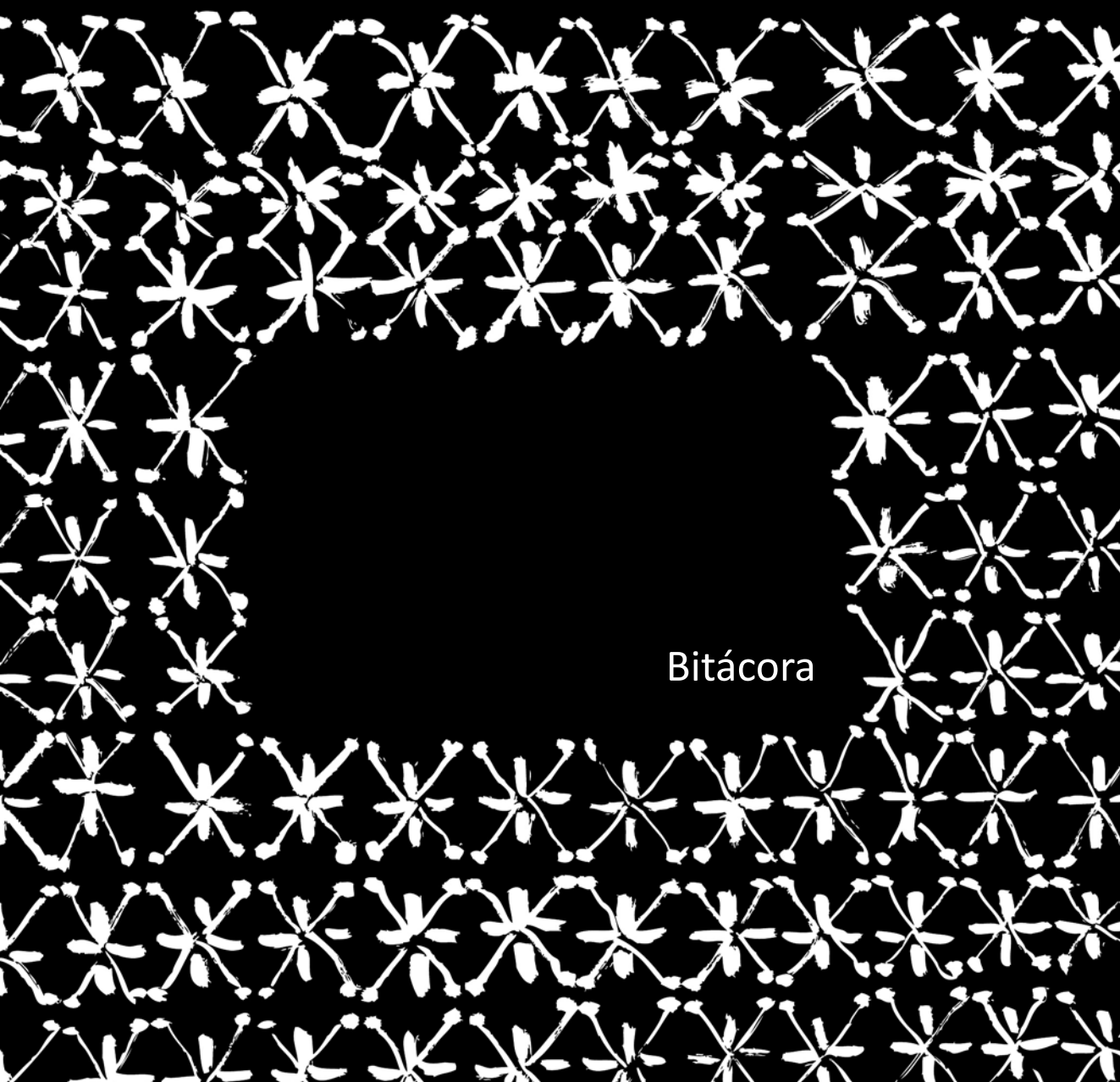
Hablaba poco de la teoría psicoanalítica, y decía incluso que no se consideraba poseedor de “cultura psicoanalítica”. Prefería “la creación a la memoria”, dejarse libertad para que las ideas y los pensamientos pudieran surgir lejos de las opresiones. Era también esa la manera en que transitaba por la vida, en los vínculos familiares, sociales y amorosos. Buscaba la libertad del placer y, por eso mismo, gustaba de reafirmar su lado transgresor. No negaba que esa postura lo condujese, muchas veces, a alguna crueldad. Se sorprendía por despertar pasiones hasta el final de su vida. Una vez me preguntó: “¿Cómo es posible haber despertado el apasionamiento de una linda mujer a los 80 años?”. Emilio siempre transmitía una promesa de que se podría llegar a un más allá, a una gran conquista. Tenía una aguda curiosidad por todo y por todos. Una fulgurante vanidad por considerarse sabio frente a la vida, intentando esquivar, inclusive, la vejez y diciendo que, a los 81 años, vivía su etapa más feliz. Planeaba vivir más allá de los cien años y, cuando el cuerpo le anunció su tiranía, quedó perplejo y se interrogó: “¿Será serio lo que estoy sintiendo?”. La muerte llegó rápido y no lo hizo sufrir mucho. Pero dejó mucha nostalgia de él.

Un buen psicoanalista tiene que ser subversivo, era lo que afirmaba y practicaba, y no se abstenía del contacto con los pacientes por fuera del consultorio, aun sabedor de la especificidad de la abstinencia psicoanalítica. En ese sentido, dejó grandes amistades.

Agradezco al analista que tuve, extraño a mi amigo querido y no puedo dejar de confesar que nuestra libertad y rebeldía psicoanalítica eran atinadas.

Referencias

Rodríguez, E. (1996). *Sigmund Freud. El siglo del psicoanálisis*. Buenos Aires: Sudamericana.



Bitácora



Intelectuais, política e literatura na América Latina: o debate sobre revolução e socialismo em Cortázar, García Márquez e Vargas Llosa (1958-2005)

Adriane Vidal Costa

Este libro analiza la trayectoria de los escritores participantes del *boom* literario latinoamericano. Más que en sus novelas, el trabajo hace foco en las redes de sociabilidad y de compromiso político en las que ellos estuvieron involucrados, especialmente durante los períodos de exilio o autoexilio en Europa. Los circuitos culturales y políticos fueron estratégicos para celebrar obras como *Cien años de soledad*, traducida a muchos idiomas, con millones de ejemplares vendidos y un autor, García Márquez, laureado con el Premio Nobel de Literatura en 1982. Del mismo modo, fueron también determinantes para definir a los críticos del régimen socialista cubano, como Vargas Llosa, y cerrar filas entre aquellos más leales a la Revolución, como Cortázar y García Márquez. En el 2010 –otros tiempos– Vargas Llosa también recibiría su Premio Nobel. (Gabriela Pellegrino)

São Paulo:

Alameda, 2013



Latino-americanos à procura de um lugar neste século

Néstor García Canclini

El sociólogo argentino, cuya larga trayectoria en el campo de la reflexión sobre América Latina fue premiada en 2002 por el *Book Award* de la *Latin American Studies Association* (por su libro *Culturas híbridas*), trabaja ya hace algunos años como profesor en la Universidad Autónoma de México. El tema ya explicitado en el título maneja datos estadísticos e histórico-coyunturales que requieren ser ajustados, como García Canclini explica en el prefacio. Sin embargo, las tesis y, sobre todo, las preguntas de fondo siguen siendo válidas. García Canclini se pregunta sobre la (im)pertinencia o no de que alguien sea considerado hoy un ciudadano latinoamericano y expone las paradojas de pensar como una unidad al conjunto de países que llamamos América Latina. Brasil se destaca especialmente en la reflexión de este intelectual. (Laura Janina Hosiasson)

São Paulo:

Illuminuras, 2008



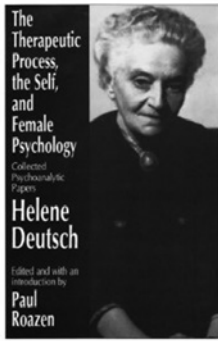
Freud con los escritores

Edmundo Gómez Mango y J.-B. Pontalis

Dos analistas apasionados de la literatura y el psicoanálisis, releendo a Freud, lo muestran “contemporáneo” y nos sorprenden con un enfoque diferente de literatura y psicoanálisis, en el que esa relación hace aparecer diferentes Freud, en su lazo personal con las letras, lo que retorna de ellas en lo original y en las traducciones, sus ideas en “estado naciente”. Surge la intimidad del creador, y su lectura nos conecta con variadas bibliotecas. Se explora en las obras la oposición entre la vertiente poética y de fantasías (el *Dichter*) y la investigativa y de pensamiento (el *Forschter*). La elección de escritores busca entender las motivaciones pulsionales, con el giro respecto a la científicidad positiva que hace el psicoanálisis. La polaridad y riqueza de este diálogo se revela en la escritura misma de los autores, con perspectivas y estilos diferentes. (Marta Labraga de Mirza)

Buenos Aires:

Nueva Visión, 2014



The therapeutic process, the Self, and female psychology: collected psychoanalytic papers **Helene Deutsch**

En esta colección de escritos encontramos el trabajo clásico de Helene Deutsch “Algunas formas de trastorno emocional y su relación con la esquizofrenia” (1942), que, al tiempo que retoma el concepto freudiano de la identificación por infección o mimética, merece (aunque su autora lo conecte con, y lo diferencie de, la esquizofrenia) ser visto como un trabajo precursor, dado que nos introduce, antes de Kanner, a la temática del autismo y en especial a los pacientes “autistoides” –para utilizar un término de Bernd Nissen– que constituyen la actual “epidemia del autismo”, cuya característica central es la carencia de afectos genuinos. (Jean Marc Tauszik)

London:
Transaction, 1991



Sigmund Freud. O século da psicanálise. 1895-1995

Emilio Rodríguez

Rodríguez nos ofrece una mirada personalísima y deliciosa sobre la vida y la obra del fundador del psicoanálisis. Fueron seis años volcados a su obra, a la vasta literatura existente respecto de su vida y también a las contribuciones de autores post freudianos que han problematizado sus teorías y conceptos. Es un trabajo con un estilo sabroso y muy divertido que nos revela la gran libertad del autor, así como su talento para comunicarnos sus más íntimas intuiciones. En este vuelo supersónico no se puede dejar de apreciar la creatividad de Rodríguez para nombrar los capítulos: “El salto del tigre”, “La droga mágica”, “Un judío en la Corte del Rey Charcot”, “Las odiseas de la pulsión”. Y otras... (Anna Maria Alcântara do Amaral)

São Paulo:
Escuta, 1995

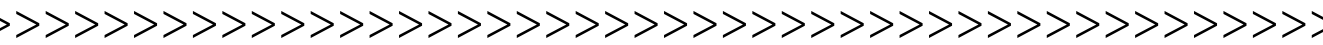


Vivir, pensar, mirar **Siri Hustvedt**

Hustvedt ofrece una lectura armónica. Tres temas centrales separan el libro en partes, aunque en todo su trayecto hay argumentos que reverberan desde los diferentes encuadres: en “Vivir” las notas autobiográficas son protagonistas; en “Pensar” hay ensayos acerca de sus investigaciones, principalmente en el psicoanálisis, la literatura y las neurociencias; en “Mirar” se tratan ensayos sobre las artes y sobre mirar en ellas y a través de ellas. Sin eludir responsabilidad, habla en primera persona y le otorga al lector la posibilidad de disentir o coincidir. El recorrido por el libro no deja de sorprender en cuanto a la presencia constante del psicoanálisis, que, sin dejar de ser “americano”, da lugar a otros desarrollos. Muestra que el psicoanálisis es de una riqueza insospechada y su presencia tiene que ver con lo humano. Estaría lejos de morir, o nos moriríamos con él. (Natalia Barrionuevo)

Buenos Aires:
Anagrama, 2013

[illegible]



doctora en artes de la Escuela de Comunicaciones y Artes de la Universidad de San Pablo (USP). Ensayista y documentalista de *Isso, aquilo, aquilo outro* (2004), *Você faz a diferença* (2005), *Passeios no recanto silvestre* (2006), entre otros. Tiene dos libros publicados sobre la relación entre arte y psicoanálisis: *O hiato convexo: literatura e psicanálise* (Brasiliense, 1989) y *Ensaio de psicanálise e semiótica* (Escuta, 1989), y está finalizando otro: *Cinema e psicanálise*. chnaide@uol.com.br

Irene Dukes

Psicoanalista, Asociación Psicoanalítica de Chile (APCH). Directora de la Unidad Infanto-Juvenil U.D.D. Ex miembro del Comité Editorial de la *Revista Chilena de Psicoanálisis*. Diplomada en literatura. Autora de numerosos trabajos, entre los que destaca "Una perturbación en la zona de los fenómenos transicionales" (*International Journal of Psychoanalysis*, 2014, vol. 1). iredukes@gmail.com

Steve Ellman

Profesor en la Escuela de Graduados de la *City University of New York* (CUNY). Ha sido clínico e investigador. Fue director del programa de PhD en psicología clínica en CUNY. Actualmente es profesor emérito allí. Ha publicado más de cien *papers*, cinco libros psicoanalíticos y dos libros sobre dormir y los sueños. Presidente de IPTAR en dos ocasiones. Profesor clínico en el Programa de Post-Doctorado en Psicoanálisis y Psicoterapia de la Universidad de Nueva York. Fue el primer presidente de la

Confederation of Independent Psychoanalytic Societies (CIPS). Miembro de IPA; participó de su Comité Ejecutivo. sellman174@aol.com

Mario Pablo Fuks

Psiquiatra y psicoanalista. Miembro del Departamento de Psicoanálisis, profesor de psicoanálisis, coordinador del curso Psicopatología psicoanalítica y clínica contemporánea, supervisor del Proyecto de Investigación e Intervención en Anorexias y Bulimias, en el Instituto Sedes Sapientiae de San Pablo. Coautor de los libros *Desafios para a psicanálise contemporânea* (Escuta, 2003), *O sintoma e suas faces* (Escuta, 2006) y *Psicanálise em trabalho* (Escuta, 2012). mfuks@uol.com.br

Gohar Homayounpour

Nacida en París, hija de padres iraníes, educada en Norteamérica (Canadá y Estados Unidos). Vive y trabaja actualmente en Teherán. Fue psicoanalista didacta y supervisora del Grupo Freudiano de Teherán, del cual fue fundadora y directora. Catedrática en la *Shahid Beheshti University*, Teherán. Su libro *Doing psychoanalysis in Tehran* (MIT Press, 2012) ganó el premio Gradiva y fue traducido al francés, alemán, italiano y turco. Miembro del *Board* en el *Freud Museum* de Viena y en el grupo de investigación Geografías y Psicoanálisis. g.homayounpour@gmail.com

Monica Horovitz

MD, PhD, HDR, *full member* de la Sociedad Psicoanalítica

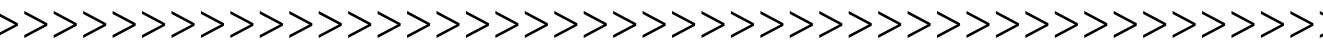
de París (SPP) y de la Sociedad Psicoanalítica Italiana (SPI). Trabaja en París. Condujo durante los últimos 12 años un seminario sobre Bion, y es cofundadora y co-chair de Bion in Marrakech. Ha escrito varios artículos internacionales y trabajos sobre la obra de Bion. monicahorovitz@gmail.com
Laura Janina Hosiasson
Graduada en literatura en la Universidad de Chile y doctorada en la Universidad de San Pablo (USP), donde es docente de literatura hispanoamericana. Publicó *Nação e imaginação na Guerra do Pacífico* (Edusp, 2012). Tradujo, entre otros, *Só para fumantes* (Cosac & Naify, 2007), de Julio Ramón Ribeyro, y *A última névoa* (Cosac & Naify, 2013), de María Luísa Bombal. lhosiass@uol.com.br

Sudhir Kakar

Psicoanalista, novelista y especialista en el campo de la psicología cultural y la psicología de la religión. Ha sido catedrático en la Universidad de Harvard, miembro senior en el *Center for the Study of World Religions* de Harvard (2001-2002) y profesor invitado en las universidades de Chicago (1989-92), McGill, Melbourne, Hawái y Viena. Es autor de 18 libros de no ficción y cinco de ficción. Sus últimos libros son *Young Tagore: The makings of a genius* (Penguin-Viking, 2013) y la novela *The devil take love* (en prensa). kathasudhir@hotmail.com

Laurence Kahn

Historiadora y helenista antes de volverse psicoanalista. Miembro didacta de la *Association Psychanalytique*



de France. Corredactora de la *Nouvelle Revue de Psychanalyse* de 1990 a 1995, presidió la APF entre 2008 y 2010, y es actualmente directora de la publicación del *Annuel de l'APF*. Sus últimos libros son *L'écoute de l'analyste* (PUF, 2012) y *Le psychanalyste apathique et le patient postmoderne* (Éditions de l'Olivier, 2014).
laurence.kahn@wanadoo.fr

Jorge Lanzaro
Doctorado en la Universidad de París. Catedrático del Instituto de Ciencia Política (Universidad de la República, Uruguay), del que fue fundador y director. Profesor e investigador visitante en varias universidades de América Latina, Estados Unidos, Canadá y Europa, *fellow* de Fulbright, Wilson Center y Guggenheim Foundation. Presidente del Consejo Académico de la Asociación Uruguaya de Ciencia Política (AUCIP), directivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y de la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP).
jorge.lanzaro@gmail.com

Felix de Mendelssohn
Trabaja como psicoanalista y analista grupal en sus consultorios particulares de Viena y Berlín. Ex director del Departamento de Estudios Psicoanalíticos de la Universidad Sigmund Freud, Viena. Ex presidente del *Group Analytic Section* en la *International Association for Group Psychotherapy and Group Processes* (IAGP), ha

trabajado en programas de formación de psicoterapeutas en Ucrania, Israel, Japón, Albania y China. Ha publicado sobre varios aspectos clínicos y culturales de la terapia analítica individual y grupal. Sus libros (en Alemania) incluyen *Das Psychoanalytische Subjekt* (SFU, 2010), *Die Gegenbewegung der Engel* (SFU, 2010) y *Der Mann, der sein Leben einem Traum verdankte* (Ecowin, 2014).
felmen@chello.at

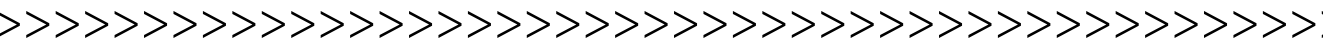
Luiz Alberto Oliveira
Físico, doctor en cosmología (CBPF). Investigador del Laboratorio de Cosmología y Física Experimental de Altas Energías (LAFEX) del Centro Brasileño de Investigaciones Físicas (CBPF/MCT), Río de Janeiro. Investigador asociado del Programa Transdisciplinario de Estudios Avanzados (IDEA) de la Escuela de Comunicación de la UFRJ (ECO/UFRJ). Profesor de epistemología, historia y filosofía de la ciencia, coordinador de formación científica del CBPF, consultor científico del Museo de Astronomía y Ciencias Afines (MAST/MCT); curador del Museo del Mañana.
a_lef@hotmail.com
laoliveira@cbps.br

Fernanda Peixoto
Profesora asociada (libre-docente) del Departamento de Antropología de la Universidad de San Pablo (USP), con investigaciones en el área de la teoría, historia y método de la antropología, particularmente en la relación entre antropología y literatura,

historia, cultura e imaginarios urbanos. Es coordinadora del Coletivo ASA (Artes, Saberes y Antropología), <http://www.coletivoasa.dreamhosters.com>. Autora de *Diálogos brasileiros* (EDUSP/FAPESP, 2000) y de *A viagem como vocação – itinerários, parcerias e formas de conhecimento* (EDUSP/FAPESP, 2015).
fareaspeixoto@gmail.com

Gabriela Pellegrino Soares
Doctora en historia social, es profesora asociada de la Universidad de San Pablo (USP) e investigadora del CNP, en el área de historia de América Latina. Coordina el convenio de la Facultad de Filosofía de la USP con el Colegio de México, donde realizó un post doctorado. Publicó, entre otros, *Semear horizontes. Uma história da formação de leitores na Argentina e no Brasil, 1915-1954* (UFMG, 2007).
gabriela.pellegrino@terra.com.br

Maria Cristina Rios Magalhães
Psicoanalista, autora de artículos publicados en libros y revistas nacionales y extranjeros, organizadora de las colecciones *Na sombra da cidade* y *Psicofarmacologia e psicanálisis* de editorial Escuta. Directora de esta editorial y de la Livraria Pulsional. Coordinadora de la Red de los Estados Generales del Psicoanálisis, de 1998 a 2003. Distinguida en 2005 en Estados Unidos con el *Distinguished Educator Award*, de la *International Federation for Psychoanalytic Education*.
crismagalhaes1@uol.com.br



Cecilia Teodora Rodríguez Plasencia

Miembro en función didáctica de la Asociación Psicoanalítica de Guadalajara (APdeG). Maestra titular del Instituto de la APdeG. Ex coordinadora del Comité de Difusión de APdeG. Actual secretaria suplente de Fepal.
rgzcecia@hotmail.com

Gastón Sironi

Dirige el sello independiente Viento de Fondo (www.vientodefondo.com). Premio Alberto Burnichón al libro mejor editado en Córdoba en tres oportunidades. Entre sus últimas publicaciones está *Ahora/No me busques* en el frío, libro-disco de poesía, con fotografías de Rodrigo Fierro y canciones con Jenny Náger (Viento de Fondo, 2009). Ha traducido a múltiples autores. Es uno de los organizadores del Festival Internacional de Poesía de Córdoba (www.festivaldepoesiaca.com.ar).
gastonsironi@gmail.com

Miguel Spivacow

Miembro titular de APdeBA y de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo. Profesor titular en el IUSAM en la maestría de familia y pareja. Ha dictado conferencias y seminarios en España, Brasil, Colombia, Chile, Uruguay y diversas provincias de Argentina. Autor de los libros *Clínica psicoanalítica con parejas* (Lugar, 2005) y *La pareja en conflicto. Aportes psicoanalíticos* (Paidós, 2011).
miguelspi@fibertel.com.ar

Helena Surreaux

Miembro titular didáctica de la Sociedade Brasileira de Psicanálise de Porto Alegre (SBPdePA) y de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), donde se formó. Reside en Porto Alegre y es presidente de la SBPdePA en segunda gestión. Ex editora de la revista *Psicanálise* de la SBPdePA. Fundadora del Proyecto Social de la SBPdePA (2012). Coautora de *Psicanálise de crianças: perspectivas para um novo século* (Casa do Psicólogo, 2001).
hsurreaux@terra.com.br

Carlos Tamm L. de Sá

Psiquiatra, psicoanalista de adultos, adolescentes y niños. Miembro efectivo de la Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro y miembro de la Sociedad Británica de Psicoanálisis. Terapeuta de familia y pareja. Miembro del Comité de Formación en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes de la Sociedad Británica de Psicoanálisis. Profesor invitado y supervisor clínico de la Clínica Tavistock, Londres. Magister en letras de la PUC-Río, doctor en psicoanálisis de niños y adolescentes de la Clínica Tavistock y la Universidad de East London.
carlos.tamm@terra.com.br

Pedro Heliodoro Tavares

Profesor del Área de Alemán – lengua, literatura y traducción– de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de San Pablo (USP). Doctor en psicoanálisis y psicopatología de la *École Doctorale Recherches en*

Psychanalyse de la *Université Paris VII* (2005-2008), doctor en literatura de la Universidad Federal de Santa Catarina (2003-2007). Post doctorado y post graduación en estudios sobre traducción - UFSC (2010-2011), por el que investigó las traducciones de la obra de Sigmund Freud. Coordina con Gilson Iannini la colección *Obras incompletas de Sigmund Freud* (Editorial Autêntica), en la que es coordinador de traducción y revisor técnico.
pedrohmbt@hotmail.com

Urania Tourinho Peres

Psicoanalista, fundó el Colegio de Psicoanálisis de Bahía. Miembro de la *École Lacanienne de Psychanalyse* (París), de la *Association Insistence* y de la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Miembro de la Academia de Letras de Bahía. Libros publicados: *Emilio Rodríguez. Caçador de labirintos* (Corrupio 2004), *Emilio Rodríguez: Velho analista do tempo novo* (Edufba, 2014).
colpsiba@terra.com.br

Virginia Ungar

Psicoanalista, Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (APdeBA). Presidente electa de IPA. Coordinadora del Comité de Training Integrado (IPA), ex coordinadora y actual consultora del Comité de Psicoanálisis de Niños y Adolescentes de IPA. Publicó numerosos artículos sobre psicoanálisis de niños, adolescentes, técnica y supervisión, tal como “El fin de la adolescencia hoy” (*Revue Française de Psychanalyse*, 2013).
virginiaungar@gmail.com

Lineamientos para los autores

Calibán

Revista Latinoamericana
de Psicoanálisis

Calibán - Revista Latinoamericana de Psicoanálisis, es la publicación oficial de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal), organización vinculada a la Asociación Psicoanalítica Internacional (API), que se edita regularmente, bajo el título de *Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, desde 1994.

Su propuesta editorial tiene como finalidad favorecer la divulgación y el desarrollo del pensamiento psicoanalítico latinoamericano en su especificidad y promover el diálogo con el psicoanálisis de otras latitudes. Busca estimular la reflexión y el debate insertando las cuestiones pertinentes al psicoanálisis en los contextos científico, cultural, social y político contemporáneos. Su periodicidad es semestral.

Cada número incluirá en su contenido artículos en formato de ensayo, artículo científico, entrevista, reseña u otros que los Editores consideren pertinentes.

Los trabajos a publicar serán inéditos y redactados en español o portugués. Sin embargo, si a juicio de los editores son considerados de especial interés, podrán editarse trabajos que hayan sido publicados o presentados en congresos, mesas redondas, etc., citando lugar y fecha donde fueron expuestos originariamente. Podrán publicarse trabajos originales en otros idiomas que no cuenten con versiones en español o portugués.

En el caso de incluir material clínico, el autor tomará las más estrictas medidas para preservar absolutamente la identidad de los pacientes, siendo de su exclusiva responsabilidad el cumplimiento de los procedimientos para lograr tal finalidad o bien obtener su consentimiento.

Las opiniones de los autores de los trabajos o de las personas entrevistadas son de su exclusiva responsabilidad. Su publicación en *Calibán-Revista Latinoamericana de Psicoanálisis* no implica de modo alguno que sus editores compartan los conceptos vertidos.

Al momento de presentar su trabajo el autor deberá firmar un formulario de autorización por el cual cede legalmente sus derechos. Por dicha cesión quedará prohibida su reproducción escrita, impresa o electrónica, sin la autorización expresa y por escrito por parte de los editores.

Los trabajos presentados serán objeto de una evaluación independiente con características de “doble ciego”, por al menos dos integrantes del Comité Revisor de la Revista quienes podrán hacer recomendaciones tendientes a su eventual publicación. La evaluación se hará con criterios parametrizados y su eventual aceptación, rechazo o solicitud de cambios o ampliaciones constituyen la tarea del Comité Re-

visor de la Revista, quien remitirá sus sugerencias al Comité Editor. Los editores definirán, en función de la pertinencia temática y posibilidades de la revista, la oportunidad de la publicación.

Los trabajos se enviarán por correo electrónico a **editorescaliban@gmail.com** y a **revista@fepal.org**.

La extensión de las presentaciones no deberá exceder las 8.000 palabras en formato A4, fuente Times New Roman tamaño 12 con interlineado a doble espacio. La bibliografía, que no será tenida en cuenta en la extensión máxima permitida, deberá ser la imprescindible y ajustarse a las referencias explícitas en el texto. Trabajos para secciones específicas de la Revista podrán tener especificaciones adicionales.

Los trabajos podrán ser redactados en español o portugués, según el idioma de su autor, y deberán enviarse dos copias del mismo con el mismo título: una deberá llevar el nombre del autor. Se adjuntará una breve descripción curricular y al pie de la primera página institución de pertenencia y dirección electrónica.

La otra con seudónimo y sin menciones bibliográficas que permitan eventualmente identificar al autor.

Se adjuntarán también un resumen en español o portugués, y otro, en inglés (en todos los casos), de las principales ideas del trabajo, redactado en tercera persona y de aproximadamente 150 palabras.

Se incluirán todos los datos de referencia de las publicaciones citadas, poniéndose especial cuidado de aclarar cuando se trata de citas de otros autores, y en que las mismas sean fieles al texto original.

La bibliografía y las citas bibliográficas se ajustarán a las normas internacionales de la *American Psychological Association*. Disponibles en **www.fepal.org**.

Los descriptores deberán ser tomados del Tesauro de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Ver Tesauro. Disponible en **www.fepal.org**.



Calibán

Revista Latinoamericana
de Psicoanálisis

Argumentos:

Ungar/De Andrade/Campalans/

Dukes/Rodríguez/Spivacow

Ciudades Invisibles: **Porto Alegre**

Textual: **Siri Hustvedt**

Vórtice: **la Traducción** en psicoanálisis

(con textos de Latinoamérica, Asia,

Norteamérica y Europa)

El Extranjero: **El mañana y sus vicisitudes**

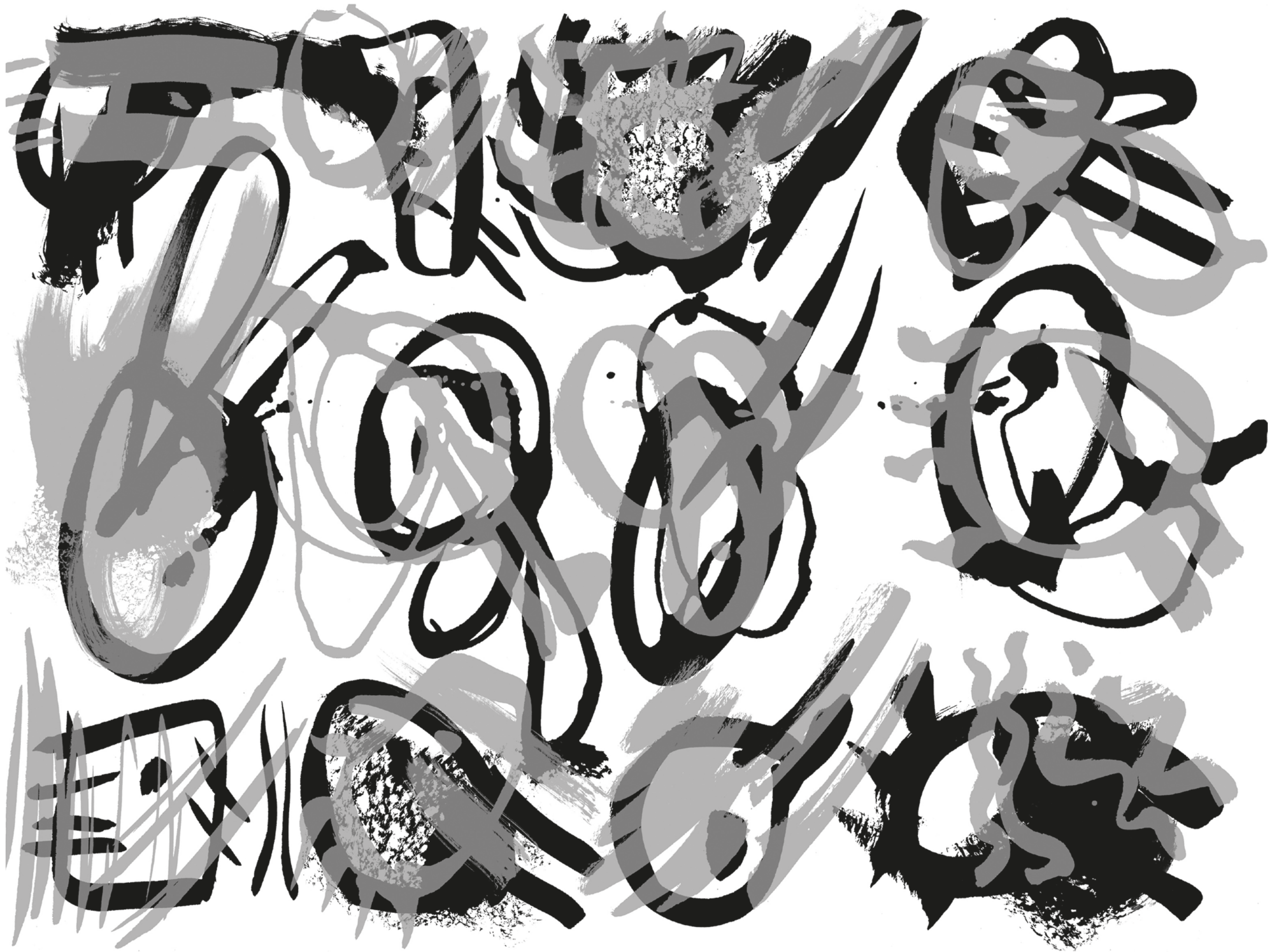
Dossier: **Pensar América Latina**

Clásica & Moderna: Ignacio Matte-Blanco

De memoria: Emilio Rodríguez

Bitácora





• En tapa:

Eduardo Kac: *Alba, the fluorescent bunny*.

• En contratapa y retiraciones:

Eduardo Kac: *Lagoglyphs: The Bunny Variations*, 2007.
Lagoglyphs: Animation (2009). Stills from real-time parametric
animation, color, silent, loopless (no fixed duration),
edition of 5. Courtesy Marsiaj Tempo Gallery, Rio de Janeiro.

